

América Latina,
dependencia y globalización

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Ciencias Sociales y Humanidades

Colección Pensamiento Crítico Latinoamericano

Director de la Colección

Emir Sader, Secretario Ejecutivo de CLACSO

Coordinador Académico

Pablo Gentili, Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Consultor Editorial

Horacio Tarcus

Asistente Editorial de CLACSO

Sabrina González

Coordinador Área de Difusión y Producción Editorial de CLACSO

Jorge A. Fraga

Consejo Editorial

Alejandro Grimson

Dídimo Castillo

Emir Sader

Gerardo Caetano

Horacio Tarcus

Pablo Gentili

Víctor Vich

América Latina,
dependencia y globalización

Ruy Mauro Marini

Antología y presentación
Carlos Eduardo Martins



Siglo del Hombre Editores



CLACSO

Marini, Ruy Mauro

América Latina, dependencia y globalización / Ruy Mauro Marini; compilador Carlos Eduardo Martins. – Bogotá: CLACSO y Siglo del Hombre Editores, 2008.

292 p.; 21 cm.

Incluye bibliografía e índice.

1. Economía política - América Latina 2. Dependencia económica - América Latina
3. Ciencia política - América Latina 4. Globalización - América Latina 5. América Latina - Política económica 6. América Latina - Condiciones económicas I. Martins, Carlos Eduardo, comp. II. Tít.

338.98 cd 21 ed.

A1155329

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

© Ruy Mauro Marini

Primera edición

América Latina, dependencia y globalización,
Buenos Aires: CLACSO-Prometeo, octubre de 2007

Segunda edición revisada 2008

© CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-
Conselho Latino-Americano de Ciências Sociais
Av. Callao 875, piso 5° C1023AAB Ciudad de Buenos Aires-Argentina
Tel.: (54-11) 4811-6588 Fax: (54-11) 4812-8459
www.clacso.org; clacso@clacso.edu.ar

© Siglo del Hombre Editores

Cra 31A N° 25B-50 Bogotá D.C.-Colombia
PBX: (57-1) 337-7700 Fax: (57-1) 337-7665
www.siglodelhombre.com

Carátula

Alejandro Ospina

Armada electrónica

Ángel David Reyes Durán

ISBN: 978-958-665-109-7

Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.
Calle 65 N° 95-28 Bogotá D.C.

Impreso en Colombia-Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Ruy Mauro Marini: marco del pensamiento contemporáneo.....	9
<i>Por Carlos Eduardo Martins</i>	

ANTOLOGÍA DE RUY MAURO MARINI

La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil (1966).....	25
Dialéctica de la dependencia (1973).....	107
En torno a <i>Dialéctica de la dependencia</i> (<i>postscriptum</i>) (1973).....	151
Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra) (1978)	165
Origen y trayectoria de la sociología latinoamericana (1994).....	235
Proceso y tendencias de la globalización capitalista (1997).....	247
El concepto de trabajo productivo: nota metodológica (1998)....	273
Bibliografía de Ruy Mauro Marini.....	285

RUY MAURO MARINI:
MARCO DEL PENSAMIENTO
CONTEMPORÁNEO

*Carlos Eduardo Martins*¹

PANORAMA DE VIDA Y OBRA

Ruy Mauro Marini está entre las más altas expresiones del pensamiento social latinoamericano. La edición de una antología de su obra por CLACSO, en homenaje a los diez años de su muerte, es más que oportuna, pues proporciona una de las críticas más radicales y fecundas al capitalismo mundial y a su expresión en los países dependientes, en el momento en que la región busca sus identidades para dar vuelta a la página del neoliberalismo en su historia.

Nacido en 1932 en Barbacena, el autor es uno de los principales formuladores de la teoría de la dependencia, y contribuyó decisivamente a la elaboración de su versión marxista. Asistente de Guerreiro Ramos y graduado en administración pública en

¹ Doctor en sociología (USP), investigador del Laboratorio de Políticas Públicas (LPP) y de la Cátedra UNESCO/ONU sobre Globalización y Desarrollo Sustentable (REGGEN).

la Escola Brasileira de Administração Pública (EBAP), Marini se dirige al École Libre des Sciences Politiques de París (Science Po), entre 1958 y 1960, donde realiza sus primeros estudios sistemáticos de la obra de Marx y observa de cerca el impacto de la lucha anticolonial y de la ofensiva tercermundista en Europa. De regreso en Brasil, desarrolla una importante actividad periodística en el periódico *O Metropolitano* y participa en la fundación de la Universidad de Brasilia (UnB). Se desempeña como profesor auxiliar entre 1962 y 1963, y como profesor asistente en 1964, en un cuerpo docente que cuenta con la presencia de figuras como André Gunder Frank, Victor Nunes Leal, Thetônio dos Santos y Vânia Bambirra. Participa en la organización de un seminario de lectura de *El capital* e inicia sus estudios de doctorado sobre bonapartismo, interrumpidos por el golpe militar de 1964.

Es uno de los fundadores de la Política Operaria (POLOP), organización que representó en su tiempo la concepción más avanzada de la nueva izquierda brasileña y un enfoque crítico de las tesis de los partidos comunistas para América Latina. Para la POLOP, la revolución democrático-burguesa no se aplicaba a América Latina, y las luchas populares debían buscar la construcción del socialismo. La región no había sufrido el feudalismo, y la debilidad de sus burguesías las hacía comprometerse con el imperialismo.

Perseguido por el golpe militar de 1964, es exonerado de la UnB en la primera acción de la dictadura contra la universidad. Preso en julio de ese año por el Servicio Secreto de la Marina (CENIMAR), y liberado por decisión del Supremo Tribunal Federal, fue secuestrado por la Marina y entregado al Ejército. Después de un nuevo *habeas corpus*, se exilia en la Embajada de México, país al cual se dirige. Se vincula con el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, donde permanece hasta 1969. Realiza estudios sobre América Latina en cursos que asume en la graduación y posgraduación, y retoma, por presión de los estudiantes, los seminarios de lectura de *El capital*, que reunirán a la vanguardia del movimiento estudiantil de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Durante ese período publica

artículos destacados, entre ellos: “Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo” (1965), “Brazilian Interdependence and Imperialist Integration” (1966) y “Dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil” (1966), integrados posteriormente en su libro *Subdesarrollo y revolución* (1969).

En México, Marini colaboraba para el diario *El Día*, cuando la publicación de un artículo sobre el movimiento estudiantil brasileño, después de la irrupción de los estudiantes en la vida pública mexicana, lleva al gobierno a presionarlo para que abandone el país. En 1969 se dirige a Chile. Se establece en Concepción, aproximándose al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), del que llega a ser dirigente; pero una invitación del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) lo lleva a trasladarse a Santiago.

Asume el curso de teoría del cambio, en el que se dedica al problema de la transición al socialismo, y los seminarios de teoría marxista y realidad latinoamericana, donde retoma las lecturas de *El capital*. De este período resulta *Dialéctica de la dependencia* (1973), además de textos sobre las revoluciones Rusa, China, Vietnamita y Cubana, y artículos de carácter histórico sobre América Latina, que no verán la luz por ser destruidos por la dictadura chilena, en el allanamiento de su departamento.

Dialéctica de la dependencia proyecta definitivamente la importancia académica y política de su obra. Marini parte de la construcción teórica de Marx y se mueve de lo abstracto a lo concreto para la creación de una teoría capaz de interpretar y describir la legalidad específica del capitalismo dependiente. Desarrolla y sistematiza en este trabajo los conceptos de *superexplotación del trabajo* y de *subimperialismo*.

En Chile participa de la fundación de la revista *Chile Hoy*. Los artículos que allí publica serán la base para *El reformismo y la contrarrevolución: estudios sobre Chile* (1976), libro en el que revisa la experiencia chilena. El golpe militar liderado por Pinochet lo lleva a un rápido exilio en Panamá. Hasta 1976 se divide entre México y Alemania, en el Instituto Max Planck. Renuncia

finalmente a este último, para asentarse en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPys) de la UNAM.

México se convierte en el principal centro de aglutinación de intelectuales y exiliados latinoamericanos y ahí reencuentra una parte significativa del grupo que trabajaba en el CESO, como Theotônio dos Santos, Vânia Bambirra, Orlando Caputo y Jaime Osorio. En 1975 retoma su colaboración para los diarios *Excelsior*, *El Sol* y *El Universal*. Funda, en 1974, la revista *Cuadernos Políticos*, y en 1977 el Centro de Información, Documentación y Análisis del Movimiento Obrero en América Latina (CIDAMO), que dirige hasta 1982. Desarrolla la problemática teórica establecida por *Dialéctica de la dependencia* en textos clave, como “Las razones del neodesarrollismo” (1978), donde responde a las críticas de Fernando Henrique Cardoso y José Serra; “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital” (1979), donde articula la introducción del progreso técnico a los esquemas de reproducción de Marx, situando la plusvalía extraordinaria, su dinámica intersectorial y la forma que adquiere en los países dependientes; y “El ciclo del capital en la economía dependiente” (1979), donde analiza las tres fases del movimiento del capital en la economía dependiente (circulación; producción/acumulación; y circulación/realización).

Establece también otras líneas de investigación dedicadas: a) a la interpretación de la coyuntura mundial; b) a la crisis del autoritarismo y la redemocratización, describiendo la transición de los Estados de contrainsurgencia hacia formas tuteladas de democracia—los *Estados de cuarto poder*—, que abre espacio para la organización popular en dirección a la democracia ampliada; c) al avance del neoliberalismo en América Latina, de lo que es expresión su artículo “Sobre el patrón de reproducción del capital en Chile” (1980); d) a la reestructuración productiva y sus impactos en el empleo, abordada en “Crisis, cambio técnico y perspectivas del empleo” (1982); e) a la crisis del socialismo como movimiento social o experiencia estatal; y f) al pensamiento latinoamericano, enfoque que alcanzará madurez en la década de 1990.

Con la amnistía política, en 1979, su actividad se divide entre México y Brasil; pero en 1984 vuelve definitivamente a su país. El regreso le reservaría, entretanto, muchos sinsabores. Entre ellos, el surgimiento de una intelectualidad comprometida con la gestión liberal, basada en la economía implementada por la dictadura y el aislamiento del debate latinoamericano de los años 1960-1970; la monopolización de los medios de comunicación y la lentitud en la remoción del residuo autoritario, que le restringen fuertemente el espacio de actuación. Entre los proyectos a los que se dedica en el período de su establecimiento en Río de Janeiro, están: la organización de un centro de estudios nacionales en la Universidade Estadual do Rio de Janeiro (UERJ), iniciativa del entonces vicegobernador Darcy Ribeiro, que fracasa por la resistencia interna de la universidad; la organización de un curso de graduación en administración pública en la Fundação Escola e Serviço Público do Rio de Janeiro (FESP-RJ), no efectivizado en razón de la oposición de Moreira Franco que, en la estela del efímero suceso del Plan Cruzado, ganó la sucesión al gobierno Brizola; y la organización de cursos de posgraduación en la FESP-RJ, bajo la dirección de Theotônio dos Santos, durante 1982-1986.

La extensión de la amnistía política al campo profesional lo reintegra a la UnB en 1987, donde se reincorpora al Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Ejerce la coordinación de los posgrados de Ciencia Política y dirige investigaciones sobre concentración de renta, industria automovilística y déficit público en Brasil entre 1986 y 1989. En mayo de 1990 retorna a Río de Janeiro, con licencia sabática, y retoma las líneas de investigación sobre pensamiento latinoamericano, reconversión industrial y socialismo, en el contexto de la globalización y de la regionalización. De este período resulta su libro *América Latina: dependencia e integración* (1992). A fines de 1993 acepta la invitación para dirigir el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la UNAM. Reorganiza la posgraduación y articula la actividad de investigación en torno del pensamiento social latinoamericano en el siglo XX, de donde resulta la obra colectiva *La teoría social*

latinoamericana, que dirige con Margara Millan, en cuatro tomos de ensayos analíticos y tres de antología de textos clasicos.

En sus últimos trabajos, “Proceso y tendencias de la globalización capitalista” (1996) y “El concepto de trabajo productivo: nota metodológica” (1998 publicado póstumamente) busca la construcción de una economía política de la globalización, apuntando a la mundialización de la ley del valor y a la extensión de la superexplotación a los países centrales como características del capitalismo globalizado. En 1997 fallece de cáncer linfático, dejando una obra compuesta por seis libros de su autoría, más de 200 artículos, siete libros que dirigió y coordin, y algunos materiales inéditos, entre ellos, poesías de su juventud, de rara belleza.

LA ANTOLOGÍA

La presente antología se compone de siete textos clave del pensamiento de Ruy Mauro Marini: “La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil” (1966); “Dialéctica de la dependencia” (1973); “En torno a *Dialéctica de la dependencia (postscriptum)*” (1973); “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a Fernando Henrique Cardoso y José Serra)” (1978); “Origen y trayectoria de la sociología latinoamericana” (1994) y “Procesos y tendencias de la globalización capitalista” (1997) y “El concepto de trabajo productivo: nota metodológica” (1998).

En “La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil”, el autor analiza el capitalismo brasileño y las alianzas de clase que culminarían en el golpe militar de 1964, apuntando a su elemento fundamental: sus raíces internas. Partiendo del concepto de cooperación antagónica desarrollado por August Thalheimer, el autor define la integración y las contradicciones entre las clases dominantes en el desarrollo del capitalismo industrial del Brasil. La dependencia que constituye nuestro capitalismo limita las contradicciones entre las fracciones de las clases dominantes y restringe a la burguesía industrial a la modernización de la estructura semicolonial que la precede, retirndole cualquier papel

revolucionario para afirmar la soberanía nacional, establecer la reforma agraria, desarrollar la democracia de masas y el mercado interno. Las necesidades de contar con las divisas del sector agroexportador para sustentar los procesos de industrialización por sustitución de importaciones, acotan el nacionalismo y el apoyo de masas que la burguesía industrial manejó desde los años treinta. A partir de los años cincuenta, la reestructuración del capital internacional por medio de la constitución de las corporaciones multinacionales y las limitaciones de las oligarquías rurales para proveer los excedentes comerciales necesarios para la profundización de la industrialización, pusieron en crisis este esquema de dominación de la fracción industrial sobre el Estado. La recomposición del patrón de dominación se basó en la alianza entre las camadas superiores de la fracción industrial y las nuevas formas del capital extranjero. Éste penetró en el país a través de la instrucción 113 de la Superintendencia de la Moneda y el Crédito (SUMOC), bajo la forma de máquinas y equipamientos sin contrapartida de cambio, lo que permitió saltar los estrangulamientos para importar e impulsar un nuevo *boom* industrializante entre los años 1956-1960. La crisis que se desencadenó entre 1961-1967 llevó a la burguesía a abandonar definitivamente su alianza con los trabajadores y las pretensiones de una política externa independiente. La realización de lucros y dividendos por las corporaciones transnacionales abrió cíclicamente un período de egresos que agravó los problemas estructurales del balance de pagos. El recurso de la superexplotación del trabajo alcanzó el estatuto de instrumento clave de resolución de las crisis de acumulación en el capitalismo dependiente y de sustentación de su reproducción ampliada, una vez que los egresos predominaban sobre los ingresos de capital en el largo plazo.

Para que esto ocurriera era necesario un gran ejército de reserva de fuerza de trabajo o el uso del terror para quebrar la rigidez impuesta por los sindicatos a la circulación y la rotación de la mano de obra. Mediante el golpe militar de 1964, la burguesía industrial abrazó el subimperialismo y destruyó las organizaciones civiles, sindicales y partidarias de los trabajadores.

Se profundizó la asociación con el capital extranjero, se elevó la composición orgánica del capital, se cristalizó un sector monopólico que se destacó de la pequeña y mediana burguesía e implementó escalas de producción en contradicción con los limitados mercados internos.

El autor señala que si los consumos estatal y suntuario atienden parcialmente las necesidades de demanda de este segmento, éste se ve compelido a desdoblarse hacia el exterior en parcelas crecientes de la realización de mercancías y, a más largo plazo, de sus emprendimientos, para buscar nuevos mercados. El subimperialismo implica una política externa de subordinación al imperialismo, de quien requiere una asociación preferencial en la periferia para proyectarse internacionalmente. Entretanto, su pretensión expansionista implica fricciones con la división internacional organizada por los grandes centros, como se evidenciará más adelante en las tentativas brasileñas de exportación de café soluble y de dominio de las tecnologías nuclear e informática. Pero el subimperialismo, al vincularse con la superexplotación del trabajo para impulsar la adquisición de tecnología y los procesos de acumulación, minimiza sus contradicciones con el latifundio y limita su capacidad de confrontación con el imperialismo y el capital internacional. En textos posteriores, como “El Estado de contrainsurgencia” (1977), el autor mostrará que el capital internacional y la burguesía asociada apoyarán una redemocratización controlada, una vez que la dictadura haya realizado sus objetivos de rebajar los costos de producción y destruir las organizaciones populares. Esto les permitirá conservar la base económica del subimperialismo y limitar las contradicciones con el imperialismo que la dirección del Estado por los militares puede impulsar, en vista de que estos, por razones de formación, no pueden romper completamente con el nacionalismo.

En “Dialéctica de la dependencia”, Marini despliega las bases de una teoría marxista de la dependencia. Profundiza y sistematiza el análisis de los procesos de acumulación en el capitalismo dependiente y de su principal fundamento: *la superexplotación del trabajo*. El autor define la superexplotación como la caída

de los precios de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, esto es, del necesario para su reproducción física y moral, lo que lleva al agotamiento prematuro de la vida útil del trabajador en condiciones tecnológicas determinadas. La superexplotación se presenta, según el autor, por tres mecanismos: la elevación de la intensidad del trabajo, el aumento de la jornada de trabajo —ambas sin la elevación salarial correspondiente— y la reducción del fondo de consumo del trabajador. Sus determinantes son los desvíos de precios por debajo del valor que la economía dependiente sufre en la economía mundial a través de la formación de los precios de producción o de una plusvalía extraordinaria en el mercado mundial; una fuerte incidencia en el interior de la economía dependiente de una plusvalía extraordinaria, y su alta concentración en el segmento de bienes de consumo suntuario.² Tales determinantes llevan a superexplotar al trabajador para que se eleven las tasas de plusvalía y se sustente la tasa media de lucro. El autor sitúa las diversas etapas de la acumulación en los países dependientes —agroexportadora, nacionaldesarrollista y sustitución de importaciones bajo hegemonía del desarrollo asociado—, y muestra cómo la superexplotación incide en estas tres etapas. Marini señala, no obstante, que la superexplotación no se confunde con la plusvalía absoluta, pues ésta afecta apenas a uno de los tiempos de la jornada de trabajo —el trabajo excedente—, mientras que aquella puede afectar los dos tiempos de la jornada, en el caso de la elevación de la intensidad de trabajo, que cuando se generaliza deja de constituir fuente de plusvalía extraordinaria.

El fuerte impacto que “Dialéctica de la dependencia” provocó en el pensamiento social se reflejó en el amplio debate que se estableció en torno de sus tesis. Entre las polémicas que desató, la de mayor repercusión fue la establecida con Fernando Henrique Cardoso y José Serra en las páginas de la *Revista Mexicana de Sociología*. En Brasil, el público quedó privado de este debate por

² Marini agrega aun el afán de superganancias que la vinculación de una economía al mercado mundial provoca.

el poco elegante veto a la publicación de la respuesta de Marini a través de “Las razones del neodesarrollismo”, en los *Cuadernos de CEBRAP*, revista del Centro Brasileiro de Análise e Planejamento —institución fundada por Cardoso—. En este artículo, la crítica central de Marini a Cardoso y Serra es que ellos no comprenden la relación dialéctica entre precios y valor, y por eso no son capaces de percibir los mecanismos sistémicos que imponen la superexplotación en los países dependientes: los movimientos de precios, determinados en la esfera de la concurrencia por la competencia monopólica, implican transferencias de valor por parte de la economía dependiente y acarrear la reducción de sus tasas de plusvalía y de lucro, exigiendo similares desvíos de precio de la fuerza de trabajo para la recuperación de estas tasas.

Para profundizar el abordaje mariniano de la temática de la superexplotación es importante remitir al lector a otros dos textos clave del autor: “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital” (1979) y “El ciclo del capital en la economía dependiente” (1979), que junto con “Dialéctica de la dependencia”, componen el núcleo duro de su economía política de la dependencia.

En “Origen y trayectoria de la sociología latinoamericana” (1994), Ruy Mauro Marini abre la colección *Teoría Social Latinoamericana*, que organiza junto con Mária Millán. En este texto, el autor traza los orígenes y el desarrollo del pensamiento social en la región. Vincula su fundación con el nacionalismo y el latinoamericanismo, puesto que el liberalismo estará profundamente comprometido, hasta mediados de la década de 1920, con la base económica de origen colonial, e impregnado por los determinismos geográficos y raciales que ella había generado. Marini hará una gran contribución para la interpretación del pensamiento social latinoamericano, analizándolo y dividiéndolo en sus principales matrices de interpretación —desarrollismo, teoría de la dependencia, endogenismo, neodesarrollismo y neoliberalismo— en textos como “Memoria” (1991) o “La crisis teórica”, presente en su libro *América Latina: dependencia e integración* (1992). El autor destaca que la teoría de la dependencia representó el punto más avanzado del pensamiento social de la región, invirtiendo el

sentido del flujo de ideas respecto de los grandes centros europeos y de los Estados Unidos. La crisis del neoliberalismo, para el autor, deberá dar lugar al renacimiento del latinoamericanismo, que al enfrentar sus desafíos, deberá retomar el filo de la teoría de la dependencia para asumirla de forma creadora: separando su núcleo marxista de las adherencias funcionales-desarrollistas y dirigiéndola al sistema mundial para interpretar la inserción de América Latina en los procesos de globalización del capital y promover la construcción de alternativas en un socialismo libertario, democrático, original, esto es, capaz de fundar las bases de otra civilización mundial.

En “Proceso y tendencias de la globalización capitalista” (1997), Marini defiende la tesis de que la superexplotación del trabajo, que constituye un proceso de acumulación específico de los países dependientes, se generaliza en el capitalismo y alcanza a los grandes centros con la mundialización de la ley del valor. Para el autor, la revolución tecnológica producida por la globalización —atinenta a los campos de la microelectrónica, informática, telecomunicaciones, biotecnología, nuevos materiales y energía— crea nuevos patrones para la organización de la división internacional del trabajo. Ésta se dirige cada vez más hacia mercados mundiales de realización y transfiere el monopolio tecnológico al sector de investigación y conocimiento, permitiendo al gran capital internacional impulsar la homogeneización de la productividad del trabajo en la economía mundial.

En la lucha por la plusvalía extraordinaria en esta economía mundial globalizada desempeñan papel fundamental dos factores tan contradictorios como convergentes: la cualificación de la fuerza de trabajo y la superexplotación del trabajo. La primera es fuente de innovaciones tecnológicas y la segunda impulsa los procesos de acumulación al elevar la productividad e intensidad del trabajo en la periferia, transfiriendo para ella, con enormes ventajas para las tasas globales de plusvalía y de lucro, procesos de producción hasta entonces específicos del centro. El resultado es, desde el punto de vista de los procesos de acumulación, el nivelamiento del mercado mundial de fuerza de trabajo por

los patrones superexplotados de la periferia, cuya gravitación se intensifica con la homogeneización mundial de los procesos productivos. Desde el punto de vista político, por otro lado, la generalización de la superexplotación en la economía mundial, al crear un mismo régimen de regulación de fuerza de trabajo, incidente sobre niveles de cualificaciones distintos, permite la unificación de las luchas de los trabajadores de la periferia y de los centros contra la civilización capitalista.

En “El concepto de trabajo productivo: nota metodológica” (1998), el autor revisita la obra de Marx, aportando grandes contribuciones para la delimitación teórica y empírica del concepto de clase obrera a la luz de las transformaciones sociales y tecnológicas producidas por la revolución científico-técnica.

LA OBRA Y SUS REPERCUSIONES: UN BREVE BALANCE

Un balance de la obra de Marini revela su amplia penetración en las ciencias sociales contemporáneas. Referencia de punta de la teoría de la dependencia, paradigma dominante de las ciencias sociales latinoamericanas en los años 1960-1970, el pensamiento de Marini influye sobre una amplia gama de autores: aquellos con quienes compartió la elaboración de la teoría marxista de la dependencia, Theotônio dos Santos, Vânia Bambirra y André Gunder Frank; una generación de latinoamericanos que se ha constituido a partir de esa influencia y a la que ofrece significativos aportes, entre los que podemos citar a Jaime Osorio, Cristóbal Kay, Emir Sader, Eder Sader, Orlando Caputo, Thomas Vasconi, Nelson Gutiérrez, Ana Esther Ceceña, Mária Millán, Francisco López Segrera, Esthela Gutiérrez Garza y Adrián Sotelo Valencia; así como destacados representantes del pensamiento crítico mundial, como Otto Kreye, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi, Ronald Chilcote, Samir Amin, Pierre Salama y Vladimir Dadydov.

A pesar de haber sido marginado por las dictaduras que se establecieron en el Cono Sur de América Latina en los años 1960-1970, por la ofensiva de la Fundación Ford en el desarrollo de una

comunidad académica liberal en la región en los años 1970-1980, y por la difusión del neoliberalismo a partir de los años noventa, el pensamiento del autor permanece vivo, y ha sido apropiado creativamente por intelectuales y movimientos sociales latinoamericanos y de diversas regiones del planeta. Una nueva generación de autores se forma bajo su influencia, entre los cuales mencionamos a Nildo Ouriques, Carlos Eduardo Martins, Roberta Traspadini, Marcelo Carcanholo e Irma Balderas.

Diversas publicaciones atestiguan la vitalidad del pensamiento de Marini. Mencionamos aquí apenas algunas de las más importantes: *Latinoamericana: enciclopédia contemporânea da América Latina e Caribe* (2006), donde su influencia es nítida en varios ensayos y notas; *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (2006), publicación de los ensayos premiados en el concurso de CLACSO; *Legados teóricos de las ciencias sociales en América Latina y Caribe* (2004), donde se revela un amplio manejo de su obra; y la antología *Ruy Mauro Marini: vida e obra*, por la editorial *Expressão Popular*, del Movimiento de los Sin-Tierra. Se anuncia también, para este año, la publicación de un libro en su homenaje por las editoriales Boitempo y PUC-RJ, que reúne a autores como Immanuel Wallerstein, Theotônio dos Santos, Emir Sader, André Gunder Frank, Pierre Salama, Marco Gandásegui y Ana Esther Ceceña, entre otros.

Esta literatura revela un amplio esfuerzo de investigación que se hace eco de las principales preocupaciones de Ruy Mauro Marini, en particular, sobre la profundización de la teoría marxista de la dependencia y su reformulación para la comprensión del capitalismo globalizado. Entre los temas que alrededor de ese eje se han abordado están: la vinculación de la teoría de la dependencia con el pensamiento social latinoamericano y mundial; el desarrollo teórico y empírico del concepto de superexplotación del trabajo (su formalización matemática en el ámbito de la teoría del valor, el desarrollo de su periodización histórica, la eventual inclusión de otros instrumentos de superexplotación, como la elevación de la cualificación del trabajador sin el correspondiente equivalente salarial, y la pertinencia de esta categoría para la

comprensión del capitalismo globalizado); además del alcance y la validez contemporánea del subimperialismo como recurso de integración competitiva.

Nos parece profundamente aventurero afirmar que el neoliberalismo es un “perro muerto”, aun cuando su auge, en tanto pretendido pensamiento único, ya pasó. Resurge, de las entrañas del continente, el latinoamericanismo, para perplejidad de las oligarquías regionales e internacionales. Tenemos la convicción de que en este movimiento histórico colosal figurará destacado el nombre de Ruy Mauro Marini.

Río de Janeiro, 10 de marzo de 2007

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Marini, Ruy Mauro *Escritos*, en <http://www.marini-escritos.unam.mx/>, consultada el 8 de marzo de 2007.
- Martins, Carlos Eduardo *et al*, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.
- Sader, E.; Jinkings, I.; Martins, C. E. y Nobile, R. *Latinoamericana: enciclopédia contemporânea da América Latina e do Caribe*, São Paulo, Boitempo, 2006.
- Transpadini, R. y Stedile, J. P. *Ruy Mauro Marini: vida e obra*, São Paulo, Expressão Popular, 2006.

ANTOLOGÍA DE RUY MAURO MARINI

LA DIALÉCTICA DEL DESARROLLO CAPITALISTA EN BRASIL¹

El golpe militar que depuso al presidente constitucional de Brasil, João Goulart, en abril de 1964, fue presentado por los militares brasileños como una revolución, y definido un año después por uno de sus voceros como una “contrarrevolución preventiva”. Por sus repercusiones internacionales, sobre todo en América Latina, y ante las concesiones económicas que tuvo para los capitales norteamericanos, muchos lo consideraron sencillamente como una intervención disfrazada de Estados Unidos. Esta opinión es compartida por ciertos sectores de la izquierda brasileña que, sin embargo, nunca supieron explicar por qué, en el momento mismo en que parecían llegar al poder, éste les fue arrebatado sorpresivamente sin que se disparara un solo tiro.

A nosotros nos parece que ninguna explicación de un fenómeno político es buena si lo reduce sólo a uno de sus elementos, y que es decididamente mala si toma por clave justamente un factor que lo condiciona desde fuera. En un mundo caracterizado por la interdependencia, y más que ello, por la integración, nadie niega la influencia de los factores internacionales sobre las cuestiones internas, principalmente cuando se está en presencia de una eco-

¹ Extraído de Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 12ª edición, 1985, pp. 2-105.

nomía de las llamadas *centrales, dominantes o metropolitanas*, y de un país periférico, subdesarrollado. Pero ¿en qué medida se ejerce esta influencia? ¿Qué fuerza tiene frente a los factores internos específicos de la sociedad sobre la cual actúa?

Brasil, con sus 90 millones de habitantes y una economía industrialmente diversificada, es una realidad social compleja, un compromiso cuya dinámica, aunque condicionada y limitada por el marco internacional en que se inserta, rehúye las interpretaciones unilaterales. Sin un análisis de la problemática brasileña, de las relaciones de fuerza allí existentes entre los grupos políticos, de las contradicciones de clase que se desarrollaban con base en una configuración económica dada, no se comprenderá el cambio político que experimentó a partir de 1964. Peor que esto, no se podrá relacionar ese desarrollo político con la realidad económico-social que se encuentra en su base, ni estimar las perspectivas probables de su evolución. Perspectivas que, a fin de cuentas, no se refieren tan sólo a Brasil, sino a toda Latinoamérica.

1. POLÍTICA Y LUCHA DE CLASES

La historia política brasileña presenta, en este siglo, dos fases bien caracterizadas. La primera, que va de 1922 a 1937, es de gran agitación social, marcada por varias rebeliones y una revolución, la de 1930. Sus causas pueden buscarse en la industrialización que se produce en el país en la década de 1910, gracias sobre todo a la guerra de 1914, que conduce a la economía brasileña a realizar un considerable esfuerzo de sustitución de importaciones. La crisis mundial de 1929 y sus repercusiones sobre el mercado internacional van a mantener en un bajo nivel la capacidad de importación del país, acelerando, de esta manera, su proceso de industrialización.

Las transformaciones que operan en la estructura económica en ese período se expresan, socialmente, en el surgimiento de una nueva clase media, es decir, de una burguesía industrial directamente vinculada al mercado interno, y de un nuevo proletariado, que presionan a los antiguos grupos dominantes para

obtener un lugar propio en la sociedad política. El resultado de las luchas desencadenadas por ese conflicto es, por intermedio de la revolución de 1930, un compromiso —*Estado Nôvo* de 1937, bajo la dictadura de Getúlio Vargas—, con el cual la burguesía se estabiliza en el poder, en asociación con los terratenientes y los viejos grupos comerciantes, al mismo tiempo que establece un esquema particular de relaciones con el proletariado. En este esquema, el proletariado será beneficiado por toda una serie de concesiones sociales (concretadas sobre todo en la legislación laboral del *Estado Nôvo*) y, por otra parte, encuadrado en una organización sindical rígida, que lo subordina al Gobierno, dentro de un modelo de tipo corporativista.

LA COALICIÓN DOMINANTE: LA PRIMERA FISURA

Con pequeños cambios, y a pesar de que se derroca a la dictadura de Vargas, este compromiso político de 1945, este contrato social —si se le puede llamar así— se mantiene estable hasta 1950. Empieza entonces un nuevo período de agudas luchas políticas, de las que el suicidio de Vargas (que regresa al poder mediante elecciones), en 1954, es el primer fruto, y que conducirán al país, en 10 años tormentosos, al golpe militar de 1964. En la raíz de esas luchas encontramos el esfuerzo de la burguesía industrial por poner a su servicio el aparato del Estado y los recursos económicos disponibles; rompiendo, o por lo menos transgrediendo, las reglas del juego que se habían fijado en 1937. Pero las razones, en verdad, son más profundas: se asiste, en ese período, al deterioro de las condiciones en las que se basaban esas reglas, lo que se debe, por una parte, al crecimiento constante del sector industrial, y por otra, a las dificultades que, apareciendo primero en el sector externo, hicieron que la complementariedad hasta entonces existente entre el desarrollo industrial y las actividades agroexportadoras se convirtieran en una verdadera oposición.

Junto con la escisión vertical que se producía entre las clases dominantes, las presiones de las masas en busca de nuevas conquistas sociales rompen el dique que la dictadura les impuso hasta

1945, y que el gobierno fuerte del mariscal Dutra (1945-1950) había mantenido. La fuerza ascendente del movimiento de masas, que se expresa ya en la elección de Vargas como presidente de la República (cuando, por primera vez en Brasil, llegó al poder un candidato de la oposición), es estimulada por la burguesía, que se apoya en ella para quebrar la resistencia de las antiguas clases dominantes. Esa alianza era posible porque, proponiendo un amplio programa de expansión económica, la burguesía abría perspectivas de empleo y de elevación del nivel de vida a la clase obrera y a las clases medias urbanas, creando de esta manera una zona de intereses comunes que tendían a expresarse políticamente en un comportamiento homogéneo. Esa tendencia será acentuada por la burguesía mediante el manejo de las directivas sindicales (vía Ministerio del Trabajo) y con el impulso que dio a las ideas nacionalistas, que le permitieron ejercer un control ideológico sobre las masas.

Reflejando esa correlación de fuerzas, Getúlio Vargas no tarda en definirse por una política progresista y nacionalista, de la que fueron frutos: la creación, en 1952, del Banco Nacional de Desarrollo Económico; la decisión de concretar el Plan Salte (programación de las inversiones públicas en los sectores de salud, alimentación, transporte y energía); el Plan Nacional de Carreteras y el Fondo Nacional de Electrificación; el reequipamiento de la marina mercante y del sistema portuario; el monopolio estatal del petróleo (Petrobrás) y el proyecto de monopolio estatal de energía eléctrica (Electrobrás). El envío al Congreso de un proyecto de ley limitando los beneficios extraordinarios y los pronunciamientos favorables a la restricción de la exportación de beneficios se vio acompañado, por el Gobierno, de una política laboral destinada a atraer el apoyo obrero, algo que Vargas confió a un joven gaucho desconocido llamado João Goulart, a quien nombró ministro del Trabajo.

En un esfuerzo por movilizar de modo orgánico a las masas obreras, Goulart echó mano de diferentes métodos, desde el aumento del salario mínimo (congelado desde 1945) hasta la organización unitaria de las directivas sindicales. La demostración

de fuerza que representó el I Congreso Nacional de la Previsión Social en Río de Janeiro, y los ataques que allí, rodeado de conocidos líderes comunistas, lanzó Goulart contra las oligarquías dominantes y la explotación imperialista, conmovieron a la derecha y asustaron a las clases dominantes con la amenaza de una *república sindicalista* de tipo peronista. Las estrechas relaciones de amistad que mantenían el Brasil de Vargas y la Argentina de Perón reforzaban ese temor. Presionado furiosamente, Goulart se vio obligado a abandonar el ministerio y a exiliarse en Uruguay.

Era, para Vargas, el principio del fin. Retrocediendo ante la reacción derechista, trató de calmar la furia de la oposición con varias medidas, entre ellas la Ley de Seguridad Nacional y la prórroga y ampliación del acuerdo militar Brasil-Estados Unidos. La primera, sin consecuencias inmediatas, creaba el marco jurídico para la represión del movimiento popular, que el gobierno militar de 1964 utilizaría ampliamente; el segundo ponía definitivamente a las Fuerzas Armadas brasileñas bajo la influencia del Pentágono norteamericano. Pero el mejor ejemplo de la política de conciliación de Vargas fue la reforma cambiaria de 1953, con la cual se buscó incrementar las exportaciones y contener las importaciones (realizadas, bajo el control gubernamental, en el mercado oficial), al mismo tiempo que, transfiriéndolas al mercado libre, se liberaba la entrada y salida de capitales.

Esa reforma cambiaria, si bien tuvo poca influencia sobre las exportaciones, comprimió fuertemente el nivel de las importaciones, equilibrando provisionalmente las cuentas externas del país, aunque buena parte del saldo así obtenido fue absorbido por la evasión de divisas permitidas por el nuevo sistema.

La caída del precio internacional del café y la reducción del volumen de las exportaciones brasileñas hicieron que, en 1954, la balanza comercial volviera a presentar un déficit, lo que lanzó nuevamente a la economía a una grave crisis cambiaria. Internamente, la marcha de la inflación (el promedio mensual de los precios pasó de 175 en 1953 a 222 en 1954) impulsó al movimiento obrero a reivindicar reajustes de salarios; ahora los sindicatos contaban con el recurso efectivo de la huelga (cuyo derecho fue

conquistado, de hecho, con el gran paro de los metalúrgicos, vidrieros y gráficos en São Paulo, en 1953).

Sobre esa base, la campaña de la derecha se intensificó —dirigida por un periodista llamado Carlos Lacerda— frente a Vargas, cuya política de conciliación lo aisló de las masas y atrajo la oposición de sus fuerzas organizadas, sobre todo de los comunistas. Un intento de asesinar a Lacerda, aunque frustrado, proporcionó el pretexto para que se exigiera la renuncia del presidente, puesto que varios miembros de su gabinete habían quedado comprometidos. En la madrugada del 24 de agosto, virtualmente depuesto, Getúlio Vargas se suicidó disparándose un tiro en el corazón.

“Una vez más [decía en un mensaje póstumo, divulgado poco después por Goulart] las fuerzas y los intereses contrarios al pueblo se unieron y nuevamente se desencadenaron contra mí”. Tras denunciar como responsables de su muerte a los grupos económicos nacionales e internacionales, Vargas concluía:

He luchado mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo a una presión constante, incesante, soportando todo en silencio, olvidando todo, renunciando a mí mismo para defender al pueblo, que ahora se queda desamparado. No puedo daros nada más que no sea mi propia sangre.

Se cerraba así un período de gobierno que marcó la eclosión de las contradicciones que se venían gestando hacía mucho en el proceso de desarrollo económico de Brasil. El hecho básico que debe considerarse es que la industria nacional se expandió gracias al sistema semicolonial de exportación, que caracterizó a la economía brasileña antes de los años treinta, y que esa industria no sufrió limitación o competencia sensible, en virtud de las condiciones excepcionales que habían creado la crisis de 1929 y el conflicto mundial. El compromiso político de 1937 había tenido por base esa realidad objetiva. Hacia los años cincuenta la situación cambia. Mientras la industria se empeña en mantener altos los tipos de cambio, lo que la lleva a chocar con el sector agroexportador, cuyas ganancias quedaban así disminuidas, es-

te sector ya no puede ofrecer a la industria el monto de divisas que le había proporcionado en otros tiempos. Por el contrario, muchas veces se hace necesario que, mediante la formación de existencias generosamente pagadas, el Gobierno garantice las ganancias de los plantadores y exportadores, existencias que, en verdad, corresponden a la inmovilización de recursos necesarios para la actividad industrial.

La crisis del sector externo de la economía brasileña expresaba, por lo tanto, la ruptura de la complementariedad que había caracterizado las relaciones de la industria con las actividades agroexportadoras. Esta crisis se agravó con otro elemento: la remuneración del capital extranjero. Como observa Caio Prado Júnior, los gastos anuales medios relativos a la exportación de capital fueron, en el período 1949-1953, de casi 3.000 millones de cruzeiros, suma sólo superada por la exportación de café y muy superior a la que se gastó en la importación de equipos mecánicos y vehículos motorizados, que constituyen suplementos esenciales para la economía.² Como la remuneración del capital extranjero sólo puede cubrirse normalmente con los recursos de la exportación, y de hecho se asistía a una crisis de la exportación, era evidente la interacción de esos dos elementos: del sector externo y sus repercusiones sobre los intereses de la industria.

Las luchas políticas de 1954 reflejaron la agudización de esas contradicciones de la sociedad brasileña, que terminaron con una tregua y no con una solución. Tras la muerte de Vargas, efectivamente, se intentó un compromiso, entregándose la Presidencia de la República a Café Filho, vicepresidente cuya candidatura fue presentada por el Partido Socialista al mismo tiempo que se le rodeaba de un ministerio donde la derecha se encontraba muy bien representada. El importante Ministerio de Hacienda quedó en manos de Eugenio Gudin, abiertamente favorable a la más estrecha colaboración con el capital extranjero y contrario a todo programa intensivo de industrialización.

² Caio Prado Júnior, *História econômica do Brasil*, São Paulo, Brasiliense, 1959, p. 321.

Ese compromiso mostraba, en realidad, el callejón donde se encontraban las fuerzas brasileñas. El Gobierno abandonó los arrojados proyectos de Vargas para hacer lo que se llamó “un sondeo de la política económica para regresar a su modelo convencional, preocupada por la estabilidad, mediante la contención de la demanda global”.³ Hasta 1956, ninguna iniciativa importante capaz de alterar el equilibrio relativo que se establecía entre los grupos dominantes marcó la acción gubernamental, con excepción de la Instrucción 113 de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito, actual Banco Central.

Esa Instrucción, sin alterar el sistema cambiario vigente, daba facilidades excepcionales al ingreso de capitales extranjeros, en la medida en que permitía que las máquinas y los equipos introducidos al país por empresas extranjeras no tuvieran cobertura cambiaria, exigencia que se mantenía para las empresas nacionales. Bajo la vigencia de esa norma, combinada con la Ley 2.145/54, es decir, entre 1955 y 1961, el importe total de capitales extranjeros, que bajo la forma de financiamientos o inversiones directas entraron en el país, fue de unos 2.300 millones de dólares. Hecho que, como veremos, no podía dejar de tener influencia sobre el equilibrio social y político existente.

Por este medio, la burguesía industrial tomaba una posición frente a la crisis que había surgido en el sector externo. Agobiada por la escasez de divisas, que amenazaba con un colapso de todo el sistema industrial, la burguesía aceptaba el suministro, por parte de los grupos extranjeros, de divisas necesarias para la superación de esa crisis, concediéndoles a cambio una amplia libertad de ingreso y de acción, y renunciando, por lo tanto, a la política nacionalista que se había esbozado con Vargas. Las condiciones especiales de la economía norteamericana, que más que nunca necesitada de nuevos campos de inversión, garantizaban el acuerdo.

³ Centro de Desarrollo Económico CEPAL-Banco Nacional de Desarrollo Económico de Brasil, *15 anos de política econômica do Brasil*, 1964, mimeo, p. 16.

LATIFUNDIO CONTRA INDUSTRIA

Es evidente que ese acuerdo no fue firmado mientras “se tomaba el té”. En noviembre de 1955, tras una tentativa de la derecha para quedarse sola en el poder, se verificó lo que se llamó, con un eufemismo, el *contragolpe del 11 de noviembre*, bajo el mando del ministro de Guerra, mariscal Teixeira Lott. Se aseguró, así, la toma de posesión, en la Presidencia y Vicepresidencia de la República, de los candidatos elegidos en octubre por la coalición del Partido Social Demócrata y el Partido Laborista: Juscelino Kubitschek, ex gobernador de Minas Gerais, y João Goulart.

Desde el primer año de su gobierno, en 1956, el nuevo presidente lanzó un ambicioso programa de desarrollo económico —el Plan de Metas—, cuya aplicación empezó al año siguiente. Aunque contaba con facilidades arancelarias y estímulos fiscales a la iniciativa privada, el Plan se respaldaba, principalmente, en las inversiones públicas en sectores básicos y en los ingresos de capital extranjero. Para mantener el ritmo previsto se hacía necesaria una inversión monetaria importante en las obras públicas y en la construcción civil; Kubitschek prefirió concentrarlas, *ad suam majorem gloriam*, en la edificación de una nueva capital: Brasilia.

La expansión económica que se logró fue apreciable; pero para comprender cómo evolucionaron las relaciones de clase hay que examinar las condiciones en que se produjo. Un primer punto que se debe destacar es la participación del capital extranjero. Dijimos que el total de inversiones y financiación de origen externo suma casi 2.500 millones de dólares para el período, lo que indica un refuerzo considerable de la posición de los grupos extranjeros en la economía brasileña. Las formas específicas que asume ese refuerzo se pueden imaginar si señalamos que casi la totalidad de esa suma se destinó a las actividades infraestructurales y a la industria ligera y pesada, y si se considera que grandes partes, difíciles de estimar, de esos capitales vinieron asociados a empresas nacionales; al proceder de esa manera se aprovecharon de la facilidad creada por la Instrucción 113 para la importación

de equipos sin cobertura cambiaría. Es natural, por lo tanto, que en virtud del crecimiento de la intervención del factor extranjero en la economía, y de los lazos que el mecanismo de la asociación estableció entre este sector y el nacional, creciera la influencia de los grupos económicos internacionales en la sociedad política brasileña.

Otra consecuencia tendrá la ampliación en la intervención del sector extranjero, y será su repercusión sobre las relaciones existentes entre el sector industrial y el agroexportador. Efectivamente, el deterioro de la situación económica de este último, que ya señalamos, no correspondió a la depreciación de su fuerza política. Esto no se debió tan sólo a la firme posición que ocupaba en la estructura política ni al dominio que ejercía sobre la masa campesina, decisivo en el juego electoral, sino también a la dependencia en que se encontraba todavía la industria en relación con la exportación, fuente de divisas para sus importaciones, dependencia que la extensión del sector extranjero vino a acentuar:

[...] los beneficios obtenidos por las empresas imperialistas en Brasil sólo se pueden liquidar (y sólo entonces constituirán para ellos verdaderos lucros) con los saldos de nuestro comercio exterior, por ser de la exportación de donde proceden nuestros recursos en moneda extranjera. Descontada la parte de esos recursos que se destinen a pagar las importaciones, es del saldo restante, y solamente de él, de donde podrá salir el beneficio de las inversiones hechas aquí por los *trusts*.⁴

Esta observación tiene implicaciones seguras en el análisis de las relaciones de clase, tal como se desarrollaron en ese período. Es de hecho evidente que la tregua que se estableció entre los grupos industriales y agroexportadores en la fase de ejecución del Plan de Metas terminó por traducirse en un incremento de su solidaridad mutua, gracias a la influencia del capital extranjero

⁴ Caio Prado Júnior, *História econômica do Brasil*, op. cit., p. 325.

invertido en la industria, al que le importa mucho más el aumento de las ganancias de la exportación. Se comprende así que en el proceso de intensiva capitalización que representó el período de Kubitschek, la industria haya permitido, sin protestar, que una buena parte del aumento de la productividad urbana fuera transferida hacia el sector agroexportador, por mediación de la mecánica de los precios,⁵ como incentivo a las actividades de este sector, y que igualmente haya aceptado la política de almacenamiento del café, destinada a sostener los precios internacionales del producto, que entre 1954 y 1960 absorbió nada menos que 147.000 millones de cruzeiros, correspondientes a un promedio anual de 1,32% del producto nacional bruto.⁶

Pero si la contradicción entre los sectores industrial y agroexportador tendía a disminuir, otra oposición, nueva en cierta manera, hacía su aparición en la economía brasileña. El examen del cuadro de los precios de intercambio entre los productos agrícolas e industriales no muestra tan sólo una transferencia de renta urbana hacia la agricultura en general, sino, en particular, una fuerte transferencia hacia la agricultura que produce para el mercado interno.⁷ Si se considera que, en el período 1955-1960 en que se acentúa esa tendencia, la tasa de expansión de la producción agrícola para el mercado interno disminuye (pasando de 4,9% en el período 1947-1954 a 4,3% en 1955-1960), mientras se eleva la tasa anual de crecimiento industrial (de 8,8% a 10,4% en los períodos considerados), se concluirá que la aceleración de

⁵ Los precios agrícolas globales pasaron del índice 222,6 en 1954 a 686,3 en 1960, mientras el índice de los precios industriales progresó de 204,2 a apenas 462,4 en los años considerados (1949 = 100). Presidencia de la República de Brasil, *Síntesis del Plan Trienal de Desarrollo*, diciembre de 1962, p. 126.

⁶ Centro de Desarrollo Económico CEPAL-Banco Nacional de Desarrollo Económico de Brasil, *15 años de política económica do Brasil*, op. cit., p. 66.

⁷ Si el índice relativo de los precios agrícolas en general y los precios industriales, tomando como base a 1949, pasa de 118,8 en 1955 a 148,4 en 1960, el de los precios del producto agrícola para el mercado interno se eleva de 109 a 147,6 en los años considerados, presentando, pues, una progresión más rápida. Presidencia de la República de Brasil, *Síntesis del Plan Trienal de Desarrollo*, op. cit., p. 126.

la transferencia de rendimientos relativos a la productividad urbana hacia el campo se debe, básicamente, a una rigidez relativa de la oferta de bienes agrícolas, frente a una demanda urbana creciente.⁸

La causa fundamental de esa rigidez no ha de buscarse muy lejos:

Todos los estudios e investigaciones sobre las causas del atraso relativo de la agricultura brasileña, de su baja productividad y de la pobreza de las poblaciones rurales conducen, unánime e inevitablemente, a la identificación de sus orígenes en la deficiente estructura agraria del país [dirá el gobierno de Goulart, al lanzar su Plan Trienal de Desarrollo, subrayando:] El rasgo característico de esa estructura agraria arcaica y superada, que está en conflicto peligroso con las necesidades sociales y materiales de la población brasileña, es la absurda y antieconómica distribución de las tierras.⁹

Esa estructura, que deja en manos de menos del 26% de los propietarios más de la mitad de las tierras, mientras adjudica el 10% de éstas al 75% de la población activa rural en condiciones de muy baja productividad, reduce a la mayoría de los campesinos a una situación permanente de subempleo y de miseria, y permite, además, que a través del arrendamiento de la tierra, toda la riqueza producida en el sector agrícola se la apropie una minoría de terratenientes.

Tal estructura es un obstáculo a la ampliación del mercado interno para los productos industriales. Por lo tanto, en un momento en que las inversiones extranjeras en la industria tienden a minimizar el divorcio creciente entre los intereses industriales y los del sector agroexportador, la oposición entre la industria y la agricultura para el mercado interno agrava globalmente la contradicción existente entre el sector industrial y el sector agrícola. La consecuencia es el planteamiento cada vez más urgente de la reforma agraria.

⁸ *Ibid.*, p. 127.

⁹ *Ibid.*, pp. 140-141.

Esta verdad será aún más evidente cuando, hacia 1960, declinan los ingresos de capital extranjero, al mismo tiempo que, pasado el período de maduración de las inversiones, los grupos internacionales vuelvan a presionar sobre la balanza de pagos para exportar sus beneficios. En ese momento —grave por la tendencia a la baja de los precios de exportación— la expansión industrial brasileña se verá contenida de dos maneras: desde el exterior por la crisis de la balanza de pagos, que no deja otra alternativa que devaluar la moneda, lo cual dificulta todavía más las importaciones esenciales, o contener la exportación de beneficios y ampliar el mercado internacional para los productos brasileños; y desde el interior, por el agotamiento del mercado para los productos industriales, mercado que sólo podrá ampliarse a través de la estructura agraria. Ahí se funda, desde el punto de vista de la burguesía industrial, el binomio *política externa independiente/reforma agraria*, que dominará el debate político a partir de 1960. De manera general, este dilema es el mismo que se presentó hacia los años 1953-1954 y que desencadenó la crisis política colmada por el suicidio de Vargas. Se podría decir, entonces, que con ayuda sobre todo de la Instrucción 113 se logró superar la crisis sin solucionarla, y que su aplazamiento sólo condujo a que volviera a presentarse con mayor violencia. Aquí es donde debemos verificar el comportamiento de factores que, teniendo todavía un papel secundario en la crisis de 1954, habían continuado desarrollándose.

LA ESCISIÓN HORIZONTAL

Dijimos que, gracias sobre todo al alquiler de la tierra, la estructura agraria brasileña permite el drenaje de toda la riqueza producida en el campo hacia una minoría de grandes propietarios. Más grave es que cualquier cambio tecnológico introducido en el trabajo agrícola, como la utilización de equipos y fertilizantes producidos por la industria, no se refleja en una mejora real de la situación del campesino. Por el contrario, es fuente de desempleo, y fuerza al trabajador rural a huir a las ciudades, donde, por

una parte, se sumará al triste cuadro de las *favelas* cariocas, de los *mocambos* de Recife, de las *ciudades satélite* de Brasilia, y, por otra parte, contribuirá a envilecer el nivel de los salarios urbanos por el aumento de la oferta de mano de obra. Además, mientras la introducción de la tecnología en la agricultura aumenta el nivel de la productividad (el producto, por persona ocupada en la agricultura, subió de 100 en 1950 a 127,7 en 1960), esa estructura impide que esas ganancias vayan al trabajador, con lo cual; el aumento de la productividad tan sólo pasa a significar una intensificación de la explotación del trabajo.

Es natural, pues, que en la segunda mitad de la década de los cincuenta se agudizasen las luchas en el campo por la posesión de la tierra. En 1958 surge en Galilea, Pernambuco, la primera liga campesina bajo el liderazgo de Francisco Julião. El movimiento se amplía rápidamente y en poco tiempo se desborda hacia el noreste, y llega al sur, sobre todo al viejo y oligárquico estado de Minas Gerais. Mera asociación de autodefensa y solidaridad al principio, las ligas campesinas no tardan en situarse en el escenario político con una bandera arrancada de las manos a las clases dominantes: la reforma agraria radical. El Congreso Nacional de los Campesinos, efectuado en 1961 en Belo Horizonte, con una representación de más de mil líderes rurales de todo el país, expresa la afirmación definitiva del movimiento campesino. La reforma agraria dejaba de ser un tema de discusión de los expertos y se convertía en uno de los factores más importantes de la lucha de masas en Brasil.

De una manera más sutil, la cuestión agraria influiría también sobre el movimiento de masas en la ciudad. Supliendo constantemente con sus excedentes el mercado urbano de trabajo, la estructura agraria brasileña contribuía a que el nivel de los salarios se mantuviera estacionario, al mismo tiempo que, por el aumento desproporcionado de los precios agrícolas, forzaba violentamente el alza del costo de la vida. El fenómeno afectaba también a la clase media asalariada, cuyos ingresos estuvieron siempre en función del salario mínimo obrero.

Esta tendencia era reforzada por la política general del Gobierno, y se constituía en una necesidad del programa de industrialización, que dependía de una intensificación del proceso de acumulación de capital.

Durante el período del Plan de Metas [dice un estudio del Centro de Desarrollo Económico CEPAL-BNDE] se procuró mantener constantes los salarios nominales, resistiéndose a la concesión de reajustes y facilitándose la captación de ahorros forzados de los sectores de ingresos contractuales. [Y añade:] Es evidente que el factor mayor para el éxito de esa política fue la presencia de una oferta flexible de mano de obra sin un elevado grado de organización sindical... [siendo el] comportamiento salarial de indiscutible importancia en la obtención de altas tasas de inversión.¹⁰

Gracias a este expediente fue posible contener de manera relativa las presiones inflacionarias en esta fase de intenso desarrollo económico, de tal manera que la tasa de inflación, que fuera de 14,9% en 1953, no fue más allá del promedio de 22,7% en el período 1957-1959. Desde 1959, sin embargo, un factor perturbador interviene en el comportamiento de la economía, representado por la ascensión espectacular de los movimientos reivindicativos de la clase obrera, que presionó para detener la caída del poder de compra de los salarios. La razón directa de esta tendencia puede buscarse en la elevación brusca del costo de vida, determinada principalmente por el alza de los precios de los productos alimenticios, que se volvió sensible a partir de ese año.

Esa elevación del costo de vida coincide con la aceleración del grado de organización sindical de la clase obrera. En efecto, mientras crecían por la industrialización los efectivos del ejército obrero, los sindicatos pasaron a buscar fórmulas para superar los obstáculos a su acción común, que derivaban de la legislación heredada del *Estado Novo*: en la imposibilidad inmediata de formar

¹⁰ Centro de Desarrollo Económico CEPAL-Banco Nacional de Desarrollo Económico de Brasil, *15 anos de política econômica do Brasil, op. cit.*, p. 63.

una directiva única, los *pactos de acción conjunta* les permitieron coordinar sus actividades. Eso fue sensible especialmente en los trabajadores de las empresas estatales o paraestatales —como Petrobrás, los ferrocarriles y las administraciones de los puertos—, cuya importancia económica y estratégica les proporcionaba mayor poder de discusión. La llamada *huelga de la paridad*, que hacia fines de 1960 reunió en Río de Janeiro a los portuarios, estibadores y marítimos con el apoyo de otras categorías, fue una demostración de fuerza del movimiento obrero, cuya importancia estriba en que no le fue posible al Gobierno detenerla mediante el manejo de los *pelegos* al servicio del Ministerio del Trabajo.

La consecuencia es que la curva de los salarios, que después de un período estacionario presentó una tendencia al descenso desde 1956, a partir de 1961 muestra una ligera recuperación. Al intento de las clases empresariales de contestar a la presión sindical con nuevos aumentos de precios (el costo de vida subió de 24% en 1960 a 81% en 1963), la clase obrera responde con la obtención de reajustes salariales. Eso se ve cuando se considera que el salario mínimo urbano, en el período 1955-1960, se mantuvo estable por un promedio de 25 meses, y se reajustó todos los años, después de 1961, y cada seis meses a partir de 1963.

Normalmente la inflación es un mecanismo por el cual las clases dominantes de una sociedad buscan mejorar su participación en el monto de las riquezas producidas. En el Brasil de los sesenta, su aceleración indicaba una lucha entre precios y salarios que sólo significaba que la inflación, como instrumento de acumulación de capital, dejaba de ser eficaz. Era imposible continuar financiando la industrialización mediante ahorros forzados, cuando se tenía el nivel de vida popular comprimido al máximo (gracias a la erosión constante a que habían estado sometidos los salarios) y un movimiento sindical en mejores condiciones para defenderse. Paralelamente a la disputa entre las clases dominantes por las ganancias originadas en el aumento de la productividad (que mostramos al tratar de la relación entre precios industriales y agrícolas), esas clases tenían que enfrentarse ahora con la resistencia opuesta por las masas populares. Inútilmente la tasa de

inflación saltó de 25% en 1960 a 43% en 1961, a 55% en 1962 y a 81% en 1963; de ser un mecanismo de distribución de la renta en favor de las clases dominantes, el proceso inflacionario se convirtió en una lucha a muerte entre todas las clases de la sociedad brasileña con miras a asegurar su propia supervivencia, y no podría terminar de otra manera sino poniendo a esa sociedad frente a la necesidad de una solución de fuerza.

El desarrollo económico que el país experimentó desde la segunda década del siglo lo había conducido a una crisis que se había podido contornear, en 1954, gracias al insuficiente grado de agudización de las contradicciones que contenía. En los primeros años de la década de los sesenta, sin embargo, tales contradicciones asumían un carácter mucho más grave, no solamente desde el punto de vista de las relaciones externas, como pretenden muchos, sino también desde las oposiciones que se habían desarrollado en el interior mismo de la sociedad. A la escisión vertical que en 1954 oponía a la burguesía industrial, al sector agroexportador y a los grupos extranjeros, se sumaba ahora horizontalmente la oposición entre las clases dominantes como un todo, y las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

EL BONAPARTISMO DE QUADROS

Desde el comienzo del período 1961-1964 el país presenció tres intentos de implantar un gobierno fuerte, tentativas que se basaron en diferentes coaliciones de clase y que reflejaron, en último término, la correlación real de fuerzas en la sociedad brasileña. La primera concretada en el gobierno de Janio Quadros, quien sucedió por vía electoral a Juscelino Kubitschek, representó un bonapartismo carismático, ungido de legalidad y teñido de progresismo en grado suficiente para obtener la adhesión de las masas, al mismo tiempo que lo bastante liberado de compromisos partidarios para que, en nombre del interés nacional, pudiese arbitrar los conflictos de clase. A pesar de no pertenecer a los cuadros del principal partido que lo apoyó —la Unión Democrática Nacional—, y siendo por su naturaleza contrario a la actuación

política basada en fuerzas organizadas, Quadros era aún más indicado para ese papel en virtud de la ambigüedad que había marcado su llegada al poder: un candidato de la derecha que lograría una enorme penetración popular gracias a los temas *estabilidad monetaria, reformas estructurales, política externa independiente* en que centró su campaña electoral.

Declarado presidente, se rodeó de un ministerio conservador e inexpressivo y dejó claro desde el principio que gobernaría solo, pues sus ministros eran solamente secretarios particulares. Su primera medida de gobierno fue aplastar violentamente, incluso moviendo una parte de la *escuadra*,¹¹ una huelga estudiantil sin importancia surgida en Recife. En lo sucesivo su comportamiento fue el de un déspota; se mostraba despectivo frente a cualquier tipo de presión y no ocultaba un soberano desprecio por los sindicatos, las directivas estudiantiles, los órganos patronales, los partidos políticos..., en fin, por cualquier forma de organización.

Su iniciativa más notable fue la reformulación general del esquema cambiario. Por medio de la Instrucción 204 de la SUMOC,¹² y su complemento, quedó abolido el sistema adoptado en 1953, extinción que alcanzaba a todos los regímenes establecidos bajo tal sistema, incluso la Instrucción 113. El nuevo esquema cambiario creaba un solo mercado para las importaciones y exportaciones, donde la tasa de cambio se fijaba libremente, dejando así de ser uno de los instrumentos primordiales de la política económica. El Gobierno sustituyó ese instrumento por la tributación interna sobre las importaciones y exportaciones, por la utilización de cuotas de retención de los beneficios y por la emisión de bonos de importación. Aumentaba de este modo la disponibilidad del tesoro público, al mismo tiempo que beneficiaba las exportaciones, gracias a la devaluación monetaria provocada por la Instrucción 204.

La nueva política cambiaria fue considerada por amplios sectores de la izquierda como una capitulación de Quadros frente a

¹¹ Con este término el autor se refiere al ejército o policía militar (*N. del E.*).

¹² Superintendencia de la Moneda y el Crédito (*N. del E.*).

los intereses del sector agroexportador y de los grupos extranjeros, expresados estos por el Fondo Monetario Internacional. Esto nos parece una simplificación. Es significativo, en efecto, que los grandes grupos económicos, sean de la industria o de la agricultura y comercio de exportación —en una palabra, la economía de São Paulo— aplaudiesen las directrices gubernamentales. Pero la oposición partió, sobre todo, de los productores de café de tipo inferior, principalmente los del estado de Paraná, y de los grupos comerciales a ellos ligados, cuya actividad antieconómica fue sancionada por Quadros mediante la tributación diferencial. También se opusieron los sectores industriales que se encontraban en situación económica difícil o que estaban todavía en fase de implantación —por lo tanto, necesitados de los privilegios concedidos por el antiguo sistema cambiario—, que tienen su mejor ejemplo en la industria textil de todo el país y en la joven siderurgia de Minas Gerais.

La liberación de los cambios tenía, pues, un doble objetivo: desahogar al sector externo abriendo perspectivas para superar la grave crisis en que vivía, ampliar al mismo tiempo los recursos del Estado para atender los compromisos de la deuda exterior y permitir, con un mayor liberalismo económico, que la economía interna marchase hacia una “racionalización”, es decir, eliminar los sectores considerados antieconómicos o todavía incapaces de enfrentarse a la competencia. No es necesaria mucha perspicacia para ver que eso libraba a las empresas medias y pequeñas al apetito de los grandes grupos económicos.

La misma tendencia se manifestó en la política relativa al capital extranjero. Anulando los privilegios que había tenido hasta entonces, la Instrucción 204 no establecía limitación alguna a su actividad. El proyecto de ley presentado al Congreso por el Gobierno, en el que se proponía reglamentar la exportación de beneficios, se basaba, a su vez, en métodos liberales, principalmente la tributación. Ningún límite cuantitativo se planteaba allí a la exportación de beneficios y tan sólo se ofrecían ventajas fiscales a aquellos que reinvirtieran en el país.

Simultáneamente, el Gobierno trató de aliviar al sector externo en otras direcciones: primero, negociando la recomposición de la deuda externa, mientras gestionaba la obtención de nuevos créditos en Estados Unidos y en Europa y, un poco más tarde, también en los países socialistas; segundo, planteando la reformulación del comercio exterior con objeto de ampliar el mercado para las exportaciones tradicionales, pero también con el de diversificar las exportaciones con la inclusión de productos manufacturados.

Es natural, pues, que la diplomacia brasileña presentase cambios sensibles. Quadros inició conversaciones para normalizar las relaciones con los países socialistas, en especial con la Unión Soviética (interrumpidas desde 1947); envió una misión comercial a China encabezada por el vicepresidente Goulart; inició una activa política africana abriendo nuevas embajadas y consulados, y enviando misiones comerciales a los jóvenes países de África, y esbozó, también, una nueva política en relación con Latinoamérica.

En este campo la cuestión cubana desempeñó un papel importante. Manifestando siempre su simpatía por la revolución de Castro, Quadros reprobó abiertamente el intento de invasión de 1961 y definió su posición: el pueblo cubano tiene derecho a autodeterminarse, y hay que impedir que, con motivo de la cuestión cubana, los países latinoamericanos se conviertan en mero juguete en el conflicto norteamericano-soviético. La única solución es la constitución de un bloque autónomo que sirva de contrapeso a la influencia norteamericana y permita a Latinoamérica solucionar libremente sus problemas. Este bloque, en las condiciones vigentes en 1961, tendría por eje a Brasil y Argentina. En abril de ese año, en Uruguai, en la frontera brasileño-argentina, Quadros y Frondizi se pusieron de acuerdo sobre esas cuestiones.

La política exterior apareció como la faz más espectacular del gobierno de Quadros, quien la utilizó conscientemente para solucionar no sólo el problema de mercado que apremiaba a la economía brasileña, sino el de los créditos externos que se necesitaban. Esto permitió a Brasil sentarse como una de las estrellas

en la Conferencia de Punta del Este en agosto de 1961, de donde saldría la Alianza para el Progreso. Decidiendo enviar un diplomático de alto rango a la conferencia neutralista de Belgrado, fijada para septiembre; condecorando al ministro cubano Ernesto *Che* Guevara; estableciendo una correspondencia personal con el premier soviético Jrushev en la que se planteaba abiertamente la posibilidad de ayuda económica a Brasil, y preparando cuidadosamente la delegación brasileña que participaría en la sesión anual de las Naciones Unidas, Quadros mostraba que evolucionaba cada vez más hacia una posición de autonomía en el plano internacional, dispuesto a aprovecharse, al estilo nasserista, de las ventajas que eso podía proporcionarle.

En el interior, esa política externa rendía también sus dividendos. El respaldo unánime que le daba el pueblo y la importancia que las cuestiones internacionales asumían en el debate político permitían a Quadros hacer olvidar los sacrificios que su política económica representaba para las capas menos favorecidas. Es natural que la contención de las emisiones monetarias, la supresión de los subsidios a bienes esenciales de importación (como el trigo y el petróleo) y la libertad cambiaria se manifestaban en la elevación del costo de vida. Quadros no parecía inclinado, sin embargo, a permitir un aumento correlativo de los salarios. Desdeñando la presión de los sindicatos y la oposición parlamentaria, convocaba a la nación al sacrificio de una “política de austeridad”.

Por otra parte, atacaba los problemas estructurales internos, sobre todo el agrario, con medidas de efecto inmediato, mientras exigía del Congreso una reforma global. Al establecimiento de una política de precios mínimos, favorables al agricultor medio y pequeño, siguió la creación del *crédito rural móvil*, suministrado sin dificultades burocráticas por unidades volantes del Banco del Brasil. Con eso hería hondamente la estructura del dominio de los latifundistas y especuladores comerciales sobre los campesinos, estructura que se apoyaba principalmente en la fijación de precios a la producción y en el agio.

Abriendo tantos frentes, que despertaban el descontento de los más distintos sectores, desde los comunistas hasta los de extre-

ma derecha, Quadros se escudaba sólo en su fuerza personal, no preocupándose nunca de resguardarse en un dispositivo político, popular y militar propio. Cuando, después de dos o tres ataques de Lacerda, renunció sorprendentemente a la Presidencia el 25 de agosto de 1961, su prestigio popular llegaba a la cima y nada parecía, en verdad, amenazar su posición. ¿Qué había pasado?

Se admite que, al desafiarle, Lacerda estaba respaldado por los ministros militares y cubierto por grupos patronales insatisfechos con la política de Quadros. Cuando éste trató de impedir que Lacerda hablase por la televisión el 24 de agosto, los jefes militares se negaron a cumplir sus órdenes. Se le forzaba, así, a arreglarse con la derecha o a declararle la guerra, y su renuncia fue una estrategia para eludir ese dilema. Quadros tenía conciencia de su fuerza política, confirmada por el hecho de que la derecha no osaba atacarlo de frente, limitándose a intentar contenerlo. La circunstancia de encontrarse sin sucesor legal (porque al renunciar, el vicepresidente Goulart estaba en China), llevaría al país al caos, pues, en cualquier hipótesis, Quadros se sentía seguro de que la derecha le prefería mil veces más a él que a Goulart. Renunciando (proceso que empleó con éxito durante la campaña electoral para doblegar a la UDN), esperaba volver al poder en brazos del pueblo, con lo que dispondría de una fuerza tal que ya nadie —ni el Congreso, ni los partidos, ni los militares— podría enfrentársele. Si las articulaciones de la derecha, bajo el liderazgo de Lacerda, permiten, pues, que se hable de una tentativa de golpe, la respuesta de Quadros, con su renuncia, era también de un gesto *golpista*, y ambas se inscriben en la tendencia hacia el gobierno de fuerza que caracterizaba a la política brasileña.

GOULART Y LA COLABORACIÓN DE CLASES

Los acontecimientos que siguieron confirmaron y desmintieron, al mismo tiempo, las esperanzas de Quadros. Tenía razón al creer que su renuncia llevaría al país al borde de la guerra civil, pero se engañaba al pensar que el movimiento popular le restituiría el poder. Contrario de lo que le dictaba su concepción carismática

y pequeñoburguesa de la política, el pueblo como tal no existe sino como fuerzas populares que se mueven siempre bajo la dirección de grupos organizados. La desconfianza que inspiraba a esas fuerzas hizo que ellas trataran de aprovechar a su manera el caos que su renuncia había creado. El pueblo, como esperaba Quadros, salió a las calles para enfrentarse a la derecha, pero no tomó su nombre como bandera y sí el de Goulart, mucho más ligado a las directivas de las masas.

Tras un intento fracasado de los ministros militares de Quadros para someter el país a la tutela militar —y que anunciaba lo que pasaría en 1964—, y gracias sobre todo a la resistencia opuesta por el gobernador de Río Grande do Sul, Leonel Brizola, el vicepresidente João Goulart asumió por fin la Presidencia, aunque en el marco de un compromiso que sustituía el régimen presidencial por el parlamentario. Se trataba, evidentemente, de una tregua. Muy pronto Goulart dejó claro que no aceptaría la situación, e inició una campaña cada vez más violenta de desmoralización del parlamentarismo. Por otra parte, si a nivel de la política externa se mantenía el dinamismo impreso por Quadros, en el plano interno entraba en una fase de relativo inmovilismo.

Es necesario observar que ese inmovilismo no era exclusivamente, ni siquiera principalmente, el resultado de la tregua parlamentaria, como Goulart y sus partidarios daban a entender, sino, por encima de todo, del estancamiento de la expansión industrial y del equilibrio a que habían llegado las tensiones sociales. En efecto, desde 1962 la tasa de inversiones declinó (señal segura de que había caído la tasa de beneficios), mientras, reforzados por la movilización provocada por la crisis de agosto, los movimientos reivindicativos de la clase obrera y de la pequeña burguesía se volvían cada vez más agresivos. Era evidente que la economía brasileña estaba en un callejón sin salida. La tregua política resultante de esa situación la agravaba, ya que no permitía a ninguna clase imponer una solución.

La fuerza de Goulart en el movimiento sindical llevó a la burguesía a depositar en él sus esperanzas de contenerlo y utilizarlo en su intento de constituir un gobierno fuerte, capaz de atacar a

los dos factores determinantes de la crisis económica (el sector externo y la cuestión agraria), para abrir así a la economía nuevas perspectivas de expansión. Es decir, se intentaría sustituir el liderazgo carismático de Quadros, basado en una concepción abstracta de la autoridad, por un liderazgo de masas sostenido por fuerzas organizadas y con una ideología definida. Esta tendencia se concretó por la actuación de Goulart, quien se movió en dos direcciones: poco a poco montó un dispositivo militar propio y reforzó su posición en el movimiento sindical. Data de esta fecha el surgimiento de un organismo nuevo que tendría gran repercusión en el equilibrio de las fuerzas políticas: el *Comando General de los Trabajadores* (CGT), cuya constitución era una superación de los obstáculos levantados por la legislación del *Estado Novo* para lograr la unificación del gobierno sindical. Apoyado por la fracción militar progresista y por el CGT, Goulart desarrolló la campaña de 1962, favorable al retorno al presidencialismo.

Lo que así resurgía en el panorama político brasileño era una forma de Frente Popular que Vargas había intentado, sin atreverse a concretarla, y que se convirtió posteriormente en una orientación estratégica del Partido Comunista. Bajo el liderazgo de Goulart, y con el fin de obtener “reformas de base”, ese amplio movimiento, valiéndose de la movilización militar y de dos huelgas generales (5 de julio y 14 de septiembre de 1962), doblegó la resistencia de los sectores reaccionarios del Congreso y logró la convocación de un plebiscito para decidir sobre la forma nacional de gobierno. El 6 de enero de 1963, por aplastante mayoría, el pueblo brasileño aprobó la derogación de la enmienda constitucional de 1961 y la devolución de los poderes presidenciales a Goulart. Parecía, finalmente, que la tendencia bonapartista que se esbozaba en el escenario político de la nación iba a concretarse y que vencería la tesis, preconizada por el PCB, de un gobierno de la burguesía industrial respaldado por la clase obrera.

La tarea fundamental del nuevo Gobierno era hacer frente a la situación económica, cuyo deterioro se manifestaba en dos índices: disminución de la tasa de crecimiento del producto nacional de 7,7% en 1961, a 5,5% en 1962 (con un aumento demográfico

de 3,1% al año), y elevación de la tasa de inflación de 37% en 1961 a 51% en 1962. En diciembre de 1962 Goulart dio a conocer su plan económico, el llamado Plan Trienal de Desarrollo (1963-1965). En líneas generales se trataba de un conjunto de medidas destinadas a reactivar el crecimiento económico y a promover progresivamente un regreso a la estabilidad monetaria. La palabra *desinflación*, que estuviera de moda en el período de Quadros, volvía a los periódicos y declaraciones oficiales.¹³ En este sentido, se preveía la reducción del 4% en los gastos gubernamentales y una reforma tributaria, medidas destinadas a reducir el déficit de más de 700.000 millones de cruzeiros a 300.000 millones, a lograr la renegociación de la deuda externa con el aplazamiento de los pagos, la disciplina del mercado interno de capitales, una contención relativa de los salarios y sueldos en proporción al aumento de la productividad, y, en consecuencia, la reducción del aumento del nivel general de los precios, de 50% en 1962 a 25% en 1963 y a 10% en 1965. Paralelamente, trazaba el Plan una serie de directrices para las reformas estructurales: administrativa, bancaria, fiscal y agraria.

El fracaso del Plan Trienal en el mismo año de 1963 no se debió, en última instancia, al hecho de que se trataba de una programación defectuosa, sino a la contradicción misma que se encontraba en la base del gobierno de Goulart. Nacido de un movimiento popular que se desplegó en agosto de 1961 y culminó con el plebiscito de 1963, ese gobierno tenía por misión, desde el punto de vista de la burguesía, restablecer las condiciones necesarias para asegurar la rentabilidad de las inversiones, es decir, detener la tendencia a la baja que acusaba la tasa de beneficios. A largo plazo eso significaba ampliar el mercado interno mediante una reforma agraria que, mientras no diera resultados, se compensaría con la ampliación del mercado externo buscado por la política exterior. A corto plazo, se trataba de disciplinar el mer-

¹³ La expresión *desinflación* se utilizó por primera vez en el período de Kubitschek, en el plan de estabilización financiera presentado por su ministro de Hacienda, Lucas Lopes, que no llegó a aplicarse. Véase Embajada de Brasil en Estados Unidos, *Survey of the Brazilian Economy*, Washington, 1958, p. 71.

cado existente conteniendo el movimiento reivindicativo de las clases asalariadas. Es decir que a pesar de su sello de gobierno popular, se le exigía a la administración de Goulart que tuviera una actuación impopular y reprimiera las reivindicaciones de las masas. Así, cuando, tras la protesta de los grupos independientes de izquierda y de los sindicatos, el PCB se vio forzado a condenar el Plan Trienal (el primer fruto de un gobierno que tenía todo su respaldo), no hacía, en verdad, sino confesar la imposibilidad de su *frente único* obrero-burgués. Esa condena, en efecto, tendría que hacerla el PCB, cualquiera que fuera el plan del Gobierno, ya que no son las fases cíclicas de depresión las más indicadas para que se establezca una colaboración de clases entre la burguesía y el proletariado.

LA RADICALIZACIÓN POLÍTICA

Otro factor contribuía a dificultar el tipo de alianza que Goulart y el PCB, cada uno por su lado, buscaban. El ascenso del movimiento de masas, que se advertía desde el fin del gobierno de Kubitschek y se aceleró con la crisis de agosto de 1961, se había reflejado en el plano político de modo perturbador. El movimiento de izquierda —que hasta 1960 se dividía entre el PC y el ala izquierda del nacionalismo— sufrió varios fraccionamientos desde 1961. En enero de ese año se constituyó la Organización Revolucionaria Marxista (más conocida como POLOP, en virtud de su órgano de divulgación *Política Operária*) que se propuso restablecer el carácter revolucionario del marxismo-leninismo que el PCB traicionaba. Esa ruptura del monopolio marxista, hasta entonces en manos del PCB (con excepción de la reducida fracción trotskista), era solamente una señal; en 1962 se produjo el cisma interno del Partido Comunista brasileño, entre su directiva y un grupo del Comité Central, constituyéndose los disidentes en un partido independiente, el PC de Brasil, con el periódico *Classe Operária* como su vocero. El mismo año, Francisco Julião, en su manifiesto de Ouro Preto, llamaba a la formación del Movimiento Radical Tiradentes (MRT) e iniciaba la publicación del periódico

Liga, pero en octubre se escindió del MRT. Surgió finalmente la Acción Popular, iniciativa de los católicos de izquierda, que tenía como vocero el periódico *Brasil Urgente*. Esa proliferación de organizaciones se completó con las corrientes que se formaron alrededor de líderes populares como Brizola y Miguel Arraes, gobernador de Pernambuco; y se encontraban en la cumbre del Frente de Movilización Popular, en Río de Janeiro, que reunía además a los principales organismos de masas, como el CGT, el Comando General de los Sargentos, la Unión Nacional de los Estudiantes, la Confederación de los Trabajadores Agrícolas, la Asociación de Marineros. En este parlamento de las izquierdas, el sector radical se oponía con una fuerza cada vez mayor al ala reformista, encabezada por el PCB, en lo que se refiere a la posición que debía asumirse frente al Gobierno.

El aumento de los movimientos de masas y la polarización que se efectuaba en su representación política repercutieron inmediatamente sobre las clases dominantes. Protestando contra la amenaza de reforma agraria, los latifundistas, bajo la dirección de la Sociedad Rural Brasileña, empezaron a armar milicias. Formaciones urbanas del mismo tipo (como el Grupo de Acción Patriótica —dirigido por el almirante Heck, uno de los ministros militares de Quadros—, las Milicias Anticomunistas —vinculadas al gobernador Lacerda— y la Patrulla Auxiliar Brasileña, financiada por el gobernador de São Paulo, Ademar de Barros) hicieron su aparición, mientras los industriales de São Paulo y de Río de Janeiro formaban una “sociedad de estudios” —el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IIES)— que se destinaba a reunir fondos para la actuación contra el Gobierno.

La intervención norteamericana tampoco tardó en revelarse. Como declaró públicamente el subsecretario Thomas Mann, los créditos de la ALPRO, sin pasar por el gobierno federal, se dirigían a aquellos gobernadores “capaces de sostener la democracia”; sólo el gobernador Lacerda recibió, entre 1961 y 1963, 71 millones de dólares por esa vía. El embajador Lincoln Gordon desplegaba una actividad inmensa junto a las clases empresariales. Y un organismo directamente financiado por los grupos

extranjeros y —como denunció el gobierno de Goulart— por la Embajada de Estados Unidos, el Instituto Brasileño de Acción Democrática (IBAD), interfirió abiertamente en la vida política, sosteniendo a un grupo parlamentario (Acción Democrática Parlamentaria) y financiando, en las elecciones, a los candidatos de su preferencia.¹⁴

Esta movilización de las clases dominantes mostraba que el esquema burgués-popular, bajo el cual se formó el gobierno de Goulart, era impracticable. Frente a la intensificación de la lucha de clases (que la tasa de inflación relativa a 1963, de 81%, claramente expresa) y el estancamiento de la producción (aumento bruto de 2,1%, con las inversiones aún en recesión), la burguesía retiraba cada vez más su apoyo a Goulart y se dejaba ganar por el pánico difundido por los grupos reaccionarios. Además, como señalamos, la expansión del sector extranjero de la economía, su penetración intensiva en el campo industrial y su organización en el plan político a través de órganos como el IBAD, contribuían a diluir la resistencia burguesa. El fracaso de Goulart, al tratar de contener el movimiento reivindicatorio de las masas —el Plan Trienal se frustraría justamente por eso, más específicamente por el aumento de sueldos logrado por la burocracia pública en octubre de 1963— y la radicalización política, que llegaba ya a las Fuerzas Armadas (rebelión de los sargentos en Brasilia en septiembre de 1963), alejaron progresivamente a la burguesía de Goulart.

Ese divorcio se vio agravado por la polarización de las clases medias hacia la derecha. Sufriendo una violenta disminución en su nivel de vida, habiendo sucedido esto en medio de constantes huelgas del CGT y de los estudiantes, bajo un gobierno llamado de

¹⁴ Los gastos del IBAD en los comicios para gobernador de Pernambuco y su confraternización con los marinos rebeldes en 1962, mismo año en que apoyó al adversario de Miguel Arraes João Cleofas, representaron alrededor de 500 millones de cruzeiros, como comprobó la comisión parlamentaria que investigó la actuación de ese organismo. Sobre la intervención norteamericana en la política de Brasil en ese período, véase el informe periodístico de Robinson Rojas, *Estados Unidos en Brasil*, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana, 1965.

izquierda, las clases medias se hicieron cada vez más permeables a la propaganda que les presentaba las reivindicaciones obreras como el elemento determinante del alza del costo de la vida. A su vez, las huelgas sucesivas que paralizaban los transportes y demás servicios públicos, algo que afectaba directamente a las clases medias, les parecían a éstas una confirmación de que el país se encontraba al borde del caos, y las llevaron a aceptar la tesis de la derecha de que todo eso era un plan comunista. La intervención de la Iglesia católica precipitó esa tendencia. A través del *rosario en familia*, en todas las ciudades se realizaron concentraciones hogareñas anticomunistas. De ahí se pasó a las manifestaciones públicas, a las llamadas *marchas de la familia, con Dios, por la libertad*. En enero de 1964, con ocasión del Congreso Unitario de los Trabajadores de América Latina que se debía realizar en Belo Horizonte, la pequeña burguesía de allí salió a la calle azuzada por los latifundistas y los curas, y logró que el movimiento se transfiriera a Brasilia. Por primera vez, desde el “integralismo” fascista de los años treinta, la derecha movilizaba a las masas. Los conflictos populares entre grupos radicales se hicieron cada vez más frecuentes y violentos, y el país pasó a vivir un clima prerrevolucionario.

Goulart, sintiendo que la tierra se movía bajo sus pies, intentó volverse a la izquierda. Su mensaje anual al Congreso, en los primeros meses de 1964, constituía un ultimátum para la aprobación de las reformas de base. Luego emprendió la movilización popular. En el mitin del 13 de marzo que en Río de Janeiro reunió alrededor de 500.000 personas, dio a conocer al pueblo varios decretos, entre ellos el de la limitación de los alquileres urbanos, el de la nacionalización de las refinerías petroleras privadas y el de la incautación de las tierras situadas al borde de las carreteras. Allí, con los representantes del CGT, rodeado de los estudiantes y de los sargentos, al lado de Brizola y Arraes, y frente a las pancartas del PCB y demás organizaciones de izquierda, Goulart aceptaba la prueba de fuerza con la reacción. El 13 de marzo, las clases dominantes vieron a la izquierda unida anunciando el fin de una era.

Pero si la estrategia de Goulart fue buena para devolverle un año antes los poderes presidenciales, no lo era para hacerlo el dictador de un gobierno popular. Cuando la rebelión de los marinos, y su confraternización con los trabajadores del Sindicato de los Metalúrgicos de Río, quebró días después la disciplina militar y dio pretexto a la derecha para evocar a los soviets, su dispositivo de sustentación se escindió. La fracción militar le hizo saber que no lo seguiría apoyando si no disolvía el CGT y liquidaba las organizaciones de izquierda. Ceder ante los militares era convertirse en su prisionero, y un prisionero sin valor, puesto que Goulart no ignoraba que toda su fuerza política reposaba en el prestigio derivado de unirse a los sindicatos. Por otra parte, confiando siempre en que su triunfo dependía de la superioridad que tuviese en términos militares, Goulart no había creado las condiciones efectivas para una insurrección popular. El comportamiento de la mayoría de la izquierda, sobre todo del PCB, con su teoría de la revolución pacífica y su *cretinismo parlamentario*, tuvo el mismo efecto: desarmar a las masas.

El 2 de abril, alegando no querer derramar sangre, Goulart pasaba la frontera brasileño-uruguayo. La víspera se había constituido un gobierno provisional que, aunque ilegítimo (el presidente constitucional se encontraba todavía en Brasil), fue reconocido por Estados Unidos. Siete días después, las Fuerzas Armadas se adueñaban del poder proclamando el Acta Institucional, que suspendía prácticamente la Constitución.

LA INTERVENCIÓN MILITAR

El análisis de los hechos muestra claramente que no tienen razón quienes ven el actual régimen militar de Brasil como el resultado de una acción externa. El intento fracasado de 1961 dejó claramente expresado que una intervención militar sólo podría tener éxito si: a) correspondía a una situación objetiva de crisis de la sociedad brasileña, y b) se insertaba dentro del juego de las fuerzas políticas en conflicto. El respaldo que los militares recibieron de la pequeña burguesía, expresado en la “marcha de la

familia” que reunió, el 2 de abril de 1964, a un millón de manifestantes en Río de Janeiro, es señal evidente de que la acción de las Fuerzas Armadas correspondía a una realidad social objetiva. Otra confirmación es la adhesión unánime que recibieron de las clases dominantes.

Es necesario comprender que la escisión que se produjo en las clases medias y que bajo banderas extremistas opuestas las llevó a chocar violentamente en las calles en los primeros meses de 1964 (eso pasó sobre todo en Minas Gerais, de donde procedió el movimiento armado que derrocó a Goulart) indicaba claramente que las tensiones sociales habían llegado a un punto crítico. Tales tensiones oponían con fuerza creciente las clases dominantes, como un bloque, al proletariado, a las capas radicales de la pequeña burguesía urbana (de las que fue expresión el *brizolismo*) y a los campesinos y trabajadores rurales a causa de la agudización de las contradicciones que analizamos anteriormente.

Si se considera, en efecto, el modelo de las crisis políticas por las que pasó el país, se verá claramente que desde 1961 las fuerzas populares ganaban autonomía de acción y las crisis resultaban más difíciles de resolver por acuerdos palaciegos. En el *movimiento pro legalidad*, que se desplegó tras la renuncia de Quadros, todavía les fue posible a los grupos políticos dominantes encontrar una forma de transacción: el régimen parlamentario. Pero en las luchas subsecuentes por el restablecimiento del presidencialismo, si bien el mando estuvo siempre en manos de Goulart, hubo un momento (durante la huelga general de julio de 1962) en que casi se le escapó. Fue el pánico provocado por la amplitud de la huelga general de septiembre y el recuerdo de los disturbios sangrientos que se habían verificado en julio, en Río de Janeiro, los que, aliados al temor de una intervención militar pro Goulart, doblegaron la resistencia del Congreso.

La crisis de septiembre de 1963 presenta ya modalidades distintas. Su iniciativa no se origina en las esferas dominantes, como las anteriores, sino que pertenece a un sector específico del movimiento popular: los sargentos, cuya rebelión, en Brasilia, se halla en el origen de los acontecimientos. En ningún momen-

to Goulart pudo contener la acción autónoma de los sindicatos obreros y estudiantiles. La solución de la crisis, es decir, el rechazo por el Congreso de la declaración de Goulart que establecía el estado de sitio, tuvo como factor decisivo la movilización popular que se desarrolló en todo el país. Tal demostración de fuerza del movimiento popular, y una prueba tal de debilidad de Goulart, convencieron a la burguesía de que la esperanza de que éste pudiera ofrecerle una garantía de “paz social”, gracias al control que ejerció siempre sobre los organismos de masas, era vana. El fracaso subsecuente del Plan Trienal reforzó esa desilusión. Fue entonces cuando la burguesía abandonó a Goulart y cuando las aspiraciones que tuvo de lograr con él un gobierno bonapartista actuaron en beneficio de la derecha.

Naturalmente, no es solamente el recelo que inspiraba el movimiento de masas lo que contribuyó a aproximar la burguesía a las demás clases dominantes y a fundirlas en un bloque. Indicamos ya que la crisis económica visible desde 1962 no favorecía la alianza de la burguesía con las clases populares, sobre todo con la clase obrera, por los sacrificios populares que aquella debería imponer al país. Desde el momento en que Goulart se mostró incapaz de realizar el milagro de esa alianza —y su viraje hacia la izquierda, en marzo de 1964, apenas confirmaba esa incapacidad—, la burguesía, siempre necesitada de un gobierno fuerte, tenía que contar con la derecha. Por otra parte, el cambio que desde 1955 se efectuó en el interior de la clase burguesa, con el aumento del sector vinculado al capital extranjero, hacía cada vez más posible ese arreglo entre los grupos dominantes.

Esto explica por qué la primera faz que mostró el gobierno militar fue la represión policíaca del movimiento de masas: la intervención en los sindicatos, la disolución de los órganos directivos populares (incluso el CGT), la persecución de los líderes obreros y campesinos, la supresión de mandatos y derechos políticos, la prisión y la tortura. Explica también la política económica de ese gobierno, que fue, ante todo, de contención de los salarios, de

restricción del crédito y del aumento de la carga tributaria.¹⁵ En líneas generales, la política de estabilización financiera del actual gobierno quiere crear una oferta de mano de obra más abundante, bajando así su precio, y al mismo tiempo “racionalizar” la economía liquidando la competencia excesiva que produjo en ciertos sectores la expansión industrial, y favoreciendo, por lo tanto, la concentración del capital en manos de los grupos más poderosos. Esto beneficia, por supuesto, a los grupos extranjeros, pero también a la gran burguesía nacional. Esa política representa un intento de resucitar las prácticas originadas por la Instrucción 113 con el objeto de superar la crisis del sector externo; pero obedece también a las exigencias planteadas por el propio desarrollo capitalista brasileño, como son la rebaja de los salarios y la racionalización de la producción.

El hecho de que la burguesía brasileña finalmente haya aceptado el papel de socio menor en su alianza con los capitales extranjeros y decidido intensificar la capitalización, rebajando aún más el nivel de vida popular y concentrando en sus manos el capital disperso en la burguesía pequeña y mediana, tiene serias implicaciones políticas. Para amplios sectores de la izquierda, el actual régimen militar representa el fracaso de una clase —la burguesía nacional— y de una política: el reformismo. Planteada así, en términos radicalmente antiburgueses, la lucha popular tiende a rehuir las soluciones legales y se inclina por la lucha armada. Es evidente que la concreción de esa tendencia depende de la evolución de la crisis en que se debate la economía brasileña.

Pero no sólo de la situación económica pueden valerse las izquierdas brasileñas para llevar a las masas al camino de la insurrección. El carácter *extranjero* del actual régimen militar puede ayudarlas considerablemente. En efecto, si bien rechazamos la

¹⁵ Es interesante observar que la política tributaria del gobierno de Castelo Branco se basó sobre todo en la hoja de salarios, y no en la capacidad de producción de las empresas: salario familiar, impuestos para educación y habitaciones populares, decimotercer salario, etc. Es decir, se incrementó principalmente la carga fiscal de las empresas tecnológicamente menos evolucionadas, que emplean más mano de obra y que corresponden, socialmente, a la mediana y pequeña burguesía.

interpretación simplista que quiere ver en el golpe de abril una acción exterior a la realidad brasileña, no pretendemos negar la existencia y la importancia de la influencia norteamericana en los acontecimientos, no sólo, como señalamos, por la actuación de la Embajada de Estados Unidos en Río de Janeiro y la de organismos como el IBAD, sino también por la política de vinculación de las Fuerzas Armadas de Brasil con la estrategia del Pentágono. El acuerdo militar entre los dos países (firmado en 1942 y ampliado en 1954), la estandarización de los armamentos (1955), la creación de organismos continentales, como el Colegio Interamericano de Defensa (1961), las misiones de instrucción y de entrenamiento, todo eso creó progresivamente una elite militar inclinada a enfocar los problemas brasileños desde la perspectiva de los intereses estratégicos de Estados Unidos. A través de un centro de irradiación (la Escuela Superior de Guerra, a la que perteneció Castelo Branco, así como otros jefes militares del actual régimen) se difundieron teorías como la de la *agresión comunista interna* y la de la *guerra revolucionaria*, creadas por los franceses en la campaña de Indochina. El espíritu de casta y el paternalismo que caracterizan a los militares latinoamericanos hicieron el resto y llevaron a las Fuerzas Armadas brasileñas a llenar el vacío de poder que se había creado.

El régimen militar que se implantó en abril de 1964 inauguró un nuevo estilo en la política exterior de Brasil, cuyo principal objetivo parece ser el de lograr una perfecta adecuación entre los intereses nacionales del país y la política de hegemonía mundial llevada a cabo por Estados Unidos. El examen de esa política exterior arroja una nueva luz en la interpretación de la problemática brasileña, y merece que le dediquemos un capítulo aparte.

2. IDEOLOGÍA Y PRAXIS DEL SUBIMPERIALISMO

La estrecha vinculación a Estados Unidos que, bajo el nombre de “política de interdependencia continental”, orientó a la diplomacia brasileña en el gobierno del mariscal Castelo Branco (1964-1967) ha contribuido a que se considerara al régimen militar bra-

sileño como un simple títere del Pentágono y del Departamento de Estado. En realidad esa política exterior tiene hondas raíces en la dinámica de la economía capitalista mundial y en la manera como Brasil se ve afectado por ella. En otras palabras, dicha política sólo puede analizarse a la luz de los cambios sufridos en la posguerra por la economía norteamericana, tanto internamente como en sus relaciones con los países periféricos a ella; y a la inversa, a la luz de las transformaciones por las que ha pasado la economía brasileña en las dos últimas décadas y su posición actual frente a Estados Unidos.

LA INTEGRACIÓN IMPERIALISTA

La progresión ascensional de la acumulación capitalista en la economía norteamericana y el proceso de trustización que como una constante se presentó allí en este siglo tienen por resultado la concentración siempre creciente de una riqueza cada vez más considerable. Si las inversiones en actividades productivas acompañasen el ritmo de crecimiento del excedente así obtenido, la estructura económica estallaría en crisis quizá más violentas que la de 1929, en virtud del mecanismo mismo que vincula el ciclo de coyuntura a la variación del capital constante. La política antiinflacionaria que de modo general se ha adoptado en Estados Unidos después de la guerra ha permitido contener el ímpetu del crecimiento económico y limitar el monto del excedente, sin lograr impedir, sin embargo, que éste siga muy por encima de las posibilidades existentes para su absorción. Resultan de ahí las sumas siempre más grandes destinadas a las inversiones improductivas, principalmente en la industria bélica y en los gastos de publicidad. Lo restante, que no ha podido esterilizarse de esa manera, se precipita hacia el mercado exterior, lo que convierte a la exportación de capitales en uno de los rasgos más característicos del imperialismo contemporáneo.¹⁶

¹⁶ Véase Paul Baran, "Crisis of Marxism?", en *Monthly Review*, Nueva York, octubre, 1958. Edición en español: "¿Crisis del marxismo?", en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 3, Córdoba, s.f.

La lógica capitalista, que subordina la inversión a la expectativa de beneficio, lleva esos capitales a las regiones y sectores que parecen más prometedores. La consecuencia es, a través de la repatriación de capitales, un aumento suplementario del excedente que impulsa a nuevas inversiones en el exterior, con lo cual recomienza el ciclo en un nivel más alto. Se amplían así incesantemente las fronteras económicas norteamericanas, se intensifica la amalgama de intereses en los países en ellas contenidos y se vuelve cada vez más necesario que, bajo distintas maneras, el gobierno de Washington extienda más allá de los límites territoriales la protección que dispensa a sus nacionales.

A principios del siglo, el más prestigioso teórico marxista de entonces, Karl Kautsky, influenciado por el revisionismo bernsteiniano e impresionado por el proceso de trustización que desde las dos últimas décadas del siglo XIX caracterizaba a la economía capitalista, formuló su teoría del “superimperialismo”: tras la concentración progresiva del capital en un gigantesco trust mundial se podría esperar la centralización política correspondiente y una transición necesaria y pacífica al socialismo. En su prefacio a la obra de Bujarin *La economía mundial y el imperialismo*, que escribió en 1915, Lenin combate la teoría kautskyiana, aunque sin negar la tendencia integracionista presentada por el capitalismo mundial. Lo que pasará, advertía, es que tal tendencia se desarrollará en medio de contradicciones y conflictos que darán un impulso a la tendencia opuesta, antes que ella llegue a su culminación. La guerra de 1914 y la Revolución Rusa, la guerra mundial y los fenómenos que engendró —la formación del bloque socialista y los movimientos de liberación nacional— le dieron la razón.

Siempre es verdad, sin embargo, que la expansión del capitalismo mundial y la acentuación del proceso monopolista mantuvieron constante la tendencia integracionista, que se expresa hoy, de manera más evidente, en la intensificación de la exportación de capitales y en la subordinación tecnológica de los países más débiles. Otro marxista alemán, August Thalheimer, lo advirtió al

acuñar en la posguerra su categoría de la *cooperación antagónica*. En un momento en que la dominación norteamericana parecía incontrastable frente a la destrucción europea que siguió a la guerra mundial, Talheimer fue suficientemente lúcido para percibir que el proceso mismo de integración o cooperación, acentuándose, desarrollaría sus contradicciones internas.

Eso fue, sobre todo, verdadero en lo que se refiere a los demás países industrializados, los que, sometidos a la penetración de las inversiones norteamericanas, se volvieron a su vez centros de exportación de capitales y extendieron simultáneamente sus fronteras económicas, dentro del proceso ecuménico de la integración imperialista. Las tensiones que intervinieron entre esos varios centros integradores de desigual grandeza (como, por ejemplo, Francia y Estados Unidos), aunque no puedan, como en el pasado, llegar a la hostilidad abierta y tengan que mantenerse en el marco de la cooperación antagónica, obstaculizan el proceso de integración, abren fisuras en la estructura del mundo imperialista y actúan vigorosamente en beneficio de lo que tiende a destruir las bases mismas de esa estructura: los movimientos revolucionarios en los países subdesarrollados.

Hay que advertir, en efecto, que no es sólo en el nivel de las relaciones entre los países industrializados que el proceso de integración imperialista alienta su propia negación. Eso se da, principalmente, en el ámbito de las relaciones entre esos países y los pueblos colonizados, y allí reside, sin duda, el factor determinante que lo encamina hacia su frustración. La exportación de capitales y de tecnología en dirección a esas naciones impulsa, de hecho, el desarrollo de su sector industrial, contribuyendo a crear nuevas situaciones de conflicto desde dos puntos de vista, interno y externo, y a propiciar una crisis que altera las condiciones mismas en que se realiza esa industrialización.

Internamente, la industrialización se expresa, en un país rezagado, en la agudización de contradicciones sociales de varios tipos: entre los grupos industriales y los latifundistas-exportadores; entre la industria y la agricultura de mercado interno; entre los

grandes propietarios rurales y el campesinado; y entre los grupos empresariales y la clase obrera, así como la pequeña burguesía. La diversificación económica se acompaña, pues, de una complejidad cada vez mayor en las relaciones sociales, que opone, en primer término, los sectores de mercado interno a los de mercado externo y luego, en el corazón de ambos, a los grupos sociales que los constituyen. Ni siquiera el capital extranjero invertido en la economía puede sustraerse a esas contradicciones y presentarse como un bloque homogéneo: el que se invierte en las actividades de exportación (Anderson Clayton, United Fruit) no tiene exactamente los mismos intereses que el que se aplica en la producción industrial o agrícola para el mercado interno (industria automovilística, aparatos eléctricos domésticos, industria de enlatados), y reaccionarán de modo distinto, por ejemplo, en un proyecto de reforma agraria que signifique ampliación del mercado interno y cree en el campo mejores condiciones de trabajo y remuneración.

El hecho de que el proceso de diversificación social que resulta de la industrialización no se sincronice rigurosamente con el ritmo de la penetración imperialista conduce, por otra parte, a que se agraven los factores antagónicos entre la economía subdesarrollada y la economía dominante. Puede pasar —como sucedió, por ejemplo, en Brasil, entre los años 1930 y 1950— que el sector industrial nacional aumente de manera mucho más rápida que la desnacionalización económica resultante de las inversiones externas. Además de las disputas que surgen entonces entre los dos sectores en su lucha por el mercado interno, sus relaciones pueden agravarse cuando —una vez han alcanzado determinado nivel de industrialización— las necesidades crecientes de la importación choquen, en el terreno cambiario, con las presiones del sector extranjero para exportar sus beneficios, y con las distorsiones que la dominación imperialista impone a la estructura del comercio exterior.

La cuestión tiende a agravarse aún más por otra razón: la reducción del plazo de renovación del capital fijo en las economías avanzadas, como consecuencia del ritmo increíblemente rápido

de las innovaciones tecnológicas,¹⁷ hace que esas economías experimenten una necesidad apremiante de exportar sus equipos obsoletos a las naciones en fase de industrialización. El estrangulamiento cambiario que las prácticas comerciales y financieras de esas naciones provocan en su capacidad de importar contrarresta, empero, esa tendencia. La contradicción sólo puede superarse mediante la introducción de tales equipos en los países subdesarrollados bajo la forma de inversión directa de capital. La consecuencia de tal procedimiento es la aceleración del proceso de desnacionalización —por lo tanto de integración— al mismo tiempo en que allí se implanta un desnivel creciente entre el marco tecnológico y las necesidades de empleo para una población en explosión demográfica. La manera por la cual se procura, pues, superar el estrangulamiento cambiario implica, por los problemas resultantes, la agudización de las tensiones sociales internas, factor decisivo en los movimientos de liberación nacional.

La cooperación antagonica entre la burguesía de los países subdesarrollados y el imperialismo es conducida así a un punto crítico, que ya no le permite existir en su ambigüedad e impone una disyuntiva entre la cooperación, tendiendo a la integración, y el antagonismo, marchando hacia la ruptura. Es lo que pasó en Brasil en 1964, y nos conviene examinar el mecanismo de esa crisis, así como sus consecuencias.

LAS ALTERNATIVAS DEL DESARROLLO CAPITALISTA BRASILEÑO

La crisis del sistema de exportación de Brasil, iniciada en los años treinta y claramente configurada al terminar la Guerra de Corea, lanza a la sociedad brasileña a un proceso de radicalización de sus contradicciones, que expresa la imposibilidad de que el desarrollo industrial siga procesándose dentro de los marcos semi-coloniales hasta entonces existentes. Esa imposibilidad se vuelve visible por la acción de dos limitaciones estructurales. La primera

¹⁷ Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, México, Ediciones Era, 1969.

se manifiesta en la crisis del comercio exterior, donde se verifica una tendencia constante a la baja en los precios de los productos exportados y una incapacidad del principal mercado comprador —el norteamericano— para absorber las cantidades crecientes que necesita exportar la economía brasileña para atender a las importaciones necesarias para la industrialización. La segunda limitación se deriva del régimen de propiedad de las tierras, que estrangula la oferta de géneros alimenticios y materias primas requeridas por la industria y por el crecimiento demográfico urbano, lo que, además de impulsar hacia el alza los precios (que estimula, a su vez, los movimientos reivindicativos de masas), concentra los rendimientos de la agricultura en manos de una minoría y obstaculiza la expansión del mercado interno en lo que respecta a la producción industrial.

Los gobiernos de Café Filho y Juscelino Kubitschek, que suceden a la grave crisis política de 1954 producida por la situación descrita, y que se clausura con el suicidio del presidente Vargas, siendo ambos frutos del compromiso entre las clases dominantes en conflicto, tratarán de encontrar una fórmula de transacción que permita superar la crisis económica sin llevar a una confrontación definitiva de las posiciones implicadas. El recurso elegido es abrir la economía brasileña a los capitales norteamericanos a fin de romper el nudo formado en el sector cambiario. La Instrucción 113 de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito (actual Banco Central) crea el marco jurídico para esa política, que llega a su apogeo con el Plan de Metas del gobierno de Kubitschek, el cual acarrea alrededor de 2,5 millones de dólares en inversiones y financiamientos, y empuja de nuevo la expansión industrial.

Esa expansión empieza, sin embargo, a dar señales de agotamiento hacia 1960, en función de la disminución que se verifica en el nivel de los ingresos internos, de la caída del precio y del volumen de las exportaciones, y de la fuerte exportación de beneficios, lo que sumerge al país en una grave crisis cambiaria; y también por acción de la aceleración del proceso inflacionario, expresión de la lucha que libra la burguesía industrial y financiera con los grupos empresariales rurales, así como con las clases

asalariadas. Hay que tener presente, en efecto, que la expansión industrial brasileña, basada en la intensificación de las inversiones extranjeras, y correspondiendo a la introducción masiva de una nueva tecnología, tuvo por resultado elevar sensiblemente la productividad del trabajo y la capacidad productiva de la industria, pero agravó por eso mismo el problema del empleo de la mano de obra. Así es que entre 1950 y 1960, frente a una tasa de crecimiento demográfico de 3,1% al año, y mientras la población urbana crecía a casi un 6% anual y la producción manufacturera a más de 9%, el empleo en la actividad industrial no presentó un incremento anual mayor de 3%.¹⁸

La crisis estructural de la economía brasileña, cesados los efectos paliativos de la política de importación de divisas, estalló, pues, en una verdadera crisis industrial que arrastró al país a la depresión. En tal situación era inevitable que las contradicciones sociales que se habían manifestado en los años 1953-1954 volvieran a presentarse con mucha más fuerza, sobre todo las que impulsaban a las masas obreras y medias de las ciudades a luchar por mejorar su nivel de vida; la burguesía, presionada por ellas y con clara conciencia de la imposibilidad de mantener la expansión industrial dentro de los cuadros estrechos que le trazaban el sector latifundista-exportador y los grupos monopolistas extranjeros, intentó quebrar el círculo rompiendo el compromiso con esas fuerzas e imponiendo su política de clase. El gobierno de Janio Quadros —en 1961—, y una vez superada la indecisión parlamentaria de 1962, el de João Goulart —entre 1963 y 1964—, expresaron esa tentativa.

La política externa independiente y las reformas estructurales fueron las direcciones en que se movieron esos dos gobiernos buscando doblegar la resistencia de los sectores dominantes aliados. Con la primera se trató de crear un área de maniobra en el campo internacional que permitiera a Brasil diversificar sus mercados de

¹⁸ Datos proporcionados por el Ministerio de Planeamiento y Coordinación Económica de Brasil, *Programa de Ação Econômica do Governo, 1964-1966*, Documento EPEA, No. 1, noviembre de 1964, cap. IV. En “actividad industrial” se incluye la industria manufacturera y la industria extractiva mineral.

productos básicos y sus suplementos de créditos, principalmente en el área socialista, y abrir camino para la exportación de productos industrializados hacia África y Latinoamérica, especialmente. Con las reformas se tendía en principio a la reformulación de la estructura agraria, capaz de abrir nuevos mercados al comercio ulterior y aumentar la oferta interna de materias primas y productos alimenticios. Las dos orientaciones entraban en conflicto con los intereses del sector latifundista y de los grupos monopolistas exportadores, en su mayoría norteamericanos. La adopción de medidas restrictivas tanto para el financiamiento nacional de las inversiones extranjeras como para la remesa de beneficios al exterior, y el esbozo de una política de nacionalizaciones, extendió el conflicto a todo el sector extranjero de la economía e hizo muy tensas las relaciones entre el gobierno brasileño y el norteamericano.

Para garantizar una política tal, la burguesía necesitaba que las masas populares urbanas, de considerable peso político, la respaldasen. Pero debatiéndose en una situación de crisis coyuntural que mermaba su tasa de beneficios, tenía, paradójicamente, que enfrentarse a las masas para intentar contener sus reivindicaciones salariales. La pretensión de aplicar prácticas deflacionarias, en 1961 con Janio Quadros y en 1963 con Goulart (Plan Trienal 1963-1965), encontró viva resistencia popular, y la burguesía, por razones políticas, no pudo imponerlas por la fuerza. Confiando a Goulart la tarea de contener el movimiento de masas, trató de utilizar su capacidad para explotar en beneficio propio el proceso inflacionario, a fin de sostener su margen de beneficio, lo que aceleró dicho proceso. Las luchas reivindicatorias obreras se radicalizaron con huelgas cada vez más frecuentes y amplias, y la clase media entró en pánico ante la amenaza concreta de proletarización.

La agitación que la amenaza de reforma agraria llevaba al campo, y la resistencia del sector industrial extranjero a las medidas nacionalistas, limitaron cada vez más el apoyo que el sector burgués daba a Goulart. Cuando, so pretexto de la subversión comunista, se intensificó la campaña *antigobiernista*, la clase media, desorientada por la crisis económica, se dividió y pasó a engrosar en cantidades cada vez mayores las huestes de la reacción.

Impresionada por el voceo anticomunista y por la radicalización popular, y sintiendo, al fracasar el Plan Trienal, que Goulart no ofrecía ya condiciones para contener el movimiento de masas, la burguesía abandonó el terreno. En marzo de 1964, cuando la agitación alcanzó al sector militar con la rebelión de los marineros, quedó claro que frente a la oposición radical a que se veía conducida la lucha de clases, el poder estaba vacío. En un gesto de audacia, el grupo militar de la Escuela Superior de Guerra se apoderó de él.

LA POLÍTICA DE INTERDEPENDENCIA

El gobierno de Castelo Branco se caracterizó por una actuación internacional distinta a la llamada “política externa independiente” que practicaron los gobiernos de Quadros y de Goulart, y que se basaba en los principios de autodeterminación y no intervención. Desde que, a raíz del golpe de 1964, asumió la dirección del Ministerio de Relaciones Exteriores, el canciller del gobierno de Castelo Branco, Vasco Leitão da Cunha, rechazó la idea de una política externa independiente, invocando razones geopolíticas que vincularían estrechamente al Brasil con el mundo occidental, y particularmente con Estados Unidos, y declaró que el concepto básico de la diplomacia brasileña era el de la *interdependencia continental*. Se adoptó así una doctrina emanada de la Escuela Superior de Guerra, bajo la responsabilidad del general Golbery do Couto e Silva, diplomado por la escuela norteamericana de Fort Benning y jefe del Servicio Nacional de Informaciones (SNI), organismo creado por el régimen militar que, con sus 2.000 agentes actuando en el continente, fuera comparado a una CIA en miniatura.

Esa doctrina, llamada de “barganha (canje) leal”, fue expuesta por Couto e Silva en su libro *Aspectos geopolíticos do Brasil* (Río de Janeiro, Biblioteca del Ejército, 1957), y parte del supuesto de que, por su propia posición geográfica, Brasil no puede escapar a la influencia norteamericana. En tal situación, no le quedaría otra alternativa que “aceptar conscientemente la misión de asociarse

a la política de Estados Unidos en el Atlántico Sur”. La contrapartida de esa “elección consciente” sería el reconocimiento por Estados Unidos de que “el casi monopolio de dominio en aquella área debe ser ejercido por Brasil exclusivamente”. La expresión *casi monopolio* resulta, igualmente, de la imposibilidad de ignorar las pretensiones que en este terreno alimenta también la burguesía argentina.

Dos pronunciamientos oficiales consagraron la adopción de esa doctrina: las declaraciones del canciller Leitão da Cunha al recibir en Río de Janeiro, el 19 de mayo de 1965, a su colega de Ecuador, Gonzalo Escudero, y el discurso que pronunció días después en la ciudad de Teresina (capital del estado de Piauí) el mariscal Castelo Branco.

Saludando al canciller ecuatoriano, aludió Leitão da Cunha a

[...] un concepto inmanente a la naturaleza de la alianza interamericana, el de la interdependencia entre las decisiones de política internacional de los países del continente [...] La concepción ortodoxa y rígida de la soberanía nacional [subrayó] fue formulada en una época en que las naciones no reunían, en sus responsabilidades, una obligación de cooperar entre sí, en la búsqueda de objetivos comunes. [El canciller del gobierno militar brasileño preconizó todavía:] el refuerzo de los instrumentos multilaterales para la defensa de la institución política más americana —la democracia representativa [y aclaró:]. Pocos tienen dudas de que los mecanismos previstos en la Carta de la Organización de Estados Americanos, contra agresiones o ataques abiertos, son enteramente inadecuados a las nuevas situaciones producidas por la subversión que trasciende las fronteras nacionales.

De este punto partió el mariscal Castelo Branco, en su discurso del 28 de mayo, cuando se refirió a la crisis dominicana que motivó la invasión estadounidense, apoyada por Brasil, como una agresión interna al continente. Después de proclamar la necesidad de sustituir el concepto de fronteras físicas o geográficas por el de *fronteras ideológicas*, el mariscal presidente declaró que, de

acuerdo con la actual concepción brasileña de la seguridad nacional, ésta no se limita a las fronteras físicas de Brasil, sino que se extiende a las fronteras ideológicas del mundo occidental.

Se sitúan en esa línea de pensamiento las ideas alimentadas por Castelo Branco de la intervención en Uruguay y en Bolivia, así como el decidido apoyo del gobierno brasileño a la intervención de Estados Unidos en Santo Domingo. El aplauso de Brasilia a la decisión norteamericana de encaminar parte de su ayuda militar a los países latinoamericanos a través de la OEA fue también consecuencia de esa posición, y se unió a la reivindicación de que se reactivara el llamado *protocolo adicional*, que vinculaba la ayuda militar a la ayuda económica. Otra consecuencia fue la tesis de la integración militar del continente, presente en la insistencia brasileña de crear un ejército interamericano permanente, idea actualmente desechada.

Para muchos se trataba simplemente de un regreso de la política brasileña a la sumisión a Washington, que era la regla en el período anterior a Quadros, así como de la conversión definitiva de Brasil en colonia norteamericana. Nada menos cierto. Lo que se verificaba, en realidad, era la evolución, de cierta manera inevitable, de la burguesía brasileña hacia la aceptación consciente de su integración al imperialismo norteamericano, evolución que resulta de la lógica misma de la dinámica económica y política de Brasil, y que puede tener graves consecuencias para América Latina.

EL COMPLEJO INDUSTRIAL-MILITAR

Se hace evidente su existencia cuando analizamos el programa de acción económica o Plan Trienal 1964-1966, adoptado por el gobierno del mariscal Castelo Branco y elaborado por su ministro de Planeación y ex embajador en Washington, Roberto de Oliveira Campos.¹⁹ Su objetivo era doble: reactivar el ritmo

¹⁹ Véase Ministerio de Planeamiento y Coordinación Económica de Brasil, *Programa de Ação Econômica do Govêrno, 1964-1966, op. cit.*

descendente del crecimiento del producto interno bruto, fijándolo en 6% para los años 1965-1966, y contener el aumento general de los precios, reduciéndolos del nivel de 92,4% en 1964 a 25% en 1965, y a 10% en 1966. Por otra parte, se proponía alcanzar “objetivos secundarios”, entre ellos el equilibrio de la balanza de pagos, la redistribución de la renta y, en la práctica, la democratización del capital. Además de los instrumentos clásicos de política económica (política tributaria, salarial y crediticia, manipulaciones arancelarias, contención y selección de los gastos gubernamentales), la acción estatal contenía medidas estructurales, principalmente la reforma agraria y la reorganización del mercado interno de capitales.

Desde el punto de vista de nuestro análisis, el aspecto que más interesa es la actitud del plan en relación al capital extranjero. En un estudio publicado en su órgano oficial, la Confederación Nacional de la Industria (CNI) consideró que el programa de planeación económica de Campos se singularizaba, respecto a los planes económicos anteriores, “por el papel estratégico que da al capital extranjero y por las altas esperanzas en cuanto a sus ingresos”. Tras recordar que, estableciendo una formación bruta de capital de 17% al año, en 1965 el Plan asignaba al capital extranjero el 28,1% en esa formación, y el 29,4% en 1966, mientras preveía una disminución del ahorro nacional del 15,8% en los años 1954-1960, al 13% anual en 1965-1966, la CNI puntualizaba: “La disminución del ahorro nacional [...] dejará en inferioridad al capital privado nacional, cuyas inversiones serán alrededor de la mitad del influjo previsto de capital extranjero”.²⁰

Esa orientación era confirmada por otros aspectos de la acción gubernamental. Según la misma CNI, las fuentes de crédito tuvieron una actuación fuertemente reducida en 1964, aumentando el crédito privado en 84,2% y el oficial en poco más de 50%, frente a una tasa de inflación de 92,4%. Esta contención del crédito se

²⁰ Datos proporcionados por la revista de la Confederación Nacional de la Industria del Brasil, *Desenvolvimento & Conjuntura*, No. 3, Río de Janeiro, marzo de 1965.

completó con una política tributaria basada principalmente en la hoja de salarios, lo que obligó a las industrias a buscar una solución para sus costos de producción en la reducción de mano de obra, es decir, en una mayor tecnificación. Es natural que haya sido la asociación con grupos extranjeros, que tienen siempre líneas de crédito y cuentan con una tecnología disponible en virtud del ritmo de renovación tecnológica que se da en su país de origen, el camino más fácil para enfrentarse a esa coyuntura.

La política dirigida a forzar la democratización del capital de las empresas, sobre todo a través de estímulos fiscales a las reinversiones de los grupos dispuestos a concretarla, intensificó aún más esa tendencia. Ello también lo advirtió entonces la CNI, al señalar, en su estudio ya mencionado, que “si el ahorro nacional disminuye, la ‘democratización’ servirá tan sólo para permitir que los capitales extranjeros tengan acceso a por lo menos parte del control de empresas nacionales”.

Ahora bien, en el plano interno, la política económica del gobierno de Castelo Branco benefició ampliamente a las grandes empresas, tanto nacionales como extranjeras, especialmente aquellas dedicadas a la industria pesada, al mismo tiempo que, por la retracción deliberada que provocaba en la demanda, hizo prácticamente intolerable la situación para la pequeña y mediana industria, vinculadas a la producción de bienes de consumo no durables.²¹ En otras palabras, reveló la determinación expresa del régimen de consolidar una industria de bienes intermedios,

²¹ En una evaluación de la política practicada por su predecesor, el actual gobierno del mariscal Costa e Silva anota que, después de la crisis industrial de 1965, las ramas industriales se enfrentaron a condiciones totalmente distintas de evolución, pudiendo caracterizarse dos grandes grupos de industrias: el primero, constituido por el complejo mecánico, metalúrgico, metalúrgico-eléctrico, material de transporte y químico, presentó una “elevada tasa de crecimiento, del orden del 25% sobre el año anterior, aliada a un crecimiento de la productividad del trabajo también elevado, en torno al 12%”; el segundo grupo, constituido por las industrias llamadas “tradicionales”, que comprenden la textil, de madera y mobiliario, cueros, calzado, vestidos y alimentos, ostentó un “crecimiento relativamente menor de su producto en el período, hecho esencialmente ligado a la baja elasticidad-ingreso de la demanda, además de [un] crecimiento menos acentuado en la producción por hombre empleado”. Ministerio de Planeamiento

de consumo durable y de equipos, altamente tecnificada y dotada de fuerte capacidad competitiva, capaz de convertir al país en una potencia industrial. Ello es explicable ya que una industria tal era la condición *sine qua non* para llevar a cabo la expansión exterior pretendida, y por otro lado, porque tal expansión constituía la respuesta más eficaz, desde el punto de vista de la gran industria, a la estrechez de mercados con la que chocaba la economía en el interior. Llega a crearse así una simbiosis entre los intereses de la gran industria y los sueños hegemónicos de la *elite* militar, que encontraría una expresión aún más evidente en los vínculos que establecen en el ámbito de la producción bélica. El despliegue de este nuevo sector de la economía brasileña pone al desnudo, como ningún otro, la deformación a la que está siendo conducida la misma por las características peculiares de su desarrollo capitalista, y merece un análisis un poco más minucioso.

Todo parece comenzar a fines del gobierno de Goulart, cuando éste, preocupado por romper la dependencia en que se encontraba Brasil por la estandarización de material bélico impuesta por Estados Unidos a los países latinoamericanos, a raíz de la Segunda Guerra Mundial, decidió diversificar las fuentes de suministro y desarrollar, simultáneamente, la industria nacional. La estandarización de dicho material, que se llevaba a cabo en el marco de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, allanaba el camino en esa dirección. En febrero de 1964, el ministro de Guerra de Goulart, el general Jair Dantas Ribeiro, firmó con Bélgica un contrato de compra de 50.000 fusiles, con derecho de reproducción por la industria brasileña.

Derrocado Goulart, el nuevo ministro de Guerra, general Artur da Costa e Silva, confirmó la operación. Casi al mismo tiempo, al tomar posesión de la presidencia de la Confederación Nacional de la Industria, el general Edmundo Macedo Soares e Silva se pronunció en favor de una política de sustitución de importaciones relativas a armamento y equipo militar, vinculando

y Coordinación Económica de Brasil, *Diretrizes de govêrno: programa estratégico de desenvolvimento*, julio de 1967, pp. 159-160.

a ello la preservación de la soberanía nacional. Diferentes actos llevados a cabo por el Gobierno evidenciaron la intención de poner en práctica esa orientación, explotando particularmente las facilidades ofrecidas por la industria bélica europea.

Es necesario recordar aquí que con la estandarización del material bélico, la industria de guerra de Estados Unidos había creado un mercado permanente para sus excedentes en América Latina, y que el Departamento de Defensa norteamericano forjó a su vez uno de los instrumentos de control más eficaces sobre las fuerzas armadas del hemisferio. La actitud brasileña no podía considerarse sino como alarmante, y explica los contactos que, en agosto de 1965, el subsecretario norteamericano de Defensa para Asuntos del Extremo Oriente, Avin Freeman, buscó con industriales brasileños. Según se supo posteriormente, Freeman manifestó el interés del Pentágono en adquirir armas y otras manufacturas de Brasil para la guerra de Vietnam, en virtud de la dificultad para movilizar, en caso de guerra no declarada, las industrias norteamericanas para la producción de guerra.²²

Por esos años, mediante autorización del presidente de la República y del Ministerio de Planeación, se constituye el llamado Grupo Permanente de Movilización Industrial (GPMI), que abarca a las empresas de la región más industrializada del país (São Paulo, Guanabara y Minas Gerais), y cuenta con la asesoría directa de miembros de las Fuerzas Armadas. En enero de 1966, de vuelta de un viaje a Estados Unidos, el presidente del GPMI, el industrial paulista Vitorio Ferraz, declaró en conferencia de prensa que la industria brasileña fabricaría armas de diversos tipos, municiones y vehículos de guerra para colaborar con los norteamericanos en la Guerra de Vietnam. Tras aclarar que para ello se contaba ya con varias fábricas de telecomunicaciones y de municiones del país, Ferraz puntualizó:

²² Véase al respecto el reportaje publicado por el periódico conservador *O Estado de São Paulo*, São Paulo, 28 de febrero de 1966.

Colaborando en el exterminio del Vietcong, [Brasil] aprovecharía la capacidad ociosa de sus fábricas y daría lugar a la creación de 180.000 nuevos empleos. Simultáneamente combatiremos el comunismo y nuestros problemas de desocupación.²³

En los meses subsiguientes, el programa anunciado por Ferraz se puso en marcha. En marzo de 1966, Paul Hower, funcionario del Departamento de Defensa norteamericano y miembro de la Comisión Militar Mixta Brasil-Estados Unidos, llegó a Brasil con la misión expresa de tratar sobre la instalación en Brasil de una fábrica de aviones a turborreacción, del tipo antiguerrilla. En la segunda semana de agosto, el semanario de oposición *Fôlha da Semana*, de Río de Janeiro, daba detalles de la operación y proporcionaba noticias sobre el avance de los estudios para la instalación de dicha fábrica en el estado de Ceará, en el nordeste, bajo la supervisión del GPMI. La empresa reunía capitales privados nacionales y contaba con una inversión oficial de 20 millones de dólares, suministrados por la Superintendencia de Desarrollo del Nordeste (Sudene), organismo descentralizado, y su producción estaba destinada al abastecimiento interno y a la exportación a los demás países latinoamericanos. Desde entonces, el Instituto Tecnológico de Aeronáutica, establecimiento militar de investigación y enseñanza, ha elaborado y probado diversos prototipos de aviones ligeros, cuya fabricación, en conjunto con las encomiendas del Estado, es encargada a la empresa privada.

EL SUBIMPERIALISMO Y LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA

En su política interna y externa, el gobierno militar de Castelo Branco manifestó no sólo una decisión de acelerar la integración de la economía brasileña a la economía norteamericana, sino

²³ Estas declaraciones se tomaron del *Correio da Manhã*, Río de Janeiro, enero de 1966. Según el periódico, las empresas en cuestión eran, por un lado, Telefunken, Delta, Motorola, Electrónica, Phillips e Invelson, y, por otro, Parque de Aeronáutica de São Paulo, Fábrica de Artilharia da Marinha, Arsenal de Marinha y Companhia Brasileira de Cartuchos.

también la intención de convertirse en el centro de irradiación de la expansión imperialista en América Latina, creando incluso las premisas de un poderío militar propio. En eso se distingue la política exterior brasileña que se ha puesto en marcha después del golpe de 1964: no se trata de aceptar pasivamente las decisiones norteamericanas (aunque la correlación real de fuerzas lleve muchas veces a ese resultado), sino de colaborar activamente con la expansión imperialista, asumiendo en ella la posición de país clave.

Esa pretensión no sólo nace de un deseo de liderazgo político de Brasil, sino que obedece principalmente a los problemas económicos que plantea la opción de la burguesía brasileña en pro del desarrollo integrado. El restablecimiento de su alianza con las antiguas clases oligárquicas vinculadas a la exportación, sellado con el golpe de 1964, dejó a la burguesía en imposibilidad de romper las limitaciones que la estructura agraria impone al mercado interno brasileño. El mismo proyecto de reforma agraria adoptado por el gobierno de Castelo Branco no admite otra manera de alterar esa estructura que con la extensión progresiva del capitalismo al campo, es decir, dentro de un largo plazo.

Por otro lado, al optar por su integración al imperialismo y al poner sus esperanzas de reactivar la expansión económica en los ingresos de capital extranjero, la burguesía brasileña concuerda en intensificar el proceso de renovación tecnológica de la industria. Atiende, así, a los intereses de la industria norteamericana, a la que le conviene instalar allende sus fronteras un parque industrial integrado que absorba los equipos que la rápida evolución tecnológica vuelve obsoletos; y, aún más, que desarrolle complementariamente ciertos niveles de la producción industrial en el marco de una nueva división internacional del trabajo.²⁴ Pero tie-

²⁴ En un informe reciente preparado por expertos de las Naciones Unidas se señala la tendencia actual al establecimiento de un nuevo esquema de división internacional del trabajo, dentro del cual los países industrializados deberán ceder las primeras fases de elaboración de materias primas a los países en vías de desarrollo, mientras aquellos se especializan en las "fases más avanzadas de elaboración y acabado de los productos, debido a su experiencia técnica y

ne que aceptar su contrapartida: en un país de gran crecimiento demográfico, que lanza anualmente al mercado de trabajo un millón de personas, la instalación de una industria relativamente moderna creará un grave problema de desempleo. Aunque con eso la burguesía soluciona, desde su punto de vista, los problemas que plantea el costo de producción industrial, puesto que, a pesar de los excedentes existentes de mano de obra, la economía brasileña, como toda economía subdesarrollada, presenta aguda escasez de mano de obra calificada.

Así, sea por su política de refuerzo de su alianza con el latifundio, sea por su política de integración al imperialismo, la burguesía brasileña no puede contar con un crecimiento del mercado interno en grado suficiente para absorber la producción creciente que resultará de la modernización tecnológica. No le queda otra alternativa que intentar expandirse hacia el exterior, y entonces se le vuelve necesario garantizar una reserva externa de mercado para su producción. El bajo costo de producción que la actual

capacidad económica". Y se añade: "Según la tecnología moderna, la transformación de materias primas generalmente requiere de procesos industriales que: I) absorben gran cantidad de capital; II) requieren considerable experiencia industrial y tecnológica; y, III) requieren mercados internacionales, pues los mercados domésticos de las naciones en desarrollo son demasiado pequeños para absorber la producción potencial. Por lo tanto, este tipo de producción necesariamente tendrá que llevarse a cabo en cooperación con las industrias establecidas de los países desarrollados (por ejemplo, inversiones directas o indirectas, asociaciones en participación), de acuerdo con arreglos apropiados que proveerán la inversión de capital, la tecnología necesaria y los mercados para los productos". Véase *Promoción de exportaciones mexicanas de productos manufacturados*. Documento preparado para el Gobierno de México por una misión de las Naciones Unidas bajo el patrocinio del Programa de Asistencia Técnica, Comisionado para la Cooperación Técnica, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, diciembre de 1966, pp. 7-13, mimeo. Por otra parte, hablando en el Congreso norteamericano sobre la integración económica de Latinoamérica, el entonces secretario de Estado adjunto para las Cuestiones Interamericanas, Jack H. Vaughn, reconoció que la industrialización resultante hará desaparecer los mercados tradicionales de ciertos productos norteamericanos, pero subrayó: "Igualmente América Latina ofrecerá un mercado más promisorio para productos de la industria norteamericana, de carácter cada vez más sofisticado". *El Día*, México, 11 de septiembre de 1965.

política salarial y la modernización industrial tienden a crear señalada la misma dirección: la exportación de productos manufacturados.

No se trata de una tendencia totalmente nueva. La política exterior de Quadros y de Goulart buscaba también garantizar una reserva externa de mercado para una expansión comercial brasileña en África y Latinoamérica. La diferencia está en que entonces Brasil adoptaba una posición de *freelancer*, en el mercado mundial, confiando en que con las reformas estructurales internas no tardarían en desaparecer las limitaciones que frenaban el crecimiento del mercado interno brasileño. La exportación aparecía, pues, como una solución provisional tendiente a proporcionar a la política reformista burguesa el plazo necesario para que fructificara. A partir de Castelo Branco, por el contrario, la burguesía trata de compensar su imposibilidad para ampliar el mercado interno mediante la incorporación extensiva de mercados ya formados, como el uruguayo, por ejemplo. La expansión comercial deja de ser así una solución provisional y complementaria a la política reformista y se convierte en la alternativa misma de las reformas estructurales.

Lo que así se planteó fue la expansión imperialista de Brasil en Latinoamérica, que corresponde en verdad a un subimperialismo o a una extensión indirecta del imperialismo norteamericano (no olvidemos que el centro de un imperialismo tal sería una economía brasileña integrada a la norteamericana). Ese intento de integrar a Latinoamérica económica y militarmente bajo el comando del imperialismo norteamericano y con el apoyo de Brasil posteriormente ha sufrido muchas vicisitudes, y sigue siendo hoy una intención. Sin embargo, ha aclarado factores valiosos para estimar las perspectivas del proceso revolucionario brasileño y, en último término, latinoamericano.

Un primer aspecto que debe considerarse es que la integración imperialista de Latinoamérica, en su nueva fase, iniciada con el golpe militar en Brasil, no podrá ejercerse sino en el marco de la cooperación antagonica. El antagonismo sobre todo será acentuado allí donde se enfrentan burguesías nacionales poderosas,

como es el caso de Argentina y Brasil,²⁵ pero la cooperación o la colaboración será, con más frecuencia, la regla que regirá las relaciones de esas burguesías entre sí y con Estados Unidos. El peso que tendrá en la balanza la influencia norteamericana y brasileña obliga a esa colaboración. Pero principalmente esa colaboración la necesitarán las clases dominantes del hemisferio para contener la ascensión revolucionaria de las masas que se verifica actualmente y que sólo puede agravarse con la marcha de la integración imperialista.

En este punto en particular el caso brasileño es paradigmático. El golpe militar de 1964 —que significó el rompimiento por parte de la burguesía de la política de compromiso que practicó desde su llegada al poder, es decir, desde la revolución de 1930— abre una etapa nueva en el proceso de la lucha de clases. Aunque muchos sectores sociales, principalmente de clase media, busquen restablecer entre la burguesía y las masas el diálogo político que existía antes de 1964, las relaciones de clase se caracterizan actualmente por una escisión horizontal que deja a un lado a la coalición dominante —esencialmente la burguesía, los empresarios extranjeros y los grandes propietarios de tierra— y a otro a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. La pequeña burguesía sufre contradictoriamente el efecto de esa escisión y asume posiciones que van del radicalismo de extrema izquierda al neofascismo de extrema derecha, sin olvidar los esfuerzos conciliadores de una capa céntrica que obedece a la consigna de “redemocratización” lanzada por la directiva del PC brasileño.

Es inevitable que a plazo más o menos corto esa escisión horizontal de las relaciones de clase provoque en Brasil una guerra civil abierta. La expansión imperialista de la burguesía brasileña

²⁵ La rivalidad brasileño-argentina se ha exacerbado después de la ascensión al poder del general Juan Carlos Onganía. Entre los muchos puntos de discordia que existen actualmente entre los dos países se encuentra el aprovechamiento de las aguas del río Paraná y las disputas sobre la influencia ejercida en Bolivia, Paraguay y Uruguay. Ambos países han desencadenado además una carrera armamentista, que trae consigo compras masivas de armas en el exterior y el desarrollo acelerado de sus respectivas industrias bélicas.

tiene que basarse en una mayor explotación de las masas trabajadoras nacionales, sea porque necesita de una producción competitiva para el mercado externo, lo que implica salarios bajos y mano de obra disponible, es decir, un elevado índice de desempleo, sea porque se procesa juntamente con un aumento de la penetración de los capitales norteamericanos, lo que exige la extracción de un sobrelucro de la clase obrera. Esa intensificación de la explotación capitalista del pueblo brasileño es factor suficiente para intensificar la lucha de clases, algo que pone en riesgo la posición de la burguesía.

El momento preciso en que eso ocurra no sólo depende, desde luego, de la intensificación de la explotación capitalista, sino también del tiempo que llevará a las masas brasileñas extraer su lección de los acontecimientos de 1964 y, principalmente, de la capacidad de la izquierda para orientarlas en ese proceso de maduración. Hay que contar, sin embargo, con el acelerado ritmo que lleva, en nuestros días, el proceso revolucionario en Latinoamérica y con las repercusiones que producirá sobre él la integración imperialista, lo que puede acelerar considerablemente la reorganización en nuevas bases de las izquierdas en Brasil.

La conjunción de los movimientos revolucionarios de Brasil y de los demás países latinoamericanos, es decir, la internacionalización de la revolución latinoamericana, aparece como la contrapartida inevitable del proceso de integración imperialista en su nueva fase inaugurada por el golpe militar brasileño. El hecho de que la marcha de esa integración tienda a escindir cada vez más las relaciones entre las burguesías nacionales y las masas trabajadoras deja entrever que el carácter de esa revolución, más que popular, será socialista. El análisis del caso brasileño proporciona en este sentido indicaciones sumamente útiles.

3. EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN BRASILEÑA

Las luchas políticas brasileñas de los últimos 15 años son la expresión de una crisis más amplia, de carácter social y económico, que parecía no dejar al país otra salida que la de una revolución.

Sin embargo, una vez implantada la dictadura militar, en abril de 1964, las fuerzas de izquierda se han visto obligadas a revisar sus concepciones sobre el carácter de la crisis brasileña como punto de partida para definir una estrategia de lucha contra la situación que al final ha prevalecido. En un diálogo a veces lleno de amargura, los intelectuales y líderes políticos vinculados al movimiento popular plantean hoy dos cuestiones fundamentales: ¿qué es la revolución brasileña? ¿Qué representa en su contexto la dictadura militar?

Las respuestas se orientan, por lo general, a lo largo de dos hilos conductores. La revolución brasileña es entendida, primero, como el proceso de modernización de las estructuras económicas del país, principalmente a través de la industrialización, proceso que se acompaña de una tendencia creciente de participación de las masas en la vida política.²⁶ Identificada así con el propio desarrollo económico, la revolución brasileña tendría su fecha inicial en el movimiento de 1930, y se ha extendido sin interrupción hasta el golpe de abril de 1964. Paralelamente, y en la medida en que los factores primarios del subdesarrollo brasileño son la vinculación al imperialismo y a la estructura agraria, que muchos consideran semifeudal, el contenido de la revolución brasileña sería antiimperialista y antifeudal.

Esas dos direcciones conducen, pues, a un solo resultado —la caracterización de la revolución brasileña como una revolución democrático-burguesa— y descansan en dos premisas básicas: la primera consiste en ubicar el antagonismo nación-imperialismo como la contradicción principal del proceso brasileño; la segunda, en admitir un dualismo estructural en esa misma sociedad, que opondría el sector precapitalista al sector propiamente capitalista. Su implicación más importante es la idea de un frente único formado por las clases interesadas en el desarrollo, básicamente la burguesía y el proletariado, contra el imperialismo y el latifundio. Su aspecto más curioso es el de unir una noción antidialéctica,

²⁶ Véase, como expresión más acabada de esta tendencia, la obra de Celso Furtado, *A pré-revolução brasileira*, Río de Janeiro, s.e., 1962.

como la del dualismo, con una noción paradialéctica, cual sería la de una revolución burguesa permanente, de la que los acontecimientos políticos brasileños de los últimos 40 años no habrían sido más que episodios.

En esa perspectiva, el régimen militar implantado en 1964 aparece simultáneamente como una consecuencia y una interrupción. Así es que, interpretada como un gobierno impuesto desde fuera por el imperialismo norteamericano, la dictadura militar es considerada también como una interrupción y aun como un retroceso en el proceso de desarrollo, lo que se expresaría en la depresión a la que fue llevada la economía brasileña.²⁷ El espinoso problema planteado por la adhesión de la burguesía a la dictadura es solucionado cuando se admite que, temerosa por la radicalización ocurrida en el movimiento de masas en los últimos días del gobierno de Goulart, esa clase, del mismo modo que la pequeña burguesía, apoyó el golpe de Estado articulado por el imperialismo y la reacción interna, pasando luego a ser víctima de su propia política en virtud de la orientación antidesarrollista y desnacionalizante adoptada por el gobierno militar.

A partir de tal interpretación, la izquierda brasileña (nos referimos a su sector reformista, representado por el movimiento nacionalista y el Partido Comunista brasileño) toma como consigna la “redemocratización”, destinada a restablecer las condiciones necesarias para la participación política de las masas y acelerar el proceso de desarrollo. En último término, se trata de crear de nuevo la base necesaria para el restablecimiento del frente único obrero-burgués, que marcó el gobierno de Goulart, es decir, el diálogo político y la comunidad de propósitos entre las dos clases. Y es así como esa izquierda, basada en su concepción de la revo-

²⁷ Según la Fundación Getúlio Vargas, entidad semioficial, el producto nacional bruto de Brasil presentó las siguientes variaciones: 1956-1961, 7%; 1962, 5,4%; 1963, 1,6%; y 1964, 3%. En 1965 el PNB presentó sensible recuperación, aumentando en un 5%, pero la producción industrial propiamente dicha disminuyó casi en la misma proporción. Sólo a partir de 1967 la economía brasileña entró en una fase de recuperación.

lución brasileña, no llega hoy a otro resultado que el de señalar, como salida para la crisis actual, una vuelta al pasado.

EL COMPROMISO POLÍTICO DE 1937

Sería difícil verificar la exactitud de esa concepción sin examinar de cerca el capitalismo brasileño, la manera como se ha desarrollado y su naturaleza actual. Por lo general, los estudiosos están de acuerdo en aceptar la fecha de 1930 como el momento decisivo que marcó el tránsito de una economía semicolonial, basada en la exportación de un solo producto y caracterizada por su actividad eminentemente agrícola, a una economía diversificada, animada por un fuerte proceso de industrialización. En efecto, si el inicio de la industrialización data de más de 100 años y estuvo incluso en la raíz del proceso político revolucionario que, victorioso en 1930, permitió su aceleración, y si la actividad fabril ganó impulso en la década de 1920, no es posible negar que es a partir de la revolución de 1930 que la industrialización se afirma en el país y emprende el cambio global de la vieja sociedad.

La crisis mundial de 1929 obró mucho en este sentido. Imposibilitado para colocar en el mercado internacional su producción y sufriendo el efecto de una demanda de bienes manufacturados que ya no podía satisfacer con importaciones, el país acelera la sustitución de importaciones de bienes manufacturados desarrollando un proceso que parte de la industria liviana y llega, hacia los años cuarenta, a la industria de base. Es primariamente la crisis de la economía cafetera y la presión de la nueva clase industrial para participar del poder lo que produce el movimiento revolucionario de 1930, el que obliga a la vieja oligarquía terrateniente a romper su monopolio político e instala en el poder al equipo revolucionario encabezado por Getúlio Vargas.

Durante algunos años, las fuerzas políticas se mantendrán en un equilibrio inestable, mientras intentan nuevas composiciones. La embestida fracasada de la oligarquía, en 1932, refuerza la posición de la pequeña burguesía, cuya ala radical, unida al proletariado, desea profundizar el cambio revolucionario reclamando sobre

todo una reforma agraria. La insurrección izquierdista de 1935 concluye, empero, con la derrota de esa tendencia, lo que permite a la burguesía consolidar su posición. Aliándose a la oligarquía y al sector derechista de la pequeña burguesía (que será aplastado el año siguiente), en 1937 la burguesía apoya la implantación de un régimen dictatorial liderado por Vargas.

El *Estado Novo* de 1937, un régimen de naturaleza bonapartista, estuvo lejos de representar una opresión abierta de clase. Por el contrario, con una legislación social avanzada, complementada con una organización sindical de tipo corporativo y un fuerte aparato policial y de propaganda, trató de encuadrar a las masas obreras. Paralelamente, instituyendo el concurso obligatorio para los cargos públicos de bajo y medio nivel, concedió a la pequeña burguesía (única clase verdaderamente letrada) el monopolio de los mismos y le dio, por tanto, una perspectiva de estabilidad económica.

La cuestión fundamental está en comprender por qué la revolución de 1930 condujo a ese equilibrio político, y más exactamente por qué tal equilibrio se basó en un compromiso entre la burguesía y la antigua oligarquía terrateniente y mercantil. La izquierda brasileña, haciéndose eco de un Virgínio Santa Rosa (intérprete de la pequeña burguesía radical de los años treinta), tiende hoy a atribuir ese hecho a la ausencia de conciencia de clase de la burguesía, explicable por la circunstancia de haberse realizado la industrialización a costa de capitales originados por la agricultura que ya en ese momento no encontraban un campo de inversión. Incide, a nuestro entender, en un doble error.

Primero, el desplazamiento de capitales de la agricultura hacia la industria tiene muy poco que ver, en sí mismo, con la conciencia de clase. No son los capitales los que tienen tal conciencia, sino los hombres que los manejan. Y nada indica —por el contrario, estudios recientes dicen lo inverso— que los latifundistas se hayan convertido en empresarios industriales. Lo que parece haber pasado ha sido un drenaje de los capitales de la agricultura hacia la industria mediante el sistema bancario; esto de paso

explica ampliamente el comportamiento político indefinido y aun doble de la banca brasileña.

El segundo error consiste en creer que la burguesía industrial no ha luchado por imponer su política siempre que sus intereses no coincidían con los de la oligarquía latifundista-mercantil. Toda la historia político-administrativa del país de los últimos 40 años ha sido, justamente, el recuento de esa lucha en el terreno del crédito, de los tributos, de la política cambiaria. Si el conflicto no fue ostensible, si no estalló en insurrecciones y guerras civiles, fue precisamente porque se desarrolló en el marco de un compromiso político, el de 1937. Los momentos en que ese compromiso ha sido puesto en jaque fueron aquellos en que la vida política del país se convulsionó: 1954, 1961, 1964.

Ahora bien, el compromiso de 1937 expresa de hecho una complementación entre los intereses económicos de la burguesía y los de las antiguas clases dominantes; es en este marco que el drenaje de capitales tiene sentido, aunque no se debe confundir tal drenaje con la complementación misma. Y es por haber reconocido la existencia de ésta y actuado en consecuencia que no se puede hablar de falta de conciencia de clase por parte de la burguesía brasileña.

Uno de los elementos significativos de esa complementariedad es, en efecto, el drenaje de capitales hacia la industria, por el cual la burguesía tuvo acceso a un excedente económico que no necesitaba expropiar, puesto que se le ponía espontáneamente a disposición. No es, sin embargo, el único: mantener el precio externo del café mientras se devaluaba internamente la moneda, interesaba a los dos sectores —a la oligarquía porque preservaba el nivel de sus ingresos y a la burguesía porque funcionaba como una tarifa proteccionista—. La demanda industrial interna era, por otra parte, sostenida exactamente por la oligarquía, necesitada de los bienes de consumo que ya no podía importar, y en condición de adquirirlos solamente en la medida en que se le garantizaba su nivel de ingresos.

Éste es, sin duda, el punto esencial para comprender la complementariedad objetiva en que se basaba el compromiso de

1937. Se trata de ver que, sosteniendo la capacidad productiva del sistema agrario (mediante la compra y el almacenamiento o la quema de los productos no exportables), el Estado garantizaba a la burguesía un mercado inmediato, el único del que en realidad podía disponer en la crisis coyuntural mundial. Por sus características rezagadas, el sistema agrario mantenía, por otra parte, su capacidad productiva en un nivel inferior a las necesidades de empleo de las masas rurales, con lo cual forzaba un desplazamiento constante de la mano de obra hacia las ciudades. Esta mano de obra migratoria no sólo iba a engrosar la clase obrera empleada en las actividades manufactureras, sino que crearía un excedente permanente de trabajo, es decir, un ejército industrial de reserva que permitiría a la burguesía rebajar los salarios e impulsar la acumulación de capital exigida por la industrialización. En consecuencia, una reforma agraria no habría hecho más que trastornar ese mecanismo, e incluso podría haber provocado el colapso de todo el sistema agrario, lo que hubiera liquidado el mercado para la producción industrial y engendrado el desempleo masivo en el campo y en la ciudad, desencadenando, pues, una crisis global en la economía brasileña.

Es por esto que no cabe hablar de una dualidad estructural de esa economía, tal como se la suele entender, es decir, como una oposición entre dos sistemas económicos independientes y aun hostiles, sin que la cuestión quede seriamente confundida.²⁸ Por el contrario, el punto fundamental está en reconocer que la agricultura de exportación fue la base misma sobre la cual se desarrolló el capitalismo industrial brasileño. Más que esto, y desde un punto de vista global, la industrialización fue la salida que encontró el capitalismo brasileño en el momento en que la crisis mundial, iniciada con la guerra de 1914, agravada por el *crack* de 1929 y llevada a su paroxismo con la guerra de 1939, trastornaba el mecanismo de los mercados internacionales.

²⁸ La refutación más radical de la tesis del dualismo estructural la hizo André Gunder Frank en su *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967.

Este razonamiento conduce también a desechar la tesis de una revolución permanente de la burguesía, puesto que se tiene que enmarcar su revolución en el período 1930-1937. El *Estado Novo* no sólo significa la consolidación de la burguesía en el poder: también representa la renuncia de esa clase a cualquier iniciativa revolucionaria, su alianza con las viejas clases dominantes en contra de las alas radicales de la pequeña burguesía, así como de las masas proletarias y campesinas, y el encauzamiento del desarrollo capitalista nacional por la vía trazada por los intereses de la coalición dominante que él expresa.

LA RUPTURA DE LA COMPLEMENTARIEDAD

Alimentada con el excedente económico creado por la explotación de los campesinos y obreros, y teniendo a la estructura agraria como elemento regulador de la producción industrial y del mercado de trabajo, la industria nacional que se desarrolla entre los años 1930 y 1950 depende del mantenimiento de esa estructura, aunque se enfrente constantemente al latifundio y al capital comercial en lo que atañe a la apropiación de las ganancias creadas por el sistema. Sin embargo, y en la medida en que se realiza el desarrollo económico, el polo industrial de esa relación tiende a autonomizarse y entra en conflicto con el polo agrario. Es posible identificar tres factores a raíz de ese antagonismo.

El primero se refiere a la crisis general de la economía de exportación, resultado de las nuevas tendencias que rigen el mercado mundial de materias primas. Aplazada por la guerra de 1939 y por el conflicto coreano, esa crisis se volverá ostensible a partir de 1953. La incapacidad del principal mercado comprador de los productos brasileños —el norteamericano— para absorber las exportaciones tradicionales del país, la competencia de los países africanos y de los propios países industrializados, y a su vez la formación de zonas preferenciales, como el Mercado Común Europeo, la hacen irreversible.

Esta situación ya determinaba que la complementariedad hasta entonces existente entre la industria y la agricultura fuera

puesta en duda. Amén de la acumulación de existencias invendibles, que debiendo ser financiadas por el Gobierno representaban una inmovilización de recursos retirados a la actividad industrial, la agricultura ya no ofrecía a la industria el monto de divisas que ésta necesitaba en escala creciente para importar equipos y bienes intermedios, fuera para mantener en actividad el parque manufacturero existente, fuera, principalmente, para propiciar la implantación de una industria pesada. Así es que, a pesar de que las exportaciones mundiales entre 1951 y 1960 aumentaron en un 55%, creciendo a la tasa media geométrica del 5,03%, en el mismo período las exportaciones brasileñas disminuyeron en un 38%, bajando a la tasa media geométrica anual de 3,7%.²⁹ Mientras tanto, las importaciones de materias primas, combustibles, bienes intermedios, equipos y trigo, representan el 70% del total de las importaciones, lo que vuelve extremadamente rígida esa cuenta de la balanza comercial, ya que cerca del 70% del total de la importación está constituido por productos imprescindibles para mantener la producción interna corriente y satisfacer las necesidades básicas de la población.³⁰

Un segundo factor que estimula el antagonismo entre la industria y la agricultura resulta de la incapacidad de ésta para abastecer los mercados urbanos del país, en franca expansión. Las carencias surgidas en el suministro de materias primas y productos alimenticios a las ciudades provocan el alza de precios de unas y de otros, consecuencia del carácter rezagado de la agricultura, que resulta a su vez de la concentración de la propiedad de la tierra —este hecho es puesto en evidencia por su repercusión en el nivel de vida de la clase obrera—. La presión sindical en favor de

²⁹ Datos proporcionados por la revista de la Confederación Nacional de la Industria del Brasil, *Desenvolvimento & Conjuntura*, Río de Janeiro, marzo de 1965.

³⁰ Ministerio de Planeamiento y Coordinación Económica de Brasil, *Programa de Ação Econômica do Governo, 1964-1966, op. cit.*, pp. 120-121. A continuación, el documento señala explícitamente: “Si el país no logra invertir en un futuro próximo la tendencia desfavorable de la capacidad para importar de los últimos años, tal vez sea necesario racionar las importaciones más allá del mencionado margen de 30%, con lo que se comprometería no solamente la tasa de desarrollo económico, sino también la de la producción corriente”.

mejores salarios colmará esa tendencia, gravando pesadamente el costo de producción industrial y conduciendo, a la larga, a la depresión económica.

Un último factor que puede ser aislado, con fines analíticos, es la modernización tecnológica que acompañó al proceso de industrialización, principalmente después de la guerra de 1939. La reducción de la participación del trabajo humano en la actividad manufacturera, en términos relativos, hizo que se produjera un gran margen entre los excedentes de mano de obra liberados por la agricultura y las posibilidades de empleo creadas por la industria. El problema no habría sido tan grave si la mano de obra excedente hubiera estado en condiciones de competir con la mano de obra empleada, pues la existencia de un mayor ejército industrial de reserva habría neutralizado la presión sindical por aumento de salarios, contrarrestando el efecto del alza de los precios agrícolas internos. Esto no se dio, ya que esa mano de obra sólo se puede emplear en ciertas actividades que exigen poca calificación del trabajo —la construcción civil, por ejemplo—, lo que aumenta su incapacidad profesional al mismo ritmo que avanza la modernización tecnológica. En consecuencia, los sectores clave de la economía, como la metalurgia, la industria mecánica y la industria química, no pudieron beneficiarse de un aumento real de la oferta de trabajo en proporción a la migración interna de mano de obra.

En esas condiciones, las migraciones rurales representaron cada vez más un empeoramiento de los problemas sociales urbanos. Esos problemas se unieron a los que surgían en el campo, donde cundía la lucha por la posesión de la tierra y se producían movimientos como el de las Ligas Campesinas. Sin llegar jamás a determinar el sentido de la evolución de la sociedad brasileña, el movimiento campesino, con sus conflictos sangrientos y sus consignas radicales, acabó por convertirse en el telón de fondo donde se proyectó la radicalización de la lucha de clases en las ciudades.

La ruptura de la complementariedad entre la industria y la agricultura, que terminó por plantear la necesidad de una reforma

agraria, determinó, por parte de la burguesía, el deseo de revisión del compromiso de 1937, revisión intentada con el segundo gobierno de Vargas (1951-1954) y con los gobiernos de Quadros (1961) y Goulart (1963-1964). En realidad, lo que pasaba era que el desarrollo del capitalismo industrial brasileño chocaba con el límite que le imponía la estructura agraria. Al estrellarse contra el otro límite, representado por sus relaciones con el imperialismo, todo el sistema entraría en crisis, la cual no sólo revelaría su verdadera naturaleza, sino que lo impulsaría hacia una nueva etapa de su desenvolvimiento.

LA EMBESTIDA IMPERIALISTA

En el período clave de su desarrollo, es decir, entre 1930 y 1950, la industria brasileña se benefició de la crisis mundial del capitalismo. Esto se debió no sólo a la imposibilidad en que se encontraba la economía nacional de satisfacer con importaciones la demanda interna de bienes manufacturados, sino también porque la crisis le permitió adquirir a bajo precio los equipos necesarios para su implantación y, principalmente, porque ella alivió considerablemente la presión de los capitales extranjeros sobre el campo de inversión representado por Brasil. Esta situación es común para el conjunto de los países latinoamericanos. Las inversiones directas norteamericanas en América Latina, que habían sido del orden de los 3.462 millones de dólares en 1929, bajaron a 2.705 millones en 1940; todavía en 1946 el monto de esas inversiones era inferior al de 1929, mas en 1950 alcanzaba ya un nivel superior, sumando 4.445 millones, para en 1952 llegar a los 5.443 millones de dólares, y doblar esa suma a principios de la década de 1960.

Este cambio de tendencias no se limita al monto de las inversiones, sino que afecta también su estructura. Así, mientras en 1929 solamente 231 millones (menos del 10% del total) eran invertidos en la industria manufacturera, en 1950 este sector atraía el 17,5% (780 millones) y en 1952 el 21,4% (1.166 millones de dólares). Si tomamos la relación entre la incidencia de las inversiones en el sector agrícola y en la minería, petróleo y manufactu-

ra, veremos que la distribución proporcional de 10% y de 45%, respectivamente, que existía en 1929, en 1952 pasa a ser de 10% y de 60% del total.

En la historia de las relaciones de América Latina con el imperialismo norteamericano, los primeros años de la década de 1950 constituyen, pues, un *tournant*. Así también para Brasil. Es cuando la crisis del sistema tradicional de exportación salta a la vista, como señalamos anteriormente. Pero, sobre todo, cuando se intensifica la penetración directa del capital imperialista en el sector manufacturero nacional, de tal manera que las inversiones norteamericanas, que habían sido en ese momento de 46 millones de dólares en 1929, de 70 millones en 1940 y de 126 millones en 1946, llegan en 1950 a 284 millones, y en 1952 a 513 millones de dólares, mientras el monto global de esas inversiones en todos los sectores pasa de 194 millones en 1929 a 240 en 1940, a 323 millones en 1946, 644 en 1950 y 1.013 millones de dólares en 1952.

Esa embestida de los capitales privados de Estados Unidos es acompañada de un cambio en las relaciones entre el Gobierno de ese país y el de Brasil. Durante el período de guerra, el Gobierno brasileño logra obtener la ayuda financiera pública norteamericana para proyectos industriales de importancia, como la planta siderúrgica de Volta Redonda, que ha permitido la afirmación efectiva de una industria básica en el país. En la posguerra, una misión norteamericana visita Brasil para realizar un estudio de sus posibilidades económicas e industriales —el respectivo informe se publica en 1949—, mientras el Gobierno brasileño elabora el Plan Salte (salud, alimentación, transportes y energía), para el período 1949-1954. En 1950 se crea la Comisión Mixta Brasil-Estados Unidos, y es aprobado por los dos gobiernos un proyecto de financiamiento público norteamericano del orden de 500 millones de dólares para los proyectos destinados a superar los puntos de estrangulamiento en los sectores infraestructurales y de base.

La ejecución de ese proyecto de financiamiento es obstaculizada, empero, por el Gobierno norteamericano, que en 1952 —cuando el republicano Eisenhower sucede en la Presidencia

al demócrata Truman— acaba por negarse a reconocer la obligatoriedad del convenio de ayuda. La táctica era clara: se trataba de imposibilitarle a la burguesía brasileña el acceso a recursos que le permitiesen superar con relativa autonomía los puntos de estrangulamiento surgidos en el proceso de industrialización, y forzarla a aceptar la participación directa de los capitales privados norteamericanos, los cuales realizaban, como señalamos, una embestida sobre Brasil. Esa táctica sería adoptada, en adelante, de manera sistemática por Estados Unidos; en la raíz estaba el conflicto que hacia 1958 estalla entre el gobierno de Kubitschek y el Fondo Monetario Internacional, y la ulterior oposición de los gobiernos de Quadros y de Goulart a la administración norteamericana.

IMPERIALISMO Y BURGUESÍA NACIONAL

La burguesía brasileña intentará reaccionar contra la presión de Estados Unidos en tres ocasiones. La primera, en 1953-1954, con el brusco cambio de orientación que se opera en el gobierno de Vargas (quien, depuesto en 1945, regresará al poder como candidato victorioso de la oposición en 1951). Buscando reforzarse en la política externa por medio de una aproximación a la Argentina de Perón, Vargas altera su política interna lanzando un programa desarrollista y nacionalista que se expresa en la resurrección del Plan Salte (que había quedado sin aplicación y vuelve a la escena con el nombre de Plan Lafer), en la ley del monopolio estatal del petróleo y la proposición al Congreso de un proyecto que instituya un régimen idéntico para la energía eléctrica, en la creación del Fondo Nacional de Electrificación y en la elaboración de un programa federal de construcción de carreteras. Una primera reglamentación de la exportación de utilidades del capital extranjero es dictada al mismo tiempo que se anuncia una nueva reglamentación más rigurosa, y que el Gobierno envía al Congreso una ley que tasa los beneficios extraordinarios. Paralelamente, en pláticas palaciegas se ventila la intención gubernamental de atacar el problema del latifundio con una reforma agraria basa-

da en expropiaciones y en el reparto de tierras. Para sostener su política, Vargas decide movilizar al proletariado urbano: el ministro de Trabajo, João Goulart, concede un aumento del 100% sobre los niveles del salario mínimo y llama a las organizaciones obreras a respaldar al Gobierno.

La tentativa fracasa. Presionado por la derecha, hostilizado por el Partido Comunista y acosado por el imperialismo (principalmente gracias a maniobras que disminuían el precio del café y desencadenaban una crisis cambiaria), el ex dictador acepta la dimisión de Goulart y, mediante varias concesiones, busca un arreglo con la derecha. Pero la lucha iba ya muy adelantada, y el abandono de la política de movilización obrera, expresada por la sustitución de Goulart, sirve tan sólo para entregarlo indefenso a sus enemigos.

El 24 de agosto de 1954, virtualmente depuesto, Vargas se suicida. La Instrucción 113, expedida por el gobierno interino de Café Filho y mantenida por Juscelino Kubitschek (quien asume la Presidencia de la Republica en 1956), consagra la victoria del imperialismo. Creando facilidades excepcionales para el ingreso de los capitales extranjeros, ese instrumento jurídico corresponde a un compromiso entre la burguesía brasileña y los grupos económicos norteamericanos. El flujo de inversiones privadas procedentes de Estados Unidos alcanzó en menos de cinco años cerca de 2.500 millones de dólares, e impulsó el proceso de industrialización y aflojó la presión que el deterioro de las exportaciones tradicionales ejercía sobre la capacidad para importar. Observemos que esa penetración de capital imperialista presentó tres características principales: se dirigió, casi en su totalidad, a la industria manufacturera y de base; se procesó bajo la forma de introducción en el país de máquinas y equipos ya obsoletos en Estados Unidos, y se realizó en gran parte a través de la asociación de compañías norteamericanas a empresas brasileñas.

Hacia 1960, el deterioro constante de las relaciones de intercambio comercial y la tendencia de las inversiones extranjeras a declinar, agravados por los movimientos reivindicativos de la clase obrera (en virtud, principalmente, de la ya señalada alza de

los precios agrícolas internos) agudizan nuevamente las tensiones entre la burguesía brasileña y los monopolios norteamericanos. Jânio Quadros, quien sucede a Kubitschek en 1961, intentará evitar la crisis que se acerca. Expresando los intereses de la gran burguesía de São Paulo, Quadros practica una política económica de contención de los niveles salariales y de liberalismo, cuyo objetivo es crear de nuevo atractivos a las inversiones de capital, incluso las extranjeras, al mismo tiempo que plantea la necesidad de reformas de base, sobre todo en el campo. A ello agrega una orientación independiente en la política exterior, que se destina a ampliar el mercado brasileño para exportaciones tradicionales, diversificar sus fuentes de abastecimiento en materias primas, equipos y créditos, y posibilitar la exportación de productos manufacturados para África y Latinoamérica. Basado en el poder de discusión que le daba esa diplomacia, y en una alianza con la Argentina de Frondizi (alianza concretada en el acuerdo de Uruguayana, firmado en abril de 1961), Quadros buscará, también sin éxito, imponer condiciones en la Conferencia de agosto de Punta del Este, en que se consagra el programa de la Alianza para el Progreso y que representa una revisión de la política interamericana.

Como Vargas, Quadros fracasa. La reacción de la derecha, la presión imperialista y la insubordinación militar lo llevan al gesto dramático de la renuncia. Goulart, que le sucede, después de que se frustra una maniobra para someter el país a la tutela militar—algo que anuncia lo que pasaría en 1964—, dedicará todo el año de 1962 a restablecer la integridad de sus poderes, que la implantación del parlamentarismo, en 1961, limitara. Para ello revive en la política nacional el frente único obrero burgués, de inspiración varguista, respaldado ahora por el Partido Comunista.

Aunque los intentos para restablecer la alianza con Argentina no producen resultados, ni los de sustituir esa alianza por la aproximación a México y Chile, con Goulart la política externa brasileña no sufre cambios sensibles. Internamente se agudiza la oposición entre la burguesía, sobre todo sus estratos inferiores, y el imperialismo, lo que conduce a la concreción del monopolio

estatal de la energía eléctrica, que Vargas planteara en 1953, y a la reglamentación de la exportación de utilidades de las empresas extranjeras. Sin embargo, en 1963, tras el plebiscito popular que restaura el presidencialismo, el Gobierno tendrá que enfrentarse a una disyuntiva insuperable: obtener el respaldo obrero para la política externa y las reformas de base, de interés para la burguesía, y contener, al mismo tiempo, por exigencia de la burguesía, las reivindicaciones salariales. La imposibilidad de solucionar esa disyuntiva conduce al Gobierno al inmovilismo, que acelera la crisis económica, agudiza la lucha de clases y finalmente abre las puertas a la intervención militar.

Este examen superficial de las luchas políticas brasileñas de los últimos 15 años parece dar razón a la concepción generalmente adoptada por la corriente mayoritaria de izquierda que concibe una burguesía desarrollista, antiimperialista y antifeudal. La primera cuestión está, sin embargo, en saber lo que se entiende por burguesía nacional. Las vacilaciones de la política burguesa, y sobre todo la conciliación con el imperialismo que puso en práctica en el período de Kubitschek, provocaron juicios que hablaban de sectores de la burguesía comprometidos con el imperialismo, en oposición a la burguesía propiamente nacional. Para muchos, esta última se identificaría con la burguesía mediana y pequeña, mientras los sectores comprometidos reciben la calificación de burguesía monopolista o gran burguesía.

La distinción tiene su razón de ser. Se puede, en efecto, considerar que las nacionalizaciones, las reformas de base y la política externa independiente han representado para la gran burguesía, es decir, para sus sectores económicamente más fuertes, un instrumento de chantaje destinado a aumentar su poder de discusión frente al imperialismo, más que una estrategia para lograr un desarrollo propiamente autónomo del capitalismo nacional. Inversamente, para la mediana y la pequeña burguesía (que sectorialmente predominan en la industria textil y en la industria de refacciones automovilísticas, por ejemplo, y regionalmente en Río Grande do Sul), se trataba efectivamente de limitar, y aun excluir, la participación del imperialismo en la economía brasileña. A esos

estratos burgueses más débiles habría que agregar ciertos grupos industriales de gran dimensión, pero todavía en fase de implantación, favorables por tanto a una política proteccionista, como es el caso de la joven siderurgia de Minas Gerais, en la que sin embargo inciden con fuerza capitales alemanes y japoneses.

La razón para esa diferencia de actitud entre la gran burguesía y sus estratos inferiores es evidente. Frente a la penetración de los capitales norteamericanos, la primera tenía una opción —la de asociarse a esos capitales— que más que una opción era una conveniencia. Es normal que el capital extranjero, ingresando al país principalmente bajo la forma de equipos y técnicas, buscase asociarse a grandes unidades de producción, capaces de absorber una tecnología que, por el hecho de ser obsoleta en Estados Unidos, no dejaba de ser avanzada para Brasil. Aceptando esa asociación, y beneficiándose de las fuentes de crédito y de la nueva tecnología, las grandes empresas nacionales aumentaron su plusvalía relativa y su capacidad competitiva en el mercado interno. En estas condiciones, la penetración de capitales norteamericanos significaba la absorción y la quiebra de las unidades más débiles, algo que se expresó en una acelerada concentración de capital que engendró estructuras de carácter cada vez más monopolista.

Esto es lo que explica que hayan sido los estratos inferiores de la burguesía y los grandes grupos (no necesariamente nacionales) todavía incapaces de sostener la competencia con los capitales norteamericanos los que movieron la verdadera oposición a la política económica liberal de Quadros, que beneficiaba a los monopolios nacionales y extranjeros, y los que impulsaron, en el período de Goulart, la adopción de medidas restrictivas a las inversiones externas, tales como la reglamentación de la exportación de utilidades, mientras la gran burguesía de São Paulo tendía hacia actitudes mucho más moderadas. Nada de ello impidió que la intensificación de las inversiones norteamericanas en los años cincuenta aumentase desproporcionadamente el peso del factor extranjero en la economía y en la vida política de Brasil. Además de acelerar la transferencia que hizo el Gobierno de sectores básicos de producción a grupos norteamericanos y subordinar

definitivamente el proceso tecnológico brasileño a Estados Unidos, eso aumentó la influencia de los monopolios extranjeros en la elaboración de las decisiones políticas y atenuó la ruptura que se había producido entre la agricultura y la industria.³¹

Sin embargo, como los hechos demostraron, lo que estaba en juego, para todos los sectores de la burguesía, no era específicamente el desarrollo ni el imperialismo, sino la tasa de beneficios. En el momento en que los movimientos de masas en favor de la elevación de los salarios se acentuaron, la burguesía olvidó sus diferencias internas para hacer frente a la única cuestión que le preocupa de hecho: la reducción de sus ganancias. Eso fue tanto más verdadero cuanto que no solamente el alza de los precios agrícolas, que había aparecido a los ojos de la burguesía como un elemento determinante de las reivindicaciones obreras, pasó a segundo plano, en virtud de la autonomía que ganaron tales reivindicaciones, sino también porque el carácter político que éstas asumieron puso en peligro la propia estructura de dominación vigente en el país. A partir del punto en que reivindicaciones populares más amplias se unieron a las demandas obreras, la burguesía —con los ojos puestos en la Revolución Cubana— abandonó totalmente la idea del frente único de clases y se volcó masivamente en las huestes de la reacción.

Esas amplias reivindicaciones populares que mencionamos resultaban en gran parte del dinamismo que ganara el movimiento campesino, pero se explicaban sobre todo por el agravamiento de los problemas de empleo de la población urbana que acarrearía la modernización tecnológica. Esa modernización de origen extranjero, que exigía de la mano de obra una calificación que ésta no tenía, acabó por crear una situación paradójica: mientras aumentaba el desempleo de la mano de obra en general, el mercado de trabajo de la mano de obra calificada se agotaba, constituyéndose en un punto de estrangulamiento que postulaba todo un programa de formación profesional, es decir, tiempo y recursos,

³¹ Principalmente porque las empresas y los accionistas extranjeros dependen de las divisas producidas por la exportación para remitir sus ganancias al exterior.

para ser superado. La fuerza adquirida por los sindicatos de esos sectores (metalurgia, petróleo, industrias mecánicas y químicas) compensó la desventaja que el desempleo creaba para los demás (construcción civil, industria textil), algo que impulsó hacia el alza los salarios en conjunto.

Como solución inmediata al problema, la burguesía optó por la contención coercitiva de los movimientos reivindicatorios y una nueva ola de modernización tecnológica que, mediante el aumento de la productividad del trabajo, permitiese reducir la participación de la mano de obra en la producción y por tanto aflojar la presión que la oferta de empleos ejercía sobre el mercado de trabajo calificado. Para la contención salarial, la burguesía necesitaba crear condiciones que no derivaban, evidentemente, del frente obrero-burgués, que el Gobierno y el PC insistían en proponerle. Para renovar su tecnología no podía contar con las parcas divisas aportadas por la exportación y, ahora, ni siquiera con el recurso a las inversiones extranjeras.

En efecto, desde 1961 se hace cada vez más sensible la resistencia de los sindicatos al proceso inflacionario de los salarios e incluso se verifica entre estos una ligera tendencia a la recuperación, al mismo tiempo que se acelera, por mediación del mecanismo de los precios y en virtud de la rigidez de la oferta agrícola, la transferencia de recursos de la industria hacia la agricultura. Los intentos de la burguesía de imponer una estabilización monetaria (1961 y 1963) fracasan. Sus tentativas de accionar en beneficio propio el proceso inflacionario mediante alzas sucesivas de los precios industriales apenas ponen ese proceso a un ritmo más o menos acelerado, en virtud de las respuestas inmediatas que le dan el sector comercial y agrícola y las clases asalariadas.³² La elevación consecuente de los costos de producción provoca bajas sucesivas en la tasa de ganancias: las inversiones declinan, y no solamente las nacionales sino también las extranjeras.

³² La tasa de inflación se aceleró en 1959, pasando del promedio anual de 20% que presentara entre 1951-1958 a 52%. Después de atenuarse en 1960, aumentó progresivamente hasta alcanzar el 81% en 1963.

Con la recesión de las inversiones extranjeras se cerraba la puerta para las soluciones de compromiso que la burguesía había aplicado desde 1955, al fracasar su primera tentativa para promover el desarrollo capitalista autónomo del país. La situación que debía enfrentar ahora era aún más grave, puesto que con el desarrollo de la crisis de la balanza de pagos, el punto de estrangulamiento cambiario se agudizaba, y esto en el momento mismo en que, terminado el plazo de maduración de las inversiones realizadas en la segunda mitad de los cincuenta, los capitales extranjeros presionaban fuertemente para exportar sus utilidades. Así pues, la crisis cambiaria se traducía en el deterioro de la capacidad para importar, el cual no solamente no podía ser sorteado mediante el recurso a los capitales extranjeros, sino que era agravado por la acción misma de esos capitales. La consecuencia de la presión de esas tenazas sobre la economía nacional era, por primera vez desde los años treinta, una verdadera crisis industrial.

En realidad, lo que se encontraba puesto en jaque era todo el sistema capitalista brasileño. La burguesía —grande, mediana, pequeña— lo comprendió y, olvidando sus pretensiones autárquicas, así como la intención de mejorar su participación frente al socio mayor norteamericano, se preocupó únicamente por salvar el propio sistema. Y fue como llegó al régimen militar, implantado el 1 de abril de 1964.

EL SUBIMPERIALISMO

La dictadura militar aparece así como la consecuencia inevitable del desarrollo capitalista brasileño y como un intento desesperado para abrirle nuevas perspectivas de desarrollo. Su aspecto más evidente ha sido la contención por la fuerza del movimiento reivindicativo de las masas. Interviniendo en los sindicatos y demás órganos de clase, disolviendo las agrupaciones políticas de izquierda, y acallando su prensa, encarcelando y asesinando líderes obreros y campesinos, promulgando una ley de huelga que obstaculiza el ejercicio de ese derecho laboral, la dictadura logró promover, con el terror, un nuevo equilibrio entre las fuer-

zas productivas. Se dictaron normas que fijaban límites a los reajustes salariales y reglamentaban rígidamente las negociaciones colectivas entre sindicatos y empresarios, que acarrearón una reducción sensible del valor real de los salarios.³³

Para ejecutar esa política antipopular fue necesario reforzar la coalición de las clases dominantes. Desde este punto de vista, la dictadura correspondió a una ratificación del compromiso de 1837 entre la burguesía y la oligarquía latifundista-mercantil. Esto quedó claro al renunciar la burguesía a una reforma agraria efectiva, que hiriese el régimen actual de la propiedad de la tierra. La reforma agraria aprobada por el gobierno militar se ha limitado al intento de crear mejores condiciones para el desarrollo agrícola mediante la concentración de las inversiones y la formación de fondos para la asistencia técnica, dejando las expropiaciones para los casos críticos de conflicto por la posesión de la tierra. Se trata, en suma, de intensificar en el campo el proceso de capitalización que, por otra parte, además de exigir un plazo largo, no pudo realizarse en gran escala, en virtud de la recesión global de las inversiones.

Es necesario, empero, tener presente que no fue la necesidad de respaldo la única causa de esta situación. La contención salarial está vinculada, por un lado, al carácter agudo que tenía para la burguesía el alza de los precios agrícolas, puesto que estos ya no pueden repercutir normalmente sobre el costo de la producción industrial. Por otra parte, la dictadura militar pasó a ejercer una estrecha vigilancia sobre el comportamiento de los precios agrícolas, y los mantuvo coercitivamente en un nivel tolerable para la industria. Finalmente, la razón determinante para el restablecimiento integral de 1937 es el desinterés relativo de la gran

³³ Tomando como base el índice oficial del costo de vida, el Departamento Inter-sindical de Estadísticas y Estudios Socio-Económicos (DIEESE) de São Paulo demostró que en los primeros años del régimen militar, y frente a alzas del costo de la vida de 86% y 45,5%, respectivamente, los salarios aumentaron sólo en 83% en 1964 y 40% en 1965. En este último año la reducción del poder adquisitivo real del salario obrero fue del orden del 15,3%.

burguesía por una dinamización efectiva del mercado interno brasileño. Volveremos luego a este punto.

Otro aspecto de la actuación realizada por la dictadura militar consistió en la creación de estímulos y atractivos a las inversiones extranjeras, principalmente de Estados Unidos. Mediante la revocación de limitaciones a la acción del capital extranjero, como las que se establecían en la ley de exportación de utilidades, la concesión de privilegios a ciertos grupos, como pasó con la Hanna Corporation, y la firma de un acuerdo de garantías a las inversiones norteamericanas, se trató de atraer al país esos capitales. Simultáneamente, restringiendo el crédito a la producción (lo que lleva a las empresas a buscar el sostén del capital extranjero o ir a la quiebra, cuando son compradas a bajo precio por los grupos internacionales), estimulando la llamada “democratización del capital” (lo que en la fase de estancamiento implica facilitar al único sector fuerte de la economía, el extranjero, el acceso a por lo menos parte del control de las empresas), creando fondos estatales o privados de financiamiento basados en empréstitos externos, tributando fuertemente la hoja de salarios de las empresas (lo que las obliga a renovar su tecnología a fin de reducir la participación del trabajo y buscar la asociación con capitales extranjeros), el gobierno militar promueve la integración acelerada de la industria nacional a la norteamericana. El instrumento principal para alcanzar este objetivo fue el “Programa de Acción Económica del Gobierno”, elaborado por la gestión de Castelo Branco para el período 1964-1966. Para atraer a los inversionistas extranjeros, sin embargo, el argumento principal que esgrimió el Gobierno fue la baja de los costos de producción en el país, obtenida por la contención de las reivindicaciones de la clase obrera.

La política de integración al imperialismo tiene un doble efecto: aumentar la capacidad productiva de la industria gracias al impulso que da a las inversiones y a la racionalización tecnológica, y, en virtud de esta última, acelerar el desequilibrio existente entre el crecimiento industrial y la creación de empleos por la industria. No se trata, como vimos, sólo de reducir la oferta de empleos para los nuevos contingentes que llegan anualmente, en la proporción

de un millón, al mercado de trabajo: implica también la reducción de la participación de la mano de obra ya en actividad, lo que aumenta fuertemente la incidencia del desempleo.

La integración imperialista subraya, pues, la tendencia del capitalismo industrial brasileño, que lo vuelve incapaz de crear mercados en la proporción de su desarrollo y, más aún, en términos relativos lo impulsa a restringir tales mercados. Se trata de una agudización de la ley general de acumulación capitalista, es decir, la absolutización de la tendencia al pauperismo, que lleva al estrangulamiento de la propia capacidad productiva del sistema, ya evidenciada por los altos índices de “capacidad ociosa” verificados en la industria brasileña aun en su fase de mayor expansión. La marcha de esa contradicción fundamental del capitalismo brasileño lo lleva a la más total irracionalidad, es decir, a expandir la producción mientras restringe cada vez más la posibilidad de crear para ella un mercado nacional, con lo cual comprime los niveles internos de consumo y aumenta constantemente el ejército industrial de reserva.

Esta contradicción no es propia del capitalismo brasileño, sino que es común al capitalismo en general. En los países capitalistas centrales, sin embargo, su incidencia ha sido contrarrestada de dos maneras: con el ajuste del proceso tecnológico a las condiciones propias de su mercado de trabajo y con la incorporación de mercados externos (entre ellos, el mismo Brasil) a sus economías. La irracionalidad del desarrollo capitalista en Brasil deriva precisamente de la imposibilidad en que se encuentra para controlar su proceso tecnológico, ya que la tecnología es para él un producto de importación —y su incorporación está condicionada por factores aleatorios como la posición de la balanza comercial y los movimientos externos de capital—, y también deriva de las circunstancias particulares que el país debe enfrentar para, repitiendo lo que hicieron los sistemas más antiguos, buscar en el exterior la solución al problema del mercado.

Prácticamente esto se traduce, en primer lugar, en el impulso de la economía brasileña hacia el exterior, en el afán de compensar con la conquista de mercados ya formados, principalmente en

Latinoamérica, su incapacidad para ampliar el mercado interno. Esta forma del imperialismo conduce, sin embargo, a un subimperialismo. En efecto, no le es posible a la burguesía brasileña competir en mercados ya repartidos por los monopolios norteamericanos, y el fracaso de la política externa independiente de Quadros y Goulart lo demuestra. Por otra parte, esa burguesía depende para el desarrollo de su industria de una tecnología cuya creación es privativa de dichos monopolios. No le queda, pues, sino la alternativa de ofrecer a estos una sociedad en el proceso mismo de producción en Brasil, y argumentar con las extraordinarias posibilidades de ganancias que la contención coercitiva del nivel salarial de la clase obrera contribuye a crear.

El capitalismo brasileño se ha orientado, así, hacia un desarrollo monstruoso, puesto que llega a la etapa imperialista antes de haber logrado el cambio global de la economía nacional y en una situación de dependencia creciente frente al imperialismo internacional. La consecuencia más importante de este hecho es que, al revés de lo que pasa con las economías capitalistas centrales, el subimperialismo brasileño no puede convertir la explotación que pretende realizar en el exterior en un factor de elevación del nivel de vida interno, capaz de amortiguar el ímpetu de la lucha de clases; por el contrario, por la necesidad que experimenta de proporcionar un sobrepluso a su socio mayor norteamericano, tiene que agravar violentamente la explotación del trabajo en el marco de la economía nacional, en un esfuerzo por reducir sus costos de producción.

Se trata, en fin, de un sistema que ya no es capaz de atender a las aspiraciones de progreso material y de libertad política que hoy movilizan a las masas brasileñas. Inversamente, tiende a subrayar sus aspectos más irracionales, encauzando cantidades crecientes del excedente económico hacia el sector improductivo de la industria bélica y aumentando, por la necesidad de absorber parte de la mano de obra desempleada, sus efectivos militares. No crea, de esta manera, tan sólo las premisas para su expansión hacia el exterior: refuerza también internamente el militarismo,

destinado a afianzar la dictadura abierta de clase que la burguesía se ha visto en la contingencia de implantar.

REVOLUCIÓN Y LUCHA DE CLASE

Es en esta perspectiva que se ha de determinar el verdadero carácter de la revolución brasileña. Por supuesto, nos referimos aquí a un proceso venidero, ya que hablar de él como de algo existente, en la fase contrarrevolucionaria que atraviesa el país, no tiene sentido. Identificar esa revolución con el desarrollo capitalista es una falacia similar a la de la imagen de una burguesía antiimperialista y antifeudal. El desarrollo industrial capitalista fue, en realidad, lo que prolongó en Brasil la vida del viejo sistema semicolonial de exportación. Su desarrollo, en lugar de liberar al país del imperialismo, lo vinculó a éste aún más estrechamente y acabó por conducirlo a la presente etapa subimperialista, que corresponde a la imposibilidad definitiva de un desarrollo capitalista autónomo en Brasil.

La noción de una “burguesía nacional” de poco alcance, capaz de realizar las tareas que la burguesía monopolista no llevó a cabo, no resiste, a su vez, el menor análisis. No se trata solamente de señalar que los intereses primarios de esos estratos burgueses son los de cualquier burguesía, es decir, la preservación del sistema contra toda amenaza proletaria, como lo demostró su respaldo al golpe militar de 1964. Se trata, principalmente, de ver que la actuación política de la llamada “burguesía nacional” expresa su rezago económico y tecnológico y corresponde a una posición reaccionaria, aun en relación con el desarrollo capitalista.

El motor del desarrollo está constituido, sin lugar a dudas, por la industria de bienes intermedios y de equipos, es decir, aquel sector donde reina soberana la burguesía monopolista asociada a los grupos extranjeros. Son las necesidades propias de tal sector las que impulsaron al capitalismo brasileño hacia la etapa subimperialista, único camino que encontró el sistema para seguir con su desarrollo. A esta alternativa, la “burguesía nacional” sólo puede contraponer una demagogia nacionalista y populista que

apenas encubre su incapacidad para hacer frente a los problemas planteados por el desarrollo económico.

La prueba de ello está en que, a pesar de la fuerza que los sectores medios y pequeños de la burguesía disfrutaron en el período de Goulart, gracias a que sus representantes ideológicos ocupaban la mayoría de los puestos oficiales, no lograron encontrar una salida para la crisis económica que se avecinaba. Por el contrario, a medida que la evolución de la crisis se traducía en el incremento de las reivindicaciones populares y en la radicalización política, esos sectores se sumergieron en la perplejidad y el pánico, hasta el punto de entregar, sin resistencia, a la burguesía monopolista el liderazgo que tenían.

La política subimperialista de la gran burguesía, con su intento de compensar la caída de las ventas internas con la expansión exterior, no ha podido, sin embargo, aprovechar a la llamada “burguesía nacional”, la cual, en medio de quiebras y suspensiones de pagos se vio empujada a una situación desesperada. Aprovechándose de las dificultades encontradas para ejecutar la política subimperialista (dificultades determinadas en gran parte por el esfuerzo de guerra norteamericano en Vietnam y los cambios de la política argentina posteriores al golpe militar de 1966), esta burguesía maniobró para introducir modificaciones en la política económica del Gobierno, a fin de aliviar su situación. Tales modificaciones se cifran, principalmente, en una liberación del crédito oficial, que si se realizara sin una correspondiente liberalización de los salarios, agravaría aún más la explotación de la clase obrera, y si se completara con la liberalización salarial, restauraría el *impasse* de 1963 que condujo a la implantación de la dictadura militar.

Es evidente, pues, que la búsqueda de soluciones intermedias, basadas en los intereses de los sectores burgueses más débiles, resulta impracticable o es susceptible de conducir, en un plazo más o menos corto, a la clase obrera y demás grupos asalariados a una situación peor que aquella en la que se encuentran. Hay que recalcar que esto no sería posible sin un endurecimiento todavía mayor de los aparatos de represión y un agravamiento del

carácter parasitario que tienden a asumir esos sectores burgueses con relación al Estado. En otras palabras, una política económica pequeñoburguesa, en las condiciones vigentes en Brasil, muy probablemente exigiría la implantación de un verdadero régimen fascista.

En cualquier caso, sin embargo, no se estaría dando solución al problema del desarrollo económico, que no puede ser logrado, como pretende la “burguesía nacional”, obstaculizando la incorporación del progreso tecnológico extranjero y estructurando la economía con base en unidades de baja capacidad productiva. Para las grandes masas del pueblo, el problema está, inversamente, en una organización económica que no sólo admita la incorporación del proceso tecnológico y la concentración de las unidades productivas, sino que las aceleren, sin que ello implique agravar la explotación del trabajo en el marco nacional y subordinar definitivamente la economía brasileña al imperialismo. Todo está en lograr una organización de la producción que permita el pleno aprovechamiento del excedente creado, vale decir, que aumente la capacidad de empleo y producción dentro del sistema y eleve los niveles de salario y de consumo. Como esto no es posible en el marco del sistema capitalista, no le queda al pueblo brasileño sino un camino: el ejercicio de una política obrera, de lucha por el socialismo.

A quienes niegan a la clase obrera de Brasil la madurez necesaria para ello, el análisis de la dialéctica del desarrollo capitalista del país ofrece una rotunda respuesta. Han sido, en efecto, las masas trabajadoras las que, con su movimiento propio e independiente de las consignas reformistas que recibían de sus directivas, han hecho crujir las articulaciones del sistema y determinado sus límites. Llevando adelante sus reivindicaciones económicas, que han repercutido en los costos de producción industrial, y atrayéndose la solidaridad de las clases explotadas en un vasto movimiento político, el proletariado ha agudizado la contradicción surgida entre la burguesía y la oligarquía terrateniente-mercantil e impedido a la primera el recurso a las inversiones extranjeras, forzándola a buscar el camino del desarrollo autónomo. Si al fi-

nal la política burguesa no condujo sino a la capitulación y, más que a esto, a la reacción, es porque en verdad ya no existe para la burguesía la posibilidad de conducir a la sociedad brasileña hacia formas superiores de organización y de progreso material.

El verdadero estado de guerra civil implantado en Brasil por las clases dominantes, del cual la dictadura militar es expresión, no puede ser superado mediante fórmulas de compromiso con algunos estratos burgueses. La inanidad de esos compromisos, frente a la marcha implacable de las contradicciones que plantea el desarrollo del sistema, impulsa necesariamente a la clase obrera a las trincheras de la revolución. Por otra parte, el carácter internacional que la burguesía subimperialista pretende imprimir a su explotación identifica la lucha de clase del proletariado brasileño con la guerra antiimperialista que se libra en el continente.

Más que una redemocratización y una renacionalización, el contenido de la sociedad que surgirá de ese proceso será el de una democracia nueva y de una nueva economía, abiertas a la participación de las masas y vueltas hacia la satisfacción de sus necesidades. En ese marco, los estratos inferiores de la burguesía encontrarán, si quieren, y con carácter transitorio, un papel que desempeñar. Crear ese marco y dirigir su evolución es, sin embargo, una tarea que ningún reformismo podrá sustraer a la iniciativa de los trabajadores.

DIALÉCTICA DE LA DEPENDENCIA¹

[...] el comercio exterior, cuando se limita a reponer los elementos (también en cuanto a su valor), no hace más que desplazar las contradicciones a una esfera más extensa, abriendo ante ellas un campo mayor de acción.

Marx, *El capital*, II

Acelerar la acumulación mediante un desarrollo superior de la capacidad productiva del trabajo y acelerarla a través de una mayor explotación del trabajador, son dos procedimientos totalmente distintos.

Marx, *El capital*, I

En sus análisis de la dependencia latinoamericana, los investigadores marxistas han incurrido, por lo general, en dos tipos de desviaciones: la sustitución del hecho concreto por el concepto

¹ Extraído de Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones Era, 11ª reimpresión, 1991, pp. 9-77. Se publica gracias a Ediciones Era.

abstracto, o la adulteración del concepto en nombre de una realidad rebelde a aceptarlo en su formulación pura. En el primer caso, el resultado han sido los estudios marxistas llamados ortodoxos, en los cuales la dinámica de los procesos estudiados se vierte en una formalización que es incapaz de reconstruirla a nivel de la exposición, y en los que la relación entre lo concreto y lo abstracto se rompe para dar lugar a descripciones empíricas que corren paralelamente al discurso teórico, sin fundirse con él; esto se ha dado, sobre todo, en el campo de la historia económica. El segundo tipo de desviación ha sido más frecuente en el campo de la sociología, en el que, ante la dificultad de adecuar a una realidad categorías que no han sido diseñadas específicamente para ella, los estudiosos de formación marxista recurren simultáneamente a otros enfoques metodológicos y teóricos; la consecuencia necesaria de este procedimiento es el eclecticismo, la falta de rigor conceptual y metodológico, y un pretendido enriquecimiento del marxismo que es más bien su negación.

Estas desviaciones nacen de una dificultad real: frente al parámetro del modo de producción capitalista puro, la economía latinoamericana presenta peculiaridades que se dan a veces como insuficiencias y otras —no siempre distinguibles fácilmente de las primeras— como deformaciones. No es por tanto accidental la recurrencia, en los estudios sobre América Latina, de la noción de *precapitalismo*. Lo que habría que decir es que, aun cuando se trate realmente de un desarrollo insuficiente de las relaciones capitalistas, esa noción se refiere a aspectos de una realidad que nunca podrá desarrollarse, por su estructura global y su funcionamiento, de la misma forma como se han desarrollado las economías capitalistas llamadas avanzadas. Por lo tanto lo que se tiene, más que un precapitalismo, es un capitalismo *sui generis* que sólo cobra sentido si lo contemplamos en la perspectiva del sistema en su conjunto, tanto a nivel nacional como, y principalmente, a nivel internacional.

Esto es verdad, sobre todo, cuando nos referimos al moderno capitalismo industrial latinoamericano, tal como se ha conformado en las dos últimas décadas. Pero, en su aspecto más general, la

proposición es válida también para el período inmediatamente precedente y aun para la etapa de la economía exportadora. Es obvio que, en el último caso, la insuficiencia prevalece todavía sobre la distorsión, pero si queremos entender cómo una se convirtió en la otra es a la luz de ésta que debemos estudiar aquella. En otros términos, es el conocimiento de la forma particular que acabó por adoptar el capitalismo dependiente latinoamericano lo que ilumina el estudio de su gestación y permite conocer analíticamente las tendencias que desembocaron en este resultado.

Pero aquí, como siempre, la verdad tiene un doble sentido: si es cierto que el estudio de las formas sociales más desarrolladas arroja luz sobre las formas embrionarias (o, para decirlo con Marx, “la anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono”),² también es cierto que el desarrollo todavía insuficiente de una sociedad, al resaltar un elemento simple, hace comprensible su forma más compleja, que integra y subordina dicho elemento. Como lo señala Marx:

[...] la categoría más simple puede expresar las relaciones dominantes de un todo no desarrollado o las relaciones subordinadas de un todo más desarrollado, relaciones que existían ya históricamente antes de que el todo se desarrollara en el sentido expresado por una categoría más concreta. Sólo entonces el camino del pensamiento abstracto, que se eleva de lo simple a lo complejo, podría corresponder al proceso histórico real.³

En la identificación de estos elementos, las categorías marxistas deben aplicarse, pues, a la realidad como instrumentos de análisis y anticipaciones de su desarrollo ulterior. Por otra parte, esas categorías no pueden reemplazar o mistificar los fenómenos a que se aplican; es por ello que el análisis tiene que ponderarlas, sin que esto implique en ningún caso romper con el hilo del razo-

² Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, 1857, Montevideo, Carabella, s.f., p. 44.

³ *Ibid.*, p. 41.

namiento marxista, injertándole cuerpos que le son extraños y que no pueden, por tanto, ser asimilados por él. El rigor conceptual y metodológico: a esto se reduce en última instancia la ortodoxia marxista. Cualquier limitación al proceso de investigación que de allí se derive no tiene ya nada que ver con la ortodoxia, sino tan sólo con el dogmatismo.

1. LA INTEGRACIÓN AL MERCADO MUNDIAL

Forjada al calor de la expansión comercial promovida en el siglo XVI por el capitalismo naciente, América Latina se desarrolla en estrecha consonancia con la dinámica del capital internacional. Colonia productora de metales preciosos y géneros exóticos, en un principio contribuyó al aumento del flujo de mercancías y a la expansión de los medios de pago, que, al tiempo que permitían el desarrollo del capital comercial y bancario de Europa, apuntalaron el sistema manufacturero europeo y allanaron el camino para la creación de la gran industria. La Revolución Industrial, que dará inicio a ésta, corresponde en América Latina a la independencia política que, conquistada en las primeras décadas del siglo XIX, hará surgir, con base en la nevadura demográfica y administrativa tejida durante la Colonia, un conjunto de países que entrarán a gravitar en torno a Inglaterra. Los flujos de mercancías, y posteriormente de capitales, tienen en ésta su punto de entroncamiento: ignorándose los unos a los otros, los nuevos países se articularán directamente con la metrópoli inglesa y, en función de los requerimientos de ésta, entrarán a producir y a exportar bienes primarios a cambio de manufacturas de consumo y —cuando la exportación supera sus importaciones— de deudas.⁴

⁴ Hasta la mitad del siglo XIX, las exportaciones latinoamericanas se encuentran estancadas y la balanza comercial latinoamericana es deficitaria; los préstamos extranjeros se destinan a sustentar la capacidad de importación. Al aumentar las exportaciones, y sobre todo a partir del momento en que el comercio exterior comienza a arrojar saldos positivos, el papel de la deuda externa pasa a ser el de transferir hacia la metrópoli parte del excedente obtenido en América Latina. El caso de Brasil es revelador: a partir de la década de 1860, cuando los saldos de la

Es a partir de este momento que las relaciones de América Latina con los centros capitalistas europeos se insertan en una estructura definida: la división internacional del trabajo, que determinará el curso del desarrollo ulterior de la región. En otros términos, es a partir de entonces que se configura la dependencia, entendida como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser por ende sino más dependencia, y su liquidación supone necesariamente la supresión de las relaciones de producción que ella involucra. En este sentido, la conocida fórmula de André Gunder Frank sobre el “desarrollo del subdesarrollo” es impecable, como impecables son las conclusiones políticas a que ella conduce.⁵ Las críticas que se le han hecho representan muchas veces un paso atrás en esa formulación, en nombre de precisiones que se pretenden teóricas, pero que no suelen ir más allá de la semántica.

Sin embargo, y allí reside la debilidad real del trabajo de Frank, la situación colonial no es lo mismo que la situación de dependencia. Aunque se dé una continuidad entre ambas, no son homogéneas; como bien dice Canguilhem: “el carácter progresivo de un acontecimiento no excluye la originalidad del acontecimiento”.⁶ La dificultad del análisis teórico está precisamente en captar esa

balanza comercial se vuelven cada vez más importantes, el servicio de la deuda externa aumenta: del 50% que representaba sobre ese saldo en los sesenta, se eleva al 99% en la década siguiente (Nelson Werneck Sodré, *Formação histórica do Brasil*, São Paulo, Brasiliense, 1964). Entre 1902 y 1913, mientras el valor de las exportaciones aumenta en 79,6%, la deuda externa brasileña lo hace en 144,6% y representa, en 1913, el 60% del gasto público total (J. A. Barboza-Cameiro, *Situation économique et financière du Brésil: mémorandum présenté à la Conférence Financière Internationale*, Bruselas, septiembre-octubre de 1920).

⁵ Véase, por ejemplo, su artículo “Quién es el enemigo inmediato”, en *Pensamiento Crítico*, No. 13, La Habana, 1968.

⁶ Georges Canguilhem, *Lo normal y lo patológico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 60. Sobre los conceptos de homogeneidad y continuidad, véase el cap. III de esa obra.

originalidad y, sobre todo, en discernir el momento en que la originalidad implica un cambio de cualidad. En lo que se refiere a las relaciones internacionales de América Latina, si ésta desempeña, como señalamos, un papel relevante en la formación de la economía capitalista mundial (principalmente con su producción de metales preciosos en los siglos XVI y XVII, pero sobre todo en el XVIII, gracias a la coincidencia entre el descubrimiento del oro brasileño y el auge manufacturero inglés),⁷ sólo en el curso del siglo XIX, y específicamente después de 1840, su articulación con esa economía mundial se realiza plenamente.⁸ Esto se explica si consideramos que no es sino con el surgimiento de la gran industria que se establece en bases sólidas la división internacional del trabajo.⁹

⁷ Véase Celso Furtado, *Formación económica del Brasil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, pp. 90-91.

⁸ En un trabajo que minimiza enormemente la importancia del mercado mundial para el desarrollo del capitalismo, Paul Bairoch observa que sólo “a partir de 1840-1850 comienza la verdadera expansión del comercio exterior [de Inglaterra]; desde 1860, las exportaciones representan el 14% del ingreso nacional, y no es entonces sino el comienzo de una evolución nacional que alcanzará su máximo en los años que preceden a la guerra de 1914-1918, cuando las exportaciones alcanzaron alrededor del 40% del ingreso nacional. El comienzo de esa expansión marca una modificación de la estructura de las actividades inglesas, como vimos en el capítulo de la agricultura: a partir de 1840-1850 Inglaterra empezará a depender cada vez más del extranjero para su subsistencia”. Paul Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, México, Siglo XXI, 1967, p. 285. Cuando se trata de la inserción de América Latina en la economía capitalista mundial, es a Inglaterra que hay que referirse, aun en aquellos casos (como el de la exportación chilena de cereales a Estados Unidos) en los que la relación no es directa. Es por ello que las estadísticas mencionadas explican la constatación de un historiador en el sentido de que “en casi todas partes [de América Latina], los niveles de comercio internacional de 1850 no exceden demasiado a los de 1825”. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 158.

⁹ “La gran industria ha creado el mercado mundial ya preparado por el descubrimiento de América”. *Manifiesto del Partido Comunista*, en Karl Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1971, t. I, p. 21. Cfr. también Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946-1947, t. I, cap. XXIII, 3, p. 536. Advertimos aquí que hemos procurado referir las citas de *El capital* a esta edición, para facilitar al lector su ubicación; sin embargo, por inconvenientes derivados sea de la traducción, sea de las ediciones en que ella se

La creación de la gran industria moderna se habría visto fuertemente obstaculizada si no hubiera contado con los países dependientes, y se debería haber construido sobre una base estrictamente nacional. En efecto, el desarrollo industrial supone una gran disponibilidad de bienes agrícolas, que permita la especialización de parte de la sociedad en la actividad específicamente industrial.¹⁰ En el caso de la industrialización europea, el recurso a la simple producción agrícola interna hubiera frenado la extremada especialización productiva que la gran industria hacía posible. El fuerte incremento de la clase obrera industrial y, en general, de la población urbana ocupada en la industria y en los servicios, que se verifica en los países industriales en el siglo pasado, no hubiera podido tener lugar si estos no hubieran contado con los medios de subsistencia de origen agropecuario, proporcionados en forma considerable por los países latinoamericanos. Esto fue lo que permitió profundizar la división del trabajo y especializar a los países industriales como productores mundiales de manufacturas.

Pero no se redujo a esto la función cumplida por América Latina en el desarrollo del capitalismo: a su capacidad para crear una oferta mundial de alimentos, que aparece como condición necesaria de su inserción en la economía internacional capitalista, se agregará pronto la de contribuir a la formación de un mercado de materias primas industriales, cuya importancia crece en función del mismo desarrollo industrial.¹¹ El crecimiento de la clase

basa, preferimos, en ciertos casos, recurrir al texto incluido en las obras de Marx que se editan bajo la responsabilidad de Maximilien Rubel (*Le capital. Oeuvres*, París, NRF); en tales casos, damos también la referencia que corresponde a la edición del Fondo de Cultura Económica.

¹⁰ “[...] Una productividad del trabajo agrícola que rebasa las necesidades individuales del obrero constituye la base de toda sociedad y, sobre todo, la base de la producción capitalista, la cual separa a una parte cada vez mayor de la sociedad de la producción de medios directos de subsistencia y la convierte, como dice Steuart, en *free beads*, en hombres disponibles para la explotación de otras esferas”. Karl Marx, *El capital*, t. III, cap. XLVII, p. 728.

¹¹ Es interesante observar que, llegado cierto momento, las mismas naciones industriales exportarán sus capitales a América Latina, para aplicarlos a la producción

trabajadora en los países centrales y la elevación aún más notable de su productividad, que resultan del advenimiento de la gran industria, llevaron a que la masa de materias primas volcada al proceso de producción aumentara en mayor proporción.¹² Esta función, que llegará más tarde a su plenitud, es también la que se revelaría como la más duradera para América Latina, y mantendrá toda su importancia aun después de que la división internacional del trabajo haya alcanzado un nuevo estadio.

Lo que importa considerar aquí es que las funciones que cumple América Latina en la economía capitalista mundial trascienden la mera respuesta a los requerimientos físicos inducidos por la acumulación en los países industriales. Más allá de facilitar el crecimiento cuantitativo de estos, la participación de América Latina en el mercado mundial contribuirá a que el eje de la acumulación en la economía industrial se desplace de la producción de plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa, es decir, que la acumulación pase a depender más del aumento de la capacidad productiva del trabajo que simplemente de la explotación del trabajador. Sin embargo, el desarrollo de la producción latinoameri-

de materias primas y alimentos para la exportación. Esto es sobre todo visible cuando la presencia de Estados Unidos en América Latina se acentúa y comienza a desplazar a Inglaterra. Si observamos la composición funcional del capital extranjero existente en la región en las primeras décadas de este siglo, veremos que el de origen británico se concentra prioritariamente en las inversiones de cartera, principalmente valores públicos y ferroviarios, los cuales representaban normalmente tres cuartas partes del total; mientras que Estados Unidos no destina a ese tipo de operaciones sino una tercera parte de su inversión, y privilegia la aplicación de fondos en la minería, en el petróleo y en la agricultura. Véase Paul R. Olson y C. Addison Hickman, *Economía internacional latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, cap. V.

¹² “[...] al crecer el capital *variable*, tiene que crecer también necesariamente el capital *constante*, y al aumentar de volumen las condiciones comunes de producción, los edificios, los hornos, etc., tienen también que aumentar, y mucho más rápidamente que la nómina de obreros, las *materias primas*”. *El capital*, I, XII, p. 293 (cursivas del original). Por lo demás, cualquiera que sea la variación experimentada por el capital variable y por el elemento fijo del capital constante, el gasto de materias primas es siempre mayor cuando aumenta el grado de explotación o la productividad del trabajo. Cfr. Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XXII, inciso 4.

cana, que permite a la región coadyuvar a este cambio cualitativo en los países centrales, se dará fundamentalmente con base en una mayor explotación del trabajador. Es este carácter contradictorio de la dependencia latinoamericana, que determina las relaciones de producción en el conjunto del sistema capitalista, lo que debe retener nuestra atención.

2. EL SECRETO DEL INTERCAMBIO DESIGUAL

La inserción de América Latina en la economía capitalista responde a las exigencias que plantea en los países industriales el paso a la producción de plusvalía relativa. Ésta se entiende como una forma de explotación del trabajo asalariado que, fundamentalmente con base en la transformación de las condiciones técnicas de producción, resulta de la desvalorización real de la fuerza de trabajo. Sin ahondar en la cuestión, conviene hacer aquí algunas precisiones que se relacionan con nuestro tema.

En lo esencial, se trata de disipar la confusión que suele establecerse entre el concepto de plusvalía relativa y el de productividad. En efecto, si bien constituye la condición por excelencia de la plusvalía relativa, una mayor capacidad productiva del trabajo no asegura de por sí un aumento de la plusvalía relativa. Al aumentar la productividad, el trabajador sólo crea más productos en el mismo tiempo, pero no más valor; es justamente este hecho el que lleva al capitalista individual a procurar el aumento de productividad, ya que ello le permite rebajar el valor individual de su mercancía, en relación al valor que las condiciones generales de la producción le atribuyen, obteniendo así una plusvalía superior a la de sus competidores —o sea, una plusvalía extraordinaria—.

Ahora bien, esa plusvalía extraordinaria altera el reparto general de la plusvalía entre los diversos capitalistas, al traducirse en ganancia extraordinaria, pero no modifica el grado de explotación del trabajo en la economía o en la rama considerada, es decir, no incide en la cuota de plusvalía. Si el procedimiento técnico que permitió el aumento de productividad se generaliza a las demás empresas, y por ende se uniforma la tasa de productividad, ello no

acarrea tampoco el aumento de la cuota de plusvalía: tan sólo se habrá acrecentado la masa de productos, sin hacer variar su valor, o lo que es lo mismo, el valor social de la unidad de producto se reduciría en términos proporcionales al aumento de productividad del trabajo. La consecuencia sería, pues, no el incremento de la plusvalía, sino más bien su disminución.

Esto se debe a que lo que determina la cuota de plusvalía no es la productividad del trabajo en sí, sino el grado de explotación del trabajo, o sea, la relación entre el tiempo de trabajo excedente (en el que el obrero produce plusvalía) y el tiempo de trabajo necesario (en el que el obrero reproduce el valor de su fuerza de trabajo, esto es, el equivalente de su salario).¹³ Sólo la alteración de esa proporción, en un sentido favorable al capitalista, es decir, mediante el aumento del trabajo excedente sobre el necesario, puede modificar la cuota de plusvalía. Para esto, la reducción del valor social de las mercancías debe incidir en bienes necesarios a la reproducción de la fuerza de trabajo, vale decir bienes-salarios. La plusvalía relativa está ligada indisolublemente, pues, a la desvalorización de los bienes-salario, para lo que ocurre en general, pero no forzosamente a la productividad del trabajo.¹⁴

Esta digresión era indispensable para entender bien por qué la inserción de América Latina en el mercado mundial contribuyó a desarrollar el modo de producción específicamente capitalista, que se basa en la plusvalía relativa. Mencionamos ya que una de las funciones que le fue asignada, en el marco de la división internacional del trabajo, fue la de proveer a los países industriales de los alimentos que exigía el crecimiento de la clase obrera, en

¹³ “El trabajo debe [...] poseer un cierto grado de productividad antes que pueda prolongarse más allá del tiempo necesario al productor para garantizar su subsistencia, pero no es jamás esa productividad, cualquiera que sea su grado, la causa de la plusvalía. Esa causa es siempre el trabajo excedente, cualquiera que sea el modo de extorsionarlo”. Traducción literal del pasaje incluido en *Le capital. Oeuvres*, t. I, cap. XVI, pp. 1.008-1.009; dicho pasaje no aparece en la edición del Fondo de Cultura Económica donde correspondería al t. I, cap. XIV, p. 428.

¹⁴ Cfr. Karl Marx, *El capital*, I, secciones IV y V y *El capital, Libro 1, Capítulo VI (inédito)*, Buenos Aires, Signos, 1971, parte I.

particular, y de la población urbana, en general, que allí se daba. La oferta mundial de alimentos, que América Latina contribuye a crear, y que alcanza su auge en la segunda mitad del siglo XIX, será un elemento decisivo para que los países industriales confíen al comercio exterior la atención de sus necesidades de medios de subsistencia.¹⁵ El efecto de dicha oferta (ampliado por la depresión de los precios de los productos primarios en el mercado mundial, tema al que volveremos más adelante) será el de reducir el valor real de la fuerza de trabajo en los países industriales, lo que permite que el incremento de la productividad se traduzca allí en cuotas de plusvalía cada vez más elevadas. En otros términos, mediante su incorporación al mercado mundial de bienes-salario, América Latina desempeña un papel significativo en el aumento de la plusvalía relativa en los países industriales.

Antes de examinar el reverso de la medalla, es decir, las condiciones internas de producción que permitirán a América Latina cumplir esa función, cabe indicar que no es sólo en el ámbito de su propia economía que la dependencia latinoamericana se revela contradictoria: la participación de América Latina en el progreso del modo capitalista de producción en los países industriales será a su vez contradictoria. Esto se debe a que, como señalamos antes, el aumento de la capacidad productiva del trabajo acarrea un consumo más que proporcional de materias primas. En la medida en que esa mayor productividad se acompaña efectivamente de una mayor plusvalía relativa, esto significa que desciende el valor del capital variable en relación al del capital constante (que incluye las materias primas), o sea, que se eleva la composición-valor del capital. Ahora bien, lo que se apropia el capitalista no es directamente la plusvalía producida, sino la parte de ésta que le corresponde bajo la forma de ganancia. Como la cuota de ganancia no puede ser fijada tan sólo en relación con el capital variable, sino sobre el total del capital avanzado en el proceso de

¹⁵ La participación de las exportaciones en el consumo de alimentos de Inglaterra, hacia 1880, era de 45% para el trigo, 53% para la mantequilla y el queso, 94% para las papas y 70% para la carne. Datos de M. G. Mulhall, reportados por Paul Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, op. cit., pp. 248-249.

producción, es decir, salarios, instalaciones, maquinaria, materias primas, etc., el resultado del aumento de la plusvalía tiende a ser —siempre que implique, aunque sea en términos relativos, una elevación simultánea del valor del capital constante empleado para producirla— una baja de la cuota de ganancia.

Esta contradicción, crucial para la acumulación capitalista, se contrarresta mediante diversos procedimientos que, desde el punto de vista estrictamente productivo, se orientan bien en el sentido de incrementar aún más la plusvalía, a fin de compensar la declinación de la cuota de ganancia, bien en el de inducir una baja paralela en el valor del capital constante, con el propósito de impedir que la declinación tenga lugar. En la segunda clase de procedimientos, interesa aquí el que se refiere a la oferta mundial de materias primas industriales, que aparece como contrapartida —desde el punto de vista de la composición-valor del capital— de la oferta mundial de alimentos. Tal como se da con esta última, es mediante el aumento de una masa de productos cada vez más baratos en el mercado internacional como América Latina no sólo alimenta la expansión cuantitativa de la producción capitalista en los países industriales, sino que contribuye a que se superen los escollos que el carácter contradictorio de la acumulación de capital crea para esa expansión.¹⁶

¹⁶ Esto es resumido por Marx de la manera siguiente: “Cuando el comercio exterior abarata los elementos del capital constante o los medios de subsistencia de primera necesidad en que se invierte el capital variable, contribuye a hacer que aumente la cuota de ganancias, al elevar la cuota de la plusvalía y reducir el valor del capital constante”. Karl Marx, *El capital*, t. III, cap. XIV, p. 236. Es necesario tener presente que Marx no se limita a esta constatación, sino que muestra también el modo contradictorio mediante el cual el comercio exterior contribuye a bajar la cuota de ganancia. No lo seguiremos, sin embargo, en esta dirección, y tampoco en su preocupación sobre cómo las ganancias obtenidas por los capitalistas que operan en la esfera del comercio exterior pueden hacer subir la cuota de ganancia (procedimiento que se podría clasificar en un tercer tipo de medidas para contrarrestar la baja tendencial de la cuota de ganancia, junto con el crecimiento del capital en acciones: medidas destinadas a burlar la tendencia declinante de la cuota de ganancia mediante el desplazamiento del capital a esferas no productivas). Nuestro propósito no es ahondar ahora en el examen de las contradicciones que plantea la producción capitalista en gene-

Existe, sin embargo, otro aspecto del problema que debe ser considerado. Se trata del hecho sobradamente conocido de que el aumento de la oferta mundial de alimentos y materias primas ha ido acompañado de la declinación de los precios de esos productos, relativamente al precio alcanzado por las manufacturas.¹⁷ Como el precio de los productos industriales se mantiene relativamente estable, y en todo caso declina lentamente, el deterioro de los términos de intercambio está reflejando, de hecho, la depreciación de los bienes primarios. Es evidente que tal depreciación no puede corresponder a la desvalorización real de esos bienes, debido a un aumento de productividad en los países no industriales, ya que es precisamente allí donde la productividad se eleva más lentamente. Conviene, pues, indagar las razones de ese fenómeno, así como las de por qué no se tradujo en desestímulo para la incorporación de América Latina a la economía internacional.

El primer paso para responder a esta interrogante consiste en desechar la explicación simplista que no quiere ver allí sino el resultado de la ley de oferta y demanda. Si bien es evidente que la concurrencia desempeña un papel decisivo en la fijación de los precios, ella no explica por qué, del lado de la oferta, se verifica una expansión acelerada independientemente de que las relaciones de intercambio se estén deteriorando. Tampoco se podría interpretar el fenómeno si nos limitáramos a la constatación empírica de que las leyes mercantiles se han visto falseadas en el plano internacional gracias a la presión diplomática y militar por

ral, sino tan sólo aclarar las determinaciones fundamentales de la dependencia latinoamericana.

¹⁷ Apoyándose en estadísticas del Departamento Económico de las Naciones Unidas, Paolo Santi anota, respecto a la relación entre los precios de productos primarios y manufacturados: “Considerando el quinquenio 1876-1880 = 100, el índice desciende a 96,3 en el período 1886-1890, a 87,1 en los años 1896-1900, y se estabiliza en el período que va de 1906 a 1913 en 85,8 comenzando a descender, y con mayor rapidez, después de la finalización de la guerra”. Paolo Santi, “El debate sobre el imperialismo en los clásicos del marxismo”, en *Teoría marxista del imperialismo*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1969, p. 49.

parte de las naciones industriales. Este razonamiento, aunque se apoye en hechos reales, invierte el orden de los factores, y no ve que la utilización de recursos extraeconómicos se deriva precisamente de que hay por detrás una base económica que la hace posible. Ambos tipos de explicación contribuyen, por tanto, a ocultar la naturaleza de los fenómenos estudiados y conducen a ilusiones sobre lo que es realmente la explotación capitalista internacional.

No es porque se cometieron abusos contra las naciones no industriales que éstas se han vuelto económicamente débiles; es porque eran débiles que se abusó de ellas. No es tampoco porque produjeron más de lo debido que su posición comercial se deterioró, sino que el deterioro comercial fue lo que las forzó a producir en mayor escala. Negarse a ver las cosas de esta manera es mistificar la economía capitalista internacional, es hacer creer que esa economía podría ser diferente de lo que realmente es. En última instancia, ello conduce a reivindicar relaciones comerciales equitativas entre las naciones, cuando de lo que se trata es de suprimir las relaciones económicas internacionales que se basan en el valor de cambio.

En efecto, a medida que el mercado mundial alcanza formas más desarrolladas, el uso de la violencia política y militar para explotar a las naciones débiles se vuelve superfluo, y la explotación internacional puede descansar progresivamente en la reproducción de relaciones económicas que perpetúan y amplifican el atraso y la debilidad de esas naciones. Se verifica aquí el mismo fenómeno que se observa en el interior de las economías industriales: el uso de la fuerza para someter a la masa trabajadora al imperio del capital disminuye a medida que entran a jugar mecanismos económicos que consagran esa subordinación.¹⁸ La

¹⁸ “No basta con que las condiciones de trabajo cristalicen en uno de los polos como capital y en el polo contrario como hombres que no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo. Ni basta tampoco con obligar a estos a venderse voluntariamente. En el transcurso de la producción capitalista, se va formando una clase obrera que, a fuerza de educación, de tradición, de costumbre, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más lógicas

expansión del mercado mundial es la base sobre la cual opera la división internacional del trabajo entre naciones industriales y no industriales, pero la contrapartida de esa división es la ampliación del mercado mundial. El desarrollo de las relaciones mercantiles sienta las bases para que una mejor aplicación de la ley del valor tenga lugar, pero simultáneamente crea todas las condiciones para que jueguen los distintos resortes mediante los cuales el capital trata de burlarla.

Teóricamente, el intercambio de mercancías expresa el cambio de equivalentes, cuyo valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario que incorporan las mercancías. En la práctica se observan diferentes mecanismos que permiten realizar transferencias de valor, pasando por encima de las leyes del intercambio, y que se expresan en la manera como se fijan los precios de mercado y los precios de producción de las mercancías. Conviene distinguir los mecanismos que operan en el interior de la misma esfera de producción (ya se trate de productos manufacturados o de materias primas) y los que actúan en el marco de distintas esferas que se interrelacionan. En el primer caso, las transferencias corresponden a aplicaciones específicas de las leyes del intercambio, en el segundo adoptan más abiertamente el carácter de trasgresión de ellas.

Es así como, por efecto de una mayor productividad del trabajo, una nación puede presentar precios de producción inferiores a sus concurrentes, sin por ello bajar significativamente los precios de mercado que las condiciones de producción de estos contri-

leyes naturales. La organización del proceso capitalista de producción ya desarrollado vence todas las resistencias, la existencia constante de una superpoblación relativa mantiene la ley de la oferta y la demanda de trabajo a tono con las necesidades de explotación del capital, y la presión sorda de las condiciones económicas sella el poder de mando del capitalista sobre el obrero. Todavía se emplea, de vez en cuando, la violencia directa, extraeconómica; pero sólo en casos excepcionales. Dentro de la marcha natural de las cosas, ya puede dejarse al obrero a merced de las '*leyes naturales de la producción*', es decir, entregado al predominio del capital, predominio que las propias condiciones de producción engendran, garantizan y perpetúan". Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XXIV, p. 627 (cursivas del original).

buyen a fijar. Esto se expresa, para la nación favorecida, en una ganancia extraordinaria, similar a la que constatamos al examinar de qué manera se apropian los capitales individuales el fruto de la productividad del trabajo. Es natural que el fenómeno se presente sobre todo a nivel de la concurrencia entre las naciones industriales, y menos entre las que producen bienes primarios, ya que es entre las primeras que las leyes capitalistas de intercambio se ejercen de manera plena; esto no quiere decir que no se verifique también entre estas últimas, máxime cuando se desarrollan allí las relaciones capitalistas de producción.

En el segundo caso —transacciones entre naciones que intercambian distintas clases de mercancías, como manufacturas y materias primas—, el mero hecho de que unas produzcan bienes que las demás no producen, o no lo puedan hacer con la misma facilidad, permite que las primeras eludan la ley del valor, es decir, vendan sus productos a precios superiores a su valor, configurando así un intercambio desigual. Esto implica que las naciones desfavorecidas deban ceder gratuitamente parte del valor que producen, y que esta cesión o transferencia se acentúe en favor de aquel país que les vende mercancías a un precio de producción más bajo, en virtud de su mayor productividad. En este último caso, la transferencia de valor es doble, aunque no necesariamente aparezca así para la nación que transfiere valor, ya que sus diferentes proveedores pueden vender todos a un mismo precio, sin perjuicio de que las ganancias realizadas se distribuyan desigualmente entre ellos y que la mayor parte del valor cedido se concentre en manos del país de productividad más elevada.

Frente a estos mecanismos de transferencia de valor, fundados sea en la productividad, sea en el monopolio de producción, podemos identificar —siempre en el ámbito de las relaciones internacionales de mercado— un mecanismo de compensación. Se trata del recurso al incremento de valor intercambiado, por parte de la nación desfavorecida: sin impedir la transferencia operada por los mecanismos ya descritos, esto permite neutralizarla total o parcialmente mediante el aumento del valor realizado. Dicho mecanismo de compensación puede verificarse tanto en el plano

del intercambio de productos similares como de productos originarios de diferentes esferas de producción. Nos preocupamos aquí sólo del segundo caso.

Lo que importa señalar es que, para incrementar la masa de valor producida, el capitalista debe necesariamente echar mano de una mayor explotación del trabajo, ya mediante el aumento de su intensidad, ya recurriendo a la prolongación de la jornada de trabajo, ya finalmente combinando los dos procedimientos. En rigor, sólo el primero —el aumento de la intensidad del trabajo— contrarresta realmente las desventajas resultantes de una menor productividad del trabajo, ya que permite la creación de más valor en el mismo tiempo de trabajo. En los hechos, todos concurren a aumentar la masa de valor realizada y, por ende, la cantidad de dinero obtenida a través del intercambio. Esto es lo que explica, en este plano del análisis, que la oferta mundial de materias primas y alimentos aumente a medida que se acentúa el margen entre sus precios de mercado y el valor real de la producción.¹⁹

Lo que aparece claramente, pues, es que las naciones desfavorecidas por el intercambio desigual no buscan tanto corregir el desequilibrio entre los precios y el valor de sus mercancías exportadas (lo que implicaría un esfuerzo redoblado para aumentar la capacidad productiva del trabajo), sino más bien compensar la pérdida de ingresos generados por el comercio internacional, recurriendo a una mayor explotación del trabajador. Llegamos así a un punto en que ya no nos basta con seguir manejando sim-

¹⁹ Celso Furtado ha comprobado el fenómeno, sin llegar a sacar de él todas sus consecuencias: “La baja en los precios de las exportaciones brasileñas, entre 1821-1830 y 1841-1850, fue de cerca de 40%. En lo que respecta a las importaciones, el índice de precios de las exportaciones de Inglaterra [...] entre los dos decenios referidos se mantuvo perfectamente estable. Se puede, por tanto, afirmar que la caída del índice de los términos de intercambio fue de aproximadamente 40%, esto es, que el ingreso real generado por las exportaciones creció 40% menos que el volumen físico de éstas. Como el valor medio anual de las exportaciones subió de 3.900.000 libras a 5.470.000, o sea, un aumento de 40%, de esto se desprende que el ingreso real generado por el sector exportador creció en esa misma proporción, mientras el esfuerzo productivo realizado en este sector fue del doble, aproximadamente”. Celso Furtado, *Formación económica del Brasil*, *op. cit.*, p. 115.

plemente la noción de intercambio entre naciones, sino que debemos encarar el hecho de que, en el marco de este intercambio, la apropiación del valor realizado encubre la apropiación de una plusvalía que se genera mediante la explotación del trabajo en el interior de cada nación. Desde este ángulo, la transferencia de valor es una transferencia de plusvalía que se presenta, desde el punto de vista del capitalista que opera en la nación desfavorecida, como una baja de la cuota de plusvalía, y por ende de la cuota de ganancia. Así, la contrapartida del proceso mediante el cual América Latina contribuyó a incrementar la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia en los países industriales implicó para ella efectos rigurosamente opuestos. Y lo que aparecía como un mecanismo de compensación a nivel del mercado es de hecho un mecanismo que opera a nivel de la producción interna. Por tanto, es hacia esta esfera que debemos desplazar el enfoque de nuestro análisis.

3. LA SUPEREXPLOTACIÓN DEL TRABAJO

Vimos que el problema que plantea el intercambio desigual para América Latina no es precisamente el de contrarrestar la transferencia de valor que implica, sino más bien el de compensar una pérdida de plusvalía, y que, incapaz de impedirlo en el plano de las relaciones de mercado, la reacción de la economía dependiente es compensarla en el de la producción interna. El aumento de la intensidad del trabajo aparece, en esta perspectiva, como un aumento de plusvalía, logrado mediante una mayor explotación del trabajador y no del incremento de su capacidad productiva. Lo mismo se podría decir de la prolongación de la jornada de trabajo, es decir, del aumento de la plusvalía absoluta en su forma clásica; a diferencia del primero, se trata aquí de aumentar simplemente el tiempo de trabajo excedente, que es aquel en el que el obrero sigue produciendo después de haber creado un valor equivalente al de los medios de subsistencia para su propio consumo. Habría que señalar, finalmente, un tercer procedimiento, que consiste en reducir el consumo del obrero más allá de su límite normal,

por lo cual “*el fondo necesario de consumo del obrero se convierte de hecho, dentro de ciertos límites, en un fondo de acumulación de capital*”,²⁰ lo cual implica un modo específico de aumentar el tiempo de trabajo excedente.

Precisemos aquí que el empleo de categorías que se refieren a la apropiación del trabajo excedente en el marco de relaciones capitalistas de producción no implica el supuesto de que la economía exportadora latinoamericana se da ya sobre la base de la producción capitalista. Recurrimos a dichas categorías en el espíritu de las observaciones metodológicas que avanzamos al iniciar este trabajo, o sea, porque permiten caracterizar mejor los fenómenos que pretendemos estudiar y también porque indican la dirección hacia la cual estos tienden. Por otra parte, no es en rigor necesario que exista el intercambio desigual para que empiecen a jugar los mecanismos de extracción de plusvalía mencionados; el simple hecho de la vinculación al mercado mundial, y la consiguiente conversión de la producción de valores de uso a la de valores de cambio que ello acarrea, tiene como resultado inmediato desatar un afán de ganancia que se vuelve tanto más desenfrenado cuanto más atrasado es el modo de producción existente. Como lo señala Marx,

[...] tan pronto como los pueblos cuyo régimen de producción se venía desarrollando en las formas primitivas de la esclavitud, prestaciones de vasallaje, etc., se ven atraídos al mercado mundial, en el que impera el régimen capitalista de producción y donde se impone a todo el interés de dar salida a los productos para el extranjero, los tormentos bárbaros de la esclavitud, de la servidumbre de la gleba, etc., se ven acrecentados por los tormentos civilizados del trabajo excedente.²¹

²⁰ Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XXIV, p. 505 (cursivas del original).

²¹ Marx añade: “Por eso en los estados norteamericanos del sur el trabajo de los negros conservó cierto suave carácter patriarcal mientras la producción se circunscribía sustancialmente a las propias necesidades. Pero, tan pronto como la exportación de algodón pasó a ser un resorte vital para aquellos estados, la explotación intensiva del negro se convirtió en factor de un sistema calculado

El efecto del intercambio desigual es —en la medida que le pone obstáculos a su plena satisfacción— el de exacerbar ese afán de ganancia y agudizar por tanto los métodos de extracción del trabajo excedente.

Ahora bien, los tres mecanismos identificados —la intensificación del trabajo, la prolongación de la jornada de trabajo y la expropiación de parte del trabajo necesario para que el obrero reponga su fuerza de trabajo— configuran un modo de producción fundado exclusivamente en la mayor explotación del trabajador, y no en el desarrollo de su capacidad productiva. Esto es congruente con el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en la economía latinoamericana, pero también con los tipos de actividades que allí se realizan. En efecto, más que en la industria fabril, donde un aumento de trabajo implica por lo menos un mayor gasto de materias primas, en la industria extractiva y en la agricultura el efecto del aumento de trabajo sobre los elementos del capital constante son mucho menos sensibles, siendo posible, por la simple acción del hombre sobre la naturaleza, incrementar la riqueza producida sin un capital adicional.²² Se entiende que en estas circunstancias, la actividad productiva se basa sobre todo en el uso extensivo e intensivo de la fuerza de trabajo: esto permite bajar la composición-valor del capital, lo que, aunado a la intensificación del grado de explotación del trabajo, hace que se eleven simultáneamente las cuotas de plusvalía y de ganancia.

Importa señalar además que, en los tres mecanismos considerados, la característica esencial está dada por el hecho de que al trabajador se le niegan las condiciones necesarias para reponer el desgaste de su fuerza de trabajo: en los dos primeros casos, porque se le obliga a un dispendio de fuerza de trabajo superior

y calculador, llegando a darse casos de agotarse en siete años de trabajo la vida del trabajador. Ahora ya no se trataba de arrancarle una cierta cantidad de productos útiles. Ahora todo giraba en torno a la producción de *plusvalía por la plusvalía misma*. Y otro tanto aconteció con las *prestaciones de vasallaje, v. gr.*, en los principados del Danubio”. Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. VIII, p. 181 (cursivas del original).

²² Cfr. Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XXII, 4, pp. 508-509.

al que debería proporcionar normalmente, provocándose así su agotamiento prematuro; en el último, porque se le retira incluso la posibilidad de consumir lo estrictamente indispensable para conservar su fuerza de trabajo en estado normal. En términos capitalistas, estos mecanismos (que además se pueden dar, y normalmente se dan, en forma combinada) significan que el trabajo se remunera por debajo de su valor,²³ y corresponden, pues, a una superexplotación del trabajo.

Es lo que explica que haya sido precisamente en las zonas dedicadas a la producción para la exportación donde el régimen de trabajo asalariado se impuso primero, iniciando el proceso de transformación de las relaciones de producción en América Latina. Es útil tener presente que la producción capitalista supone la apropiación directa de la fuerza de trabajo, y no sólo de los productos del trabajo; en este sentido, la esclavitud es un modo de trabajo que se adecua más al capital que la servidumbre, y por ello no es accidental que las empresas coloniales directamente conectadas con los centros capitalistas europeos —como las minas de oro y plata de México y Perú, o las plantaciones cañeras de Brasil— se asentaran sobre el trabajo esclavo.²⁴ Pero, salvo en la hipótesis de que la oferta de trabajo sea totalmente elástica (lo que no se verifica con la mano de obra esclava en América Latina, a partir de la segunda mitad del siglo XIX), el régimen de trabajo esclavo constituye un obstáculo al rebajamiento indiscriminado de la remuneración del trabajador.

En el caso del esclavo, el *salario mínimo* aparece como una magnitud constante, independiente de su trabajo. En el caso del trabajador

²³ “Toda variación en la magnitud, extensiva o intensiva, del trabajo afecta [...] el valor de la fuerza de trabajo, en la medida en que acelera su desgaste”. Traducción literal de Karl Marx, *Le capital. Oeuvres*, t. I, cap. XVII ii, p. 1.017. Cfr. edición del Fondo de Cultura Económica, t. I, cap. XV, ii, p. 439.

²⁴ Un fenómeno similar se observa en Europa, en los albores de la producción capitalista. Basta analizar más de cerca la manera como se realiza allí el paso del feudalismo al capitalismo para darse cuenta de que la condición del trabajador, al salir del estado de servidumbre, se asemeja más a la del esclavo que a la del moderno obrero asalariado. Cfr. *El capital*, t. I, cap. XXVIII.

libre, este valor de su *capacidad de trabajo* y el *salario medio* que corresponde al mismo no están contenidos dentro de esos límites predestinados, independientes de su propio trabajo, determinados por sus necesidades puramente físicas. La *media* es aquí más o menos *constante* para la *clase*, como el valor de todas las mercancías, pero no existe en esta realidad inmediata para el obrero *individual*, cuyo salario puede estar por encima o por debajo de ese mínimo.²⁵

En otros términos, el régimen de trabajo esclavo, salvo condiciones excepcionales del mercado de mano de obra, es incompatible con la superexplotación del trabajo. No pasa lo mismo con el trabajo asalariado y, en menor medida, con el trabajo servil.

Insistamos en este punto. La superioridad del capitalismo sobre las demás formas de producción mercantil, y su diferencia básica en relación con ellas, reside en que lo que transforma en mercancía no es al trabajador —o sea, el tiempo total de existencia del trabajador, con todos los puntos muertos que éste implica desde el punto de vista de la producción—, sino más bien su fuerza de trabajo, es decir, el tiempo de su existencia utilizable para la producción, dejando al mismo trabajador el cuidado de hacerse cargo del tiempo no productivo, desde el punto de vista capitalista. Es ésta la razón por la cual, al subordinarse una economía esclavista al mercado capitalista mundial, la agudización de la explotación del esclavo se acentúa, ya que interesa entonces a su propietario reducir sus tiempos muertos para la producción y hacer coincidir el tiempo productivo con el tiempo de existencia del trabajador.

Pero, como señala Marx, “el esclavista compra obreros como podría comprar caballos. Al perder al esclavo, pierde un capital que se ve obligado a reponer mediante una nueva inversión en el mercado de esclavos”.²⁶ La superexplotación del esclavo, que prolonga su jornada de trabajo más allá de los límites fisiológicos admisibles y se salda necesariamente con su agotamiento prema-

²⁵ Karl Marx, *Capítulo VI (inédito)*, *op. cit.*, pp. 68-69 (cursivas del original).

²⁶ Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. VIII, 5, p. 208.

turo, por muerte o incapacidad, sólo puede darse, pues, si es posible reponer con facilidad la mano de obra desgastada.

Los campos de arroz de Georgia y los pantanos del Mississippi influyen tal vez de un modo fatalmente destructor sobre la constitución humana; sin embargo, este arrasamiento de vidas humanas no es tan grande que no pueda ser compensado por los cercados rebosantes de Virginia y Kentucky. Aquellos miramientos económicos que podían ofrecer una especie de salvaguardia del trato humano dado a los esclavos mientras la conservación de la vida de estos se identificaba con el interés de sus señores, se trocaron, al implantarse el comercio de esclavos, en otros tantos motivos de estrujamiento implacable de sus energías, pues tan pronto como la vacante producida por un esclavo puede ser cubierta mediante la importación de negros de otros cercados, la *duración de su vida cede en importancia, mientras dura, a su productividad.*²⁷

La evidencia contraria prueba lo mismo: en el Brasil de la segunda mitad del siglo pasado, cuando se iniciaba el auge del café, el hecho de que el tráfico de esclavos hubiera sido suprimido en 1850 hizo la mano de obra esclava tan poco atractiva a los terratenientes del sur que estos prefirieron acudir al régimen asalariado, mediante la inmigración europea, y favorecieron además una política tendiente a suprimir la esclavitud. Recordemos que una parte importante de la población esclava se encontraba en la decadente zona azucarera del nordeste y que el desarrollo del capitalismo agrario en el sur imponía su liberación, a fin de constituir un mercado libre de trabajo. La creación de ese mercado, con la ley de abolición de la esclavitud de 1888, que culminaba una serie de medidas graduales en esa dirección (como la condición de hombre libre acordada a los hijos de esclavos, entre otras), constituye un fenómeno de lo más interesante; por un lado, se definía como una medida extremadamente radical, que liquidaba las bases de la sociedad imperial (la monarquía sobreviviría poco

²⁷ Cairnes citado en *ibid.*, p. 209 (cursivas del original).

más de un año a la ley de 1888) y llegaba incluso a negar cualquier tipo de indemnización a los antiguos propietarios de esclavos; por otra parte, buscaba compensar el impacto de su efecto con medidas destinadas a atar al trabajador a la tierra (la inclusión de un artículo en el Código Civil que vinculaba a la persona las deudas contraídas; el sistema de *barracão*, verdadero monopolio del comercio de bienes de consumo ejercido por el latifundista en el interior de la hacienda, etc.) y a otorgar créditos generosos a los terratenientes afectados.

El sistema mixto de servidumbre y de trabajo asalariado que se establece en Brasil, al desarrollarse la economía de exportación para el mercado mundial, es una de las vías por las cuales América Latina llega al capitalismo. Observemos que la forma que adoptan las relaciones de producción en este caso no se diferencia mucho del régimen de trabajo que se establece, por ejemplo, en las minas salitreras chilenas, cuyo *sistema de fichas* equivale al *barracão*. En otras situaciones, que se dan sobre todo en el proceso de subordinación del interior a las zonas de exportación, las relaciones de explotación pueden presentarse más nítidamente como relaciones serviles, cuando mediante el despojo del plusproducto por la acción del capital comercial o usurario, el trabajador se ve implicado en una explotación directa por el capital, que tiende incluso a asumir un carácter de superexplotación.²⁸ Sin embargo, para el capitalista la servidumbre presenta el inconveniente de que no le permite dirigir directamente la producción, además de que plantea siempre la posibilidad, aunque sea teórica, de que el productor inmediato se emancipe de la dependencia en que lo pone el capitalista.

²⁸ Es así como Marx se refiere a países “en que el trabajo no se halla todavía absorbido formalmente por el capital, aunque el obrero esté en realidad explotado por el capitalista”, y lo ejemplifica con el caso de India, “donde el *ryot* trabaja como campesino independiente, donde su producción no se halla aún, por tanto, absorbida por el capital, aunque el usurero pueda quedarse, bajo forma de interés, no sólo con su trabajo sobrante, sino incluso, hablando en términos capitalistas, con una parte de su salario”. Karl Marx, *El capital*, t. III, cap. XIII, p. 216.

No es, sin embargo, nuestro propósito estudiar aquí las formas económicas particulares que existían en América Latina antes de que ésta ingresara efectivamente en la etapa capitalista de producción, ni las vías a través de las cuales tuvo lugar la transición. Lo que pretendemos es tan sólo fijar la pauta en que ha de llevarse a cabo ese estudio, pauta que corresponde al movimiento real de la formación del capitalismo dependiente: *de la circulación a la producción, de la vinculación al mercado mundial al impacto que ello acarrea sobre la organización interna del trabajo, para volver entonces a replantear el problema de la circulación*. Porque es propio del capital crear su propio modo de circulación, y/o de esto depende la reproducción ampliada en escala mundial del modo de producción capitalista:

[...] ya que sólo el capital implica las condiciones de producción del capital, ya que sólo él satisface esas condiciones y busca realizarlas, su tendencia general es la de formar por todas partes las bases de la circulación, los centros productores de ésta, y asimilarlas, es decir, convertirlas en centros de producción virtual o efectivamente creadores de capital.²⁹

Una vez convertida en centro productor de capital, América Latina deberá crear, pues, *su propio modo de circulación*, que no puede ser el mismo que el que fue engendrado por el capitalismo industrial y que dio lugar a la dependencia. Para constituir un todo complejo hay que recurrir a elementos simples combinables entre sí, pero no iguales. Comprender la especificidad del ciclo del capital en la economía dependiente latinoamericana significa por tanto iluminar el fundamento mismo de su dependencia en relación con la economía capitalista mundial.

²⁹ Karl Marx, *Principes d'une critique de l'économie politique. Oeuvres*, París, NRF, t. II, p. 254.

4. EL CICLO DEL CAPITAL EN LA ECONOMÍA DEPENDIENTE

Desarrollando su economía mercantil en función del mercado mundial, América Latina es llevada a reproducir en su seno las relaciones de producción que se encontraban en el origen de la formación de ese mercado y que determinaban su carácter y su expansión.³⁰ Pero ese proceso estaba marcado por una profunda contradicción: llamada a coadyuvar a la acumulación de capital con base en la capacidad productiva del trabajo en los países centrales, América Latina debió hacerlo mediante una acumulación fundada en la superexplotación del trabajador. En esta contradicción radica la esencia de la dependencia latinoamericana.

La base real sobre la cual ésta se desarrolla son los lazos que ligan la economía latinoamericana con la economía capitalista mundial. Nacida para atender las exigencias de la circulación capitalista, cuyo eje de articulación está constituido por los países industriales, y centrada sobre el mercado mundial, la producción latinoamericana no depende para su realización de la capacidad interna de consumo. Se opera así, desde el punto de vista de país dependiente, la separación de los dos momentos fundamentales del ciclo del capital —la producción y la circulación de mercancías—, cuyo efecto es hacer que aparezca de manera específica en la economía latinoamericana la contradicción inherente a la producción capitalista en general, es decir, la que opone el capital al trabajador en tanto que vendedor y comprador de mercancías.³¹

³⁰ Señalamos ya que esto se da inicialmente en los puntos de conexión inmediata con el mercado mundial; sólo progresivamente, y aún hoy de manera desigual, el modo de producción capitalista irá subordinando al conjunto de la economía.

³¹ “Contradicción del régimen de producción capitalista: los obreros, como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero como vendedores de su mercancía —la fuerza de trabajo—, la sociedad capitalista tiende a reducirlos al mínimo del precio”. Karl Marx, *El capital*, t. II, cap. XVI, iii, nota. Marx indica en esa nota la intención de tratar, en la sección siguiente, la teoría del subconsumo obrero, pero, como observa Maximilien Rubel (*Le capital, Oeuvres, op. cit.*, t. II, p. 1.715), no llega a concretarla. Algunos elementos habían sido avanzados en los *Grundrisse*; véase *Principes d'une critique de l'économie politique. Oeuvres, op. cit.*, p. 267-268.

Se trata de un punto clave para entender el carácter de la economía latinoamericana. Inicialmente hay que considerar que, en los países industriales, cuya acumulación de capital se basa en la productividad del trabajo, esa oposición que genera el doble carácter del trabajador —productor y consumidor—, aunque sea efectiva, se ve en cierta medida contrarrestada por la forma que asume el ciclo del capital. Es así como, pese a que el capital privilegia el consumo productivo del trabajador (o sea, el consumo de medios de producción que implica el proceso de trabajo), y se inclina a desestimar su consumo individual (que el trabajador emplea para reponer su fuerza de trabajo), el cual lo concibe como consumo improductivo,³² esto se da exclusivamente en el momento de la producción. Al abrirse la fase de realización, esta contradicción aparente entre el consumo individual de los trabajadores y la reproducción del capital desaparece, una vez que dicho consumo (sumado al de los capitalistas y de las capas improductivas en general) restablece al capital la forma que le es necesaria para empezar un nuevo ciclo, es decir, la forma dinero. El consumo individual de los trabajadores representa, pues, un elemento decisivo en la creación de demanda para las mercancías producidas, y es una de las condiciones para que el flujo de la producción se resuelva adecuadamente en el flujo de la circulación.³³ Con la mediación que establece la lucha entre obreros y patrones en torno a la fijación del nivel de los salarios, los dos tipos de consumo del obrero tienden así a complementarse en el curso del ciclo del capital, y así superan la situación inicial de oposición

³² De hecho, como demuestra Marx, ambos tipos de consumo corresponden a un consumo productivo, desde el punto de vista del capital. Aún más, “el consumo individual del trabajador es improductivo para él mismo, pues no hace más que reproducir al individuo necesitado; es productivo para el capitalista y el Estado, pues produce la fuerza creadora de su riqueza”. Traducción literal de *Le capital. Oeuvres, op. cit.*, t. I, cap. XXIII, p. 1.075; cfr. la edición del Fondo de Cultura Económica, t. I, cap. XXI, p. 482.

³³ “El consumo individual del trabajador y el de la parte no acumulada del producto excedente engloban la totalidad del consumo individual. Éste condiciona, en su totalidad, la circulación del capital”. Traducción literal de *Le capital. Oeuvres*, t. II, p. 543; cfr. la edición del Fondo de Cultura Económica, t. II, p. 84.

en que se encontraban. Ésta es, por lo demás, una de las razones por las cuales la dinámica del sistema tiende a encauzarse a través de la plusvalía relativa, que implica, en última instancia, el abaratamiento de las mercancías que entran en la composición del consumo individual del trabajador.

En la economía exportadora latinoamericana, las cosas se dan de otra manera. Como la circulación se separa de la producción y se efectúa básicamente en el ámbito del mercado externo, el consumo individual del trabajador no interfiere en la realización del producto, aunque sí determine la cuota de plusvalía. En consecuencia, la tendencia natural del sistema será la de explotar al máximo la fuerza de trabajo del obrero, sin preocuparse de crear las condiciones para que éste la reponga, siempre y cuando se le pueda reemplazar mediante la incorporación de nuevos brazos al proceso productivo. Lo dramático para la población trabajadora de América Latina es que este supuesto se cumplió ampliamente: la existencia de reservas de mano de obra indígena (como en México) o los flujos migratorios derivados del desplazamiento de mano de obra europea, provocado por el progreso tecnológico (como en Sudamérica), permitieron aumentar constantemente la masa trabajadora, hasta principios de este siglo. Su resultado ha sido el de abrir libre curso a la compresión del consumo individual del obrero y, por tanto, a la superexplotación del trabajo.

La economía exportadora es, pues, algo más que el producto de una economía internacional fundada en la especialización productiva: es una formación social basada en el modo capitalista de producción, que acentúa hasta el límite las contradicciones que le son propias. Al hacerlo, configura de manera específica las relaciones de explotación en que se basa, y crea un ciclo de capital que tiende a reproducir en escala ampliada la dependencia en que se encuentra frente a la economía internacional.

Es así como el sacrificio del consumo individual de los trabajadores en aras de la exportación al mercado mundial deprime los niveles de demanda interna y erige el mercado mundial en única salida para la producción. Paralelamente, el incremento de las ganancias que de esto se deriva pone al capitalista en condi-

ciones de desarrollar expectativas de consumo sin contrapartida en la producción interna (orientada hacia el mercado mundial), expectativas que tienen que satisfacerse con importaciones. La separación entre el consumo individual fundado en el salario y el consumo individual engendrado por la plusvalía no acumulada, pues, origina una estratificación del mercado interno, que es también una diferenciación de esferas de circulación: mientras la esfera “baja” en que participan los trabajadores —que el sistema se esfuerza por restringir— se basa en la producción interna, la esfera “alta” de circulación, propia de los no trabajadores —que es la que el sistema tiende a ensanchar—, se entronca con la producción externa a través del comercio de importación.

La armonía que se establece, a nivel del mercado mundial, entre la exportación que América Latina hace de materias primas y alimentos, y la importación de bienes europeos de consumo manufacturados, encubre la dilaceración de la economía latinoamericana, expresada por la escisión del consumo individual total en dos esferas contrapuestas. Cuando, llegado el sistema capitalista mundial a cierto grado de su desarrollo, América Latina ingrese en la etapa de la industrialización, deberá hacerlo a partir de las bases creadas por la economía de exportación. La profunda contradicción que habrá caracterizado al ciclo del capital de esa economía, y sus efectos sobre la explotación del trabajo, incidirán de manera decisiva en el curso que tomará la economía industrial latinoamericana, explicando muchos de los problemas y de las tendencias que en ella se presentan actualmente.

5. EL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN

No cabe aquí entrar a analizar el proceso de industrialización en América Latina, y mucho menos tomar partido en la actual controversia sobre el papel que en ese proceso desempeñó la sustitución de importaciones.³⁴ Para los fines que nos hemos propuesto,

³⁴ La tesis de la industrialización sustitutiva de importaciones representó un elemento básico en la ideología desarrollista, cuyo gran epígono fue la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina (CEPAL); el trabajo

es suficiente hacer notar que, por significativo que hubiera sido el desarrollo industrial en el seno de la economía exportadora (y, por consiguiente, en la extensión del mercado interno), en países como Argentina, México, Brasil y otros, nunca llegó a conformar una verdadera economía industrial que, definiendo el carácter y el sentido de la acumulación de capital, acarrearía un cambio cualitativo en el desarrollo económico de esos países. Por el contrario, la industria siguió siendo allí una actividad subordinada a la producción y exportación de bienes primarios, que constituían, estos sí, el centro vital del proceso de acumulación.³⁵ Es tan sólo cuando la crisis de la economía capitalista internacional, correspondiente al período que media entre la Primera y la Segunda guerras mundiales, obstaculiza la acumulación basada en la producción para el mercado externo, que el eje de la acumulación se desplaza hacia la industria, dando origen a la moderna economía industrial que prevalece en la región.

clásico en este sentido es el de María da Conceição Tavares, sobre la industrialización brasileña, publicado originalmente en United Nations, "The Growth and Decline of Input Substitution in Brazil", en *Economic Bulletin for Latin America*, vol. IX, No. 1, marzo de 1964. En años recientes, esa tesis ha sido objeto de discusiones que, si no llegan a restarle validez, tienden a matizar el papel desempeñado por la sustitución de importaciones en el proceso de industrialización de América Latina; un buen ejemplo de ello es el artículo de Don L. Huddle, "Reflexões sobre a industrialização brasileira: fontes de crescimento e da mudança estrutural, 1947/1963". en *Revista Brasileira de Economia*, vol. XXIII, No. 2, junio de 1969. Por otra parte, algunos autores se han preocupado por estudiar la situación de la industria en la economía latinoamericana antes de que se acelerara la sustitución de importaciones; es significativo, en esta línea de investigación, el ensayo de Vânia Bambilra, *Hacia una tipología de la dependencia: industrialización y estructura socio-económica*, Santiago de Chile, CESO, Universidad de Chile, Documento de trabajo, mimeo, 1971.

³⁵ Es interesante hacer notar que la industria complementaria a la exportación representó el sector más activo de las actividades industriales en la economía exportadora. Es así como los datos disponibles para la Argentina muestran que, en 1895, el capital invertido en la industria que producía para el mercado interno era de cerca de 175 millones de pesos, contra más de 280 millones invertidos en la industria vinculada a la exportación; en la primera, el capital promedio por empresa era de sólo 10.000 pesos, y configuraba claramente un sector artesanal, mientras que en la segunda ascendía a 100.000 pesos. Cfr. Roberto Cortés Conde, "Problemas del crecimiento industrial", en *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Desde el punto de vista que nos interesa, esto significa que la esfera alta de la circulación, que se articulaba con la oferta externa de bienes manufacturados de consumo, disloca su centro de gravedad hacia la producción interna, pasando su parábola a coincidir *grosso modo* con la que describe la esfera baja, propia de las masas trabajadoras. De esta manera pareciera ser que el movimiento excéntrico que presentaba la economía exportadora empezaba a corregirse, y que el capitalismo dependiente se orientaba en el sentido de una configuración similar a la de los países industriales clásicos. Fue sobre esta base que prosperaron, en la década de 1950, las distintas corrientes llamadas desarrollistas, que suponían que los problemas económicos y sociales que aquejaban a la formación social latinoamericana se debían a una insuficiencia de su desarrollo capitalista, y que la aceleración de éste bastaría para hacerlos desaparecer.

De hecho, las similitudes aparentes de la economía industrial dependiente con la economía industrial clásica encubrían profundas diferencias, que el desarrollo capitalista acentuaría en lugar de atenuar. La reorientación hacia el interior de la demanda generada por la plusvalía no acumulada implicaba ya un mecanismo específico de creación del mercado interno radicalmente distinto del que operara en la economía clásica, y que tendría graves repercusiones en la forma que asumiría la economía industrial dependiente.

En la economía capitalista clásica, la formación del mercado interno representa la contrapartida de la acumulación del capital: al separar al productor de los medios de producción, el capital no sólo crea al asalariado, es decir, al trabajador que sólo dispone de su fuerza de trabajo, sino que también crea al consumidor. En efecto, los medios de subsistencia del obrero, antes producidos directamente por él, se incorporan al capital como elemento material del capital variable, y sólo se restituyen al trabajador una vez que éste compra su valor bajo la forma de salario.³⁶ Existe,

³⁶ La reproducción ampliada de esta relación constituye la esencia misma de la reproducción capitalista; cfr. particularmente Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XXIV.

pues, una estrecha correspondencia entre el ritmo de la acumulación y el de la expansión del mercado. La posibilidad que tiene el capitalista industrial de obtener en el exterior, a precio bajo, los alimentos necesarios para el trabajador, conduce a estrechar el nexo entre la acumulación y el mercado, una vez que aumenta la parte del consumo individual del obrero dedicada a la absorción de productos manufacturados. Es por ello que la producción industrial, en ese tipo de economía, se centra básicamente en los bienes de consumo popular y procura abaratarlos, una vez que inciden directamente en el valor de la fuerza de trabajo, y por tanto —en la medida en que las condiciones en que se da la lucha entre obreros y patrones tiende a acercar a los salarios a ese valor— en la cuota de plusvalía. Vimos ya que ésta es la razón fundamental por la cual la economía capitalista clásica debe orientarse hacia el aumento de la productividad del trabajo.

El desarrollo de la acumulación basada en la productividad del trabajo tiene como resultado el aumento de la plusvalía y, en consecuencia, de la demanda creada por la parte de ésta que no se acumula. En otros términos, crece el consumo individual de las clases no productoras, con lo que se ensancha la esfera de la circulación que les corresponde. Esto no sólo impulsa el crecimiento de la producción de bienes de consumo manufacturados, en general, sino también el de la producción de artículos suntuarios.³⁷ La circulación tiende, pues, a escindir en dos esferas, de manera similar a lo que constatamos en la economía latinoamericana de exportación, pero con una diferencia sustancial: la expansión de la esfera superior es una consecuencia de la transformación de las condiciones de producción, y se hace posible en la medida que, aumentando la productividad del trabajo, la parte del consumo individual total que le corresponde al obrero disminuye en términos reales. La ligazón existente entre las dos esferas de consumo se distiende, pero no se rompe.

Otro factor que contribuye a impedir que la ruptura se realice es la forma en que se amplía el mercado mundial. La demanda

³⁷ Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XIII, p. 370.

adicional de productos suntuarios que crea el mercado exterior es necesariamente limitada porque, primero, cuando el comercio se ejerce entre naciones que producen esos bienes, el avance de una nación implica el retroceso de otra, lo que suscita por parte de la última mecanismos de defensa; y segundo, en el caso del intercambio con los países dependientes, esa demanda se restringe a las clases altas, y se ve así constreñida por la fuerte concentración del ingreso que implica la superexplotación del trabajo. Para que la producción de bienes de lujo pueda expandirse, esos bienes tienen que cambiar de carácter, o sea, convertirse en productos de consumo popular *en el interior mismo de la economía industrial*. Las circunstancias que en dicho contexto permiten hacer subir los salarios reales (a partir de la segunda mitad del siglo pasado, a las cuales no es ajena la desvalorización de los alimentos y la posibilidad de redistribuir internamente parte del excedente sustraído a las naciones dependientes) ayudan, en la medida que amplían el consumo individual de los trabajadores, a contrarrestar las tendencias disruptivas que actúan a nivel de la circulación. La industrialización³⁸ latinoamericana se da sobre bases distintas. La compresión permanente que ejercía la economía exportadora sobre el consumo individual del trabajador no permitió sino la creación de una industria débil, que sólo se ensanchaba cuando factores externos (como las crisis comerciales, coyunturalmente, y la limitación de los excedentes de la balanza comercial, por las razones ya señaladas) cerraban parcialmente el acceso de la esfera alta de consumo al comercio de importación.³⁹ Es la mayor

³⁸ Empleamos el término “industrialización” para señalar el proceso a través del cual la industria, emprendiendo el cambio cualitativo global de la vieja sociedad, marcha en el sentido de convertirse en el eje de la acumulación de capital. Es por ello que consideramos que no se da un proceso de industrialización en el seno de la economía exportadora, pese a que sí se observan en ella actividades industriales.

³⁹ Un historiador brasileño, refiriéndose a la campaña por el aumento de tarifas aduaneras desencadenada por los industriales brasileños en 1928, destaca con claridad el mecanismo de expansión del sector industrial en la economía exportadora: “Bajo la presión de una recesión de la demanda de telas de mala calidad en las áreas rurales, como consecuencia de la caída de precios del café

incidencia de esos factores, como vimos, lo que a partir de cierto momento acelera el crecimiento industrial y provoca el cambio cualitativo del capitalismo dependiente. La industrialización latinoamericana no crea, por tanto, como en las economías clásicas, su propia demanda, sino que nace para atender una demanda preexistente, y se estructurará en función de los requerimientos de mercado procedentes de los países avanzados.

En los comienzos de la industrialización, la participación de los trabajadores en la creación de demanda no juega, pues, un papel significativo en América Latina. Operando en el marco de una estructura de mercado previamente dada, cuyo nivel de precios actuaba en el sentido de impedir el acceso del consumo popular, la industria no tenía razones para aspirar a una situación distinta. En aquel momento la capacidad de demanda era superior a la oferta, por lo que al capitalista no se le presentaba el problema de crear mercado para sus mercancías; la situación era más bien la inversa. Por otra parte, aun cuando la oferta llegue a equilibrarse con la demanda —lo que se producirá más adelante—, ello no le planteará de inmediato al capitalista la necesidad de ampliar el mercado; antes lo llevará a jugar sobre el margen entre el precio de mercado y el precio de producción, o sea, sobre el aumento de la masa de ganancia en función del precio unitario del producto.

—el precio medio de la bolsa de 60 kilos descendió de \$215 a \$170 entre 1925 y 1926—, varios industriales se especializaron en la producción de tejidos medios y finos, a partir de mediados de la década de los veinte. Al penetrar en esta faja del mercado, pasaron a sufrir el impacto de la competencia inglesa, que fue acusada de realizar un *dumping* para liquidar la producción nacional. Los centros industriales se articularon en una campaña visando el aumento de las tarifas de telas de algodón y la restricción de las importaciones de maquinaria, alegando que el mercado no comportaba la ampliación de la capacidad productiva existente”. Boris Fausto, *A revolução de 1930: historiografia e história*, São Paulo, Brasiliense, 1970, pp. 33-34, traducción literal. El episodio es ejemplar: la caída de los precios del café restringe el poder de compra de los trabajadores, pero también la capacidad de importación para atender la esfera alta de la circulación, lo cual provoca un movimiento de la industria en el sentido de desplazarse hacia esta última y beneficiarse de los mejores precios que allí puede obtener. Como veremos, ese tropismo de la industria latinoamericana no es privativo de la vieja economía exportadora.

Para ello, el capitalista industrial forzará, por un lado, el alza de precios, aprovechándose de la situación monopolística creada de hecho por la crisis del comercio mundial y reforzada por las barreras aduaneras. Por otro lado, y dado que el bajo nivel tecnológico hace que el precio de producción sea determinado fundamentalmente por los salarios, el capitalista industrial se valdrá del excedente de mano de obra creado por la misma economía exportadora y agravado por la crisis que ésta experimenta (crisis que obliga al sector exportador a liberar mano de obra), para presionar a los salarios en el sentido de la baja. Ello le permitirá absorber grandes masas de trabajo, absorción que acelerará la concentración de capital en el sector industrial, acentuado por la intensificación del trabajo y la prolongación de la jornada.

Arrancando, pues, del modo de circulación que caracterizara a la economía exportadora, la economía industrial dependiente reproduce, en forma específica, la acumulación de capital basada en la superexplotación del trabajador. En consecuencia, reproduce también el modo de circulación que corresponde a ese tipo de acumulación, aunque de manera modificada: ya no opera la disociación entre la producción y la circulación de mercancías en función del mercado mundial, sino la *separación entre la esfera alta y la esfera baja de la circulación en el interior mismo de la economía*, separación que, al no ser contrarrestada por los factores que actúan en la economía capitalista clásica, adquiere un carácter mucho más radical.

Dedicada a la producción de bienes que no entran, o entran muy escasamente, en la composición del consumo popular, la producción industrial latinoamericana es independiente de las condiciones de salario propias de los trabajadores; esto es cierto en dos sentidos: en primer lugar porque, como no es un elemento esencial del consumo individual del obrero, el valor de las manufacturas no determina el valor de la fuerza de trabajo; no será, pues, la desvalorización de las manufacturas lo que influirá en la cuota de plusvalía. Esto dispensa al industrial de preocuparse de aumentar la productividad del trabajo para, haciendo bajar el valor de la unidad de producto, depreciar la fuerza de trabajo, y lo

lleva, inversamente, a buscar el aumento de la plusvalía mediante una mayor explotación —intensiva y extensiva— del trabajador, así como la rebaja de salarios más allá de su límite normal. En segundo lugar, porque la relación inversa que de ahí se deriva para la evolución de la oferta de mercancías y del poder de compra de los obreros, es decir, el hecho de que la primera crezca a costa de la reducción del segundo, no le crea al capitalista problemas en la esfera de la circulación, toda vez que, como hicimos notar, las manufacturas no son elementos esenciales para el consumo individual del obrero.

Dijimos anteriormente que a una determinada altura del proceso, que varía según los países,⁴⁰ la oferta industrial coincide a grandes rasgos con la demanda existente, constituida por la esfera alta de la circulación. Surge entonces la necesidad de generalizar el consumo de manufacturas, que en la economía clásica corresponde al momento en el que los bienes suntuarios debieron convertirse en bienes de consumo popular. Ello da lugar a dos tipos de adaptaciones en la economía industrial dependiente: la ampliación del consumo de las capas medias, que se genera a partir de la plusvalía no acumulada, y el esfuerzo para aumentar la productividad del trabajo, condición *sine qua non* para abaratar las mercancías.

El segundo movimiento tendería, normalmente, a provocar un cambio cualitativo en la base de la acumulación de capital, permitiendo al consumo individual del obrero modificar su composición e incluir bienes manufacturados. Si actuara solo, llevaría al desplazamiento del eje de la acumulación, de la explotación del trabajador al aumento de la capacidad productiva del trabajo. No obstante, es parcialmente neutralizado por la ampliación del consumo de los sectores medios: éste supone, en efecto, el incremento de los ingresos que perciben dichos sectores, ingresos que, como sabemos, se derivan de la plusvalía y, en consecuencia, de la compresión del nivel salarial de los trabajadores. La transición de

⁴⁰ Para Argentina y Brasil, por ejemplo, esto se plantea ya en el paso de la década de 1940 a la de 1950, más tempranamente para la primera que para el segundo.

un modo de acumulación a otro se hace, pues, difícil, y se realiza con extremada lentitud, pero es suficiente para desencadenar un mecanismo que a la larga actuará obstaculizando la transición, desviando hacia un nuevo cauce la búsqueda de soluciones a los problemas de realización encarados por la economía industrial.

Ese mecanismo es el recurso a la tecnología extranjera, destinado a elevar la capacidad productiva del trabajo.

6. EL NUEVO ANILLO DE LA ESPIRAL

Es un hecho conocido que, a medida que avanza la industrialización latinoamericana, se altera la composición de sus importaciones mediante la reducción del renglón relativo a bienes de consumo, que va siendo reemplazado por el de materias primas, productos semielaborados y maquinaria destinados a la industria. Sin embargo, la crisis permanente del sector externo de los países de la región no habría permitido que las necesidades crecientes de elementos materiales del capital constante se pudieran satisfacer exclusivamente con el intercambio comercial. Es por esto que adquiere singular importancia la importación de capital extranjero bajo la forma de financiamiento e inversiones directas en la industria.

Las facilidades que América Latina encuentra en el exterior para recurrir a la importación de capital no son accidentales. Se deben a la nueva configuración que asume la economía internacional capitalista en el período de la posguerra. Hacia 1950, la economía había superado la crisis que la afectara a partir de la década de 1910, y se encontraba ya reorganizada bajo la égida norteamericana. El avance logrado por la concentración del capital en escala mundial pone entonces en manos de las grandes corporaciones imperialistas una abundancia de recursos, que necesitan buscar aplicación en el exterior. El rasgo significativo del período es que ese flujo de capital hacia la periferia se orienta de manera preferente hacia el sector industrial.

Para ello, ocurre que mientras duró la desorganización de la economía mundial se desarrollaron bases industriales periféricas

que ofrecían, gracias a la superexplotación del trabajo, posibilidades atractivas de ganancia. Pero no fue el único hecho, y quizá no haya sido el más decisivo. En el curso del mismo período se había verificado un gran desarrollo del sector de bienes de capital en las economías centrales. Esto obligó, por un lado, a que los equipos allí producidos, siempre más sofisticados, se aplicaran en el sector secundario de los países periféricos; surge entonces, entre las economías centrales, el interés de impulsar en estos el proceso de industrialización con el propósito de crear mercados para su industria pesada. Por otro lado, en la medida en que el ritmo del progreso técnico redujo en los países centrales prácticamente a la mitad el plazo de reposición del capital fijo,⁴¹ esos países se vieron en la necesidad de exportar a la periferia equipos y maquinaria que se habían hecho obsoletos antes de que se hubieran amortizado totalmente.

La industrialización latinoamericana corresponde así a una nueva división internacional del trabajo, en cuyo marco se transfieren a los países dependientes etapas inferiores de la producción industrial (obsérvese que la siderurgia, que era un signo distintivo de la economía industrial clásica, se ha generalizado a tal punto que países como Brasil ya exportan acero), reservándose a los centros imperialistas las etapas más avanzadas (como la producción de computadoras y la industria electrónica pesada en general, la explotación de nuevas fuentes de energía, como la de origen nuclear, etc.) y el monopolio de la tecnología correspondiente. Yendo aún más lejos, se pueden distinguir en la economía internacional escalones en los que se van reubicando no sólo los nuevos países industriales, sino también los más antiguos. Tanto es así que en la producción de acero y de vehículos automotores, Europa occidental y Japón compiten ventajosamente incluso con Estados Unidos, pero no logran todavía hacerlo en lo que se refiere a la industria de máquinas-herramientas, principalmente

⁴¹ Véase Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, México, Ediciones Era, 1969.

las automatizadas.⁴² Lo que tenemos es una nueva jerarquización de la economía capitalista mundial, cuya base es la redefinición de la división internacional del trabajo acaecida en el curso de los últimos 50 años.

Comoquiera que sea, el momento en que las economías industriales dependientes van a buscar en el exterior el instrumental tecnológico que les permita acelerar su crecimiento, incrementando la productividad del trabajo, es el mismo en el que en los países centrales se originan importantes flujos de capital que se dirigen hacia ellas y que les aportan la tecnología requerida. No examinaremos aquí los efectos propios de las distintas formas que reviste la absorción tecnológica, y que van desde la donación hasta la inversión directa de capital extranjero, ya que, desde el punto de vista que orienta nuestro análisis, esto no tiene mayor importancia. Nos ocuparemos tan sólo del carácter de esa tecnología y de su impacto sobre la ampliación del mercado.

El progreso tecnológico se caracteriza por el ahorro de la fuerza de trabajo que, sea en términos de tiempo o de esfuerzo, el obrero debe dedicar a la producción de cierta masa de bienes. Es natural que, globalmente, el resultado sea la reducción del tiempo de trabajo productivo en relación con el tiempo total disponible para la producción, lo que en la sociedad capitalista se manifiesta en la disminución de la población obrera, fenómeno paralelo al crecimiento de la población que se dedica a actividades no productivas, como los servicios, así como de las capas parasitarias que se eximen de cualquier participación en la producción social de bienes y servicios. Ésta es la forma específica que asume el desarrollo tecnológico en una sociedad basada en la explotación del trabajo, pero no la forma general del desarro-

⁴² La producción norteamericana de máquinas-herramientas se duplicó entre 1960 y 1966, mientras crecía tan sólo un 60% en Europa occidental y 70% en Japón. Por otra parte, en Estados Unidos se desarrolla rápidamente la fabricación de conjuntos automatizados, cuyo valor alcanza los 247 millones de dólares en 1966, contra 43,5 millones en Europa occidental y apenas 2,7 millones de dólares en Japón. Datos proporcionados por Ernest Mandel, *Europe versus America? Contradictions of Imperialism*, Londres, NLB, 1970, p. 80, nota.

llo tecnológico. Es por esto que las recomendaciones que se han hecho a los países dependientes, en los que se verifica una gran disponibilidad de mano de obra, en el sentido de que adopten tecnologías que incorporen más fuerza de trabajo con el objeto de defender los niveles de empleo, representan un doble engaño: conducen a preconizar la opción de un menor desarrollo tecnológico y confunden los efectos sociales específicamente capitalistas de la técnica con la técnica en sí.

Esas recomendaciones, por lo demás, ignoran las condiciones concretas en que se da la introducción del progreso técnico en los países dependientes. Esta introducción depende, como señalamos, menos de las preferencias que ellos tengan que de la dinámica objetiva de la acumulación de capital a escala mundial. Ella fue la que impulsó a la división internacional del trabajo a asumir una configuración en cuyo marco se han abierto nuevos cauces para la difusión del progreso técnico y se ha dado a ésta un ritmo más acelerado. Los efectos de allí derivados para la situación de los trabajadores en los países dependientes no podían diferir en esencia de los que son consustanciales a una sociedad capitalista: reducción de la población productiva y crecimiento de las capas sociales no productivas. Pero estos efectos tendrían que aparecer modificados por las condiciones de producción propias del capitalismo dependiente.

Es así como, incidiendo sobre una estructura productiva basada en la mayor explotación de los trabajadores, el progreso técnico hizo posible al capitalista intensificar el ritmo de trabajo del obrero, elevar su productividad y, simultáneamente, sostener la tendencia a remunerarlo en proporción inferior a su valor real. Para ello concurrió decisivamente la vinculación de las nuevas técnicas de producción a ramas industriales orientadas hacia tipos de consumo que, si tienden a convertirse en consumo popular en los países avanzados, no pueden hacerlo bajo ningún supuesto en las sociedades dependientes. El abismo existente allí entre el nivel de vida de los trabajadores y el de los sectores que alimentan la esfera alta de la circulación hace inevitable que productos como automóviles, aparatos electrodomésticos, etc., se destinen

necesariamente a esta última. En esta medida, y toda vez que no representan bienes que intervienen en el consumo de los trabajadores, el aumento de productividad inducido por la técnica en esas ramas de producción no ha podido traducirse en mayores ganancias mediante la elevación de la cuota de plusvalía, sino tan sólo mediante el aumento de la masa de valor realizado. La difusión del progreso técnico en la economía dependiente marchará, pues, de la mano con una mayor explotación del trabajador, precisamente porque *la acumulación sigue dependiendo en lo fundamental más del aumento de la masa de valor —y por ende de plusvalía— que de la cuota de plusvalía.*

Ahora bien, al concentrarse de manera significativa en las ramas productoras de bienes suntuarios, el desarrollo tecnológico acabaría por plantear graves problemas de realización. El recurso utilizado para solucionarlos ha consistido en hacer intervenir al Estado (con la ampliación del aparato burocrático, de las subvenciones a los productores y del financiamiento al consumo suntuario), así como a la inflación, con el propósito de transferir poder de compra de la esfera baja a la esfera alta de la circulación; ello ha implicado rebajar aún más los salarios reales con el fin de contar con excedentes suficientes para efectuar el traspaso de ingreso. Pero, en la medida en que se comprime así la capacidad de consumo de los trabajadores, se cierra cualquier posibilidad de estímulo a la inversión tecnológica en el sector de producción destinado a atender el consumo popular. No puede, pues, ser motivo de sorpresa que, mientras las industrias de bienes suntuarios crecen a tasas elevadas, las orientadas al consumo masivo (las llamadas *industrias tradicionales*) tiendan al estancamiento e incluso a la regresión.

La tendencia al acercamiento de las dos esferas de circulación —algo que se había observado a partir de cierto momento y que se daba con dificultad y a un ritmo extremadamente lento— no pudo seguir desarrollándose. Por el contrario, lo que se impone es de nuevo la repulsión entre ambas esferas, una vez que la compresión del nivel de vida de las masas trabajadoras pasa a ser condición necesaria para la expansión de la demanda creada por las capas

que viven de la plusvalía. *La producción basada en la superexplotación del trabajo volvió a engendrar así el modo de circulación que le corresponde, al mismo tiempo que divorcia el aparato productivo de las necesidades de consumo de las masas.* La estratificación de ese aparato en lo que se ha dado en llamar *industrias dinámicas* (ramas productoras de bienes suntuarios y de bienes de capital que se destinan principalmente a estos) e *industrias tradicionales* refleja la adecuación de la estructura de producción a la estructura de circulación propia al capitalismo dependiente.

Pero no se detiene allí la reaproximación del modelo industrial dependiente al de la economía exportadora. La absorción del progreso técnico en condiciones de superexplotación del trabajo acarrea la inevitable restricción del mercado interno, a lo cual se contraponen la necesidad de realizar masas siempre crecientes de valor (ya que la acumulación depende más de la masa que de la cuota de plusvalía). Esta contradicción no podría resolverse mediante la ampliación de la esfera alta de consumo en el interior de la economía, más allá de los límites establecidos por la superexplotación misma. En otros términos, no pudiendo extender a los trabajadores la creación de demanda por los bienes suntuarios, y orientándose antes hacia la compresión salarial que los excluye de facto de ese tipo de consumo, la economía industrial dependiente no sólo ha debido contar con un inmenso ejército de reserva, sino que ha obligado a los capitalistas y capas medias altas a restringir la realización de las mercancías de lujo. Ello plantearía a partir de cierto momento (que se define nítidamente a mediados de la década de 1960), la necesidad de expandirse hacia el exterior, es decir, de desdoblar nuevamente —aunque ahora a partir de la base industrial— el ciclo de capital, para centrar parcialmente la circulación *sobre el mercado mundial*. La exportación de manufacturas, tanto de bienes esenciales como de productos suntuarios, se ha convertido entonces en la tabla de salvación de una economía incapaz de superar los factores disruptivos que la afligen. Desde los proyectos de integración económica regional y subregional hasta el diseño de políticas agresivas de competencia

internacional, se asiste en toda América Latina a la resurrección del modelo de la vieja economía exportadora.

En los últimos años, la expresión acentuada de esas tendencias en Brasil nos ha llevado a hablar de un subimperialismo.⁴³ No pretendemos retomar aquí el tema, ya que la caracterización del subimperialismo va más allá de la simple economía, y no es posible tratar el tema si no se recurre también a la sociología y a la política. Nos limitaremos a indicar que el subimperialismo, en su dimensión más amplia, no es un fenómeno específicamente brasileño ni corresponde a una anomalía en la evolución del capitalismo dependiente. Es cierto que las condiciones propias de la economía brasileña le han permitido llevar lejos su industrialización y crear incluso una industria pesada, así como las condiciones que caracterizan a su sociedad política, cuyas contradicciones han dado origen a un Estado militarista de tipo prusiano, dieron lugar en Brasil al subimperialismo, pero no es menos cierto que éste es tan sólo una forma particular que asume la economía industrial que se desarrolla en el marco del capitalismo dependiente. En Argentina o en El Salvador, en México, Chile o Perú, la dialéctica del desarrollo capitalista dependiente, en sus rasgos más generales, no es esencialmente distinta de la que procuramos analizar aquí.

Utilizar esa línea de análisis para estudiar las formaciones sociales concretas de América Latina, orientar ese estudio en el sentido de definir las determinaciones que se encuentran en la base de la lucha de clases que allí se desenvuelve y abrir así perspectivas más claras a las fuerzas sociales empeñadas en destruir esa formación monstruosa que es el capitalismo dependiente: éste es el desafío teórico que se plantea hoy a los marxistas latinoamericanos. La respuesta que le demos influirá sin duda de manera no despreciable en el resultado a que llegarán finalmente los procesos políticos que estamos viviendo.

⁴³ Los trabajos que se refieren a este tema han sido reunidos en mi libro *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1969. El primero de ellos se publicó originalmente bajo el título "Brazilian Interdependence and Imperialist Integration", en *Monthly Review*, vol. XVII, No. 7, Nueva York, diciembre de 1965.

EN TORNO A DIALÉCTICA DE LA DEPENDENCIA (POSTSCRIPTUM)¹

Inicialmente mi intención fue la de escribir un prefacio al ensayo precedente. Pero es difícil presentar un trabajo que es de por sí una presentación. Y *Dialéctica de la dependencia* no pretende ser sino esto: una introducción a la temática de investigación que me viene ocupando y de las líneas generales que me orientan en esa labor. Su publicación obedece al propósito de adelantar algunas de las conclusiones a que he llegado, susceptible quizá de contribuir al esfuerzo de otros que se dedican al estudio de las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente, así como al deseo de darme a mí mismo la oportunidad de echar una ojeada global sobre el terreno que intento desbrozar.

Aprovecharé, pues, este *postscriptum* para aclarar algunas cuestiones y deshacer ciertos equívocos que el texto ha suscitado. En efecto, pese al cuidado puesto en matizar las afirmaciones más tajantes, su extensión limitada llevó a que las tendencias analizadas se pintaran a brochazos, lo que les confirió a veces un perfil muy acusado. Por otra parte, el nivel mismo de abstracción del ensayo no propiciaba el examen de situaciones particulares, que

¹ Extraído de Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones Era, 11ª reimpresión, 1991, pp. 80-101. Se publica gracias a Ediciones Era.

permitieran introducir en el estudio cierto grado de relativización. Sin pretender justificarme con esto, los inconvenientes mencionados son los mismos a que alude Marx cuando advierte:

[...] teóricamente se parte del supuesto de que las leyes de la producción capitalista se desarrollan en estado de pureza. En la realidad, las cosas ocurren siempre aproximadamente; pero la aproximación es tanto mayor cuanto más desarrollada se halla la producción capitalista y más se elimina su mezcla y su entrelazamiento con los vestigios de sistemas económicos anteriores.²

Ahora bien, una primera cuestión que debe destacarse es precisamente la de que las tendencias señaladas en mi ensayo inciden de forma diversa en los diferentes países latinoamericanos, según la especificidad de su formación social. Es probable que el lector, por deficiencia mía, no advierta uno de los supuestos que informan mi análisis: *la economía exportadora constituye la etapa de transición a una auténtica economía capitalista nacional, la cual sólo se configura cuando emerge allí la economía industrial*,³ y que las supervivencias de los antiguos modos de producción que regían en la economía colonial determinan todavía en un grado considerable la manera como se manifiestan en esos países las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente. La importancia del régimen de producción esclavista en la determinación de la actual economía de algunos países latinoamericanos, como por ejemplo Brasil, es un hecho que no puede ser soslayado.

Un segundo problema se refiere al método utilizado en el ensayo, que se explicita en la indicación de la necesidad de partir de la circulación hacia la producción, para emprender después el estudio de la circulación que ésta engendra. Esto, que ha suscitado algunas objeciones, *corresponde rigurosamente al camino seguido*

² Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946-1947, t. III, cap. VII, p. 180. Ésta será la edición citada, cuando no se indique otra.

³ Véase el tratamiento que da a este tema Jaime Torres en *Para un concepto de "formación social colonial"*, Santiago de Chile, CESO, 1972, mimeo.

por Marx. Basta recordar cómo, en *El capital*, las primeras secciones del libro 1 están dedicadas a problemas propios de la esfera de la circulación y sólo a partir de la tercera sección se comienza el estudio de la producción; asimismo, una vez concluido el examen de las cuestiones generales, las cuestiones particulares del modo de producción capitalista se analizan de idéntica manera en los dos libros siguientes. Más allá del simple ordenamiento formal de la exposición, ello tiene que ver con la esencia misma del método dialéctico, que hace coincidir el examen teórico de un problema con su desarrollo histórico; es así como esa orientación metodológica no sólo corresponde a la fórmula general del capital, sino que también da cuenta de la transformación de la producción mercantil simple en producción mercantil capitalista.

La secuencia se aplica con más fuerte razón cuando el objeto de estudio está constituido por la economía dependiente. No insistamos aquí en el énfasis que los estudios tradicionales sobre la dependencia dan al papel que desempeña en ella el mercado mundial o, para usar el lenguaje desarrollista, el sector externo. Destaquemos más bien lo que constituye uno de los temas centrales del ensayo: al comienzo de su desarrollo, la economía dependiente se encuentra enteramente subordinada a la dinámica de la acumulación en los países industriales, a tal punto que es en función de la tendencia a la baja de la cuota de ganancia en estos, o sea, de la manera como allí se expresa la acumulación de capital,⁴ que dicho desarrollo puede ser explicado. Sólo a medida que la economía dependiente se va convirtiendo de hecho en un verdadero centro productor de capital, que trae incorporada su fase de circulación⁵ —lo que alcanza su madurez al constituirse allí un

⁴ Según Marx, la tendencia descendiente de la cuota general de ganancia no es sino “una manera propia al modo de producción capitalista de expresar el progreso de la productividad social, del trabajo”, siendo que “la acumulación misma —y la concentración del capital que ella implica— es un medio material de aumentar la productividad”. Karl Marx, *Le capital. Oeuvres*, París, NRF, t. II, pp. 1.002 y 1.006, subrayado por Marx; cfr. edición del Fondo de Cultura Económica, t. III, pp. 215 y 219.

⁵ “En un comienzo la producción fundada en el capital partía de la circulación; vemos ahora cómo aquella pone la circulación como su propia condición y pone

sector industrial— es que se manifiestan plenamente en ella sus leyes de desarrollo, las cuales representan siempre una expresión particular de las leyes generales que rigen al sistema en su conjunto. A partir de ese momento, los fenómenos de circulación que se presentan en la economía dependiente dejan de corresponder primariamente a *problemas de realización de la nación industrial a la que ella está subordinada* para tornarse cada vez más en *problemas de realización referidos a su propio ciclo de capital*.

Habría que considerar, además, que el énfasis en los problemas de realización sólo sería criticable si se hiciera en desmedro del que cabe a las condiciones en que se realiza la producción y no contribuyera a explicarlas. Ahora bien, al constatar el divorcio que se verifica entre producción y circulación en la economía dependiente (y subrayar las formas particulares que asume ese divorcio en las distintas fases de su desarrollo), se insistió a) en el hecho de que ese divorcio se genera a partir de las condiciones peculiares que adquiere la explotación del trabajo en dicha economía —las que denominé de superexplotación— y b) en la manera como esas condiciones hacen brotar, permanentemente, desde el seno mismo de la producción, los factores que agravan el divorcio y lo llevan, al configurarse la economía industrial, a desembocar en graves problemas de realización.

1. DOS MOMENTOS EN LA ECONOMÍA INTERNACIONAL

Es en esta perspectiva que podremos avanzar hacia la elaboración de una teoría marxista de la dependencia. En mi ensayo traté de demostrar que es en función de la acumulación de capital en escala mundial, y en particular en función de su resorte vital, la cuota general de ganancia, como podemos entender la formación de la economía dependiente. En lo esencial, los pasos seguidos fueron:

asimismo al proceso de producción, en su inmediatez, en cuanto momento del proceso de circulación, así como pone a éste como fase del proceso de producción en su totalidad”. Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, vol. II, p. 34.

a) examinar el problema desde el punto de vista de la tendencia a la baja de la cuota de ganancia en las economías industriales y b) plantearlo a la luz de las leyes que operan en el comercio internacional, y que le dan el carácter de un intercambio desigual; posteriormente, el foco de atención se desplaza hacia los fenómenos internos de la economía dependiente, para proseguir después en la línea metodológica ya indicada. Dado el nivel de abstracción del trabajo, me preocupé tan sólo, al desarrollar el tema del intercambio desigual, del mercado mundial capitalista en su estado de madurez, es decir, sometido plenamente a los mecanismos de la acumulación de capital. Conviene, sin embargo, indicar aquí cómo esos mecanismos llegan a imponerse.

La diversidad del grado de desarrollo de las fuerzas productivas en las economías que se integran al mercado mundial conlleva diferencias significativas en sus respectivas composiciones orgánicas de capital, que apuntan a distintas formas y grados de explotación del trabajo. A medida que se va estabilizando el intercambio entre ellas, tiende a cristalizarse un precio comercial cuyo término de referencia es, más allá de sus variaciones cíclicas, el valor de las mercancías producidas. En consecuencia, el grado de participación en el valor global realizado en la circulación internacional es mayor para las economías de composición orgánica más baja, o sea, para las economías dependientes. *En términos estrictamente económicos*, las economías industriales se enfrentan a esa situación recurriendo a mecanismos que tienen como resultado extremar las diferencias iniciales en que se daba el intercambio. Es así como echan mano del aumento de su productividad, con el fin de rebajar el valor individual de las mercancías en relación con el valor medio en vigor y de elevar por lo tanto su participación en el monto total de valor intercambiado; esto se verifica tanto entre productores individuales de una misma nación como entre las naciones competidoras. Sin embargo, ese procedimiento, que corresponde al intento de burlar las leyes del mercado mediante la aplicación de las mismas, conduce a la elevación de su composición orgánica y activa la tendencia a la baja de su cuota de ganancia, por las razones señaladas en mi ensayo.

Como se ha visto allí, la acción de las economías industriales repercute en el mercado mundial en el sentido de inflar la demanda de alimentos y materias primas, pero la respuesta que le da la economía exportadora es rigurosamente inversa: en lugar de recurrir al aumento de productividad, o al menos de hacerlo con carácter prioritario, ella se vale de un mayor empleo extensivo e intensivo de la fuerza de trabajo; en consecuencia, baja su composición orgánica y aumenta el valor de las mercancías producidas, lo que hace elevar simultáneamente la plusvalía y la ganancia. En el plano del mercado, hace que mejoren en su favor los términos de intercambio, allí donde ha llegado a establecerse un precio comercial para los productos primarios. Oscurecida por las fluctuaciones cíclicas del mercado, esa tendencia se mantiene hasta la década de 1870; el crecimiento de las exportaciones latinoamericanas conduce, incluso, a que empiecen a presentarse saldos favorables en la balanza comercial, que superan los pagos por concepto de amortización e intereses de la deuda externa, lo que indica que el sistema de crédito concebido por los países industriales, y que se destinaba primariamente a funcionar como fondo de compensación de las transacciones internacionales, no es suficiente para revertir la tendencia.

Independientemente de las demás causas que actúan en el mismo sentido y que tienen que ver con el paso del capitalismo industrial a la etapa imperialista, es evidente que la situación descrita contribuye a motivar las exportaciones de capital hacia las economías dependientes, una vez que las ganancias son allí considerables. Un primer resultado de esto es la elevación de la composición orgánica del capital en dichas economías y el aumento de la productividad del trabajo, que se traducen en la baja del valor de las mercancías y que (de no mediar la superexplotación) deberían conducir a la baja de la cuota de ganancia. En consecuencia, empiezan a declinar sostenidamente los términos de intercambio, como se indica en mi ensayo.

Por otra parte, la presencia creciente del capital extranjero en el financiamiento, en la comercialización, e incluso en la producción de los países dependientes, así como en los servicios básicos,

actúa haciendo transferir parte de las ganancias allí obtenidas a los países industriales; a partir de entonces, el monto de capital cedido por la economía dependiente mediante las operaciones financieras crece más rápidamente que el saldo comercial.

La transferencia de ganancias, y por ende de plusvalía, a los países industriales apunta en el sentido de la formación de una tasa media de ganancia en el plano internacional, algo que libera el intercambio de su dependencia estricta en relación con el valor de las mercancías; en otros términos, la importancia que en la etapa anterior tenía el valor como regulador de las transacciones internacionales cede progresivamente lugar a la primacía del precio de producción (el costo de producción más la ganancia media, la cual, como vimos, es inferior a la plusvalía en el caso de los países dependientes). Sólo entonces se puede afirmar que —a pesar de seguir estorbada por factores de orden extraeconómico, como por ejemplo los monopolios coloniales— la economía internacional alcanza su plena madurez y hace jugar en escala creciente los mecanismos propios de la acumulación de capital.⁶

Recordemos, para evitar equívocas, que la baja de la cuota de ganancia en los países dependientes, como contrapartida de la elevación de su composición orgánica, se compensa mediante los procedimientos de la superexplotación del trabajo, además de las circunstancias peculiares que favorecen, en las economías agrarias y mineras, la alta rentabilidad del capital variable. En consecuencia, la economía dependiente sigue expandiendo sus exportaciones a precios siempre más compensadores para los países industriales (con los efectos conocidos en la acumulación interna de estos) y, simultáneamente, mantiene su atractivo para los capitales externos, lo que permite dar continuidad al proceso.

⁶ Para decirlo con Marx: “El cambio de mercancías por sus valores, o aproximadamente por sus valores, presupone [...] una fase mucho más baja que el cambio sobre la base de los precios de producción, lo cual requiere un nivel bastante elevado en el desarrollo capitalista”. Karl Marx, *El capital*, t. III, cap. VIII, p. 181.

2. EL DESARROLLO CAPITALISTA Y LA SUPEREXPLOTACIÓN DEL TRABAJO

Es en este sentido que la economía dependiente —y por ende la superexplotación del trabajo— aparece como una condición necesaria del capitalismo mundial, contradiciendo a quienes, como Fernando Henrique Cardoso, la entienden como un suceso accidental en el desarrollo de éste. La opinión de Cardoso, emitida en un comentario polémico a mi ensayo,⁷ es que, teniendo a la vista que la especialidad del capitalismo industrial reside en la producción de plusvalía relativa, todo lo que se refiere a las formas de producción basadas en la plusvalía absoluta, por significativa que sea su importancia histórica, carece de interés teórico. Sin embargo, para Cardoso ello no implica abandonar el estudio de la economía dependiente, una vez que en ésta se da un proceso simultáneo de desarrollo y de dependencia, lo que hace que ella esté basada, en su etapa contemporánea, también en la plusvalía relativa y en el aumento de la productividad.

Señalemos, inicialmente, que el concepto de superexplotación no es idéntico al de plusvalía absoluta, ya que incluye también una modalidad de producción de plusvalía relativa, la que corresponde al aumento de la intensidad del trabajo. Por otra parte, la conversión de parte del fondo de salario en fondo de acumulación de capital no representa rigurosamente una forma de producción de plusvalía absoluta, puesto que afecta simultáneamente los dos tiempos de trabajo en el interior de la jornada laboral, y no sólo el tiempo de trabajo excedente, como pasa con la plusvalía absoluta. Por todo ello, la superexplotación se define más bien por la mayor explotación de la fuerza física del trabajador, en contraposición a la explotación resultante del aumento de su productividad, y tiende normalmente a expresarse en el hecho de que la fuerza de trabajo se remunere por debajo de su valor real.

⁷ Véase “Notas sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No. 4, Santiago de Chile, 1972.

No es éste, sin embargo, el punto central de la discusión. Lo que se discute es si las formas de explotación que se alejan de la que engendra la plusvalía relativa sobre la base de una mayor productividad deben ser excluidas del análisis teórico del modo de producción capitalista. El equívoco de Cardoso está en responder afirmativamente a esta cuestión, como si las formas superiores de la acumulación capitalista *implicaran la exclusión de sus formas inferiores y se dieran independientemente de éstas*. Si Marx hubiera compartido esa opinión, seguramente no se habría preocupado de la plusvalía absoluta y no la habría integrado, en tanto que concepto básico, en su esquema teórico.⁸

Ahora bien, lo que se pretende demostrar en mi ensayo es, primero, que *la producción capitalista, al desarrollar la fuerza productiva del trabajo, no suprime sino que acentúa la mayor explotación del trabajador*; y segundo, que las combinaciones de formas de explotación capitalista se llevan a cabo de manera desigual en el conjunto del sistema, y engendran formaciones sociales distintas según el predominio de una forma determinada.

Desarrollemos brevemente estos puntos. El primero es fundamental, si se quiere entender cómo actúa la ley general de la acumulación capitalista, o sea, por qué se produce la polarización creciente de la riqueza y la miseria en el seno de las sociedades en que ella opera. Es en esta perspectiva, y solamente en ella, como los estudios sobre la llamada marginalidad social pueden ser incorporados a la teoría marxista de la dependencia; dicho de otra manera, sólo así ésta podrá resolver teóricamente el problema planteado por el crecimiento de la superpoblación relativa con las características extremadas que presenta en las sociedades dependientes, sin caer en el eclecticismo de José Nun, que el mismo Cardoso criticó con tanta razón,⁹ ni tampoco en el esquema de

⁸ “La producción de plusvalía absoluta es la base general sobre la que descansa el sistema capitalista y el punto de arranque para la producción de plusvalía relativa”. Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XIV, p. 246.

⁹ Véanse, de José Nun, “Sobrepoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, No. 2, Buenos Aires, 1969, y de F. H. Cardoso, “Comentario sobre los conceptos de sobrepobla-

Aníbal Quijano, que, independientemente de sus méritos, conduce a la identificación de un polo marginal en esas sociedades que no guarda relación con la manera como allí se polarizan las contradicciones de clase.¹⁰ Sin pretender hacer aquí un verdadero análisis del problema, sentemos algunos elementos explicativos que se derivan de las tesis anteriormente enunciadas.

La relación positiva entre el aumento de la fuerza productiva del trabajo y la mayor explotación del trabajador, que adquiere un carácter agudo en la economía dependiente, no es privativa de ella, sino que *hace al modo de producción capitalista en sí mismo*. Esto se debe a la manera contradictoria como esas dos formas fundamentales de explotación inciden en el valor de la producción y, por ende, en la plusvalía que ésta arroja. El desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, que implica producir más en el mismo tiempo y con un mismo gasto de fuerza de trabajo, reduce la cantidad de trabajo incorporada al producto individual y rebaja por ende su valor, con lo cual afecta negativamente a la plusvalía. La mayor explotación del trabajador ofrece dos alternativas: aumentar el tiempo de trabajo excedente (modificando o no la jornada de trabajo), o, sin alterar la jornada y los tiempos de trabajo, elevar la intensidad del trabajo; en ambos casos aumenta la masa de valor y la plusvalía producidas, pero en el último (que se diferencia del aumento de productividad porque, aunque se produzca más en el mismo tiempo, ello acarrea un mayor gasto de fuerza de trabajo),¹¹ desde que el nuevo grado de intensidad se generaliza, desciende el valor individual de las mercancías y, en circunstancias iguales, disminuye también la plusvalía.

En el marco del régimen capitalista de producción, esas tendencias opuestas, que se derivan de las dos grandes formas de explotación, tienden a neutralizarse *una vez que el aumento de*

ción relativa y marginalidad”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No. 12, Santiago de Chile, 1971.

¹⁰ Véase, de Aníbal Quijano, *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*, Santiago de Chile, CESO, 1970, mimeo.

¹¹ La economía burguesa no permite establecer claramente esa diferencia, ya que privilegia como término de referencia el producto y no la fuerza de trabajo.

la fuerza productiva del trabajo no sólo crea la posibilidad de una mayor explotación del trabajador, sino que conduce a ese resultado. En efecto, la reducción del tiempo total de trabajo que el obrero necesita para producir cierta masa de mercancías le permite al capital, sin extender la jornada legal, o incluso reduciéndola, exigir al trabajador más tiempo de trabajo efectivo, y por lo tanto una masa superior de valor. Con ello, la amenaza que pesaba sobre la cuota de plusvalía y de ganancia se contrarresta total o parcialmente. Aquello que en el plano de la producción aparece como una disminución del tiempo de trabajo se convierte, desde el punto de vista del capital, en aumento de la producción exigida al trabajador.

Ello se expresa en las condiciones de producción mediante la elevación de la composición orgánica del capital, es decir, en la disminución relativa o absoluta (según el ritmo de la acumulación) del capital variable; en otras palabras, en la reducción relativa o absoluta de la fuerza de trabajo empleada y en la expansión del ejército industrial de reserva.

Sin embargo, existe una estrecha interdependencia entre el aumento de la productividad, la intensificación del trabajo y la duración de la jornada. El aumento de la fuerza productiva del trabajo, al implicar un menor gasto de fuerza física, es lo que permite aumentar la intensidad; pero el aumento de la intensidad choca con la posibilidad de extender la jornada de trabajo y juega más bien en el sentido de reducirla. Inversamente, una menor productividad limita la posibilidad de intensificar el ritmo de trabajo e incentiva la extensión de la jornada. El hecho de que, en los países altamente industrializados, la elevación simultánea de la productividad y de la intensidad del trabajo no se hayan traducido desde hace varias décadas en reducción de la jornada no invalida lo que se ha dicho; apenas revela la incapacidad de la clase obrera para defender sus legítimos intereses, y se traduce en el agotamiento prematuro de la fuerza de trabajo, expresado en la reducción progresiva de la vida útil del trabajador, así como en los trastornos psicofísicos provocados por el exceso de fatiga. En la misma línea de razonamiento, las limitaciones surgidas en los países dependientes para distender al máximo la jornada de

trabajo han obligado al capital a recurrir al aumento de la productividad y de la intensidad del trabajo, con los efectos conocidos en el grado de conservación y desarrollo de ésta.

Lo que importa señalar aquí, en primer lugar, es que la superexplotación no corresponde a una supervivencia de modos primitivos de acumulación de capital, sino que es *inherente a ésta y crece correlativamente al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo*; suponer lo contrario equivale a admitir que el capitalismo, a medida que se aproxima a su modelo puro, se convierte en un sistema cada vez menos *explotador* y logra reunir las condiciones para solucionar indefinidamente sus contradicciones internas. En segundo lugar, según el grado de desarrollo de las economías nacionales que integran el sistema, y del que se verifica en los sectores que componen cada una de ellas, la mayor o menor incidencia de las formas de explotación y la configuración específica que ellas asumen *modifican cualitativamente la manera como allí inciden las leyes de movimiento del sistema*, y en particular la ley general de la acumulación de capital. Es por esta razón que la llamada *marginalidad social* no puede ser tratada independientemente del modo como se entrelazan en las economías dependientes el aumento de la productividad del trabajo, que se deriva de la importación de tecnología, y la mayor explotación del trabajador, que ese aumento de la productividad hace posible.

No por otra razón la marginalidad sólo adquiere su plena expresión en los países latinoamericanos al desarrollarse en estos la economía industrial.

La tarea fundamental de la teoría marxista de la dependencia consiste en determinar la *legalidad específica* por la que se rige la economía dependiente. Ello supone, desde luego, plantear su estudio en el contexto más amplio de las leyes de desarrollo del sistema en su conjunto y definir los *grados intermedios* mediante los cuales esas leyes se van especificando. Es así como la simultaneidad de la dependencia y del desarrollo podrá ser realmente entendida. El concepto de *subimperialismo* emerge de la definición de esos grados intermedios y apunta a la especificación de cómo incide en la economía dependiente la ley según la cual el

aumento de la productividad del trabajo (y por ende de la composición orgánica del capital) acarrea un aumento de la superexplotación. Es evidente que dicho concepto no agota la totalidad del problema.

Comoquiera que sea, la exigencia de especificar las leyes generales del desarrollo capitalista no permite, desde un punto de vista rigurosamente científico, recurrir a generalidades como la de que la nueva forma de la dependencia reposa en la plusvalía relativa y el aumento de la productividad. Y no lo permite porque ésta es la *característica general de todo desarrollo capitalista*, como se ha visto. El problema está pues en *determinar el carácter que asume en la economía dependiente la producción de plusvalía relativa y el aumento de la productividad del trabajo*.

En este sentido, se pueden encontrar en mi ensayo indicaciones, aunque notoriamente insuficientes, que permiten vislumbrar el problema de fondo que la teoría marxista de la dependencia está urgida a enfrentar: el hecho de que las condiciones creadas por la superexplotación del trabajo en la economía capitalista dependiente tienden a obstaculizar su tránsito desde la producción de plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa, en tanto que forma dominante en las relaciones entre el capital y el trabajo. La gravitación desproporcionada que asume en el sistema dependiente la plusvalía extraordinaria es un resultado de esto y corresponde a la expansión del ejército industrial de reserva y al estrangulamiento relativo de la capacidad de realización de la producción. Más que meros accidentes en el curso del desarrollo dependiente o elementos del orden de la transición, estos fenómenos son manifestaciones de la manera particular de como incide en la economía dependiente la ley general de la acumulación de capital. En última instancia, es de nuevo a la superexplotación del trabajo que tenemos que referirnos para analizarlos.

Éstas son algunas cuestiones sustantivas de mi ensayo, que convenía puntualizar y aclarar. Ellas están reafirmando la tesis central que allí se sostiene, es decir, la de que el fundamento de la dependencia es la superexplotación del trabajo. No nos queda, en esta breve nota, sino advertir que las implicaciones de la

superexplotación trascienden el plano del análisis económico y deben ser estudiadas también desde el punto de vista sociológico y político. Es avanzando en esa dirección que aceleraremos el parto de la teoría marxista de la dependencia y la liberaremos de las características funcional-desarrollistas que se le han adherido en su gestación.

LAS RAZONES DEL NEODESARROLLISMO (RESPUESTA A F. H. CARDOSO Y J. SERRA)¹

“Las desventuras de la dialéctica de la dependencia” es un trabajo escrito por José Serra y Fernando Henrique Cardoso con el objetivo de criticar mis planteamientos sobre el capitalismo dependiente, en particular el brasileño. El título del trabajo, como lo señalan sus autores, se inspira en el de un libro de Maurice Merleau-Ponty, publicado a principios de la década pasada, que ponía “la corona de espinas” en “la cabeza de quienes, bien o mal, buscaban adaptar la herencia clásica a las experiencias de la construcción del socialismo y, en el afán de justificar lo injustificable, distorsionaban sus ideas”. En realidad, se trataba de un ataque a Jean-Paul Sartre, a raíz de su acercamiento al Partido Comunista. Aunque Sartre no se molestó en darle una respuesta a Merleau-Ponty —quien ganara notoriedad al pretender conferir rango filosófico al anticomunismo de Arthur Koestler—, éste recibió la que merecía por la mano de Simone de Beauvoir.

Tras señalar que el trabajo se escribió en enero de 1978, cuando prestaban servicios en una institución norteamericana, y agradecer los comentarios de otros intelectuales brasileños —en especial del Centro Brasileño de Análisis y Planeamiento (CEBRAP),

¹ Extraído de *Revista Mexicana de Sociología*, número especial, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1978, pp. 57-106.

creado por Cardoso—, los autores explican la finalidad del mismo. Éste pretende “poner trancas que cierren las falsas salidas” en el análisis de la realidad, para lo que se abocará a la crítica de mi “ambiciosa teoría” sobre el capitalismo dependiente, con la intención de lograr “la destrucción eventual de algunos o aun de todos los principales supuestos” de la misma. Para ello, se divide en cuatro capítulos: “Desarrollo nacional y estancamiento económico”, “El intercambio que no es bien igual”, “El subimperialismo y las tinieblas” y “la ‘teoría’ de la superexplotación del trabajo (o la plusvalía que nunca es relativa)”, que se acompañan de un “cuasi epílogo”. Los dos primeros tratan de algunas cuestiones generales, los dos últimos versan sobre el desarrollo capitalista reciente en Brasil.

En su conjunto, constituye un texto desaliñado y truculento, que deforma casi siempre mis planteamientos para poder criticarlos, manipula los datos que utiliza (o no utiliza) y que brilla por la falta de rigor, la torpeza e incluso el descuido en el manejo de hechos y conceptos. El lector lo entenderá mejor si toma en cuenta que va dirigido fundamentalmente a la joven generación brasileña, que conoce poco o casi nada de lo que he escrito. Esto es lo que lleva a los autores no sólo a “exponer” mi pensamiento, sino también a permitirse adaptarlo libremente a los fines que se han propuesto. Seguramente habrían procedido de otra manera si se dirigieran a un público más familiarizado con las tesis en cuestión.

En las consideraciones que sobre dicho texto presentaremos a continuación, utilizaremos el original en portugués. Nos esforzaremos, siempre que ello no violente demasiado la lógica de la exposición, en seguir el orden temático allí adoptado, manteniéndonos dentro de su enfoque, es decir, predominantemente económico. Advertimos al lector que, por tratarse de la respuesta a una crítica específica, limitaremos a lo esencial nuestra argumentación, sin pretender retomar planteamientos que en otras oportunidades hemos hecho sobre el capitalismo dependiente latinoamericano y brasileño; en este sentido no se contempla aquí la totalidad, y ni siquiera los elementos principales, de lo que hemos expuesto en otros textos.

I

“Las desventuras...” empieza con un paso desafortunado. Constatando que mis planteamientos tienen como eje la cuestión del socialismo en América Latina, busca enmarcarlos en la tesis sustentada por sectores intelectuales de la década pasada, respecto a la inevitabilidad del estancamiento económico en la región. Incorre, con ello, en un doble equívoco: no es cierto que yo suscribiera entonces esa tesis —como tampoco la suscribo hoy— ni la misma se relacionaba directamente con el tema del socialismo. De pasada, confunde estancamiento y crisis (“La aurora revolucionaria tendría como incubadora el acicate del estancamiento y la crisis”)² sin comprender que las crisis, para un marxista, corresponden a saltos del capitalismo hacia su destrucción, pero no se confunden con el estancamiento, sino todo lo contrario: resultan de la acumulación capitalista misma, es decir, *del desarrollo capitalista*.

La “prueba” de mi adhesión a la tesis del estancamiento latinoamericano se presenta³ —tras lo que parece ser una autocrítica implícita de Cardoso por haberla compartido— en los tiempos en que preocupaban los problemas del “subcapitalismo”, y se cifra en esta cita de un texto mío:

Todo está en lograr una organización de la producción que permita el pleno aprovechamiento del excedente creado, vale decir que aumente la capacidad de empleo y producción dentro del sistema, elevando los niveles de salario y de consumo. Como esto no es posible en el marco del sistema capitalista, no queda al pueblo brasileño sino un camino: el ejercicio de una política obrera, de lucha por el socialismo.⁴

² José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, en *Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario, México, 1978, p. 3.

³ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p.1.

⁴ Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1974. 5ª edi-

A primera vista, el texto citado parece dar razón a “Las desventuras...” pero ¿qué es lo que *está en...*? ¿En qué contexto se hizo la afirmación? Veamos:

[el] desarrollo económico [...] no puede ser logrado, como pretende la “burguesía nacional”, obstaculizando la incorporación del progreso tecnológico extranjero y estructurando la economía con base en unidades de baja capacidad productiva. Para las grandes masas del pueblo, el problema está, inversamente, en una organización económica que no sólo admita la incorporación del progreso técnico y la concentración de las unidades productivas, sino que las acelere, sin que ello implique agravar la explotación del trabajo en el marco nacional y subordinar definitivamente la economía brasileña al imperialismo.⁵

Este párrafo citado antecede al recorte que se hizo en “Las desventuras...”. Como se dará cuenta el lector, allí no se trataba para nada de estancamiento: se polemizaba con una posición política que —ante el carácter monopólico y la decidida integración al imperialismo que caracterizaban a la economía brasileña— levantaba un proyecto pequeñoburgués, estrechamente nacionalista y antimonopólico, y se sostenía que la lucha (no la agitación de un modelo abstracto) contra el gran capital nacional y extranjero sólo podría ser una lucha dirigida por la clase obrera y que tendiera al socialismo. Para mayor abundamiento, señalemos que dicho pasaje pertenece a la sección del libro intitulada “La dialéctica del *desarrollo capitalista en Brasil*”, en la cual se analizan las luchas de clases que desembocaron en el golpe militar de 1964 y *la forma subimperialista que asume entonces dicho desarrollo*. “El capitalismo brasileño —se decía, un poco más atrás— se ha orientado así hacia un *desarrollo monstruoso, etcétera*”.⁶

ción aumentada, p. 104. El capítulo correspondiente se publicó, originalmente, como artículo: “La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil”, en *Cuadernos Americanos*, CXLVI-3, México, mayo-junio de 1916, pp. 133-155.

⁵ *Ibid.*, pp. 103-104.

⁶ *Ibid.*, pp. 101 y ss. Esa falta de honestidad en el uso del material criticado, que

LA CRISIS DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO
EN LOS SESENTA

La segunda clase de equívocos a que da lugar “Las desventuras...” está en suponer que se puede establecer, en general, una ligazón entre la tesis del “estancamiento” y la ideología socialista de la década pasada, en Latinoamérica. Es cierto que los autores se corrigen más adelante, ejemplificando con algunas citas de Helio Jaguaribe. Pero a) no sólo queda la impresión general de que las luchas por el socialismo que se libraron entonces estuvieron guiadas por la idea de la imposibilidad del desarrollo capitalista, sino que b) se oscurece el carácter real de la crisis que sacudió el pensamiento latinoamericano a mediados de la década. El primer error hace caso omiso de las luchas de clases desatadas en el continente, desde los años cincuenta, que, alcanzando su primer punto culminante con la Revolución Cubana de 1959, continúa hasta hoy. El segundo no da cuenta del verdadero carácter de la crisis experimentada por las ciencias sociales latinoamericanas en los sesenta, ni de las corrientes entonces surgidas (que se tiende a englobar, incorrectamente, bajo la designación genérica de *estudios sobre la dependencia*).

El golpe militar brasileño de 1964 tuvo, para la década pasada, una importancia similar al golpe chileno de 1973 para la actual. Representó, como señalé entonces, el fracaso de una política: el reformismo, bajo su forma populista y nacionalista; y de

caracteriza a “Las desventuras...”, es aún más flagrante en la consecuencia que los autores sacan de esa cita, en el sentido de que “ese tipo de análisis ayudó a racionalizar los argumentos por parte de la izquierda latinoamericana a lo largo de los años sesenta y comienzos de los setenta” (José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 7), añadiendo en una nota que dicha racionalización puede ser encontrada en Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, *op. cit.*, en el pasaje correspondiente a “Los supuestos de la lucha armada” (pp. 133-141). “Las desventuras...” no dice que dicho pasaje es... ¡una crítica a los supuestos de la práctica armada de la izquierda brasileña de la época! Hay muchas razones por las cuales denunciarme como partidario de la lucha armada, pero afirmar que mi toma de posición al respecto se deriva de la tesis del “estancamiento” constituye como mínimo una aserción desventurada.

una clase: la burguesía nacional.⁷ Los partidos comunistas, que habían apostado en esta carta, atribuyeron los sucesos contrarrevolucionarios de Brasilia a una trama diabólica del imperialismo norteamericano. Los intelectuales que, ligados al *establishment* (sea directamente en el gobierno de João Goulart, sea en instituciones internacionales como la CEPAL), habían pregonado la ideología del desarrollo capitalista autónomo (generando así, desde el lado patronal, una táctica que coincidía con la del PC) manifestaron perplejidad e impotencia. Un buen ejemplo de ello es el caso de Celso Furtado, ex funcionario de la CEPAL del gobierno de Goulart, quien, en su calidad de principal teórico del *estancamiento*, proclamó el cierre definitivo de la industrialización y el regreso de Brasil a la condición de exportador de bienes primarios.⁸ En un texto más agudo, pero igualmente desesperado, el cepalino Anibal Pinto, sin adherir a la tesis del *estancamiento*, constató que el pretendido desarrollo autónomo no había conducido sino a la monopolización de la economía por el gran capital nacional y extranjero y propuso una política dirigida por el Estado, de apoyo a la media y pequeña burguesía, aun a costa de que esto implicara frenar el desarrollo del sector *moderno* (monopólico), es decir, obstaculizar objetivamente las tendencias del desarrollo capitalista.⁹

⁷ Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, *op. cit.*, p. 57. El capítulo correspondiente apareció, como artículo, en un número de 1965 de la revista *Foro Internacional*, México.

⁸ Anibal Pinto, de la república oligárquica al Estado militar”, en *Brasil hoy*, México, Siglo XXI, 1966.

⁹ “Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano”, en *El Trimestre Económico*, México, No. 125, enero-marzo de 1965, pp. 3-69. Pinto expresa su concepción (en el fondo, correcta) de una manera todavía confusa y en lenguaje cepalino, al distinguir un polo “dinámico” y otro “tradicional”, que no se caracterizaban ya por el corte entre la agricultura y la industria, sino que dividían horizontalmente toda la estructura económica. Ese nuevo dualismo está presente en el trabajo de Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1969, y dio lugar a posteriores elaboraciones sobre temas específicos, como el de la llamada “marginalidad social”.

Ahora bien, esa crisis del pensamiento desarrollista no tenía por qué afectar a la joven intelectualidad brasileña, que militaba en las filas de la izquierda revolucionaria, surgida al margen del PC, a principios de la década. El eje de los planteamientos de esa izquierda era la crítica a la estrategia de ese partido, que postulaba la colaboración de clases entre la burguesía nacional y el proletariado en pro de una revolución democrático-burguesa, antiimperialista y antifeudal. En el curso de su desarrollo, la izquierda revolucionaria había roto con el nacional-desarrollismo burgués, ruptura que dio lugar a una nueva elaboración teórica, que se vierte en una literatura estrictamente partidaria. Esto sólo comienza a modificarse, dando lugar a trabajos de carácter más personal, cuando la violenta depuración de las universidades, medios de comunicación y del propio aparato del Estado, por las fuerzas golpistas, empieza a expulsar del país a muchos de los intelectuales de esa izquierda.

Coincidiendo con ello, la crítica del desarrollismo ganó un carácter más amplio. Intelectuales no militantes, como André Gunder Frank y el mismo Cardoso, basándose en los planteamientos teóricos de la izquierda revolucionaria, se lanzaron también a la discusión sobre las tesis cepalinas y funcionalistas. Aportaron así elementos a la construcción de una nueva teoría explicativa de la realidad latinoamericana, aunque algunos de ellos contribuyeron a conferir un carácter académico a un debate que, en sus orígenes, era primariamente político, limitando con ello la radicalidad de la crítica. Es en particular el caso de Cardoso, en su trabajo en colaboración con Faletto, no sólo por los compromisos conceptuales y de lenguaje que mantiene con el desarrollismo, como han señalado otros, sino sobre todo por la absoluta ausencia de una teoría del imperialismo que se observa en dicho texto.¹⁰ Convie-

¹⁰ Cardoso y Faletto manejan la relación de la economía dependiente con la economía mundial siempre en función del concepto cepalino de “sector externo”, lo que no les permite relacionar cómo las tendencias y leyes del capitalismo operan en una y otra ni cómo se articulan entre sí. Posteriormente Cardoso trató de integrar en sus trabajos ese nivel de análisis, que ya estaba presente en las elaboraciones de la izquierda revolucionaria brasileña; vienen de allí sus conceptos

ne señalar que nada, en esa clase de textos, lleva a identificar el “cambio social” con la revolución socialista.

Es a ese distinto origen de las nuevas corrientes intelectuales que se gestaron en la década de 1960, así como al tipo de compromiso que ellos asumieron, que se debe la profunda división que se registra hoy entre los que trabajaron, bien o mal, de la misma manera la elaboración de un nuevo marco de conocimiento de nuestras sociedades.

*INTERCAMBIO DESIGUAL Y SUPEREXPLOTACIÓN:
ALGUNAS PRECISIONES*

El aparato siguiente de “Las desventuras...” se refiere indiscriminadamente a cuestiones que tienen que ver con el intercambio desigual y con la superexplotación del trabajo. El propósito de mis “críticos” es demostrar que el intercambio desigual, tal como yo lo analizo, no es tal ni conduce a que los países dependientes reaccionen contra él recurriendo a la superexplotación del trabajo (aunque la causa primaria de ésta no resida allí, como lo he indicado).¹¹ Veremos, más adelante, cómo se las arreglan para hacer esa demostración, procediendo primero a algunas rectificaciones.

Se trata de probar que es absurdo mi razonamiento en el sentido de que las exportaciones latinoamericanas de alimentos, al reducir el valor del capital variable y aumentar por consiguiente la composición de valor del capital, agravan la tendencia a la baja de la cuota de ganancia en los países capitalistas avanzados. Para este fin, y valiéndose incluso de las matemáticas, “Las desventuras...” demuestra que, al bajar el capital variable, crecen la masa y la cuo-

de “desarrollo autónomo” y “desarrollo asociado”, tomados prestados a los de “desarrollo autónomo” y “desarrollo integrado” que yo utilizara en el artículo de 1965 citado, así como apoyados en el que se publicó originalmente con el título de “Brazilian Interdependence and Imperialist Integration”, en *Monthly Review*, Nueva York, diciembre de 1965.

¹¹ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones Era, 1973, pp. 24-49.

ta de plusvalía, así como, por consiguiente, de ganancia. Lo que es obvio. Agregan nuestros “críticos”: “No sería lógico suponer, por otro lado, que *porque* disminuye V, gracias a las exportaciones latinoamericanas de alimentos, C tendría que subir”.¹²

No, no sería en absoluto lógico suponer que, *porque* baja el capital variable, por la causa señalada, el capital constante debe aumentar. Sin embargo, mis desventurados “críticos”, el punto del que parto es rigurosamente *el opuesto*: el de que la exportación latinoamericana de alimentos se realiza en función de la revolución industrial europea y *coadyuva* (no determina de manera exclusiva) la baja del capital variable, necesaria para que la elevación de la productividad, sobre la base del *aumento del capital constante*, no presione hacia abajo la cuota de ganancia.¹³ Como indiqué en el texto, esto corresponde a la inserción dinámica de América Latina en la división mundial del trabajo impuesta por la gran industria, que permitió a los países avanzados concentrarse en la producción de materias primas industriales. El Quijote combatía contra molinos de viento, que creía ser gigantes; mis “críticos” tienen más el espíritu de Sancho: edifican sus propios molinos para enfrentarlos sin tener que apelar a la valentía.

En la distorsión de mis planteamientos, “Las desventuras...” no utiliza sólo el método de la inversión, sino también el de la adición. Así, considera que yo supongo que la producción latinoamericana para la exportación aumentó “en condiciones necesarias de productividad decreciente (o estancada)”, suposición que no se encuentra en ninguno de mis textos. Lo único que sostengo es que, en condiciones de intercambio marcadas por una neta superioridad tecnológica de los países avanzados, las economías dependientes debieron echar mano de un mecanismo de compensación que, permitiendo el aumento de la masa de valor y plusvalía realizada, así como de su cuota, contrarrestara al menos parcialmente las pérdidas de plusvalía a que tenían que sujetarse;

¹² José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 16 (cursivas de los autores).

¹³ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 26.

ese mecanismo fue la superexplotación del trabajo.¹⁴ Ésta explica el fuerte desarrollo de la economía exportadora latinoamericana, pese al intercambio desigual. Es de suponerse que mis “críticos” no pretendan que, ante la transferencia de valor que éste implicaba, las economías latinoamericanas pudieran reaccionar mediante la elevación de su nivel tecnológico a un ritmo igual al que lo hacían los países avanzados. Ello no implica ni mucho menos que su productividad se haya estancado o decrecido, sino que fue siempre a la zaga. Tampoco hay que derivar de lo dicho lo que no se ha dicho: la superexplotación del trabajo es acicateada por el intercambio desigual, pero no se deriva de él, sino de la fiebre de ganancia que crea el mercado mundial, y se basa fundamentalmente en la formación de una sobrepoblación relativa. Pero, una vez en marcha un proceso económico sobre la base de la superexplotación, se echa a andar un mecanismo monstruoso, cuya perversidad, lejos de mitigarse, es acentuada al recurrir la economía dependiente al aumento de la productividad mediante el desarrollo tecnológico.¹⁵

¹⁴ Cfr. *Ibid.*, pp. 40-41. Señalemos que el aumento del número de trabajadores a que se refieren mis “críticos” en “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 20, pese a que fue abundantemente utilizado en América Latina, no tiene que ver con el tema de la superexplotación: a circunstancias iguales, deja invariable la cuota de plusvalía, pudiendo afectar tan sólo la cuota de ganancia.

¹⁵ Analizando el efecto de la prolongación de la jornada de trabajo y su relación con el descenso del precio del trabajo, dice Marx: “Este poder de disposición sobre una cantidad anormal de trabajo no retribuido —anormal porque rebasa el nivel social medio— pronto se convierte en motivo de competencia entre los propios capitalistas. Una parte del precio de la mercancía está tomada por el precio del trabajo. La parte no retribuida del precio del trabajo no necesita figurar como primer paso que impulsa a dar la concurrencia. El segundo paso impuesto por ésta consiste en desglosar también del precio de venta de la mercancía una parte por lo menos de la *plusvalía anormal*, conseguida mediante la prolongación de la jornada de trabajo. De este modo se va formando, primero esporádicamente y luego de un modo cada vez más estable, un precio anormalmente bajo de venta de la mercancía que, si en un principio era el fruto de los salarios raquíticos y de las jornadas excesivas, acaba por convertirse en *base constante* de estos fenómenos”. Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946-1947 t. I, p. 460, cursivas mías. Esto vale para cualquier procedimiento que implique

De todos modos, mis “críticos” se preocupan aquí menos de la cuestión de la superexplotación que de mis planteamientos respecto al intercambio desigual. Desde este punto de vista, lo primero que llama la atención es que, aunque vayan a “criticar” lo que he dicho sobre el tema, hacen la curiosa advertencia de que *no contemplarán el problema de la transferencia de valor a través del comercio exterior*.¹⁶ La razón básica que dan para ello es que “no habiendo movilidad de la fuerza de trabajo, es difícil establecerse, en escala internacional, el concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario, el cual, a su vez, es crucial como requisito para la operación de la ley del valor”.¹⁷

Detengámonos un poco en este párrafo. La movilidad de la fuerza de trabajo no influye para nada en el *concepto* de tiempo de trabajo socialmente necesario, a escala nacional o internacional. Seguramente mis “críticos” quieren decir que afecta *su determinación, su medición*. Pero tampoco es así: a nivel nacional o internacional, el tiempo de trabajo socialmente necesario no se determina por la *circulación* de la fuerza de trabajo, sino que es exclusivamente función del desarrollo de las fuerzas productivas, del grado de destreza, productividad e intensidad media de la fuerza de trabajo en la *producción*. Lo único que cabe a la circulación es *comparar* los tiempos de trabajo socialmente necesarios para la producción de las mercancías, es decir, comparar los valores de éstas; sobre esta base se determina el precio comercial de cada una, es decir, se establece entre ellas una *relación de precios* que, por mucho que varíe por acción de la oferta y/o la demanda, *gira en torno a la comparación de los valores*.

La circulación o no circulación de la fuerza de trabajo nada tiene que ver, pues, con la vigencia de la ley del valor. El único efecto que puede derivarse de la movilidad internacional de ma-

aumentar la masa de trabajo impago y explica las diferentes estructuras de precios que rigen entre países con distinto grado de desarrollo capitalista.

¹⁶ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 16.

¹⁷ *Ibid.*

no de obra se refiere a los *precios de producción*, al favorecer en ese plano la formación de la ganancia media.

¿Podría la circulación internacional de la fuerza de trabajo afectar el tiempo de trabajo socialmente necesario y, en consecuencia, la determinación del valor? Desde luego que sí, cuando permita el flujo de fuerza de trabajo con calificación; de nada le serviría a un país importar un operador de tractores si lo condena a trabajar con una hoz. Pero, aunque la fuerza de trabajo calificada se inserte positivamente en un proceso de producción, ello no modifica el papel de la circulación de mercancías, que seguirá imperturbablemente *comparando valores que han variado por cambios en el plano de la producción*, tal como lo haría *si estos valores no hubieran variado*. En cualquier hipótesis, *la comparación de valores se expresa en una relación de precios*, que, más o menos influidos por la circulación, siguen referidos al valor. Si mis desventurados “críticos” contaran con conocimientos elementales sobre la relación valor-precio no necesitarían descubrir triunfalmente que “los dos intercambios no son bien iguales”, o sea, lo obvio: que *el valor no es lo mismo que el precio*. Pero tampoco se escandalizarían de que los índices de precios puedan ser tomados como indicadores de valores, sobre todo para períodos largos (en que las variaciones de la circulación tienden a neutralizarse), y de que, por ende, *al analizar el intercambio desigual es lícito y necesario recurrir al examen de la evolución de los precios relativos o, lo que es lo mismo, a los términos de intercambio*.

El hecho de no contar con esos conocimientos elementales lleva a los autores de “Las desventajas...” a afirmaciones sorprendentes. Es así como, al discutir el efecto de las variaciones de precios en la cuota de ganancia de países con distinto grado de desarrollo, sostienen que, al aumentar los precios de los productos de los países de mayor desarrollo, dicha cuota no tendría por qué reducirse en el país de desarrollo inferior, pues

[...] la importación de productos manufacturados continuaría realizándose por *el mismo precio* por unidad de producto industrializado. Lo que ocurre de hecho no es el encarecimiento absoluto de

los productos industriales, sino el mantenimiento de su precio de venta, pese a la reducción de su valor unitario.¹⁸

Como vemos, mis “críticos” suponen que los movimientos *de precios no implican movimientos de valor*; de tal manera que, al mantenerse el precio de mercado *por encima del valor*, esto no implicaría una transferencia de valor por parte de aquel que lo adquiriera, dando en cambio una mercancía cuyo precio se mantuviera a la par con su valor. Llegamos, pues, a un punto en que no sólo los intercambios no son “bien iguales”, sino que son *absolutamente diferentes!*

El párrafo que sigue¹⁹ no merece mayor atención: si se está diciendo que, el aumento de la productividad y de la reducción del valor unitario de la mercancía no afectan la cuota de ganancia, si la reducción del valor unitario se compensa con el aumento de la masa de valor producida, acorde con la inversión adicional que propició la elevación de la productividad, se está descubriendo el huevo de Colón y no habrá quien quiera decir lo contrario. Pero esto nada tiene que ver con la superexplotación del trabajo. Ésta implica que, *sin variación del valor unitario*, aumente la masa de valor producido y/o apropiado por el capitalista, y ambos casos comportan aumento de la cuota de plusvalía. El aumento del valor *apropiado, sin aumento de la masa de valor producido*, corresponde a la reducción del salario sin una reducción equivalente del tiempo de trabajo necesario para que el obrero reponga el valor del mismo; el aumento de la masa de valor *producido y apropiado* resulta del aumento de la masa de trabajo rendido por el obrero, vía prolongación de la jornada de trabajo o intensificación del trabajo. En su concepto, la superexplotación se expresa pues en el incremento de la *cuota de plusvalía* sobre la base de una *masa* mayor de plusvalía y un *valor unitario constante*; la única excepción, que la acerca al aumento de la explotación sobre la base de una mayor productividad del trabajo, deriva del aumento de in-

¹⁸ *Ibid.*, p. 17 (cursivas de los autores).

¹⁹ *Ibid.*

tensidad, el cual, si se generaliza a toda la rama de producción y se estabiliza en un nivel superior, conduce a la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir la mercancía y, en consecuencia, a la reducción de su valor unitario.

Hasta ahora nos hemos limitado a examinar los intentos de “Las desventuras...” por criticar, en el plano teórico, mis planteamientos respecto al intercambio desigual y la superexplotación del trabajo, intentos que se frustran por el hecho de que éstas son incapaces de plantear correctamente la relación entre valor y precio, además de confundir sistemáticamente *cuota de ganancia* con *cuota de plusvalía*. Pero, en un momento, “Las desventuras...” cambia el enfoque para preocuparse de las implicaciones de la superexplotación en el desarrollo histórico del capitalismo mundial. En este sentido, además de arrumbar en pie de página algunos datos sobre el comercio exterior inglés, levanta una serie de cuestiones: la determinación del valor de la fuerza de trabajo en Inglaterra (¿por qué se supone que los obreros ingleses no comían carne?); la composición y el destino de las exportaciones latinoamericanas (¿por qué se supone que Inglaterra no importaba trigo de América Latina?); las formas de explotación en países como Argentina y Uruguay (¿por qué el hecho de no tener los “peores niveles de vida” implica que no haya superexplotación del trabajo?). Como se ve, demasiados problemas para que los tratemos ligeramente. Nos limitaremos, pues, a señalar la metodología que debe seguir una investigación rigurosa sobre el problema planteado por “Las desventuras...”, la cual comprende los siguientes pasos:

a) definir si, como plantea Marx, el comercio exterior, al abaratar el capital constante y/o el capital variable, incide en la composición del valor del capital y, por ende, en la cuota de ganancia;

b) explicar por qué los países avanzados han recurrido, para este fin, a las importaciones desde países atrasados (donde es menor la productividad del trabajo y, en consecuencia, es mayor la masa de trabajo incorporada a las mercancías, vale decir, su va-

lor), así como los mecanismos que permitieron que estos pudieran vender barato lo que en principio producían caro;

c) analizar la composición y el destino de las exportaciones de América Latina, así como la evolución de los precios relativos de su intercambio con los países avanzados;

d) tener en cuenta que, pese a la importancia de Inglaterra, América Latina no se integra propiamente a este país, *sino al mercado mundial*, y que otros mercados diferentes del inglés tuvieron importancia decisiva en la integración de países latinoamericanos, como el norteamericano para Chile —en cierto período— o Brasil, el alemán para Colombia, etc., y

e) ponderar adecuadamente la contribución de las exportaciones latinoamericanas *al mercado mundial*, considerando las *transferencias de valor circulares, o indirectas*, que implican que un valor cedido por Brasil y Estados Unidos, por ejemplo, pueda ser apropiado finalmente por Inglaterra, gracias a sus transacciones con este país.²⁰

MARXISMO Y SOCIOLOGISMO

Consideremos, finalmente, la cuestión de fondo que plantea “Las desventuras...”, en este apartado. En efecto, pese a sus lucubraciones económicas, éstas no niegan “la diferencial de salarios en perjuicio de los trabajadores de la periferia”,²¹ aunque el enredo que hace con la cuota de ganancia y de plusvalía le impida plantearse seriamente la cuestión de si ello representa o no una superexplotación de esos trabajadores; tampoco niega la existencia del intercambio desigual,²² aunque tampoco pueda llegar a una

²⁰ La necesidad de considerar globalmente los movimientos del comercio internacional, puesta en evidencia por algunos autores, es enfatizada por André Gunder Frank en su ensayo “Desequilíbrios do comércio multilateral de mercadorias e desenvolvimento econômico regular”; véase su libro *Acumulação, dependência e subdesenvolvimento*, Lisboa, Iniciativas Editoriais, 1977.

²¹ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 15.

²² *Ibid.*, p. 20.

conclusión definitiva sobre el mismo, debido a su confusión entre valor y precio, así como entre producción y circulación. Pero sus infortunadas incursiones en materia económica son, en cierto sentido, marginales respecto a la tesis que sustenta, como la de que el “fundamento dinámico” de esos fenómenos es la lucha de clases²³ o lo “básico” es “la dinámica que se deriva de la lucha entre las clases”.²⁴ Nos encontramos, pues, de nuevo, con el enfoque sociologista del ya mencionado trabajo de Cardoso y Faletto, que ha ganado nuevos bríos en América Latina con la difusión de las tesis de la escuela althusseriana y los coletazos del maoísmo.

Ahora bien: cualquier marxista sabe, con Marx y Engels, que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases y, con Lenin, que la lucha de clases es el único terreno en que un marxista se mueve con firmeza. Sin embargo, esto no quiere decir que la lucha de clases se explique *por sí misma* o, si se quiere, que sea el *Deus ex machina* que permite explicarlo todo. Más bien, para un marxista la tarea reside siempre en el plano del análisis abstracto como en el del concreto, en conocer qué es lo que explica la lucha de clases, y esto remite, necesariamente, al examen de las condiciones materiales en que ella se da. Esas condiciones —que se captan mediante conceptos y se rigen por leyes y tendencias objetivas— generan contradicciones, que no son, ni mucho menos, “parámetros económicos” que “el juego político hace moverse en una o otra dirección”.²⁵ La lucha de clases es *la síntesis* de las condiciones en que los hombres hacen su existencia, y se encuentra, por esto mismo, regida por leyes que determinan su desarrollo. Es por lo que la relación entre teoría y práctica constituye el eje de la dialéctica marxista.

Al sostener que la historia es la historia de la lucha de clases, Marx no se limitó a describir la lucha de clases: se esforzó por distinguir los modos de producción que constituyen su fundamento y dedicó toda su vida al estudio de las leyes del modo de produc-

²³ *Ibid.*, p. 15.

²⁴ *Ibid.*, p. 20.

²⁵ *Ibid.*

ción capitalista, para *armar al proletariado* —teórica, ideológica e políticamente— en su *lucha de clase* contra la burguesía. Construyó un *aparato conceptual* para explicar la lucha de clases que se ejerce en *ese* modo de producción; así, por ejemplo, el concepto de valor de la fuerza de trabajo es la clave para el análisis de la lucha de clases entre obreros y capitalistas, en el plano económico, en la cual los primeros pelean por un salario que respete ese valor, y los segundos entienden que “la *gratitud* del obrero es un *límite* en sentido matemático, que nunca puede alcanzarse, aunque sí pueda rondarse”;²⁶ pero ese concepto no sirve para explicar la lucha de clases en una sociedad esclavista ni tampoco en una sociedad feudal, a las que sólo se puede aplicar por extensión, ya que es una categoría típica de un modo de producción basado en el trabajador asalariado libre. Al esclavo no se le ocurrirá reclamar al esclavista el pago del valor de su fuerza de trabajo, por el simple hecho de que ésta *no se paga* y, en cierto sentido, *no reviste para él un valor*, así como su trabajo le parece una actividad que realiza parcialmente para sí;²⁷ reclama simplemente el derecho a disponer de su persona, lucha por su libertad.

Prosigamos: es precisamente porque, en cada época de la humanidad, la lucha de clases se rige por leyes específicas que se hace necesario construir el instrumental teórico que nos permita explicar su desarrollo. Según el nivel de análisis, más abstracto o más concreto, el énfasis se desplaza hacia la manera como *las leyes generales se realizan a través de la lucha de clases* o hacia el modo como *la lucha de clases actúa sobre la realización de esas leyes*. Un marxista sabe que una y otra manera de enfocar el problema no es más que eso: enfoques impuestos por el nivel del análisis, y es porque la lucha de clases es la expresión de contradicciones que se rigen por leyes específicas que es tan necesario no contentarse

²⁶ Karl Marx, *El capital*, t. I, p. 506.

²⁷ “En el trabajo de los esclavos, hasta la parte de la jornada en que el esclavo no hacía más que reponer el valor de lo que consumía para vivir y en que por tanto trabajaba para sí, se presentaba exteriormente como trabajo realizado para su dueño. Todo el trabajo del esclavo parecía trabajo no retribuido”. Karl Marx, *El capital*, t. I, p. 452.

jamás con la descripción de la forma *aparencial* de la lucha de clases, sino más bien armarse de conceptos rigurosos que permitan iluminar sus determinaciones profundas.

Sin embargo, por elevado que sea el nivel de abstracción, el análisis marxista está siempre *informado* por la lucha de clases y *remite* necesariamente a ella. En ningún momento el análisis marxista se detendrá en la *descripción neutral* de un hecho, por más ajeno que parezca ser a la acción de los hombres, ni perderá de vista sus implicaciones por las relaciones que sobre la base de ese hecho estos establecen entre sí, relaciones que en una sociedad de clases se expresan siempre en *la lucha de clases*. Y es esto lo que lo distingue de los análisis no marxistas, por más que estos, ante la incapacidad de explicar una realidad social dada, recurran al “ábrete sésamo” de la lucha de clases, que en este caso no abre, sino que cierra la puerta al tesoro del conocimiento. Así, un marxista no se contenta con decir que

[...] los aumentos de productividad en la producción de M (máquinas textiles, por ejemplo) son rápidos —dado que el progreso técnico tiende a penetrar y difundirse con mayor vigor y amplitud en las actividades industriales— y no se traducen en reducción proporcional significativa del precio unitario de M, [mientras que] los aumentos de productividad en la producción de P (café, por ejemplo) son más lentos —dada la naturaleza de las actividades primarias— y tienden a reflejarse en reducciones proporcionales de los precios.²⁸

Los aumentos de productividad en la industria son rápidos porque el progreso técnico se difunde con mayor vigor en las actividades industriales, son lentos en la producción primaria dada la naturaleza de las actividades primarias: se trata de descripciones ya ni siquiera neutrales, sino tautológicas. Nada de eso nos explica la dinámica del progreso técnico en las diferentes esfe-

²⁸ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 9 (exponiendo tesis de la CEPAL).

ras de la producción. Para hacerlo, un marxista toma la relación entre *trabajo vivo* y *trabajo muerto* y la aplica a la producción de materias primas y alimentos, así como a la producción manufacturera, y constata que en la primera *prima el trabajo vivo*, la acción directa del hombre sobre la naturaleza, mientras que en la segunda *se amplía la parte que cabe al trabajo muerto* (materias primas e instrumentos de trabajo).²⁹ Esto le permite entender la tendencia de la economía dependiente, productora de materias primas y alimentos, a reposar más en la explotación del trabajo como tal y, en la medida en que tiene en ésta “su fuente inmediata de nueva acumulación”,³⁰ hacer que la acumulación dependa en mayor grado de la explotación de la fuerza física del trabajador mediante la incorporación de más fuerza de trabajo a la producción (lo cual puede implicar el aumento del número de trabajadores, lo que, en circunstancias iguales, aumenta la masa de valor sin alterar la cuota de plusvalía, o la prolongación de la jornada de trabajo y/o la intensificación del trabajo, lo que hace variar positivamente una y otra).

Pero sigamos examinando las tesis que reivindican “Las desventajas...”: decir que los aumentos de productividad en la industria “no se traducen en reducciones de precios”, mientras que eso sí pasa en la agricultura, no sólo no explica nada, sino que *es falso*. Si queremos saber cómo el aumento de la productividad actúa sobre los precios internacionales, es necesario tener presente que

[...] en el mercado mundial, el trabajo nacional más productivo se considera al mismo tiempo como más intensivo, siempre y cuando que la nación más productiva no se vea obligada, por la concurrencia, a rebajar el precio de venta de sus mercancías hasta el límite de su valor.³¹

²⁹ Karl Marx, *El capital*, t. I, cap. XXII.

³⁰ *Ibid.*, p. 509.

³¹ *Ibid.*, pp. 469-470.

En otras palabras: aunque la productividad reduzca el valor unitario de la mercancía, ésta puede venderse en el mercado mundial *por encima de su valor*, si la concurrencia no actúa en sentido contrario. “La jornada más intensiva de trabajo de una nación se traduce en una expresión monetaria más alta que la jornada menos intensiva de otro país”.³² Es ésta la razón fundamental por la cual las relaciones entre las economías capitalistas avanzadas y dependientes, al expresar relaciones de intercambio entre sistemas productivos con distintos niveles tecnológicos y, por ende, *con distintas intensidades medias de trabajo*, normalmente hacen que se operen transferencias de valor vía precios, es decir, que se realice un intercambio desigual que corresponde, a la vez, al deterioro de los términos de intercambio en perjuicio de las últimas. Y es por esto, también, que éstas tienen que recurrir, como medida de compensación, a *aumentar la magnitud extensiva e intensiva* del trabajo que explotan, o sea, a los métodos de superexplotación del trabajo referidos a la producción.

Los autores de “Las desventuras...” se darán cuenta, ahora, que hacer reverencias a la lucha de clases no es la panacea para los problemas del conocimiento (menos aún cuando ésta es olvidada en la primera ocasión que se presenta, en favor de proposiciones tautológicas que la excluyen) y que las cuestiones que los preocupan en este apartado se rigen por *leyes económicas objetivas*, que la CEPAL nunca fue capaz de formular. El enfoque sociologista, por atractivo que parezca, no nos permitirá jamás saber *por qué* la clase obrera de los países capitalistas avanzados ha podido librar su lucha de clase con mejores resultados que la de las economías capitalistas dependientes. Para entenderlo hay que tomar en cuenta “la presión sorda de las condiciones económicas”, como diría Marx.

II

Los apartados III y IV de “Las desventuras...” se refieren a lo que constituye el objeto central del trabajo: refutar algunos de mis

³² *Ibid.*, p. 439.

planteamientos sobre el carácter y las tendencias del desarrollo capitalista reciente en Brasil. Aquí se abandona el ya reducido decoro que la “crítica” había conservado en las partes precedentes: la truculencia se acentúa y los falseamientos no se limitan ya a la interpretación distorsionada de mis textos, sino que sencillamente los mutilan o alteran. Unos cuantos ejemplos serán suficientes.

En “Las desventuras...” citan: “se asiste en toda América Latina a la resurrección de la vieja economía *primario-exportadora*”,³³ remitiendo a la *Dialéctica de la dependencia*, donde se lee: “se asiste en toda América Latina a la resurrección de la vieja economía exportadora”.³⁴ Mas adelante citan: “se cierra cualquier posibilidad de estímulo a la inversión”³⁵ en el sector de bienes-salarios; la frase dice: “se cierra cualquier posibilidad de estímulo a la inversión tecnológica” en dicho sector.³⁶ Tras remitirse a un pasaje referente a la relación entre la realización de la producción industrial y las remuneraciones de los trabajadores,³⁷ señalan que, para “rectificar o al menos precisar mejor”, el análisis, yo añadí un párrafo,³⁸ en realidad, la primera cita se refiere a un determinado período (la industrialización hasta la década de 1940) y la segunda a otro (la que, con nuevo carácter, se desarrolla en los cincuenta y sesenta), estando dicho corte histórico claramente especificado en el texto.³⁹ También citan: “el aumento de la productividad

³³ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 28 (cursivas de los autores).

³⁴ Véase Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 75.

³⁵ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 41, lo que se repite en p. 44.

³⁶ Véase Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 43; mis “críticos” subrayan *cualquier*, pero la palabra clave en la frase es *estímulo*.

³⁷ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 27. Véase Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 64.

³⁸ Véase Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 72.

³⁹ Véase “El nuevo anillo de la espiral”, en *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 66.

conducida por la técnica no puede traducirse en ganancias”⁴⁰ (en el sector de producción suntuaria); el párrafo dice:

[...] toda vez que no representan bienes que intervengan en el consumo de los trabajadores, el aumento de productividad inducido por la técnica en esas ramas de producción no ha podido traducirse en mayores ganancias a *través de la elevación de la cuota de plusvalía, sino tan sólo* mediante el aumento de la masa de valor realizado.⁴¹

En “Las desventuras...” se refieren a un pasaje en que explico que el aumento de la productividad, al reducir el valor individual de las mercancías, afecta negativamente la plusvalía, calificándolo de absurdo.⁴² Veamos el contexto de la afirmación. El extracto de “Las desventuras...” es tomado de un extenso razonamiento sobre el efecto de la productividad del trabajo como tal y su empleo como método de producción de plusvalía por el capital, donde señalo que, dada esa característica de la productividad (la reducción del valor individual de la mercancía), la cuota de plusvalía no se afecta negativamente si el capital logra extraer *más trabajo* (es decir, una mayor cantidad de mercancías y, en consecuencia, una masa acrecentada de valor). Esto implica necesariamente mantener la jornada de trabajo (pese a que la productividad *reduce el tiempo de producción* de la mercancía) y/o aumentar la

⁴⁰ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 40.

⁴¹ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 72. Sobre esta base, mis “críticos” se permiten debitar al lector una engolada digresión sobre el papel del capital constante en la elevación de la cuota de ganancia, de que trata el libro II de *El capital* en su primera sección, y concluir enfáticamente: “Así, Marini reveló desconocer el papel que puede presentar el progreso técnico en la producción de mercancías que integran el *capital constante* y de allí en la elevación de la *productividad* y la *cuota de ganancia*” (José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 39, cursivas mías). Cualquier lector que conozca mi texto sabe que de lo que trato allí es del capital variable, de métodos de producción de plusvalía que no tienen que ver con el aumento de la productividad y de la cuota de plusvalía.

⁴² José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 38, nota 40.

intensificación del trabajo (pese a que la productividad *reduce el esfuerzo físico* necesario para la producción de la mercancía); en consecuencia, “*lo que aparece, en el plano de la producción, como una disminución del tiempo de producción, se convierte, desde el punto de vista del capital, en aumento de la producción exigida al trabajador*”.⁴³

Observemos que ese razonamiento se hizo precisamente en el contexto de una crítica a Cardoso, quien, en polémica conmigo, opuso tajantemente el aumento de la plusvalía relativa (Cardoso quería referirse a la productividad del trabajo) al incremento de la explotación de la fuerza física del trabajador, admitiendo implícitamente que “el capitalismo, a medida que se aproxima a su modelo puro, se convierte en un sistema cada vez menos explotador y logra reunir las condiciones para solucionar indefinidamente sus contradicciones internas”.⁴⁴ “Las desventuras...” no hace más que confirmar que yo tenía razón al atribuir a Cardoso esa visión idílica y apologética del capitalismo.

Este penoso recuento podría prolongarse, pero la muestra basta para que se juzgue el grado de honestidad y de seriedad de mis “críticos”. Vayamos, pues, a lo que “Las desventuras...” pretende demostrar en esos dos apartados: que el esquema de realización de la economía subimperialista brasileña, tal como lo

⁴³ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, op. cit., pp. 95-96, cursivas en el original. Sobre el asunto, Marx hace una observación que debiera hacer reflexionar a los autores de “Las desventuras...”⁴³ “Y ésta es la gracia de la economía apologética! *Los antagonismos y las contradicciones inseparables del empleo de la maquinaria no brotan de la maquinaria misma, sino de su empleo capitalista*. Y puesto que *la maquinaria, de por sí, acorta el tiempo de trabajo, mientras que, empleada por el capitalista, lo alarga; puesto que de suyo facilita el trabajo, mientras, aplicada al servicio del capitalismo, refuerza más todavía su intensidad...* etc., el economista burgués declara lisa y llanamente que *el examen de la maquinaria como tal* demuestra de un modo preciso que todas aquellas contradicciones palpables son una simple *apariciencia* de la realidad vulgar, porque no existen de por sí ni por tanto tampoco en *la teoría*. En vista de esto, no se molesta en quebrarse la cabeza y, encima, achaca al adversario la necesidad de no combatir *el empleo capitalista de la maquinaria, sino la maquinaria misma*. Karl Marx, *El capital*, t. I, pp. 366-367.

⁴⁴ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, op. cit., p. 98.

he planteado, es falso y que ésta no supone la superexplotación de los trabajadores. Recordemos brevemente que, de acuerdo con mi planteamiento, dicho esquema de realización reposa en el mercado externo, el consumo interno suntuario y la demanda estatal.⁴⁵ La tesis de mis “críticos” es que tanto el mercado externo como el Estado han actuado en el sentido de absorber demanda y que, aunque no nieguen el desarrollo del consumo suntuario, se debe hablar, más bien, de expansión del mercado interno en general, que del grado de explotación de los trabajadores, no siendo el mismo, a su modo de ver, un obstáculo para que estos hayan contribuido a dicha expansión.

Señalamos, inicialmente, la manera equivocada como “Las desventuras...” plantea la discusión: su preocupación es la demanda interna, la mía es la demanda global que exige la producción capitalista brasileña. Adicionalmente, la suposición de que yo afirmo que los trabajadores no participan del mercado interno es una caricatura, establecida con base en los procedimientos que reseñé anteriormente. Lo que sostengo es, simplemente, que la superexplotación, al restringir el consumo popular, no lo convierte en factor dinámico de realización y lleva a que las ramas orientadas al consumo popular “tiendan al estancamiento e incluso a la regresión”⁴⁶ o se expandan con base en el mercado mundial: “La exportación de manufacturas, tanto de *bienes esenciales* como de productos suntuarios, se convierte, entonces, en la tabla de salvación de una economía incapaz de superar los factores disruptivos que la afligen”.⁴⁷

Observemos que, al hablar de estancamiento y regresión, no tengo en mente el monto absoluto de la producción, sino *tasas de crecimiento*,⁴⁸ no descarto, pues —lo que sería ridículo—, que las

⁴⁵ Cfr. Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, *op. cit.*, parte IV, en particular pp. 198-200. “Las desventuras...” cita ese texto en su versión en inglés: “Brazilian Subimperialism”, en *Monthly Review*, Nueva York, febrero de 1972.

⁴⁶ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 73.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 75.

⁴⁸ Cfr. *Ibid.*, pp. 73-74.

ramas que producen para el consumo popular sigan creciendo, y mucho menos supongo —como “Las desventuras...” dice que “insinúo” (sic)— que el capitalismo dependiente se encuentre “al borde del colapso debido a la progresiva elevación de los precios de bienes-salarios”.⁴⁹ Mi tesis central, sobre la que insisto en todos mis textos, es otra: *el capitalismo dependiente, basado en la superexplotación del trabajo, divorcia el aparato productivo de las necesidades de consumo de las masas*, agravando así una *tendencia general* del modo de producción capitalista; ello se expresa, en el plano de la diversificación del aparato productivo, en el crecimiento monstruoso de la producción suntuaria respecto al sector de producción de bienes necesarios, y por ende, en la distorsión equivalente que registra el sector de producción de bienes de capital.

EL ESTADO COMO FACTOR DE REALIZACIÓN DE MERCANCÍAS

Aclarado lo anterior, vayamos a la argumentación de “Las desventuras...” respecto a su propia tesis sobre la realización de mercancías en el capitalismo brasileño. Aunque no sea lo mejor, sigamos el orden de esa argumentación, empezando con el Estado y preocupándonos inicialmente de su papel como promotor de demanda en general; luego trataremos la pretendida identidad que, según mis “críticos”, yo establecería entre gasto público y gastos militares.

Lo primero que llama la atención en el razonamiento de “Las desventuras...” no es ya tanto su falta de rigor, como su torpeza o mala fe. Así, analizando los gastos generales del Gobierno como porcentaje del PIB, por principales rubros (cuadro 1),⁵⁰ sostienen que el incremento de 1,4% del total observado entre 1959 y 1973 podría “probablemente haberse dado antes de 1964”, para en

⁴⁹ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, pp. 41-42.

⁵⁰ El autor hace mención de un cuadro del texto de José Serra y Fernando Henrique Cardoso, que no se incluye en esta antología (*N. del E.*).

seguida decir que ese incremento “se explicó primordialmente por la elevación de los gastos de transferencias [...] cuyo destino principal fue el financiamiento de la construcción de viviendas (vía FGTS —Fondo de Garantía de Tiempo de Servicio—)”; de este modo, un incremento que “puede” haberse dado *antes de 1964* es achacado a un instrumento *creado en 1967*... Más abajo afirman que los subsidios se redujeron (lo que, pese a ser sólo una media verdad, como veremos, no puede ser verificado por el lector, ya que el cuadro los presenta agregados a transferencias, en un ítem que se eleva de 5,1% a 8,9% en el período), y proponen como una de las causas de esa reducción el “cambio en la política de precios de las empresas públicas”, cuidándose de no explicitar a qué empresas se refieren; la misma preocupación les hace pasar por alto el hecho aparentemente sorprendente de que se reduce también la parte del Estado en la formación de capital fijo.

Lo primero que debe señalarse es que el análisis correcto del gasto público *stricto sensu*, es decir, presupuestario, no puede hacerse mediante fechas tomadas aparentemente al azar. Un estudio más cuidadoso muestra otra cosa: la elevación de la curva del gasto público a partir de 1943, que hizo que en la década 1939-1949 éste subiera de 17,8% a 19,4% respecto al PIB. En 1959 correspondía ya a un 22,8% y seguiría subiendo en la década de 1960, para alcanzar un 23,4% en 1964 y, luego, un 24,8% en 1968, pese a la severa restricción a que fue sometido en el marco de la política antiinflacionaria del gobierno de Castelo Branco.⁵¹ El mismo estudio presenta la cifra de 32,2% para el año 1969, la cual, tras ser aceptada por Werner Baer (uno de los autores que “Las desventuras...” utilizan para construir su cuadro 1), es corregida por éste a 34%.⁵² En todos los casos se manejan datos oficiales.

⁵¹ Fernando Antonio Rezende da Silva, “A evolução das funções do Governo e a expansão do setor público brasileiro”, en *Pesquisa e Planejamento*, No. 2, Rio de Janeiro, diciembre de 1971, pp. 244-247.

⁵² Werner Baer, Isaac Kerstenetzky y Aníbal V. Villela, “As modificações no papel do Estado na economia brasileira”, en *Pesquisa e Planejamento*, No. 4, Rio de Janeiro, diciembre de 1973, pp. 898 y 905.

Como se ve, el problema es un poco más complejo. Sin embargo, es efectivo que el gasto público presupuestario no presenta actualmente, en Brasil, tendencia ascendente, e incluso ha sufrido una reducción después de la década de 1960. La razón de su crecimiento entre los años 1940-1964 se explica por el carácter del Estado, que expresaba el compromiso de la burguesía agraria y mercantil con la burguesía industrial en su conjunto, siendo, para usar una expresión de sabor *jruschoviano*, un Estado de toda la burguesía. Esto lo llevaba a abusar del gasto e incurrir frecuentemente en el déficit, subsidiando de manera no discriminatoria a la burguesía y beneficiando también a la pequeña burguesía, clase de apoyo del sistema de dominación, así como de manera mucho más limitada, a la misma clase obrera. Estos beneficios empezaron a cortarse desde que con el golpe militar se alteró la alianza de clases que sostiene al sistema de dominación, mientras, a nivel del Estado, se imponía la hegemonía del gran capital nacional y extranjero; a partir de entonces, la misma burguesía se ha visto sometida a mecanismos de subvención selectivos y discriminatorios, que juegan en favor de la fracción monopólica hegemónica.⁵³

Ahora bien, en las condiciones de crisis económica, que venía desde 1962 pero que se agudizó a mediados de la década, y de hegemonía aún no consolidada del gran capital, el Estado se ha visto seguramente forzado a usar con prudencia esos mecanismos selectivos y a mantener incluso gastos superfluos —en las nuevas condiciones de alianza de clases— para no agravar hasta el límite la política recesiva puesta en práctica por el entonces ministro de Planeamiento, Roberto Campos. El alza que se observa en el presupuesto, en 1969, aunque parezca desmesurada y deba ser sometida a verificación, es congruente con el *filopopulismo* del gobierno de Costa e Silva y con las modificaciones de la política económica, que desde 1967 se hiciera más flexible para alentar la expansión. La intensa lucha de clases de ese período y el cuestio-

⁵³ Como, por ejemplo, los llamados incentivos fiscales y crediticios a las exportaciones, principalmente de manufacturados, así como a las inversiones y ampliaciones destinadas a este fin.

namiento a la fracción hegemónica, dentro del bloque dominante, constituyen sin duda factores que pueden haber provocado el aumento del gasto público. Esta situación se modificó en el curso de 1969 con el ascenso del tercer gobierno militar, el de Garrastazu Médici, el cual consagra, ya en un marco de expansión económica, la hegemonía del gran capital y consolida las tendencias que, en el ámbito de la acumulación como de su realización, se habían gestado en los seis años anteriores; en esas condiciones es comprensible la contención del gasto público en favor de las medidas discriminatorias de subvención al gran capital.⁵⁴

Queda en evidencia que el simple manejo de datos empíricos, desprovistos de la significación que les da la lucha de clases, como se hace en “Las desventuras...”, más que facilitar, dificulta la comprensión de las cosas —y esto sería cierto aun si esos datos se manejaran de manera estadísticamente correcta—. Más grave, sin embargo, es el hecho de que, al proceder así, “Las desventuras...” se está esforzando por escamotear aspectos fundamentales para el análisis del problema. En efecto, al analizar el papel del Estado como promotor de demanda, deja en la sombra una cuestión de extrema importancia: las empresas estatales (paraestatales o mixtas); señalemos de paso que, dadas las cifras que manejan nuestros “críticos”, no incluyen en el gasto público el de los gobiernos municipales y sus empresas, lo que deja también fuera sumas cuantiosas, como las que moviliza, por ejemplo, el municipio de São Paulo.

Veamos lo relativo a las empresas estatales. En 1971, entre las 25 mayores firmas de Brasil, en términos de activos, 17 pertenecían al gobierno y acaparaban el 82% de los activos del grupo, así como el 31% de las ventas.⁵⁵ El Estado tenía en sus manos, respecto al valor de los activos de la rama, el 72% en la industria

⁵⁴ Un análisis de la coyuntura 1964-1970 puede encontrarse en Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, *op. cit.*, partes III y IV.

⁵⁵ Salvo indicación contraria, estos datos y los que siguen sobre el papel del Estado en la economía brasileña están tomados de Werner Baer, Isaac Kerstenetzky y Aníbal V. Villela, “As modificações no papel do Estado na economia brasileira”, *op. cit.*

siderúrgica, el 60% en la minería de hierro, el 81% en la explotación, refino y distribución de petróleo; tenía, además, el *cuasi* monopolio del transporte ferroviario y de las comunicaciones, y controlaba cerca del 70% del transporte marítimo. Reemplazaría los subsidios presupuestarios por subsidios que no constituyen directamente desembolsos, como los incentivos fiscales (que equivalían a cerca de la mitad de la recaudación por concepto de impuestos directos) y crediticios. Disponía del control del crédito y contaba con el mayor banco comercial del país: el Banco do Brasil (el cual, según la publicación francesa *Le Nouvel Économiste* de junio de 1977, pasó a ocupar el año pasado el décimo lugar en el *ranking* mundial de organismos de crédito, con depósitos por 22.000 millones de dólares, un balance total de 39.000 millones y un monto de créditos concedidos del orden de 32.000 millones de dólares), cuatro instituciones federales de crédito y 32 bancos comerciales y de fomento.

Ignorar este conjunto de elementos, cuando se trata de evaluar el impacto del Estado en el proceso de realización de mercancías, parece realmente inconcebible. Aún más porque, en el plano del simple dato empírico, el gasto total del sector público —incluyendo las empresas estatales y excluyendo los gobiernos municipales y sus empresas— representó en 1969 el 50% del PIB. Aun considerando que posteriormente la parte relativa al gasto presupuestario bajó, ocurrió lo opuesto con el de las empresas públicas, lo que incluso sirvió de pretexto para que, después de 1974, la burguesía de São Paulo levantara una campaña contra la “estatización de la economía”. Más importante todavía que el gasto total es la participación del Estado en la inversión fija, que expresa el monto de demanda que el Estado y sus empresas generan para los bienes de capital: el sector público, como lo definimos antes, respondió por el 61% del total de la inversión fija en el país ese mismo año (34% generado por el gasto presupuestario y 27% por las empresas estatales), lo que correspondió a un 10% respecto al PIB, contra un 6,5% del sector privado.

Pero “Las desventuras...” no se ha preocupado tan sólo por escamotear una dimensión esencial del análisis sobre el Estado,

sino que también ha tratado de confundir el problema, mezclando deliberadamente la cuestión de gasto estatal en general y la de los gastos militares del Estado. Parecería que, desde mi punto de vista, sólo a través del gasto militar el Estado podría influir sobre la realización de las mercancías. Ahora bien, mi tesis sobre el Estado subimperialista brasileño se limita a señalar que el régimen tecnocrático-militar tiende necesariamente a promover el crecimiento de ese tipo de gasto. Lo más curioso es que, tras insistir reiteradamente en la confusión entre gasto estatal y gasto militar, “Las desventuras...” decide no tratar el tema, alegando que “lamentablemente, no hemos podido encontrar datos estadísticos que pudieran dar una idea de su significación”.⁵⁶

¡Singular manera de encarar la vida! Lo que no puede expresarse a través de datos estadísticos, queda fuera de cogitación. Es cierto que el análisis puramente estadístico del problema no es facilitado por el Gobierno ni por los militares, aunque parezca ser cierto también que los investigadores que podrían obtenerlos en Brasil no se han ocupado de ello. Sin embargo, ya en *Subdesarrollo y revolución* se indicaban elementos para abordar el problema.⁵⁷ La denuncia de los acuerdos de cooperación militar con Estados Unidos, en 1977, por parte del Gobierno brasileño, así como las declaraciones de distintos personeros militares respecto a la creación de un *complejo industrial-militar* han vuelto a poner el tema en evidencia, junto con informaciones de prensa sobre pasos dados hacia la concreción de dicho *complejo*. Se conoce, incluso, su localización: la zona industrial de Belo Horizonte, así como el hecho de que empresas como la Fiat y la Krupp se hallan involucradas en el mismo.

Desde distintos puntos de vista, se puede intentar evaluar la magnitud del problema.⁵⁸ Lo primero que debemos considerar

⁵⁶ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 31.

⁵⁷ Cfr. Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, *op. cit.*, pp. 71-73.

⁵⁸ Acudiré, aquí, a las siguientes fuentes: Stockholm International Peace Research Institute, *World Armaments and Disarmament*, SIPRI Yearbook, 1976; The International Institute for Strategic Studies (IISS), *The Military Balance 1977-1978*,

es que, desde el punto de vista del presupuesto público, los gastos militares han presentado incremento, habiendo aumentado su participación en el mismo de un 15,2% en 1963 a un 25% en 1965 (Fishlow). Estimados como porcentaje del PIB, dichos gastos han oscilado en torno a un 2%, salvo años excepcionales, a juzgar por los datos que proporciona el SIPRI. El IISS maneja cifras más bajas en relación con el presupuesto público (en torno a un 10% los últimos años) y con el PIB (en torno a 1,3%). Esta última estimativa parece dudosa, una vez que, según Fishlow, sólo las remuneraciones de los militares habían correspondido, en 1965, a un 1,3% del PIB. Queda todavía por determinar si con *remuneraciones de los militares* se alude exclusivamente a las de las Fuerzas Armadas o comprenden también pagos por servicios de orden y seguridad.⁵⁹

La fabricación de armamento por establecimientos militares se encuentra hoy concentrada en la Industria de Material Bélico (IMBEL), de reciente creación. De acuerdo con la información de su director saliente, general Augusto de Oliveira Pereira, ésta cumplió ya su primera fase, que consistía en la absorción de los ocho establecimientos fabriles del Ejército; la segunda fase consiste en la contratación de acuerdos de producción con la empresa privada.⁶⁰ En realidad, esta línea de acción se inició en 1965, al crearse el Grupo Permanente de Movilización Industrial (GPMI), siendo una de sus primeras iniciativas la producción de vehículos militares por la Volkswagen.⁶¹ Posteriormente, con participación de capital privado, se crearon establecimientos del tipo de la

America's External Relations: Brazil, México and Venezuela, Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, marzo de 1977, mimeo, y Albert Fishlow, "Algumas reflexões sobre a política econômica brasileira após 1964", en *Estudos CEBRAP*, No. 7, São Paulo, enero-marzo de 1974.

⁵⁹ Según el IISS, los efectivos de las Fuerzas Armadas brasileñas son actualmente los siguientes: Ejército 180.000 (110.000 conscriptos); Marina, 49.000 (3.000 conscriptos; incluye Fuerza Aérea Naval, Infantes de Marina y Cuerpo Auxiliar); Fuerza Aérea, 42.800; total, 271.800. A ello hay que agregar las Fuerzas de Seguridad Pública: 200.000 (incluye policías estatales).

⁶⁰ *O Estado de São Paulo*, 2 de marzo de 1978.

⁶¹ Cfr. Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, *op. cit.*

Empresa Brasileña de Aeronáutica (Embraer), cuya producción de aviones tiene como principal mercado las Fuerzas Armadas brasileñas. Más recientemente se constituyó, con capital privado nacional y de la Aerospaziale francesa (conocida por integrar el grupo que fabrica el Concorde y por su abundante suministro de material bélico a países dependientes, en especial del Medio Oriente), la Helicópteros de Brasil (Helibrás), en la que la participación estatal se realiza a través del gobierno de Minas Gerais; según informaciones de prensa, se fabricarán helicópteros para uso civil y militar, y una parte se destinará a la exportación. En la línea de fabricación de cohetes, destaca la Avibrás, que produce el Sonda-I y II, y desarrolla, en colaboración con el Centro Técnico Aeroespacial de São José dos Campos, perteneciente a la Fuerza Aérea, el Sonda-III, que alcanza 500 km de altura, con el cual Alemania Federal reemplazará las importaciones de cohetes de este tipo desde Estados Unidos, Inglaterra y Canadá, de acuerdo al tratado sobre cooperación científica y tecnológica firmado este año con Brasil. Ninguna de estas empresas se contempla, naturalmente, en el presupuesto público.

Finalmente, sobre la base de informaciones del SIPRI, es posible formarse una idea cualitativa del desarrollo de la producción bélica brasileña, como lo muestra el siguiente cuadro:

Producción bélica brasileña, por tipos de armamento, número de modelos en su correspondiente fase de desarrollo y origen de las licencias de fabricación, 1975

<i>Tipo de armamento</i>	<i>Proyecto</i>	<i>Producción</i>	<i>Origen</i>
Aviones de combate, entrenamiento y transporte	12	5	EE.UU., Canadá, Italia, Inglaterra
Helicópteros	—	—	Italia*
Cohetes y misiles	3	5	RFA, Francia
Barcos pesados	—	1	Inglaterra
Vehículos blindados	2	1	Francia**
Submarinos	1	—	Inglaterra

Fuente: *SIPRI Yearbook 1976*.

* La producción de helicópteros se pondrá en marcha este año, en colaboración con Francia, como se ha indicado.

** Se conocen actualmente por lo menos tres tipos de vehículos blindados producidos en serie: "Urutu", "Cascavel" y "Sucuri".

Se observa la preponderancia de Europa Occidental, es decir, de la OTAN, en el desarrollo de la industria bélica brasileña, particularmente en lo que se refiere a armamento sofisticado. Es de notarse también que el SIPRI registra exportaciones brasileñas de aviones, tanques y vehículos blindados a Bolivia, Chile, Paraguay y Qatar; si consideramos la información de IISS, habría que agregar Uruguay, Togo y Libia. Este último país negoció en 1977 la compra de 400 unidades de vehículos blindados (“Cascavel” y “Urutu”) a un precio estimado en 400 millones de dólares.⁶² En lo que se refiere a armamento ligero, Brasil ha alcanzado ya la autosuficiencia, según han afirmado las autoridades militares, y hace tiempo realiza exportaciones en ese renglón, particularmente a los países de América Latina.

EL PAPEL DEL COMERCIO EXTERIOR EN LA REALIZACIÓN DE MERCANCÍAS

Respecto al papel de las exportaciones en el esquema de realización de mercancías de la economía brasileña, “Las desventajas...” presenta una estimación cuantitativa sobre la base de la relación entre el saldo de la balanza comercial (negativo desde 1967 y hasta 1976) y el gasto interno bruto (consumo individual total, inversión pública y privada, gasto estatal presupuestario y saldo de las exportaciones e importaciones), para constatar lo obvio: que las variaciones positivas o negativas de dicho saldo se expresan directamente en variaciones positivas o negativas del gasto bruto. A esto aúna una curiosa manera de evaluar los datos porcentuales, a punto de considerar “insignificantes” variaciones del orden del 4,6% en mediciones macroeconómicas y poco significativas variaciones del orden del 12,5% (las exportaciones “crecieron aceleradamente entre 1965-1975, pero explicaron sólo *un octavo* del crecimiento de la DIB”).⁶³ Finalmente los autores exhiben una vez más su torpeza en la manipulación de los datos,

⁶² *O Estado de São Paulo*, 13 de abril de 1977, e IISS.

⁶³ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, *Las desventajas de la dialéctica de la dependencia*, *op. cit.*, p. 33, cursivas de los autores.

al relacionar las exportaciones con el gasto interno bruto, cuyo concepto las excluye, en la medida en que se ha establecido en función del saldo del comercio exterior.

Recordemos lo ya dicho en el sentido de que la cuestión no reside tanto en saber cuál es la demanda *interna*, sino en conocer cómo se estructura ésta y qué relación mantiene con la demanda externa, considerando a ambas como *esferas especiales de la circulación global* de las mercancías producidas en Brasil. Ello no supone, ni mucho menos, que desde el lado de la oferta no crezcan las importaciones; más bien, dicho crecimiento no sólo es explicable sino compatible con la expansión de la economía subimperialista y de la economía capitalista mundial. En efecto, al extender el campo de la circulación, las exportaciones aseguran condiciones para el desarrollo de la acumulación;⁶⁴ en la medida en que ésta se realiza en una economía dependiente, las exportaciones implican la reproducción ampliada de la dependencia. La economía se hace, pues, mayormente dependiente en materia de importación de mercancías, capitales y tecnología, mientras que, en sentido inverso, el flujo de mercancías, capitales y tecnología generado en el exterior se viabiliza precisamente sobre la base del crecimiento de las exportaciones brasileñas, compatibilizando pues el desarrollo de la economía subimperialista con las exigencias de la economía capitalista mundial.

Nada de ello impide que el aumento de las exportaciones corresponda a una expansión de la producción más rápida que la del consumo interno, lo que implica que la economía subimperialista deba acentuar su vuelco hacia el exterior, so riesgo de bloquear su proceso de acumulación. Si consideramos el período posterior a 1968, por ejemplo, y descartamos los años de crisis (en los que precisamente esa tendencia empezó a perfilarse, gracias a lo cual pudimos captarla), observamos que el PIB creció un 10% al año y declinó después de 1974, lo mismo que sucedió con el PIB manufacturero, cuyas tasas de crecimiento en la fase de prosperidad

⁶⁴ “[...] el comercio exterior fomenta en el interior el desarrollo de la producción capitalista [...]”. Karl Marx, *El capital*, t. III, p. 238.

fueron de un 13% anual; mientras tanto, en el período 1968-1976 las exportaciones aumentaron a una tasa anual del 20% y las exportaciones de manufacturas lo hicieron a un ritmo todavía más rápido, por encima del 50%.⁶⁵ De esto se deduce que, cualquiera que sea el procedimiento estadístico adoptado (y en esta materia, a diferencia de lo que afirma dogmáticamente “Las desventuras...”, no hay procedimiento mejor o peor, sino más o menos adecuado a lo que se quiere demostrar), la conclusión apunta siempre a la importancia creciente de las exportaciones totales y, en particular, de manufacturas en el esquema de realización del subimperialismo brasileño, así como, por la razón indicada, a la importancia creciente del comercio exterior en su conjunto en la dinámica económica del mismo.⁶⁶ El hecho de que la balanza comercial arroje un saldo negativo no afecta para nada el problema; baste recordar que (en proporciones mayores, dado el distinto tipo de estructura económica y la fase de integración del mercado mundial a que corresponde) el déficit del comercio exterior de los países europeos pasó de ser el 11,4% de las importaciones, en 1860, al 17,4%, en 1910, con una incidencia particularmente fuerte en Inglaterra: 23,5% entre 1857-1961 y 23,6% entre 1909-1913.⁶⁷ Esto no quiere decir que no se pueda estimar, para este último país, que la *contribución directa* de las exportaciones adicionales a la producción nacional bruta adicional, en términos de valor, haya sido del 24,1%, en el período 1857-1961 a 1873-1877, y del 26,7%, en el período 1893-1897 a 1909-1913.⁶⁸

⁶⁵ Si tomamos los datos que proporciona “Las desventuras...” en el cuadro 3, el valor de las exportaciones totales se multiplicó por cinco en el período, y el de las exportaciones de manufacturas se multiplicó por quince.

⁶⁶ Véase, por ejemplo, el análisis de un equipo de expertos fuera de toda sospecha: Carlos von Doellinger, Hugo de Castro Faria, y Leonardo Caserta Cavalcanti, *A política brasileira de comércio exterior e seus efeitos, 1967-1973*, Río de Janeiro, IPEA/INPES, 1974.

⁶⁷ Paul Bairoch, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX^{ème} siècle*, París, Mouton, 1976, cuadros 25 y 26.

⁶⁸ *Ibid.*, cuadro 61.

Si nos preocupamos de la estructura de las exportaciones, nos sorprendemos aún más con las consideraciones que sobre el tema teje “Las desventuras...”. Es así como estima despreciable la contribución de las exportaciones de manufacturas al crecimiento de la circulación, por el hecho de que “explican tan sólo un tercio del crecimiento de las exportaciones totales”; es decir, el hecho de que dichas exportaciones hayan pasado del 7% del valor exportador en 1964 al 34% en 1976, aumentando a tasas anuales que llegan a veces al 60%, a los autores no les preocupa en lo mínimo. Les preocupa aún menos cuando constatan que las exportaciones de manufacturados representan menos de un 3% del valor de la producción industrial. La creencia popular afirma que *la ignorancia es la madre de la felicidad*. ¿Podrían dormir tan tranquilamente nuestros “críticos” si se hubieran dado cuenta de que, mientras la producción industrial, en el período considerado (1965-1975), creció a una tasa media anual de un 11%, *aumentando menos de tres veces*, la exportación de manufacturados lo hizo a una tasa de 15%, *aumentando cuatro veces*? ¿Cómo explicar esa disparidad? ¿No sería necesario considerar, en lugar de cifras globales, el grado en que las exportaciones *adicionales* de manufacturas explican el crecimiento *adicional* de la demanda global de bienes industriales, así como de la producción industrial, como lo hacen autores más rigurosos?

Pero “Las desventuras...” va más lejos. Reprocha a la exportación de manufacturados por constituirse en un 50% de bienes de origen tradicional (es decir, de consumo necesario), olvidándose de que países imperialistas de la talla de Gran Bretaña seguían ostentando, en su pauta de exportación total, una participación de un 40% en textiles antes de la Primera Guerra Mundial, y que Estados Unidos entró en la fase imperialista manteniendo durante un largo período la predominancia de bienes primarios en sus exportaciones, las cuales siguen siendo en nuestros días un elemento significativo de ellas. Peor todavía, “Las desventuras...” no se da cuenta de que contradice su intención de refutar mi tesis, según la cual la debilidad del mercado interno hace que el subimperialismo brasileño *deba* exportar bienes de consumo

necesario para asegurar el crecimiento de la producción. Ello no impide que haya tendencia al aumento de la exportación de bienes suntuarios y de capital más que de consumo necesario, exceptuados los productos agrícolas de gran aceptación en el mercado mundial, como la soya. Así, en 1969 las ramas cuya participación en el valor de la exportación de manufacturados excedió el 6% (alimentos, química, metalurgia, textiles, material de transporte, material eléctrico y mecánica), representando un 70% del total, sólo incluyeron dos que se pueden considerar “tradicionales” (alimentos y textiles), con menos del 25% del total.⁶⁹ En 1977, en las exportaciones totales, los cuatro grupos de manufacturados que comparecen entre los diez primeros de la lista sólo incluían una que corresponde a un producto de consumo habitual, aunque “no tradicional” (café industrializado), y tres que corresponden a bienes suntuarios o de capital (material de transporte, máquinas, calderas, aparatos e instrumentos mecánicos, y máquinas y aparatos eléctricos, incluidos repuestos).⁷⁰

Tras intentar utilizar a las exportaciones de bienes esenciales contra mi tesis respecto a las tendencias de las exportaciones de manufacturados, “Las desventuras...” se ocupa del crecimiento de la industria de bienes de consumo necesario *en sí*, y pretende que dicho crecimiento debe tratarse por separado de las exportaciones de dichos productos. Así, por ejemplo, al referirse al tema, acotan: “Se dirá, *con razón*, que parte de ese dinamismo se explica por el crecimiento de las exportaciones, las cuales, sólo para los textiles, se elevaron dos veces y media en quantum, entre 1970-1974 [...] Pero el argumento no es éste”.⁷¹ Pero mis desventuras “críticos”, ¡si se trata precisamente de esto!

No deja de ser patético el esfuerzo de “Las desventuras...” por confundir el asunto. Sus consideraciones sobre el aumento

⁶⁹ Carlos von Doellinger, Hugo de Castro Faria y Leonardo Caserta Cavalcanti, *A política brasileira de comércio exterior e seus efeitos, 1967-1973*, *op. cit.*, cuadro V. 17.

⁷⁰ *Visão*, 14 de noviembre de 1977.

⁷¹ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 42 (cursivas mías).

de la producción de bienes-salario no sólo se establecen exclusivamente en función de la demanda interna (aunque, como acabamos de indicar, saben que ese aumento tiene mucho que ver con el mercado exterior), sino que:

1) Combaten una tesis inexistente, como la de que la producción de bienes-salario no puede crecer (!).

2) Giran en torno a la *cuota de ganancia*, pese a que incluyen su argumentación en el apartado relativo a la superexplotación del trabajo, donde las cosas se tienen que ver desde el ángulo de la tasa de explotación y, en consecuencia, de la *cuota de plusvalía*.

3) Hace afirmaciones del más extraño tenor, como éstas:

a) La industria no puede elevar su cuota de plusvalía, “debido a que los trabajadores no consumen sus productos”;⁷² cuál es la relación entre la cuota de plusvalía y la realización del producto, sólo los autores de “Las desventuras...” lo saben; el capitalista puede realizar total o parcialmente la plusvalía contenida en la mercancía, o no realizarla en absoluto, pero esto no tiene nada que ver con la cuota de plusvalía sobre cuya base se realizó la producción de la mercancía.

b) La industria manufacturera, al reducir sus costos mediante el abaratamiento del capital constante, no haría revertir esa reducción sobre la cuota de ganancia de manera inmediata, sino a través del tortuoso procedimiento de subsidiar vía precios a la agricultura y, mediante la baja de los precios de los bienes de subsistencia, elevar su cuota de plusvalía para aumentar, finalmente, su cuota de ganancia;⁷³ aunque situaciones similares puedan producirse en el plano de las transferencias intersectoriales de valor, por imposición de la concurrencia, es más que dudoso que el capital manufacturero las propicie de buen grado.

c) La baja de la relación producto-capital en el sector de bienes-salario durante la década de 1960 prueba “la mejora insufi-

⁷² *Ibid.*, p. 37.

⁷³ *Ibid.*, pp. 38-39.

ciente de la calidad o del uso más eficiente del capital invertido en el sector”⁷⁴. En realidad, la baja de dicha relación no está indicando sino el descenso de la cuota de ganancia verificada en el Brasil de los sesenta, que vivió la recesión de 1962-1967, y se ha debido, de manera inmediata, a la caída de la demanda (y, en consecuencia, a dificultades para realizar el producto), al aumento de la capacidad instalada ociosa y, hasta 1965, a la resistencia de los trabajadores ante la reducción de sus salarios (lo que no impidió que estos bajaran).

Para completar esos comentarios sobre el “análisis” de “Las desventuras...” respecto al sector de producción de bienes necesarios, señalamos que los autores, al constatar que ha habido inversiones en dicho sector y al creer que yo creo que *esto no puede ser*, se llenan de tanto júbilo que se olvidan de analizar el hecho. En realidad no lo pueden hacer, pues, como vimos, descartan en la explicación del fenómeno el dinamismo inducido por el mercado exterior y se niegan a admitir que el dinamismo del mercado interno se debe al consumo suntuario. Comoquiera que sea, “Las desventuras...” no se da cuenta de que dicha inversión sigue siendo *infinitamente inferior* a la que se realiza en los demás sectores de la industria. Es suficiente recurrir a la información sobre los proyectos de inversión fija, aprobados por el Consejo de Desarrollo Industrial y divulgados anualmente por el Ministerio de Industria y Comercio, para comprobar que la industria de consumo corriente no comparece allí sino con un porcentaje del valor total que varía entre un mínimo de 15% y un máximo de 21% entre 1970 y 1975; en 1976 ese porcentaje cae al 1%, y en 1977 se eleva discretamente a un 2,7%. Obviamente, no se puede pretender que haya mucho estímulo a la inversión tecnológica en el sector.

Dos observaciones finales. Esas tesis peregrinas sobre el comportamiento del sector de bienes de consumo necesario tienen por objeto confundir el hecho de que el dinamismo del consumo

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 43-44.

individual en Brasil se debe fundamentalmente al consumo suntuario, sobre la base de una fracción minoritaria de la población que participa de lo que calificué de “sociedad de consumo a la moda de la casa”;⁷⁵ tocaremos el tema en el apartado siguiente. Por otra parte, dichas tesis se presentan en la sección titulada “La ‘teoría’ de la superexplotación del trabajo (o la plusvalía que nunca es relativa)”, en donde, además de dicho sector, se habla mucho de la cuota de ganancia, de David Ricardo y de un sinnúmero de temas, pero casi nada de la *superexplotación del trabajo en Brasil*; a lo sumo, tras la confusión habitual entre superexplotación y plusvalía absoluta, que refuté en otra oportunidad,⁷⁶ se citan arbitrariamente algunas cifras sobre horas trabajadas y se levantan curiosas hipótesis para explicar (ya que es imposible negar) la caída del salario real. Sin embargo, el tema es por demás importante para que permitamos que “Las desventuras...” intente escamotearlo. Pasemos, pues, a su consideración.

III

Al considerar los problemas que plantea el análisis de la superexplotación del trabajo en Brasil, es indispensable empezar por el empleo. Es, en efecto, desde esa perspectiva como nos acercamos a la situación objetiva en que los obreros entablan su relación básica con el capital: la venta de su fuerza de trabajo, que condiciona las formas mediante las cuales ésta va a ser consumida productivamente, es decir, explotada. Como tendremos ocasión de ver, la consideración del empleo contribuye a aclarar lo referente no sólo al salario, sino también a los métodos de producción de plusvalía e, incluso, a la organización de la clase obrera.

LA CUESTIÓN DEL EMPLEO

Entre 1968 y 1972, es decir, en pleno “milagro económico”, la población activa brasileña creció a una tasa anual de 3,7%, y la

⁷⁵ Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, op. cit., p. 197.

⁷⁶ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, op. cit., p. 92.

ocupación en todos los sectores a 3,4% (4,6% en la industria manufacturera).⁷⁷ La tasa de aumento de desempleo fue de un 11,4% por año. Ese aumento relativo implicó que, *en términos absolutos*, el desempleo *abierto* pasara de 663.000 personas a 1,022 millones en el período.

Señalemos algunas dificultades que presenta el manejo de estas cifras. Primero, el concepto censal de población económicamente activa (PEA) es en sí mismo tautológico, una vez que se refiere a la fuerza de trabajo *presente* en el mercado de trabajo. Entre los grupos de personas en edad de trabajar, excluye, por ejemplo a la mujer ocupada en el hogar, que es calificada como *inactiva*, aunque constituya una parcela real del ejército industrial de reserva, como lo demuestra el hecho de que, en ese período de expansión económica, la PEA femenina creció a un 3,1% anual (incremento próximo, pues, al de la PEA masculina, que fue de 3,8%); la PEA excluye también a los trabajadores menores de 14 años, sobre cuya significación volveremos más adelante. Segundo, el concepto de “ocupación” es altamente impreciso: se refiere tanto a los trabajadores asalariados como a los empleadores, así como a los trabajadores por cuenta propia y sin remuneración, lo que implica encubrir una importante porción del ejército industrial de reserva bajo la forma de desempleo disfrazado. Todo ello lleva a suponer que el desempleo en Brasil, en términos relativos y absolutos, es muy superior a lo que indican las cifras del desempleo abierto.

Otras dificultades presenta el manejo de las cifras. Así, si trabajamos sobre la base de los Censos Industriales y los Anuarios Estadísticos (ambos publicados bajo la responsabilidad del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, IBGE), podemos es-

⁷⁷ “Las desventajas...” maneja, para el empleo manufacturero, cifras de 7% y hasta 9%, pero esta divergencia no tiene importancia para lo que se va a exponer aquí. Hemos tomado los datos sobre el empleo de la Pesquisa Nacional de Amostra de Domicílios, cuarto trimestre de 1968 y 1972, IBGE, citados por Claudio Salm, “Evolução do mercado de trabalho, 1969-1972”, en *Estudos CEBRAP*, No. 8, São Paulo, abril-junio de 1974; siempre que no se indique otra cosa, los datos de la PNAD se extraerán de allí.

tablecer para la industria textil los siguientes índices del número de obreros ocupados (1965 = 100): 1955, 120,3 y 1960, 106,0; sin embargo, para el año 1970 el índice puede ser de 97,0 o de 122,5, según tomemos el Anuario Estadístico (1972) o el Censo Industrial de 1970, respectivamente. Ello se debe a que los Anuarios se basan en una muestra que se ha ido reduciendo (por quiebras de empresas, defunciones, migraciones, etc.), lo que hace que la diferencia entre sus datos y los del Censo de 1960 sea mínima, pero sea grande considerablemente respecto a los del Censo de 1970. Es necesario, pues, razonar cualitativamente para sortear la dificultad: la evolución probable del empleo obrero en la industria textil parece ser la que nos presenta la serie 120,3 y 122,5, entre 1955 y 1970, o sea, reducción absoluta entre 1955 y 1965, con un posterior cambio de tendencia. El hecho de que la declinación absoluta de la ocupación obrera empiece en una fase de expansión económica, prosiga en la de recesión (aunque aumente en términos relativos) y cambie en el marco de la recuperación de finales de los sesenta, no tiene nada de excepcional; podemos ver cómo —pese a la expansión económica y del empleo registrada en el último período—⁷⁸ una rama como la industria extractiva mineral ha reducido en términos relativos y absolutos su ocupación, la cual disminuyó en 51.000 personas entre 1968 y 1972 (PNAD).

Ello se debe a que el volumen del empleo, y por ende del desempleo, acompaña *grosso modo* el ciclo económico, pero depende *específicamente* de tres variables: la tasa de acumulación, la composición orgánica del capital y la tasa de explotación. Para contrariedad de “Las desventuras...”, que aborrece las leyes,

⁷⁸ La expansión del empleo, según algunos indicadores, se ha frenado a partir de 1976. Desde octubre de ese año, según el Ministerio del Trabajo, la reabsorción de la mano de obra ha sido inferior a las dispensas; en diciembre de 1976, el saldo de admisiones-dispensas indica que quedaron desempleados cerca de 23.000 trabajadores; ese saldo negativo subió a 35.000 en diciembre de 1977. Por otra parte, según el Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socio Económicos (DIEESE), de São Paulo, en diciembre de 1977, el 7,5% de la PEA estaba desempleado (es decir, 3,5 millones de trabajadores sobre un total aproximado de 44 millones).

la relación entre el empleo y esas variables puede expresarse en una ley según la cual *el empleo varía en razón directa a la tasa de acumulación y en razón inversa a la composición orgánica del capital y la tasa de explotación*. La relación entre las tres variables es a su vez contradictoria: el aumento de la tasa de acumulación tiende a acompañarse de la elevación de la composición orgánica y a traducirse, pues, en el incremento de la tasa de explotación (independientemente de que el incremento de la tasa de explotación, en condiciones normales, sea concomitante a la elevación de los salarios); pero el aumento de la tasa de explotación (haciendo aquí abstracción de la concurrencia entre los capitalistas) actúa en el sentido de moderar o, incluso, si es demasiado fuerte, frenar la elevación de la composición orgánica. La razón de este último fenómeno reside en que, como establece Marx, el empleo de la maquinaria depende de la diferencia entre el precio de ésta y el precio de la fuerza de trabajo que ella debe suplir. Marx observa:

En países desarrollados ya de antiguo la aplicación de máquinas a ciertas ramas industriales provoca en otras ramas una superabundancia tal de trabajo [*redundancy of labour*, la llama Ricardo] que, *al descender el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo*, impide el uso de maquinaria en estas industrias, llegando, no pocas veces, a hacerlo imposible, desde el punto de vista del capital.⁷⁹

En países de desarrollo reciente, podríamos decir nosotros, esto se da aún con más fuerza, puesto que el empleo de maquinaria *incide sobre una fuerza de trabajo que se remunera ya por debajo de su valor*.

En otro plano de análisis, indiquemos que es así como se explica la inversión de capital fijo relativamente baja que en Brasil se observa en las ramas de bienes de consumo necesario; añadamos que, en el caso de la industria textil que veíamos arriba, la superpoblación que ella misma generó en su fase de moderniza-

⁷⁹ Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*

ción, en los cincuenta, limitó —no frenó— su impulso a la renovación tecnológica, el cual volvió a agudizarse en buena parte por las posibilidades que abrió el mercado mundial a la expansión de la rama. Destaquemos, en fin, que la dictadura militar se ha preocupado por hacer efectiva la existencia de la superpoblación obrera para el capital, con lo cual ha facilitado y acelerado la rotación de la mano de obra. El mecanismo empleado ha sido el Fondo de Garantía de Tiempo de Servicio (FGTS), creado en 1967, que “Las desventuras...” curiosamente no contempla en sus consideraciones sobre el empleo. Sin embargo, se trata de un instrumento legal que, al suprimir prácticamente la estabilidad del trabajador en el empleo, resume lo esencial de la política económica del subimperialismo: crear mejores condiciones para la superexplotación del trabajo, al agilizar la acción del ejército industrial de reserva y favorecer la centralización del capital, al eliminar lo que el ex ministro Roberto Campos, quien fraguó e impuso el FGTS, calificó de “pasivo laboral” —es decir, los obreros con derecho a indemnización por despido—.

Comparando las dispensas llevadas a cabo en 38 ramas, en los períodos de 1963-1968 y 1970-1977, el Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socio Económicos (DIEESE), de São Paulo, ha constatado un significativo aumento en la rotación de la mano de obra, en función de la adopción del FGTS.⁸⁰ La magnitud de dicha rotatividad, para el año 1974, puede ser captada a través del estudio realizado por la Fundación Instituto de Investigaciones Económicas, de la Universidad de São Paulo, cuyos resultados fueron divulgados recientemente por el Ministerio del Trabajo: la tasa media global de rotatividad era de 72% en la industria automotriz y de 63% en la eléctrico-electrónica y metalúrgica, todas ellas ramas *dinámicas*; como es natural, el fenómeno se acusaba en la pequeña y media empresa, ya que en aquellas que ocupaban hasta 100 empleados, la tasa de rotación, en esas ramas, era de

⁸⁰ DIEESE, *O Fundo de Garantia e se impacto no mercado de trabalho*, São Paulo, 1978.

106%, 110% y 95%, respectivamente.⁸¹ Mencionamos ya que el problema se ha agravado a partir de 1976, al entrar en crisis el patrón de desarrollo capitalista brasileño.

Al promover la rotatividad de la mano de obra, el FGTS expande el ejército industrial de reserva bajo su forma flotante y actúa directamente sobre el nivel salarial. Como lo ha señalado el DIEESE en el estudio mencionado, las empresas dispensan a sus trabajadores en vísperas del despido colectivo y los readmiten después, o contratan nuevos, por salarios más bajos que los que había establecido el acuerdo salarial; ello hace que también las indemnizaciones por tiempo de servicio que percibe el trabajador sujeto al régimen del FGTS sean menores que las que se pagan a los que siguen bajo el antiguo régimen de estabilidad (cada vez menos, por imposición de los empresarios) y que hayan trabajado un período igual en la misma empresa.

El FGTS actúa también indirectamente sobre el nivel salarial, al desorganizar a los trabajadores. En efecto, el estudio del DIEESE muestra que, en la industria química, la tasa de sindicalización está directamente ligada al tiempo de servicio, lo que puede ser extrapolado a las otras ramas.

LA CAÍDA DEL SALARIO MÍNIMO

Sobre la tasa de efectividad del ejército industrial de reserva, y apelando a mecanismos coercitivos (como la política oficial de contenido salarial y la represión policíaca), la dictadura militar ha viabilizado la tendencia del capitalismo brasileño a la fijación del salario real por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Para demostrarlo, nos remitiremos al salario mínimo, tanto por razones teóricas como empíricas.

Antes que nada, es necesario considerar que el salario mínimo corresponde a la fuerza de trabajo simple, es decir, aquella que presenta el grado de preparación normal en la sociedad en cuestión y cuya producción demanda el tiempo de trabajo normal, así

⁸¹ *Folha de São Paulo*, 2 de abril de 1978.

que expresa, por ende, el valor normal de la fuerza de trabajo; en otras palabras, la fuerza de trabajo simple corresponde a la mayoría de los trabajadores, y el trabajo simple es aquella actividad que, sin ninguna calificación especial, puede ejecutar cualquier trabajador en el goce de sus facultades.⁸² Por otra parte, según la Consolidación de las Leyes del Trabajo (CLT), de 1943, en su artículo 76, el salario mínimo se destina a cubrir “la satisfacción de las necesidades normales y básicas del trabajador y de su familia”, es decir: alimentación, habitación, vestuario, higiene y transporte; la dieta mínima mensual, que debe corresponder a un 43 % del valor del salario mínimo, fue establecida por el Decreto-Ley No. 389, de 1938, e incluye algunos productos básicos que siguen siendo habituales en el consumo ordinario brasileño.⁸³ Finalmente, según la PNAD, el 43,3 % de los empleados que en 1972 eran remunerados sólo con dinero percibía *hasta* un salario mínimo, y el 32,2 % percibía de uno a dos salarios mínimos; ambos tramos sumaban el 75,5 % de la población trabajadora asalariada: casi 12 millones de personas sobre un total de asalariados puros de 15,5 millones.⁸⁴

Establecida la validez del salario mínimo como categoría para el examen de la remuneración de la fuerza de trabajo en Brasil, lo primero que salta a la vista es que, si analizamos el Censo Demográfico de 1970 por tramos de ingreso, una proporción significativa de la población trabajadora percibe *menos de un salario*

⁸² Karl Marx, *El capital*, t. I, pp. 148-149.

⁸³ Cfr. Teresa Mattos y Mariana Carvalho, “Efeitos da superexploração sobre a classe operária”, en *Brasil Socialista*, No. 3, Lausanne, julio de 1975.

⁸⁴ Estas cifras son congruentes con las que se desprenden del Censo Demográfico de 1970: si comparamos el número de trabajadores remunerados que percibían hasta un salario mínimo y el de los que percibían entre uno y dos salarios mínimos, tendríamos los porcentajes de 59,10 % y 17,92 %, y ambas categorías sumarían el 77 %, es decir, 12,5 millones de personas sobre un total de 16 millones. La PNAD, a su vez, constata el aumento creciente de quienes ganan hasta un salario mínimo: de los trabajadores que entre 1968-1972 se incorporaron al grupo de asalariados puros, el 41,6 % lo hizo en ese tramo y el 25,3 % en el que comprende entre uno y dos salarios mínimos, cuya suma corresponde al 70 % del total.

mínimo: el 40% del total; ésta es la situación de un 83% de los trabajadores del sector primario, un 23% de los de la industria y un 36% de los de servicios. A esto se suma el hecho de que el salario mínimo se redujo en un índice de 139 en 1959 (1965 = 100) a uno de 89 en 1977, lo que significa que en el período perdió el 36% de su valor. Esa tendencia declinante no se presenta de manera constante: aparte de los movimientos oscilatorios anuales, el salario mínimo real declinó a una tasa media anual de 6,8% en el período 1959-1964, y de 3,6%, en el período de 1964-1976; entre 1970-1975 presentó una tasa de recuperación media anual del 0,8%, que bajó al 0,6% entre 1975-1977.⁸⁵ De allí se desprende que, en el marco de la carrera inflacionaria iniciada en 1959, los salarios salieron perdiendo, pese a la fuerte resistencia obrera; a partir de 1965, la contención salarial es impuesta por el Estado, y expresa, en el plano de la política económica, la tendencia profunda de la economía; posteriormente, la escasez de mano de obra de algunos segmentos del mercado de trabajo y el resurgimiento del movimiento sindical, entre otros factores, hacen que los salarios presenten una pequeña variación hacia arriba, inferior siempre al 1%. No obstante, esa aparente mejoría hay que tomarla con precaución, por la razón ya señalada.

Comoquiera que sea, el hecho de que un 40% de la población trabajadora perciba menos de un salario mínimo y que éste exprese una remuneración siempre menor por un trabajo igual (aunque, como veremos, el trabajo no es igual, sino superior) muestra que si en 1943 el salario mínimo era la expresión del valor de la fuerza de trabajo, ha dejado de serlo. Esto se hace aún más evidente si tomamos las horas de trabajo que el obrero debe

⁸⁵ Sobre la base del promedio anual real del mayor salario mínimo, datos proporcionados por la Fundación Getulio Vargas y el Ministerio del Trabajo, a precios constantes de marzo de 1978, véase *O Estado de São Paulo*, 29 de abril de 1978. Observamos que los datos posteriores a 1973 se ven expuestos a la poca confianza que explícitamente les confirió un documento del Ministerio de Hacienda, de Mario Henrique Simonsen, hecho público a fines de 1977, que revelaba que los índices del costo de la vida fijados por la Fundación Getúlio Vargas, para fines de revisión del salario mínimo, habían sido rebajados ese año mediante manipulación fraudulenta.

rendir para adquirir sus medios de vida: datos del DIEESE revelan que, sólo para la adquisición de la dieta mínima que estableció la legislación, y tomando como base el salario mínimo de São Paulo (el más alto del país), el obrero rinde hoy al capitalista casi el doble del trabajo de 1959: en diciembre de ese año, el costo de esta dieta representaba 78:17 horas de trabajo semanal; en diciembre de 1965, 87:20 horas; en diciembre de 1970, 103:19 horas y, en marzo de 1978, 147:14 horas.⁸⁶

LAS TENDENCIAS CONTRAPUESTAS DEL SALARIO REAL Y DEL VALOR DE LA FUERZA DE TRABAJO

Como hemos visto, si consideráramos sólo el salario mínimo, tendríamos que concluir que es imposible la supervivencia de los trabajadores brasileños. Independientemente de que dicha supervivencia se vuelva cada vez más precaria, debido a la declinación del salario mínimo,⁸⁷ habrá que tener presente que el valor de la fuerza de trabajo no se establece sobre la base del ingreso individual, sino del ingreso *familiar*; la remuneración del obrero como tal nos sirve tan sólo para determinar la tasa de explotación a que se encuentra sometido.

Se ha pretendido que gracias a la incorporación de más miembros de la familia obrera al mercado de trabajo, ésta ha logrado mantener su ingreso familiar. Esa aseveración no cuenta con fundamento empírico, si consideramos los datos disponibles: pese

⁸⁶ Teresa Mattos y Mariana Carvalho citadas en *Isto É*, 29 de abril de 1978.

⁸⁷ Tras reproducir una gráfica que ilustra la correlación existente entre los índices del salario mínimo y de la mortalidad infantil, Mattos y Carvalho acotan: “El índice de mortalidad infantil en Brasil es de 112 defunciones por cada mil nacimientos, sólo inferior al del Haití en América Latina. En el estado de São Paulo, el más rico del país, el índice de mortalidad infantil llegó, en 1970, a 83,64, cuando era en 1960 de 77,17. En la ciudad de São Paulo, la más grande concentración obrera del país, los números van en franca progresión, en emulación dramática con el crecimiento de las ganancias de los capitalistas: en 1960 era de 62,94 defunciones por cada mil nacidos; en 1970, era de 88,28; en 1973, era de 93”. Teresa Mattos y Mariana Carvalho, “Efeitos da superexploração sobre a classe operária”, *op. cit.*, p. 41.

a que entre 1958 y 1969 el número de miembros ocupados de la familia-tipo de la clase trabajadora de São Paulo pasó de uno a dos, el ingreso mensual real de la misma, a precios de 1958, cayó de 10,15 a 9,20 cruzeiros; es decir, se redujo en un 9,4%.⁸⁸ Aun si admitimos una recuperación salarial en el período posterior, el carácter modesto que ésta presentó no permite suponer que el nivel de vida de 1958 haya sido recuperado. Ahora bien, si adoptamos el supuesto (altamente dudoso, conviene observar) de que dicho nivel de vida correspondía *grosso modo* al valor de la fuerza de trabajo, nada nos autoriza a afirmar que hoy los trabajadores brasileños no estén siendo remunerados *por debajo del valor de ésta*.

Ello se agrava por el hecho de que la familia-tipo que estamos considerando se ha construido sobre la base de tres estratos de ingresos. El estrato bajo de la muestra cuenta con ingresos de hasta 500 cruzeiros corrientes, o sea, ligeramente *por encima* de dos salarios mínimos de la época, mientras que la proporción de los asalariados que percibían *hasta* dos salarios mínimos era un 75% de los asalariados del país. En consecuencia, la familia-tipo representa un patrón superior al grueso de los trabajadores brasileños, mientras que la que corresponde al estrato bajo se encuentra cercana a estos. Es, pues, sobre la base de este estrato que seguiremos nuestra argumentación.

Veamos el desglose de los gastos familiares del estrato bajo, comparando 1958 y 1969. El ítem que tiene mayor incidencia se refiere a alimentación, que representaba un 45% del total en 1969, habiendo *aumentado* respecto al otro año de referencia; lo mismo pasó con equipo doméstico, transporte, educación (que creció sensiblemente) y recreación; disminuyeron los gastos de habitación y vestuario. Eso indica una variación hacia arriba de un ítem fundamental en la determinación del valor mínimo (alimentación), así como variaciones en el mismo sentido de gastos que corresponden a lo que Marx llama *valor histórico-moral*. Si se tiene en cuenta que la cantidad de alimentos per cápita *disminuye* en la

⁸⁸ DIEESE, *Familia assalariada: padrão e custo de vida*, São Paulo, 1974, mimeo.

familia, no es aventurado suponer que, pese al aumento relativo del ítem en el ingreso, *éste haya sido sacrificado para permitir la atención de necesidades sociales*, como anota el mismo DIEESE.

Así, al caer el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo (o al aumentar la brecha entre ambos), observamos que el obrero no tiende simplemente a reducir la atención de sus necesidades sociales, para asegurar la de sus necesidades de subsistencia, sino que trata de obtener un difícil equilibrio que le permita *atender a las dos*. Y no podría ser de otra manera. Al revés de lo que pretende el apologista burgués, las necesidades sociales son tan fundamentales como las estrictamente físicas para la reproducción de la fuerza de trabajo, acorde a las exigencias que plantea el mercado de trabajo y el mismo desarrollo de las fuerzas productivas. El obrero debe presentar, por ejemplo, el nivel mínimo de calificación (o educación) exigido para poder vender su fuerza de trabajo, del mismo modo como no puede prescindir de la radio, e incluso de la televisión, cuando estos medios de comunicación se generalizan, so pena de convertirse en un bruto por debajo de nivel cultural de la sociedad en que debe vivir y producir.

Resumiendo: es posible afirmar que, *pese al deterioro del salario real*, el obrero ha visto *aumentar el valor de su fuerza de trabajo*, lo que hace aún más dramática la brecha creciente entre dicho valor y el ingreso real que percibe. El problema que tendrá que resolver la clase obrera brasileña, en el marco del presente ascenso de sus luchas, no consiste, pues, tan sólo en recuperar el nivel de su salario real de hace 20 años. Bien al contrario, los trabajadores tendrían que lograr aumentos salariales *que superen* dicho nivel, para asegurar una remuneración acorde con el valor *actual* de su fuerza de trabajo.

SUPEREXPLOTACIÓN Y MERCADO INTERNO

Como se ha visto, ante el aumento del valor de su fuerza de trabajo y la caída del salario mínimo, la clase obrera brasileña, para asegurar la reproducción de su fuerza de trabajo, ha sido forzada a *repartir* el valor de ésta entre más miembros de la familia. Con

ello, el capital no sólo compra con menos dinero una masa mayor de trabajo, sino que aumenta considerablemente la tasa de explotación. El concepto legal del salario mínimo (atender a la satisfacción de las necesidades básicas del obrero y su familia), se ha convertido en una burla: la contribución del jefe de familia al ingreso familiar total se redujo, en términos reales, del 84% que era en 1958, al 59% en 1969, según el DIEESE. Hecho, por lo demás, que no deja de causar extrañeza. ¿Por qué los demás miembros de la familia trabajadora que ingresan al mercado de trabajo aportan al ingreso familiar una proporción menor que la del jefe de familia? Esto nos lleva a considerar las condiciones de trabajo propias de esos miembros: la mujer y los menores de edad.

Según la CLT, en Brasil rige el principio de a igual trabajo, salario igual. Los hechos, sin embargo, van en otra dirección. Con base en una pesquisa llevada a cabo en 1972, la Fundación Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad de São Paulo concluyó que los salarios de las mujeres son 57% más bajos que los de los hombres, en todas las ramas de la industria paulista.⁸⁹ Esto se confirma por el hecho de que el I Encuentro de la Mujer Metalúrgica, realizado a principios de 1978 en São Paulo, puso en la primera fila de sus reivindicaciones la equiparación de salarios masculinos y femeninos, tras constatar que, en promedio, la trabajadora metalúrgica percibe una remuneración 60% inferior a la del hombre por el mismo tipo de trabajo.⁹⁰ Señalemos que el bajo precio de la fuerza de trabajo femenina en el mercado corresponde a un aumento del número de mujeres incorporadas a la producción; éstas pasaron, entre 1960 y 1970, del 23,6% de la fuerza de trabajo urbana a un 24,3% y, en el ámbito rural, del 37% al 43,4%, según los censos.

Respecto a los menores de edad (entre 16 y 18 años), pese al criterio de igualdad que la preside, la ley ha establecido un mecanismo de escape: si se trata de un aprendiz, la empresa sólo le

⁸⁹ Teresa Mattos y Mariana Carvalho, “Efeitos da superexploração sobre a classe operária”, *op. cit.*, p. 31.

⁹⁰ *Movimiento*, 30 de enero de 1978.

paga el 50% del salario mínimo en el primer año y, en el segundo y último, el 66%. Los abusos a que esto ha dado lugar han sido clamorosos. No contento con ello, el gobierno militar de Castelo Branco decidió reducir legalmente a 50% del salario mínimo la remuneración de los menores de 18 años. La fuerte oposición que esto suscitó entre los obreros logró que, hace tres años, se restableciera el principio de igualdad que consagra la CLT.⁹¹

Sin embargo, desde que comenzó la crisis del actual patrón de desarrollo y ante el modesto aumento que pasaron a experimentar los salarios (menos del 1%, como vimos), la dictadura ha vuelto a sus andadas. Entre las medidas que componen el plan de re consolidación de las leyes de trabajo, elaborado por el Ministerio del Trabajo, se pretende restablecer el horario nocturno para la mujer, suprimiendo una conquista que la clase obrera había logrado en las jornadas de 1917-1918, y reducir el salario de los menores al 50% del salario mínimo legal, bajo el pretexto de... ¡contener los abusos a que da lugar la legislación sobre los aprendices!⁹²

Es, pues, en función de la caída del salario mínimo y la explotación inmisericorde de la mujer y del menor como se explica que — pese a que se haya duplicado el número de miembros de la familia que trabajan— el ingreso familiar haya disminuido. La elevación del empleo, en la coyuntura económica posterior a 1968, que “Las desventuras...” saluda con tanto júbilo (y que vimos oportunamente cómo debe ser analizada), se ha dado sobre la base del estrujamiento de la fuerza de trabajo de hombres, mujeres, jóvenes y niños, a niveles de salario que han significado enormes sacrificios para los trabajadores en lo que se refiere a la

⁹¹ El problema del trabajo del menor no se restringe a los adolescentes entre 16 y 18 años de edad. Según datos divulgados por el IBGE, los trabajadores menores de 14 años en la agricultura han pasado de 2,9 millones a 4,5 millones entre 1970 y 1975, aumentando en un 54,5% en todo el país. La participación de los menores de 14 años en el personal empleado en el sector ha evolucionado de un 16,5% a un 21,3% en el período considerado. Cfr. *Folha de São Paulo*, 4 de diciembre de 1977.

⁹² Véase *Movimiento*, 20 de marzo de 1978.

atención de sus necesidades esenciales. Veremos, luego, que la superexplotación no se ha limitado a esta forma: *el descenso del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo*. Por ahora señalemos que la presión ejercida sobre los salarios ha resultado en el agravamiento de la distribución regresiva del ingreso y, por ende, pese al aumento del número de consumidores, en la contracción relativa del mercado interno, en lo que a la *esfera baja* se refiere.

Así, con base en los Censos y en la PNAD, constatamos que el tramo inferior de la PEA (50% del total) ha visto reducir su participación en la distribución del ingreso del 17,7% en 1960, al 14,9% en 1970, y al 11,8% en 1976; igual suerte corrió el tramo inmediatamente superior (30% del total): de 27,9% pasó a 22,9% y a 21,2% en los tres años considerados.⁹³ Es comprensible, por tanto, que cálculos recientes para la región sur del país (que está lejos de ser la más atrasada), con base en datos oficiales de 1974, nos presentan la siguiente distribución del gasto anual familiar por clases de salario mínimo regional: menos de un salario mínimo, 0,4%; de una a dos, 4,0%. Esos dos grupos representan, en la muestra, el 21% del total de familias y, como vimos, la incidencia mayor en la distribución del ingreso se da precisamente hasta dos salarios mínimos.⁹⁴ Pero aun si sumamos el tramo inmediatamente superior (2 a 3,5 salarios mínimos), haciendo subir la cifra al 46% de la muestra, la participación acumulada de los tres tramos en el gasto anual total no pasaría de un 15,1%.⁹⁵

Es evidente, pues, que el dinamismo del consumo individual no depende de los grupos de bajos ingresos, que comprenden a la mayoría aplastante de los trabajadores, sino del gasto suntuario que realizan los capitalistas y otros grupos que participan de la distribución de la plusvalía. Pretender que en la economía brasileña la superexplotación del trabajo no contribuye a la restricción de

⁹³ *Movimiento*, 26 de junio de 1978.

⁹⁴ *Ibid.*

⁹⁵ Observemos que, según los datos del IBGE, la participación de los salarios en el valor agregado de la industria manufacturera era, en 1972, en todo el país, de un 16%.

la realización de mercancías, y que ésta no se apoya básicamente en el esquema de realización característico del subimperialismo (exportaciones, consumo suntuario y demanda estatal) constituye, por tanto, una burda mistificación.

PROLONGACIÓN DE LA JORNADA E INTENSIFICACIÓN DEL TRABAJO

Ahora examinemos brevemente las condiciones en que, en el proceso de producción, esa fuerza de trabajo numéricamente incrementada y en escala creciente mal remunerada sufre la explotación capitalista. Con ligereza, y en su afán de embellecer el capitalismo brasileño, “Las desventuras...” descarta la prolongación de la jornada de trabajo sobre la base de que los datos censales, *en promedio y para el conjunto de la PEA*, entre 1966 y 1970 no registran sino un incremento de 4,4% en las horas semanales trabajadas. Un análisis más riguroso tiene que partir de los mecanismos de prolongación que establece la misma legislación, así como del hecho, ampliamente denunciado por los obreros, de que los contratos de trabajo incluyen cláusulas que hacen *obligatoria* la prestación de horas extraordinarias. Debe, sobre todo, tomar cuenta las manifestaciones de sindicatos y trabajadores respecto a la situación de la jornada de trabajo en sus empresas y ramas, provocadas tanto por las horas extras como por el sistema de turnos.

Respecto a la legislación, ésta permite que la empresa recurra normalmente a dos horas extraordinarias por día, pagadas un 20% por encima del tipo ordinario de salario (observemos que en México el pago de horas extraordinarias en días hábiles se hace sobre la base de un 100% más y, en días de descanso, de un 150%), las cuales pueden aumentarse en dos horas más, por “motivo de fuerza mayor o servicios inaplazables”; igualmente contempla la posibilidad de trabajo en días de reposo, mediante la autorización caso por caso. En el ya mencionado ensayo de Mattos y Carvalho se registran incontables denuncias y testimonios relativos a diversas ramas de actividad, tomados de la prensa

y documentos sindicales. Entre ellos, la declaración del presidente del Sindicato de Metalúrgicos de São Paulo, Joaquim Santos de Andrade, en el sentido de que, en esa rama, “los obreros están trabajando 12 horas por día”, a lo que añade que el 97% de los metalúrgicos de São Paulo tiene el siguiente régimen semanal de trabajo: 8 horas diarias, 2 extraordinarias (máximo permitido normalmente por la ley) más 1 y 3 con el pretexto de compensar el sábado; sin embargo, el sábado los obreros cumplen una jornada normal de 8 horas; el total suma 66 horas semanales, y no las 48 horas que la ley establece, lo que significa *un aumento del 40%, y no del 4,4%*. En declaración a la prensa, un obrero de la misma rama revela que en enero de 1977 la Volkswagen brasileña trabajó en un régimen de horas extras que “equivalen a 3.300 empleos nuevos”.⁹⁶ Si consideramos la prolongación que puede resultar del sistema de turnos, tendríamos —siempre para la rama metalúrgica— la siguiente situación: como el obrero debe trabajar dos semanas en el turno diurno y dos en el nocturno, al terminar las primeras dos semanas sale de la fábrica a las 19 horas, debiendo retornar a la misma el lunes; pero, como ha cambiado al turno nocturno, regresa a ésta a las 19 horas del domingo, con lo que el capitalista se apropia de 12 horas semanales de su tiempo de reposo.⁹⁷

Además de esos casos ejemplares, se podría citar que, entre las pocas huelgas ocurridas en Brasil entre 1973 y 1977, detectadas por información de la prensa, tres se caracterizaron por la negativa de los obreros a trabajar horas extraordinarias,⁹⁸ entre las que se destaca la de la Volkswagen en 1973, y que el programa de la Oposición Metalúrgica de São Paulo se refiere explícitamente a la cuestión de las horas extras, indicando que “además del desgaste físico [el obrero] no tiene tiempo para dedicar a la familia, a la recreación y mucho menos para el estudio o para aprender

⁹⁶ *Debate Proletario*, No. 1, México, enero-marzo de 1978.

⁹⁷ Teresa Mattos y Mariana Carvalho, “Efeitos da superexploração sobre a classe operária”, *op. cit.*, p. 33.

⁹⁸ *Movimiento*, 6 de marzo de 1978.

una profesión, así como para pensar y prepararse para luchar por sus derechos”.⁹⁹

Nos hemos limitado deliberadamente a la industria metalúrgica, tecnológicamente avanzada y caracterizada por el predominio de la gran industria; la situación sería infinitamente peor si tomáramos la industria de transporte o la de construcción, así como, en cualquiera rama, la pequeña y mediana empresa. Por otra parte, nos hemos mantenido en la perspectiva del obrero individual y su jornada de trabajo. Sin embargo, puede hacerse referencia a la jornada de trabajo de la *familia obrera*, del mismo modo como se procede con el valor de la fuerza de trabajo; dicho procedimiento se vuelve, por lo demás, indispensable si trabajamos con el concepto de *precio de la fuerza de trabajo*, que expresa la relación entre el valor de la misma y la duración de la jornada. Desde este punto de vista, el hecho de que la familia obrera haya multiplicado por dos el número de sus miembros que trabajan apunta a que el capital ha logrado extender la jornada de trabajo familiar, aunque no necesariamente en la misma proporción.

“Las desventuras...” no menciona para nada, entre los métodos de explotación del trabajo, el aumento de su intensidad. Se trata en realidad de un fenómeno difícil de captarse a nivel de datos globales. Sin embargo, el hecho mismo de que la elevación de la productividad conlleve naturalmente un aumento de la intensidad del trabajo no nos permite descartarlo, cuando verificamos que el índice del producto real per cápita se elevó de 88 en 1959 (1965 = 100) a 183 en 1976, *superando la duplicación*, por tanto. Los procedimientos para aumentar la intensidad son básicamente dos: el aumento de instrumentos de trabajo que el obrero debe manejar y el de la velocidad de las máquinas. Un trabajador de una industria textil señala respecto a lo primero: “Antes, un tejedor era responsable de la producción de 20 máquinas, después pasó a 25 y ahora cada cual tiene la responsabilidad de

⁹⁹ Teresa Mattos y Mariana Carvalho, “Efeitos da superexploração sobre a classe operária”, *op. cit.*, p. 34.

30 telares”.¹⁰⁰ Respecto a lo segundo, el I Congreso de la Mujer Metalúrgica manifestó su protesta contra el aumento constante de la velocidad de las máquinas.¹⁰¹

La exigencia de más trabajo al obrero mediante procedimientos extensivos o intensivos, al provocar fatiga y agotamiento, resulta en el incremento de lo que Marx llamó “los partes de guerra del ejército industrial”: los accidentes de trabajo. En Brasil estos pasaron del índice 100 en 1970 al índice de 157 en 1976, y evolucionaron de 1,2 millones a casi 2 millones de casos en el período; en ese contexto, el índice de muertes pasó a 156 y el de casos de invalidez permanente a 160.¹⁰² Estos datos se refieren exclusivamente a accidentes registrados por el Instituto Nacional de Previsión Social (INPS). Las protestas que esa situación ha provocado llevaron al Gobierno a tomar cartas en el asunto y, en su mensaje al Congreso de este año, el presidente de la República anunció que el número de accidentes de trabajo había disminuido a menos de 400.000 en 1977. Sin embargo, el líder de la oposición en el Senado, Paulo Brossard, le negó veracidad a esa afirmación, atribuyéndola a la nueva ley sobre accidentes de trabajo, que obliga a la empresa a pagar al accidentado la remuneración integral del día del accidente y los 15 siguientes. “¿Quién no sabe [indagó Brossard] que, por fuerza de esa ley reciente, y no por la pregonada prevención, el INPS se ha visto aliviado de una gran masa de accidentados y accidentes?”.¹⁰³

Ahora bien, sabemos, con Marx, que cualquier variación en la magnitud extensiva o intensiva del trabajo hace variar en el mismo sentido el valor de la fuerza de trabajo. La prolongación de la jornada y el aumento de la intensidad del trabajo acarrearán un mayor gasto de fuerza física y, en consecuencia, un desgaste mayor que, dentro de ciertos límites, incrementa la masa de medios de vida necesarios para su reposición. Los métodos de superexplotación

¹⁰⁰ *Ibid.*

¹⁰¹ *Movimiento*, 30 de enero de 1978.

¹⁰² *Debate Proletario*, *op. cit.*, p. 34.

¹⁰³ *O Estado de São Paulo*, 6 de abril de 1978.

arriba mencionados, relacionados con la esfera de la producción (aunque estén condicionados por la circulación, es decir, por las condiciones en que el obrero realiza la venta de su fuerza de trabajo) implican, pues, *una elevación del valor de la fuerza de trabajo* y refuerzan la conclusión a que habíamos llegado anteriormente. Como elemento indicativo de la ampliación de la brecha entre ese valor y el salario, es significativo el hecho ya visto de que, pese a que tiene más miembros trabajando, la familia obrera consume hoy menos alimentos per cápita.

Con sus divagaciones sobre la cuota de ganancia y el comportamiento de la industria de bienes de consumo necesario, así como con sus eruditas y pintorescas digresiones sobre David Ricardo, “Las desventuras...” no ha hecho sino maniobras de distracción destinadas a ocultar el cuadro sobrecogedor que nos presenta la superexplotación del trabajo en Brasil. Los elementos que acabamos de exponer, por su parte, no nos dan sino una pálida idea del problema, una vez que la cantidad de evidencia que al respecto nos proporciona diariamente la lucha de clases, y que se filtra a través de la prensa, nos han puesto (para darle gusto a la cultura francesa de nuestros “críticos”) en un *embarras de choix*. El actual ascenso de las luchas obreras no hace sino multiplicar esas evidencias, al incorporar masas cada vez más amplias de trabajadores al enfrentamiento contra el régimen brutal de superexplotación que les ha impuesto el capital.

No nos queda sino llamar la atención hacia el intento mal disfrazado de “Las desventuras...” de achacar a la “considerable debilidad de los sindicatos y agrupamientos políticos afines” —junto al *reaccionarismo de las fuerzas golpistas* de 1964— la superexplotación que sufren los trabajadores brasileños. Llevado a su límite, ello implicaría no sólo suponer que la superexplotación es un efecto por decirlo así casual de la lucha de clases, sobre el cual el capital no tiene responsabilidad directa, y que se acaba explicando por sí mismo —el hecho, por ejemplo, de que, según “Las desventuras...”, los bajos salarios se han mantenido porque... ¡el excedente generado se aplicó a la construcción de viviendas!—, sino también atribuir a la misma clase obrera la responsabilidad

de que le estén arrancando el pellejo. Ahora bien, los elementos que presentamos sobre la evolución de los salarios en Brasil, después de 1959 muestran que el problema de la reducción salarial se encontraba planteado *antes* de la contrarrevolución desatada en 1964 y más bien fue una de las razones que hizo que ésta fuera indispensable para la burguesía. Por otra parte, ¿cómo explicar que en países como Chile, Argentina o Uruguay, donde no se puede hablar en los mismos términos de debilidad de los sindicatos y la izquierda, la clase obrera haya tenido que sufrir una superexplotación similar bajo una dictadura contrarrevolucionaria? De todos modos, las luchas actuales de los trabajadores brasileños se encargarán de mostrar hasta qué punto la superexplotación del trabajo es un elemento vital en la dinámica del capitalismo dependiente, en la medida en que tiende de nuevo a enfrentar en una lucha a muerte a patronos y obreros en torno a la cuestión de su mantenimiento o su supresión.

IV

Las razones que dan Cardoso y Serra para su “empeño en la crítica” son de orden teórico y político. Se trata de “desarticular” un pensamiento “economicista” que lleva al “voluntarismo” para así evitar que “el análisis político se vuelva al mismo tiempo ardoroso e inerme” y asegurar que el camino al socialismo pueda depender “de acciones concretas en circunstancias específicas”. De esta manera se podrán impedir “desastres cuya ‘corrección’ pasa muchas veces por el sacrificio, incluso físico, de sectores importantes de una generación”.

Vayamos por partes. Lo primero que hay que tener en cuenta es que, más que al Quijote, Cardoso y Serra se parecen a Sancho: no son los caballeros andantes del socialismo sino los escuderos de una burguesía insaciable y rapaz. Es eso lo que confiere interés a “Las desventuras...”: su carácter de texto inserto en un proceso de lucha ideológica, que el ascenso de las luchas de clase en Brasil, así como en Latinoamérica, tiende a hacer más candente. Una de las cuestiones que ha sido puesta en el centro de

la discusión es la del economicismo, que ha sido atacado desde diferentes perspectivas.

No cabe, en efecto, confundir a Cardoso y Serra con otros autores que se han ocupado del problema y que por falta de espacio no serán aquí objeto de comentario. Su ataque a mi pretendido *reduccionismo económico* raya en la caricatura cuando sostienen que la economía no es sino el marco en que se ejerce la lucha política, la cual corresponde a una esfera autónoma donde las opciones y consecuentes decisiones sólo se explican por la acción de las fuerzas mismas que allí actúan. Se rompe, de este modo, la unidad de análisis que convierte a la política, para decirlo con Lenin, en “la expresión concentrada de la economía” y se abandona el supuesto metodológico fundamental del marxismo, que el propio Marx expuso con tanta precisión en su “Prólogo de 1859”: “El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso de la vida social, política y espiritual en general”. Reducida a sí misma, la lucha política se ve así desprovista de toda base explicativa sólida.

Pero no es sólo la autonomía de la política que reivindican Cardoso y Serra: es también (y esto es lo que los distingue más netamente de otros que han criticado mi *economicismo*) el tomar los hechos como vienen, en su inmediatez empírica, sin la *ambición* de ubicarlos en un marco explicativo que les dé coherencia, los remita a las contradicciones generales a que responden y haga así posible establecer previsiones respecto a su comportamiento futuro para, sobre esta base, crear condiciones para actuar sobre ellos. Apilados unos sobre otros, como los quieren Cardoso y Serra, sin una lógica profunda que los ordene, los hechos pueden prestarse a cualquier interpretación, sin que la clase obrera disponga de un criterio que permita referirlos a las contradicciones fundamentales que los generan. Ahora bien, identificar una contradicción, por grave que ésta sea,

[...] no significa que el capitalismo sea imposible, pero sí la necesidad de su transformación en una forma superior; cuanto más fuerte se torna esa contradicción, más se desarrollan las condiciones

objetivas de esa transformación, así como sus condiciones subjetivas, es decir, la conciencia que los trabajadores adquieren de la contradicción.¹⁰⁴

Sin embargo, el encono de Cardoso y Serra contra mi análisis económico no los lleva a la actitud suicida de rechazar la existencia de contradicciones en el modo de producción capitalista. Por lo demás, el reformismo en sus diversas variantes ha mostrado que es posible aceptarlas sin que ello implique asumir una posición revolucionaria. No, lo que no pueden aceptar Cardoso y Serra es que se identifiquen contradicciones *concretas* en la sociedad latinoamericana, y en especial en la brasileña. Ante ello, claman por la pureza del marxismo, tratando de reducirlas otra vez a la contradicción abstracta, o no vacilan en echar mano de analogías formales, y por esto mismo caricaturescas, para descalificar la posibilidad de que tales contradicciones concretas sean reconocidas.

Es así que, cuando Cardoso identifica mi posición con la de los *narodniks*, recurre a una caricatura, además de atropellar la historia sin piedad. En su polémica con los populistas rusos, Lenin identificaba tres rasgos en los planteamientos de esa corriente: el reconocimiento del capitalismo en Rusia “como decadencia, como regresión”; el reconocimiento de la “originalidad del régimen económico ruso, en general”, y de la “del campesino con su comunidad, en particular”; y la “omisión del vínculo existente entre la ‘intelectualidad’ y las instituciones políticas y jurídicas del país”, por una parte, y “los intereses materiales de determinadas clases sociales”, por otra.¹⁰⁵ Como se ve, no hay *ninguna relación* entre las tesis en cuestión y lo que he planteado sobre la dependencia, la superexplotación del trabajo y el carácter del desarrollo capitalista brasileño. Es de suponerse, sin embargo, que a lo que Cardoso

¹⁰⁴ Vladimir Lenin, “Respuesta al señor P. Nezhdánov”, en *Sobre el problema de los mercados*, México, Siglo XXI, pp. 249-250.

¹⁰⁵ Vladimir Lenin, “¿A qué herencia renunciamos?”, en *Obras escogidas en doce tomos*, Moscú, Progreso, s. f., t. I, p. 422.

quiere aludir sea a lo que Lenin llamó *romanticismo económico*, lo cual, derivándose de Sismondi, se encuentra presente en el pensamiento de los populistas rusos a través de sus planteamientos respecto a la contradicción entre producción y consumo, con la consecuente necesidad de recurrir al mercado exterior. No nos contentemos, empero, con las analogías formales y veamos qué es ese *subconsumismo* que Cardoso denuncia en mis tesis.

Lo esencial en la posición de los populistas era el razonamiento teórico del que partían para hacer su defensa de la pequeña producción campesina. Ese razonamiento se basaba en lo que Lenin considera el error fundamental que marcó toda la economía política hasta Marx, y que introdujo Adam Smith: la confusión entre los conceptos de producción y renta y, por ende, la reducción del valor creado a la suma de la plusvalía y los salarios (capital variable), ignorando los medios de producción (capital constante). Esto les impedía entender *qué es la acumulación de capital* y, en consecuencia, *qué es el desarrollo capitalista*. Es por esa razón que, en su polémica con el populismo, Lenin se preocupa básicamente de demostrarles que, al contrario de lo que suponían, el desarrollo del capitalismo es, como lo mostrara ya Marx, el desarrollo del mercado interno. Lo que no tenía que hacer, porque esto no lo exigía su crítica a los populistas, era analizar *la forma que asume el mercado interno* en la economía capitalista y *la contradicción entre producción y consumo individual* que allí se plantea.

Pero Lenin sí tenía que preocuparse de este problema cuando se pretendía atacarlo, supuestamente desde el punto de vista del marxismo, con la afirmación *errónea* de que “la producción capitalista no adolece de ninguna contradicción entre la producción y el consumo”.¹⁰⁶ A esto contestaba Lenin, siguiendo a Marx, que es indispensable entender

[...] la contradicción entre la producción y el consumo, *propia del capitalismo*, consiste en que la producción crece con enorme

¹⁰⁶ Vladimir Lenin, “Respuesta al señor P. Nezhdánov”, *op. cit.*, p. 245.

rapidez, la competencia le comunica una tendencia a *ampliarse sin limitaciones*, mientras que el consumo (individual) *crece muy débilmente, si es que crece*. La condición proletaria de las masas populares no ofrece al consumo individual la posibilidad de crecer rápidamente. [...] en última instancia, el consumo debe seguir a la producción, y si las fuerzas productivas se lanzan a un aumento ilimitado de la producción, *mientras el consumo se restringe, como consecuencia del estado proletario de las masas populares*, la contradicción se vuelve incuestionable.¹⁰⁷

Aclaremos bien las cosas. La contradicción entre producción y consumo individual surge *de la naturaleza misma del capitalismo* por el hecho de que, mientras éste registra un impulso constante de acumulación, dicho impulso choca con la *desproporcionalidad* existente entre los sectores de la producción y con *las condiciones antagónicas de distribución*. En efecto, “dentro de la producción capitalista, la proporcionalidad de las distintas ramas de producción [aparece] como un proceso constante *derivado de la desproporcionalidad*”,¹⁰⁸ mientras que las “condiciones antagónicas de distribución [...] reducen el consumo de la gran masa de la sociedad a un *mínimo susceptible sólo de variación dentro de límites muy estrechos*”.¹⁰⁹ En consecuencia, como el mercado tiene que extenderse constantemente, para hacer frente al impulso de acumulación, “la contradicción interna tiende a compensarse *mediante la expansión del campo externo de la producción*”.¹¹⁰

Así es como se presenta el problema de la contradicción entre la producción y el consumo individual en la teoría marxista del capitalismo, que se presta a todo, menos a la apología del sistema. Mi análisis de la economía latinoamericana y brasileña no hace sino aplicar esa teoría a una *realidad concreta*, que se caracteriza por el hecho de que, *a raíz de las condiciones mismas de su forma-*

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 249.

¹⁰⁸ Karl Marx, *El capital*, t. III, p. 254.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 243.

¹¹⁰ *Ibid.*

ción y desarrollo histórico, agrava hasta el límite las contradicciones inherentes a la producción capitalista. Es esta característica general de la economía dependiente la que la induce a extremar la *desproporcionalidad entre los sectores*, tanto de producción de bienes de capital respecto al de bienes de consumo, como del de bienes de consumo suntuario respecto al de bienes de consumo necesario, así como a agudizar las *condiciones antagónicas de distribución*, haciendo que la contradicción entre producción y consumo individual, propia de la economía capitalista en general, asuma el carácter de un divorcio progresivamente acentuado entre el aparato productivo y las necesidades de consumo de las masas.

Ahora bien: de manera subrepticia, todo el esfuerzo de “Las desventuras...” se encauza en el sentido de borrar las diferencias entre el capitalismo en los países avanzados y el capitalismo dependiente, y asimilarlos a un solo proceso: el desarrollo capitalista en la periferia y en el centro. El lector podrá buscar con lupa en el texto un indicio, por pequeño que sea, de que la discusión que se está haciendo está referida al capitalismo *dependiente* brasileño: encontrará sólo la idea de que en el capitalismo brasileño hay problemas y contradicciones que no tienen otra particularidad que la de darse en un país de la “periferia”, o sea, en una nación capitalista joven, para usar una expresión altamente ideológica. La utilización misma del aparato conceptual “centro-periferia” en reemplazo del que corresponde a la dependencia, indica un regreso al redil de la CEPAL (la cual, por esto mismo, es tan reivindicada a lo largo del texto) y a las ilusiones desarrollistas con que ésta revistió la primera emergencia de la burguesía industrial, en la posguerra, ilusiones que, como señalamos, la vida misma destruyó. Pero hoy, los nuevos ideólogos de la burguesía brasileña están obligados a retomar esa tradición y a intentar dar credibilidad a un desarrollo capitalista brasileño al estilo norteamericano o europeo. En suma, nos encontramos ante un neodesarrollismo todavía vergonzante, pero que no tardará en ir perdiendo sus inhibiciones.

La tímida crítica de Cardoso a la tesis de la superexplotación, que dio inicio a esta polémica,¹¹¹ apuntaba ya en esa dirección. Pero hoy las cosas van más lejos. Así, en “Las desventuras...” se pretende que:

[...] aún después de 1968 y hasta 1973 [...] se mantuvo una *política oficial* de fuerte restricción salarial, quedando *las mejoras* eventualmente obtenidas en este terreno sujetas a las [fuerzas del mercado] y no en razón sea de la *política gubernamental* (que permaneció restrictiva) sea de la *acción sindical* o de la *protesta social*, que siguieron tan o más *reprimidos o inexistentes* que antes.¹¹²

Algunas rectificaciones: la restricción salarial no se mantuvo *hasta 1973*: se mantiene *hasta hoy*; las “mejoras eventualmente obtenidas” no sólo han sido *muy pequeñas*, como demostramos anteriormente, sino que se han visto *relativizadas* por la manipulación de los índices del costo de la vida; y la acción sindical y la protesta social *habían ganado ya cuerpo en 1973*, lo que forzó a que el actual gobierno, que asumió en 1974, no sólo tuviera que prometer una “apertura política”, sino también recurrir a la manipulación de dichos índices para mantener la política salarial. Pero no se trata sólo de rectificaciones, sino también de una pregunta: si las pretendidas “mejoras salariales” no se debieron al Gobierno, ni a los sindicatos, ni a la “protesta social”... ¿quién responde por ellas?

No es necesario exprimirse el cerebro para encontrar la respuesta. El mismo Cardoso, en entrevista concedida a un diario mexicano, nos explica: “En una primera etapa, la violencia represiva es la condición de la acumulación futura. Pero después,

¹¹¹ Fernando Henrique Cardoso, “Nota sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No. 4, Santiago de Chile, 1972; véase mi respuesta en *Dialéctica de la dependencia*, parte II.

¹¹² José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 45 (cursivas mías).

en una segunda etapa, ya no lo es más. Eso explica que ahora *los empresarios reclamen una relación directa con los obreros*".¹¹³

Así, la lucha que durante estos años ha desarrollado la clase obrera —en el sentido de negociar directamente con las empresas y ejercer su derecho de reivindicación— queda borrada de un plumazo y se convierte en una generosa actitud de la burguesía. Del mismo modo como la lucha popular contra la dictadura es escamoteada, puesto que las “presiones” por la democratización “venían también, y esto hay que decirlo muy claramente, desde sectores del *interior del Estado*”, lo que permite concluir, enérgicamente: “Si no entendemos esto, no entenderemos los cambios en Brasil. No hay que creer que el enfrentamiento es global, entre el Estado represivo por un lado y las clases dominadas por el otro”.¹¹⁴

No nos preocupemos demasiado en refutar la pretensión de que es la burguesía quien ha concedido aumentos salariales, a contrapelo del Estado y los sindicatos, y quien lucha por una relación directa con estos. La vida misma ha mostrado —¡y con qué rapidez!— qué hay de verdad en ello: en las recientes huelgas de los obreros metalúrgicos de São Paulo, ante la lentitud del Estado para actuar, fueron los patrones quienes pidieron a gritos la represión, mientras se resistían a la relación directa con los sindicatos, que los trabajadores acabaron por imponerles. Señalemos, más bien, que Cardoso se ha desviado por construir una alternativa para la colaboración de clases entre la clase obrera y la oposición burguesa, oposición que expresa hoy una fracción del gran capital que intenta imponer su hegemonía sobre el aparato de Estado en el marco de un régimen renovado, en el *figurín* que la nueva administración norteamericana ha bautizado como democracia “viable” o “gobernable” (es decir, *restringida*). El planteamiento de Cardoso oculta las contradicciones que dividen hoy a la bur-

¹¹³ *El Gallo Ilustrado*, suplemento dominical del diario *El Día*, No. 834, 11 de junio de 1978.

¹¹⁴ *Ibid.* Me limito aquí a los párrafos pertinentes; la crítica del conjunto de los planteamientos de Cardoso en dicha entrevista es harina de otro costal.

guesía misma e intenta hacer creer en una contradicción entre la burguesía en su conjunto (capitaneada por las multinacionales) y el Estado. Éste, bajo el control de los militares (o un sector de estos) y una supuesta “burguesía de Estado” (los tecnócratas y la capa gerencial de las empresas estatales), ofrecería la posibilidad de una política nacionalista y democrática sobre la base de una alianza con la clase obrera organizada, es decir, los sindicatos. A esto responde la preocupación de “Las desventuras...” por la “necesidad de definir los campos de los aliados y de interferir para ampliar las brechas puestas como posibles por las contradicciones que minan la cohesión de las clases dominantes”.¹¹⁵

Éste es el “camino al socialismo” que proponen los autores de “Las desventuras...”: la subordinación de la clase obrera al Estado, teniendo como programa el desarrollo del subimperialismo brasileño. Como todo proyecto socialista burgués, se resume en la afirmación de que “los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera”, como lo señalara ya el *Manifiesto comunista*, y deja corto al mismo La Salle, quien, como decía Marx, “estrechaba la mano de Bismarck en nombre de los intereses del proletariado”.

Siendo una propuesta política que reposa sobre bases falsas, esa alianza de la clase obrera con la “burguesía de Estado” y los militares tiene tan poca viabilidad como la alianza a que en el pasado se la quería conducir con la “burguesía nacional”. Pero, hasta que la historia no la cancele, los nuevos ideólogos de la

¹¹⁵ José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, p. 48. Esa tesis se presenta, con la ambigüedad característica de Cardoso, en su libro *Autoritarismo e democratização*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975. En un documento interno del CEBRAP, sin embargo, Cardoso la hace explícita: “Como cada uno de los sectores del capital (estatal y multinacional) busca apoyos políticos, podrá ocurrir la proposición de futuras alianzas entre sindicatos, parte del Ejército, masa urbana y la burguesía estatal en contra de las multinacionales —que buscarán apoyo en las clases medias y en la burguesía local en contra del estatismo”. Fernando Henrique Cardoso, *Comentários sobre el proyecto de Reichstul y Coutinho*, citado por Carlos Estavam Martins, *Capitalismo de Estado e modelo político no Brasil*, Río de Janeiro, GRAAL, 1977, p. 330.

burguesía cumplen con diligencia su tarea, confiados en la autonomía de la lucha política: la de tratar de sembrar confusión y desconcierto entre la clase obrera y la izquierda, propiciando maniobras de división entre ellas. Se empeñan, pues, en *desarticu- lar* todo intento de crítica al capitalismo brasileño que contenga, en sus supuestos, la negación de ese engendro que propugnan, que es el “capitalismo de Estado nacional y democrático” (la expresión es del *cebrapiano* Carlos Estavam Martins). En esa línea, “Las desventuras...” no es sino un paso en la escalada que pretenden llevar a cabo contra el marxismo para retirarle a la clase obrera cualquier posibilidad de dar un fundamento científico a sus luchas de clase.

Pero no basta atacar las ideas, es preciso desacreditar también el movimiento social del que brotaron. “Las desventuras...” se permite, pues, reinterpretar la historia de manera muy particular, presentando como un precio injustificado y un sacrificio inútil la práctica armada de la izquierda brasileña. Pretende ocultar que, con sus errores y sus aciertos, fue así como en Brasil (tal como se había hecho en Latinoamérica) se puso sobre el tapete, de manera concreta, la cuestión del poder y el derecho de la clase obrera y sus aliados a luchar por conquistarlo. Gracias a ello, la idea del socialismo ha dejado de ser una abstracción, un ideal sin trascendencia práctica, un tema para la discusión de intelectuales, para ganar el centro de las luchas de clases y obligar incluso a la burguesía y sus ideólogos a intentar, hoy, desviarla hacia “acciones concretas en coyunturas específicas” y un socialismo que apenas encubre su carácter de clase burgués.

La vida misma se encargará de mostrar la inutilidad de esos esfuerzos. Y lo hará por la lógica implacable de la lucha de clases que está ya encendiendo la lucha ideológica, al plantear sin tapujos las grandes cuestiones que deben discutirse, y que ha producido una nueva clase obrera, más madura y más organizada, en la que se arraiga cada vez más la conciencia de que el Estado es su enemigo de clase. Hoy el movimiento obrero brasileño exige la democracia sindical y la autonomía respecto al Estado, mientras da sus primeros pasos en la lucha política; mañana avanzará hacia

la construcción de su partido y de la alianza con las amplias masas trabajadoras de la ciudad y del campo para hacer frente al problema del poder. Vivimos un momento en que las palabras de Lenin, en “¿Qué hacer?”, adquieren plena validez para todos aquellos que aspiran a ver el proletariado brasileño en la vanguardia de la lucha antiimperialista y socialista en América Latina:

La realización de esta tarea, la demolición del más poderoso baluarte no ya de la reacción europea, sino también (podemos decirlo hoy) de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Y tenemos el derecho de esperar que obtengamos este título de honor, que nuestros predecesores, los revolucionarios de la década del setenta, han merecido, siempre que sepamos inspirar a nuestro movimiento, mil veces más vasto y profundo, la misma decisión abnegada y la misma energía.¹¹⁶

¹¹⁶ Vladimir Lenin, “¿Qué hacer?”, en *Iskra*, No. 19, Moscú, 1 de abril de 1902.

ORIGEN Y TRAYECTORIA DE LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA¹

Empezaremos esta exposición planteándonos una pregunta, ¿qué representa la sociología en el proceso del pensamiento humano?, esperando que ella nos dé un buen punto de partida para indagar sobre el surgimiento y desarrollo de la sociología latinoamericana, así como de sus perspectivas.

Lo primero que debe considerarse es que la sociología sólo puede surgir en cierto tipo de sociedades en que se dan determinadas características. Más que esto, ella es una expresión particular de cierta línea de pensamiento, cuya esencia consiste en ser una reflexión sobre las estructuras y procesos que establecemos en el marco de convivencia social, vale decir, en el marco de nuestras sociedades. En su dimensión más amplia, esa reflexión parte de concepciones totalizadoras, como lo fueron la economía política clásica o la teoría social del siglo XVIII, para arribar, más tarde, a ciencias especiales, como lo son hoy la economía y la ciencia política, entre otras, así como, desde luego, la sociología.

¹ Extraído del archivo personal de Ruy Mauro Marini, con la anotación “Ponencia Sociología, 070894”.

SOCIOLOGÍA Y CAPITALISMO

Las distintas sociedades que registra la historia antes del advenimiento del capitalismo correspondían a formas sociales más simples, basadas en una estructura de clases poco diferenciada y muy estratificada, que se expresaba en sistemas políticos centralizados y autocráticos. Pensemos en los regímenes teocráticos o feudales y, en general, en sociedades cuya producción era asegurada por relaciones esclavistas o de servidumbre. Desde luego, en el sostenimiento de esos sistemas de dominación desempeñaba papel destacado el uso de la fuerza. Pero no hay régimen que se sostenga sólo sobre la base de ésta: las clases dominadas tienen que ser, también, persuadidas de que su sujeción se debe a razones superiores, que trascienden intereses y motivaciones individuales para responder a factores de carácter más general. En otras palabras, la dominación de clase debe presentarse siempre como la expresión de algo necesario y, en cierta medida, natural.

Cuanto más desarrollada es la sociedad, cuanto más se diferencian y se contraponen los intereses de clase, tanto más necesario persuadir de ello a las clases dominadas, so pena de que se verifique allí un estado permanente de guerra civil, latente o abierta, que a la larga haría imposible el mantenimiento del orden social. En comunidades más simples, como las que mencionamos antes, se tiende a recurrir, en este sentido, a lo sobrenatural, privilegiando a la religión, o a diferencias evidentes, de carácter racial o cultural. En organizaciones sociales más complejas, el razonamiento se sofisticaba y aspira a presentarse como ciencia.

Ello se observa ya en situaciones en que se produce una marcada diferenciación social y cierto desarrollo mercantil, aunados a la expansión imperialista, como en la Grecia antigua. La agudización de los conflictos sociales estimula allí una reflexión sociológica cada vez más especializada, que producirá algunas obras maestras, pasando por los sofistas que se proponían descubrir la razón de esos conflictos y suprimirlos en beneficio de la clase dominante. Aunque se trate de una construcción ideal, como *La República* de Platón, donde se identifican los segmentos que

forman la sociedad y se busca articularlos armónicamente en un sistema corporativo, o de una investigación comparada, como la *Política* de Aristóteles, que toma a las clases y su interacción como eje del análisis, en la perspectiva del equilibrio y la armonía social, se está siempre en presencia de una teorización encaminada a asegurar o transformar un orden de cosas determinado a partir de un punto de vista de clase.

Ello se dará con más razón aún cuando el capitalismo, rompiendo el orden feudal, pase a conformar Estados nacionales. Estos corresponden a sociedades de clases altamente complejas, cuya lógica —aunque consagre la dominación de unas sobre otras y repose siempre en la fuerza— es la de recurrir crecientemente a los mecanismos económicos y a la persuasión ideológica como resortes de dominación. En la medida en que el capitalismo se consolide, la burguesía tratará, por un lado, de asumir el monopolio absoluto del poder político y, por otro, de afirmar su hegemonía sobre la clase obrera y demás sectores sociales.

La economía política —que emerge como ciencia con William Petty, en Inglaterra, y con Boisguillebert, en Francia, a fines del siglo XVII— cumplirá esa doble tarea. La burguesía se valdrá de ella para atacar a la vieja clase terrateniente, que mantenía su presencia en el Estado, empezando por proclamar el carácter parasitario de ésta, al sostener, con los fisiócratas, que la tierra es la única fuente de riqueza. El creciente predominio de la industria, a partir del último tercio del siglo XVIII, la llevará luego, con Adam Smith y David Ricardo, a postular el trabajo como el factor determinante en la creación de riqueza.

Sin embargo, progresivamente la economía política irá siendo arrancada de las manos de la burguesía hasta llegar a convertirse en una crítica al capitalismo, vale decir, al sistema que consagra la dominación burguesa. Partiendo de la valorización teórica del trabajo y acompañando el proceso de desarrollo y organización del proletariado, intelectuales como Sismondí, en Francia, y Owen, Thompson y Bray, en Inglaterra, procederán a abrir grietas en la economía política burguesa. Marx se encargará de asestarle el golpe final, con su obra principal, *El capital*, subtitulada justamente *Crítica de la economía política*.

La sociología se planteará, hacia la tercera década del siglo XIX, como reacción a ese proceso. Tildando a la economía política de *ideología*, se preocupará de oscurecer ciertos aspectos de la realidad y centrar el análisis en la dinámica social, desconociendo en lo posible los procesos materiales concretos en que ésta se basa. Su fundador, Auguste Comte, aunque sin deslindar todavía enteramente sociología y filosofía, proclamará al orden social burgués como el orden en sí, un organismo perfectible pero inmutable, expresión definitiva de lo normal, contra el cual toda acción contraria sería indicativa de una desviación, es decir, una manifestación de tipo patológico.

Profundizando en esa dirección, Émile Durkheim tomará ese orden como el objeto en sí de la sociología y lo dotará de un método particular, completando así su constitución como ciencia especial. La investigación sociológica deberá fundarse esencialmente en la observación empírica de los fenómenos sociales, tomados en tanto que cosas, cuya frecuencia determina su carácter normal o patológico. Con ello se descarta la revolución, que pasa a la categoría de enfermedad social. Posteriormente, bajo la influencia de Darwin, Herbert Spencer enfatizará en la nueva disciplina las nociones de *evolución y selección natural*, que consagran la tesis de la supervivencia de los más aptos, proporcionando a la competencia capitalista la justificación que ella requería.²

EL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO

La sociología así constituida llega a América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. Para entonces, ésta había promovido ya su independencia respecto a las metrópolis ibéricas y se empeñaba en la formación de sus Estados nacionales. Bajo la dominación colonial, la región no había estado en condiciones de producir ideas propias: las importaba hechas de la metrópoli, ya fuera absorbiendo las que le aportaban los intelectuales que de allá provenían, ya enviando a sus hombres cultos, sus letrados, para que

² Cfr. mi ensayo "Razón y sinrazón de la sociología marxista", en S. Bagú y otros, *Teoría marxista de las clases sociales*, México, UAM-Iztapalapa, 1983, pp. 7-22.

se adueñaran de ellas. Esto no cambia mucho en el primer siglo de vida independiente.

En efecto, insertándose progresivamente en la división internacional del trabajo que la Revolución Industrial propiciara, las nuevas naciones latinoamericanas se dedicarían a producir bienes primarios —materias primas y alimentos— para la exportación, al tiempo que importarían desde los centros avanzados las manufacturas que necesitaran para su consumo. La ciencia y la tecnología implícitas en el proceso de producción industrial quedaban fuera de su alcance, del mismo modo que la filosofía y las ciencias sociales que estudiaban sus fundamentos y sus resultados. Se consumían ideas como se consumían telas, rieles y locomotoras. En las sociedades dependientes de América Latina, ser culto significaba estar al día en las novedades intelectuales que se producían en Europa. La estatura de nuestros pensadores se medía por su erudición respecto a las corrientes europeas de pensamiento y a la elegancia con que aplicaban a nuestra realidad las ideas importadas.

Ese pensamiento imitativo y reflejo³ derivaba de las condiciones materiales en que se reproducían nuestras sociedades, pero se ajustaba perfectamente a las necesidades de nuestras clases dominantes. Así fue como abrazaron el liberalismo, dado que éste les proporcionaba la justificación adecuada al ciclo de reproducción del capital que constituía la base de su propia reproducción como clase: constituidas por terratenientes y comerciantes, esas oligarquías encontraban en el intercambio de materias primas por manufacturas su razón económica de ser. De allí a admitir el carácter necesario de la forma que asumía entonces la división internacional del trabajo y a proclamar como natural la vocación agraria de nuestros países, no había sino un paso.

³ El concepto de *pensamiento reflejo* fue formulado por A. Guerreiro Ramos y desarrollado sobre todo en *A redução sociológica*, Río de Janeiro, Instituto Superior de Estudos Brasileños, 1958. En un trabajo anterior, este autor señalaba: “[...] la historia de las ideas y actitudes de los países colonizados refleja siempre los períodos por los que ellas pasan en los países colonizadores”. *El proceso de la sociología en Brasil (esquema para una historia de las ideas)*, Río de Janeiro, s. e., 1953, p. 11.

En el plano político, sin embargo, el liberalismo se adaptaba mal al carácter de la organización nacional. Esencialmente oligárquico, el sistema de dominación excluía a la mayor parte de la población; paralelamente, expresando la dominación de oligarquías más poderosas sobre las demás, cristalizaba en un Estado altamente centralizado. De Argentina a México, el régimen político, una vez estabilizado, no diferiría mucho. El constitucionalismo portaliano chileno de los años treinta no era esencialmente distinto del Estado porfirista mexicano del último cuarto de siglo, y ambos tenían mucho en común con la monarquía brasileña, pese a la base esclavista en que ésta se apoyaba. El mayor o menor desarrollo económico favorecería, aquí y allá, cierta diversificación social e introduciría grados variables de flexibilización en la vida política, sin poner en jaque su carácter oligárquico.

Sin embargo, los intelectuales nativos no podían dejar de observar las diferencias que ese tipo de organización social presentaba respecto a las sociedades europeas, así como a la estadounidense, y de experimentar por ello cierta angustia. Pero intelectuales orgánicos de la oligarquía, más que por entender, se preocuparían por justificar el orden de cosas del cual ellos también se beneficiaban. El positivismo, con sus nociones de ciencia, evolución y patología social, así como el injerto racista que no tardó en recibir, les proporcionó el instrumento que necesitaban.

En efecto, esos países, con una significativa población indígena o negra, no hesitarían en achacar al mestizaje los males de su retraso social, político y cultural y llegarían a hacerlo, a veces, de manera extremadamente brutal.

Impuros ambos [decía Bunge, refiriéndose por igual a mestizos y mulatos], ambos atávicamente anticristianos, son como las dos cabezas de la hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula, entre su espiral gigantesca, una hermosa y pálida virgen: ¡Hispano-América!⁴

⁴ C. O. Bunge, *Nuestra América: ensayo de psicología social* (1903), citado por M.S. Stabb en *América Latina en busca de una identidad: modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*, Caracas, Monte Ávila, 1969, p. 28.

El remedio propuesto para hacer frente al problema, variaba. Hubo quienes, como Ingenieros, se montaron en un pragmatismo cínico para afirmar: “Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción pueden hacerlo”.⁵

Otros, aunque sin ocultar su desprecio y hasta su odio por los excluidos, se inclinarán hacia la autoflagelación, puniéndose por cargar con esa maldición, ese pecado original de pertenecer a naciones mestizas. No sorprende que, en la literatura de la época, abunden títulos como *Manual de patología política* (1899), del argentino Agustín Álvarez; *El continente enfermo* (1899), del venezolano César Zumeta; *Enfermedades sociales* (1905), del argentino Manuel Ugarte, y *Pueblo enfermo* (1909), del boliviano Alcides Arguedas.

Respuesta menos desesperada es la que plantea la educación como instrumento capaz de rescatar a la nación y acceder a la cultura, como lo hizo Lastarria en Chile, Rodó en Uruguay —dando origen a una corriente culturalista más optimista en toda la región, el *arielismo*—, Justo Sierra y Antonio Caso en México. O la que ve en la inyección de sangre blanca, vale decir la inmigración europea, la posibilidad de superación de la inferioridad congénita de nuestras naciones. Esta tesis, que encontramos ya a mediados del siglo en Alberdi o Sarmiento,⁶ desaguará en la exaltación del mestizaje, expresándose en versiones ya de derecha, como la del brasileño Raimundo Nina Rodrigues y su tesis relativa al “blanqueamiento” de la raza, ya de izquierda, como la del mexicano José Vasconcelos y su concepto de “raza cósmica”.

⁵ J. Ingenieros, *Crónicas de viaje* (1919), citado por M. S. Stabb en *ibid.*, p. 50.

⁶ Así, en *Argirópolis*, Sarmiento afirmaba: “La emigración del exceso de población de unas naciones viejas a las nuevas, hace el efecto del vapor aplicado a la industria: centuplicar las fuerzas y producir en un día el trabajo de un siglo. Así se han engrandecido y poblado los Estados Unidos, así como hemos de engrandecernos nosotros [...]”. Y añadía: “El norteamericano es [...] el anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores en energía”. Citado por L. Zea en *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, Ariel, 1976 (1ª ed., 1965), pp. 146-148.

Contados son, empero, los autores que tratan de descubrir en la población misma cualidades y recursos merecedores de admiración y precursores de un futuro mejor para nuestros países. Es, por ejemplo, el caso de Manuel González Prada, quien rechaza con energía la noción de “raza inferior” aplicada al indio peruano, y destaca sus potencialidades (línea que retomará sobre todo Mariátegui). Es también el de Euclides da Cunha, quien, en su estudio sobre la rebelión de Canudos, en el noreste brasileño, en el viraje del siglo, parte del análisis de las condiciones geofísicas hostiles del sertón para destacar la notable capacidad de adaptación de sus habitantes, es decir, los mestizos y mulatos tan despreciados por Bunge: “el sertanejo es antes que nada un fuerte”.

Menos aún serán los pensadores que desechan, de partida, la ideología racista en la reflexión sobre sus países. Así, Alberto Torres, en su libro *El problema nacional* (1914), busca la explicación de las especificidades brasileñas en la historia, las estructuras políticas y la cultura nacional, antes que en la sangre o el color de la piel. Y José Martí, con el idealismo y entereza que lo caracterizan, afirmará sin rodeos: “No hay razas: hay sólo modificaciones del hombre”.⁷

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

Los años veinte implican, para América Latina, cambios en todos los planos de la vida social. Enmarcados en el contexto de la prolongada crisis capitalista, que desorganiza el mercado mundial basado en la división simple del trabajo y que acabará por conducir a la guerra de 1939-1945, se abren en nuestros países espacios para que comience un proceso de industrialización cuya contrapartida es la creación del mercado interno, que impacta la diferenciación de las clases y la toma de conciencia por éstas de sus intereses. Los movimientos de las clases media y obrera impondrán nuevas alianzas sociopolíticas, radicalizarán las contradicciones entre la

⁷ J. Martí, “La verdad sobre Estados Unidos”, citado por M. S. Stabb en *América Latina en busca de una identidad...*, op. cit., p. 53.

oligarquía agrocomercial y la burguesía industrial y conducirán a nuevos tipos de Estado, en la mayoría de los casos basados en el nacionalismo y en pactos sociales menos excluyentes.⁸

Paralelamente se intensifican las relaciones comerciales y políticas entre los países de la región, soporte necesario para un concepto autónomo de latinoamericanismo. Hasta entonces, la idea de Latinoamérica se había esbozado desde Europa, en tanto que simplificación apta para un esquematismo ignorante, tanto por parte de los sectores dirigentes como de la izquierda. No por acaso la Internacional Comunista, al plantearse la cuestión colonial, eludirá el estudio particular de nuestros países y preferirá abordarlos como integrantes de lo que llama la *China del extremo occidente*. En otra perspectiva, la concepción del subcontinente como una verdadera región se formulará, desde Washington, en el marco de una política expansionista, inspirada en doctrinas como el pangermanismo o el paneslavismo, entonces en boga.⁹

Pero esto va a cambiar. Valiéndose en buena medida del marxismo, aunque no sólo de él, los intelectuales latinoamericanos tratarán de establecer sobre bases firmes una tradición original e independiente en la teorización de la región. Luego se procederá a la institucionalización de las ciencias sociales, en particular de la sociología y la economía. En relación a la primera, ello corresponde a la emancipación de la disciplina, hasta entonces enmarcada en cátedras impartidas en los cursos de filosofía y de derecho. El primer paso lo dio Brasil con la creación de la Escuela Libre de Sociología y Política de São Paulo, en 1933. Para 1950, ese proceso se había extendido a la mayoría de los países de la región, superando definitivamente la fase que Germani llama de “pensamiento pre-sociológico”.¹⁰

⁸ La Revolución Mexicana de 1910 representa una excepción, por la importancia que tiene allí el campesinado, no así por la participación de las clases medias. Sus frutos se verían, de hecho, en las dos décadas siguientes.

⁹ Cfr. el capítulo IV de mi libro *América Latina: democracia e integración*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993.

¹⁰ G. Germani, *La sociología latinoamericana: problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, pp. 19 y ss.

A partir de entonces empiezan a producirse trabajos de alta calidad teórica y metodológica —de autores como, entre muchos otros, Florestan Fernandes, Gino Germani, Alberto Guerreiro Ramos, Pablo González Casanova— que marcan la madurez de nuestra teoría social. Paralelamente, en la economía se registran los notables aportes que harán los pensadores de la CEPAL y, luego, con carácter más interdisciplinario, los de la teoría de la dependencia.

La difícil gestación de una ciencia social crítica, centrada en la problemática de nuestras estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas, había finalmente concluido. A partir de allí, la producción teórica latinoamericana va a impactar, por su riqueza y originalidad, a los grandes centros productores de cultura, en Europa y Estados Unidos, revirtiendo el sentido del flujo de las ideas que había prevalecido en el pasado. Nuevas y ricas corrientes de pensamiento surgirán luego sobre ese suelo abonado, y abrirán amplias perspectivas para la comprensión integral de nuestra realidad.

PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS

Más de medio siglo de desarrollo de la sociología nos ha permitido crear en América Latina información y metodologías de investigación que, aunadas a una considerable masa crítica, nos permiten hablar de una sociología latinoamericana. Las jóvenes generaciones cuentan hoy con un valioso instrumento para hacer frente a los problemas que la vida nos está planteando. La recuperación, actualización y profundización de esa tradición teórica las ponen en condiciones de interpretar este mundo nuevo y, más que eso, transformarlo.

Pero no todo son flores. La sociología, como disciplina científica, se ha ido especializando de manera creciente, para dar lugar a la sociología política, del desarrollo, de la cultura, del trabajo, de la información, y muchas otras. Si esa especialización contribuye a adecuar y refinar el instrumental teórico-metodológico que se aplica al objeto de estudio, conlleva también el peligro de la

pérdida de visión de la sociedad como totalidad y de la estrecha interconexión que caracteriza a los fenómenos sociales. Se hace por ello necesario una sólida formación de base en la disciplina, antes de pasar a profundizar en las ramas particulares que de ella se derivan.

En la misma línea de razonamiento, y en sentido inverso a las razones que dieron origen a la sociología, es necesario restablecer sus vínculos con las demás ciencias sociales, en particular con la economía y la ciencia política. La formación de los jóvenes sociólogos debe necesariamente tomar en cuenta que lo que la sociedad presenta no son sino dimensiones de análisis, cuyo estudio admite hasta cierto punto la existencia de ciencias especiales, como lo es la sociología, sin que ello implique perder de vista la necesidad de aspirar a una ciencia social total. El trabajo interdisciplinario atiende, en cierta medida, a esa exigencia, pero no ataca la raíz del problema. Se impone, en la formación sociológica básica, recurrir a la filosofía y a la historia para asegurar de partida esa visión totalizadora, antes de enveredar por el camino de la especialización.

Queda por señalar que el sociólogo, por su campo mismo de trabajo, no puede dejar de asumir un compromiso con la sociedad: el de estudiarla para proponerle metas e instrumentos capaces de hacerla mejor y más feliz. Ello le plantea negarse a ser un mero agente de los grupos que someten las mayorías a la explotación y la opresión, para asumir decididamente el partido de esas mayorías.

Hacerlo implica comprometerse con un desarrollo económico orientado a satisfacer las necesidades materiales y espirituales de nuestros pueblos, y a la democracia, en tanto que régimen capaz de asegurarles la realización plena de su humanidad. La humanidad, decía Max Scheller, no es un punto de partida, sino de llegada. Sólo el esfuerzo solidario, la búsqueda permanente de valores realmente sociales, susceptibles de ser compartidos por todos, y la lucha sin tregua contra la desigualdad y la injusticia, nos permitirá finalmente alcanzarla.

La sociología no podría encontrar una razón de ser más válida, ni los jóvenes que se dediquen a ella una tarea más noble.

PROCESO Y TENDENCIAS DE LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA¹

*La mercancía en sí y para sí está por sobre cualquier
barrera religiosa, política, nacional y lingüística.
Su idioma universal es el precio, y su comunidad
el dinero. Pero, en la medida en que se desarrolla
la moneda universal en oposición a la moneda
nacional, el cosmopolitismo del poseedor de
mercancías se convierte en creencia, en la razón
práctica contrapuesta a los prejuicios tradicionales
de la religión, de la nación, etc., que obstaculizan el
intercambio material entre los hombres.*

Marx, *El capital*, I²

El proceso mundial a que ingresamos a partir de la década de los ochenta, y que se ha dado en llamar de *globalización*, se caracteriza

¹ Extraído de Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*, t. IV: *Cuestiones contemporáneas*, México, UNAM, FCPys, CELA, 1996, pp. 49-68.

² Traducción libre del texto correspondiente al ítem III, letra c, del capítulo 1 del libro I de Karl Marx, *Le capital. Oeuvres*, París, NRF, t. I, p. 413, editado por Maximilien Rubel. Este pasaje no figura en las ediciones del Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI.

por la superación progresiva de las fronteras nacionales en el marco del mercado mundial, en lo que se refiere a las estructuras de producción, circulación y consumo de bienes y servicios, así como por alterar la geografía política y las relaciones internacionales, la organización social, las escalas de valores y las configuraciones ideológicas propias de cada país. La globalización se trata, sin duda, de la transición a una nueva etapa histórica, cuyos resultados apenas empiezan a ser vislumbrados, y de modo ciertamente insuficiente, dado que apenas comienza, dejando todavía fuera de su alcance a la mayoría de la población de África, porciones considerables de Asia e incluso parte de nuestra América Latina. Pero, en su movimiento envolvente, ha establecido ya avanzadas en todo el planeta.

Un primer aspecto que conviene destacar en dicho proceso es la magnitud de la población involucrada en su desarrollo. En los grandes momentos que la precedieron —la formación de los grandes imperios basados en el *modo de producción asiático* y la era romana; la polarización ideológica y, en algunos casos, política, del mundo cristiano en torno a unos pocos centros, en la Edad Media; a partir del siglo XVI, la expansión comercial y luego productiva y financiera del capitalismo, a la cual correspondió la formación de los Estados modernos; la creación del campo socialista— no se llegó, en ningún caso, a superar los mil millones de personas, y frecuentemente el número siempre estuvo muy por debajo de éste. Hoy son casi 6.000 millones de personas que comienzan a ver alteradas en cierto sentido sus condiciones materiales, sociales y espirituales de vida, lo que constituye un fenómeno sin precedentes.

Un segundo aspecto que debemos considerar es la aceleración del tiempo histórico. Hagamos a un lado el ejemplo fácil, por conocido, del relativo inmovilismo de las sociedades antiguas, determinadas esencialmente por su carácter agrario y una división elemental del trabajo,³ y aun el ya más rápido desarrollo de las

³ “Aquellas antiguas y pequeñas comunidades indias, que en parte todavía subsisten, se basaban en la posesión colectiva del suelo, en una combinación directa

sociedades burguesas, cuyo prototipo, Inglaterra, necesitó más de un siglo para traducir en el plano político lo que el capital había comenzado a construir en el siglo XVI, y cerca de tres siglos más para dejar de ser una economía agraria.⁴ Mencionemos tan sólo la difusión en gran escala de la industria manufacturera más allá de los grandes centros capitalistas existentes a principios de este siglo y la generalización del proceso de urbanización, que comenzó en la década de 1920, teniendo a la ex Unión Soviética y a los países de América Latina a la vanguardia para llegar, en poco más de medio siglo, a convertir a la primera en una superpotencia y a ubicar a los países latinoamericanos de mayor desarrollo relativo en los primeros escalones de las economías industrializadas y urbanas del mundo.

Un tercer aspecto reside en la enorme capacidad de *producción* que está en juego. En efecto, la producción global de bienes y servicios, que en 1980 era de 15,5 billones de dólares (en dólares de 1990), alcanzó 20 billones en 1990 (más de dos tercios concentrados en los siete países más industrializados). Esto significó un incremento de 4,5 billones de dólares en los años ochenta, suma superior al valor total de la producción mundial de 1950. En otras palabras, el crecimiento de la producción en una sola década superó todo el que se había verificado hasta la mitad del

de agricultura y trabajo manual y en una división fija del trabajo que, al crear nuevas comunidades, servía de plano y de plan [...] La sencillez del organismo de producción de estas comunidades que, bastándose a sí mismas, se reproducen constantemente en la misma forma y que al desaparecer fortuitamente vuelven a restaurarse en el mismo sitio y con el mismo nombre, nos da la clave para explicarnos el misterio de la *inmutabilidad* de las *sociedades* asiáticas, que contrasta de un modo tan sorprendente con la constante disolución y transformación de los Estados de Asia y con su incesante cambio de dinastías. A la estructura de los elementos económicos básicos de la sociedad no llegan las tormentas amasadas en la región de las nubes políticas". Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946-1947, t. I, pp. 290-292.

⁴ La revolución de 1640 da la señal de partida para la adecuación de la superestructura jurídico-política a la base socioeconómica que se venía gestando, y conduce al compromiso de 1688-1689, cuando queda definitivamente establecida la monarquía constitucional de corte burgués. La población urbana sólo supera a la población rural en 1851, en Inglaterra; cfr. E. J. Hobsbawn, *A era das revoluções, 1789-1848*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1982, 4ª edición, p. 27.

siglo XX.⁵ Señalemos que entre los 100 principales productores, 47 eran corporaciones transnacionales.⁶

Finalmente, un cuarto aspecto digno de mención consiste en la profundidad y rapidez que comienzan a presentar esas transformaciones. Ello se debe, en una amplia medida, al grado creciente de urbanización que caracteriza a las sociedades contemporáneas: la concentración demográfica acelera la transmisión de conocimientos, uniformiza comportamientos, homogeneiza formas de pensar. Pero, sobre todo, es resultado de la revolución que se está operando en materia de comunicación, la cual aumenta la velocidad de circulación de mercancías, servicios, ideas y, *primus inter pares*, de dinero, con lo que se compra casi todo eso. El mercado financiero único que está en vías de constitución y que funciona prácticamente sin interrupción, movilizándolo —sólo en la categoría del llamado “capital errante” o, más precisamente, especulativo— 13 billones de dólares,⁷ es un buen ejemplo del alto grado de internacionalización del capitalismo contemporáneo.

DE LA DIFUSIÓN DE LA INDUSTRIA A LA GLOBALIZACIÓN

Captar la especificidad de la globalización exige conocer las características de las condiciones que la han preparado. A partir de los años cincuenta, el parque industrial en regiones como América Latina fue ampliado y desdoblado en nuevas ramas productivas (la automotriz, por ejemplo) gracias a la importación de equipos, cuyo ingreso se contabilizaba en términos monetarios, lo que permitía flexibilizar los rígidos límites existentes en la balanza de cuenta corriente respecto a la disponibilidad de divisas.

⁵ L. R. Brown, presidente del Worldwatch Institute, “A nova ordem mundial”, en *Boletim de Conjuntura Internacional*, Brasilia, Ministerio de Economía, Hacienda y Planeación, 1992, pp. 42-43.

⁶ Según la última relación decenal de *The Conference Board*, conocido centro empresarial norteamericano de investigación. Cfr. *Comércio Exterior*, Río de Janeiro, enero de 1992.

⁷ Según cálculo hecho en 1994 por el BIS. Cfr. *Exame*, Río de Janeiro, 29 de marzo de 1995.

El fenómeno obedecía a una doble determinación: por un lado, la velocidad de la innovación tecnológica en los centros volvía rápidamente obsoletos equipos que no se encontraban todavía amortizados, lo que hacía atractiva su transferencia a los países más atrasados, donde podían seguir siendo utilizados; por otro, la protección tarifaria o la imposición de cuotas de importación en estos últimos (aunada a las facilidades creadas por el Estado con el fin de atraer al capital extranjero —construcción de infraestructura, cesión de terrenos, exenciones de impuestos, etc.) proporcionaba a las empresas extranjeras mercados cautivos.

Sin embargo, esto acabó por crear nuevos problemas. Primero, la brusca introducción de innovaciones en parques industriales caracterizados por un parco desarrollo técnico condujo a una gran *heterogeneidad tecnológica*, particularmente en los sectores a que se dirigió la inversión extranjera: el de bienes de consumo suntuario y el de bienes de capital, lo cual agudizó las transferencias internas de plusvalía a través de los precios de producción y aceleró el grado de concentración de la economía.⁸ Segundo, porque, pasado el plazo de maduración de las inversiones, éstas encontraban dificultades para reinvertir sus ganancias en el mercado nacional, por la saturación relativa del mismo, y se planteaba entonces exportarlas a las matrices; surgieron así nuevas presiones sobre las divisas disponibles, lo que condujo a la caída de las tasas de crecimiento en la región y puso en el orden del día la consigna de la restricción a la repatriación de beneficios y, luego, la de la exportación de manufacturas. Fue en ese contexto que surgieron los organismos de integración regional, como la ALALC, el Pacto Andino y el Mercado Común Centroamericano.

⁸ La heterogeneidad tecnológica ha sido ampliamente estudiada en América Latina por varios autores. Yo mismo traté su impacto en la acumulación del capital en por lo menos cuatro ocasiones: “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, en *Marxismo y revolución*, Santiago de Chile, No. 1, julio-septiembre de 1973, incorporado a mi libro *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, México, Ediciones Era, 1976; *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones Era, 1973; “El ciclo del capital en la economía dependiente”, en U. Oswald (coord.), *Mercado y dependencia*, México, Nueva Imagen, 1979 y “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, en *Cuadernos Políticos*, México, No. 20, abril-junio de 1979.

La configuración desequilibrada de las economías latinoamericanas, con marcada preponderancia de la industria de bienes suntuarios, y la restricción de sus mercados, determinada primordialmente por la superexplotación del trabajo y expresada en una concentración creciente del ingreso, empujaron a dichas economías a la crisis,⁹ y no les dejaron otra alternativa que —paralelamente al intento de abrir nuevos campos a la inversión extranjera, lo que reproducía de manera ampliada la contradicción inicial— el esfuerzo para lograr mercados externos preferenciales, sin perjuicio de que se acusase la tendencia al proteccionismo comercial. Éste, por lo demás, no era privativo de América Latina. La intensificación de la competencia internacional, en la segunda mitad de los años sesenta, acentuó el proteccionismo en Estados Unidos y Europa, especialmente en función del fantasma japonés. En el mundo socialista, la filosofía económica dominante llevaba a soluciones del mismo tipo.

La circulación internacional de mercancías y capitales se veía así bloqueada, operando sobre la base de un mercado mundial fragmentado. La contradicción era grande, dada la presión por la ampliación de los campos de inversión, resultante del aumento de la cantidad de la masa dineraria en manos de los inversionistas, y la tendencia a la expansión de los mercados, en virtud del alza de los salarios (pese al elevado grado de explotación del trabajo), aumento inducido por el desarrollo mismo de las fuerzas productivas¹⁰ y el consecuente crecimiento de la demanda.

⁹ “La razón última de toda verdadera crisis es siempre la pobreza y la capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia a producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad”. Karl Marx, *El capital*, t. III, p. 454.

¹⁰ “El crecimiento de la fuerza productiva del trabajo, debido a la creciente intensidad, aun cuando aumenten los salarios, no impide [...] que los ingresos [de los capitalistas] *aumenten constantemente*, en cuanto a valor y en cuanto a cantidad [...]. Las clases y subclases que no viven directamente del trabajo se multiplican, viven mejor que antes, y asimismo se multiplica el número de obreros improductivos”. H. Grossmann, “Ensayos sobre la teoría de las crisis: dialéctica y metodología en *El capital*”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, México, No. 79,

En economía, los grandes cambios son fruto de calamidades naturales o sociales. La guerra, desde luego, y las plagas también.¹¹ El capitalismo añadió una que le es peculiar: las crisis periódicas. En cualquiera de sus formas, esas catástrofes provocan la centralización de los medios de trabajo, eliminan de paso los menos eficientes y reducen la fuerza de trabajo mediante la destrucción o expulsión de las actividades productivas, al tiempo que promueven el empleo más intensivo y/o extensivo de la fracción trabajadora que permanece en actividad. Tiende a aumentar, en consecuencia, la parte del ingreso que corresponde a los propietarios de medios de producción, lo que en principio favorece la elevación de la tasa de inversión (aunque también el consumo suntuario y la especulación) y concentra la producción en grandes unidades económicas; esto a su vez agudiza la competencia e incentiva la introducción de innovaciones técnicas.

La crisis capitalista que, como resultado de la caída de las tasas de ganancia que se empieza a verificar a mediados de los setenta, estalló con violencia tras la primera alza de los precios del petróleo y fue responsable, en los países industrializados, de tres recesiones (1974-1975, 1980-1982 y 1990-1994), no constituye una excepción. El problema sólo pudo ser resuelto en la crisis capitalista de los setenta, en cuyo marco se verificó una ola de com-

1979, p.179, citando la *Historia crítica de las teorías de la plusvalía*, de Marx. Cabe indicar aquí que en este caso no procede distinguir el aumento de la plusvalía y el de la intensidad del trabajo, dado que, si el segundo depende hasta cierto punto del primero, el aumento de la productividad implica siempre el aumento de la intensidad. La economía burguesa, al correlacionar productividad y producción, haciendo sus cálculos en términos de producto/horas trabajadas, en lugar de tomar en consideración la fuerza de trabajo, es incapaz de distinguir entre las dos formas que determinan la capacidad productiva del trabajador.

¹¹ La peste negra que irrumpe en Europa a mediados del siglo XIV y diezma probablemente una tercera parte de la población, favoreció el desarrollo agrícola, debilitó las estructuras feudales, hizo más prestigiosas a las ciudades, reforzó el Estado, contribuyó al ascenso de una clase media burguesa y promovió el crecimiento de las artes, preparando el Renacimiento. Sobre este último punto, cfr. las lúcidas consideraciones de G. Duby, en *A Europa na Idade Média*, São Paulo, Martins Fontes, 1988, pp. 112 y ss.

pras y fusiones de activos,¹² así como de acuerdos tecnológicos,¹³ a los que estamos asistiendo todavía y que se completan con el surgimiento de un nuevo mecanismo: la tercerización.¹⁴ En otros términos, como es la norma en situaciones de esa naturaleza, la crisis ha dado lugar a una *centralización* salvaje, con la que se están formando las masas de recursos requeridas para promover el desarrollo de las nuevas tecnologías y mejorar así las condiciones de competitividad.

Ello explica por qué, pese a su curva irregular, el retorno de las inversiones productivas en esos países, en el último tercio de los setenta,¹⁵ desató una formidable revolución tecnológica, par-

¹² Los valores correspondientes a fusiones y adquisiciones de empresas, en Estados Unidos, fueron de 14.000 millones de dólares en 1974, 45.000 millones en 1980, 175.000 millones en 1985, 249.000 millones en 1989 y, de enero a agosto de 1995, 256.000 millones de dólares. Véase *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 3 de septiembre de 1995. Sobre el tema, cfr. R. Ornelas, "Las empresas transnacionales como agentes de la dominación capitalista", en A. E. Ceceña y Andrés Barreda Marín (coord.), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, México, Siglo XXI, 1995, en particular el cuadro 15.

¹³ Sobre los acuerdos tecnológicos en la industria de computadoras, cfr. A. E. Ceceña, Leticia Palma y Edgar Amador, "La electroinformática: núcleo y vanguardia del desarrollo de las fuerzas productivas", especialmente la tabla 5 del anexo, en A. E. Ceceña y Andrés Barreda Marín (coord.), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, *op. cit.* Observemos que ese procedimiento fue ampliamente utilizado en la industria automotriz desde fines de la década de los setenta.

¹⁴ La tercerización de actividades productivas o de servicios por parte de grandes empresas establece, como contrapartida, una férrea disciplina en materia de control de la producción y de la tecnología, y en general de todo el flujo reproductivo en las unidades tercerizadas, que corresponde a la centralización del *mando* en manos de esas empresas, aunque no necesariamente de la propiedad. Sin embargo, esta última también puede darse mediante participación accionaria, principalmente cuando la empresa tercerizada resulta de un desprendimiento de la empresa principal.

¹⁵ Durante el período 1970-1990, en las fases de recesión y recuperación, la formación bruta de capital fijo presentó la siguiente evolución en los siete países más industrializados (crecimiento promedio anual, en porcentaje, según datos de la OCDE, compilados por el Departamento de Estadísticas y Asuntos Internacionales de la Secretaría Nacional de Planeación de Brasil, actual Secretaría de Planeación y Presupuesto): 1970-1973: 6,4; 1974-1975: -6,0; 1976-1979: 6,0; 1980-1983: -2,5; 1983-1990: 5,1. Más allá de la información cuantitativa, vale la pena resaltar que la inversión fija en esos países privilegió el ítem de maquinaria y equipo y, en este renglón, en una proporción de 3/4, los bienes de alta tecno-

ticularmente en las ramas de la microelectrónica e informática, telecomunicaciones, biotecnología y nuevos materiales, así como en la producción de energía y la industria aeroespacial. Esto implicó cambios sustanciales en los niveles de empleo y remuneración, así como en los modos de organización y gestión del capital y de la fuerza de trabajo.

HACIA UNA NUEVA DIVISIÓN DEL TRABAJO

Es particularmente notable el hecho de que, en las nuevas condiciones, el crecimiento económico ha dejado de corresponder a la ampliación del empleo. Es así como, tras ostentar de modo estable tasas de desempleo equivalentes a 4% de la fuerza de trabajo hasta 1973, éstas se han elevado rápidamente en los 24 países más industrializados y, según la OCDE, alcanzan su punto máximo en 1983 (8%), afectando a 31 millones de personas, pese a que se había superado ya la recesión de principios de esa década; declinan gradualmente en los años siguientes, pero el desempleo era todavía de cerca de 6% en 1990, para retomar luego su línea ascendente.¹⁶

Para imponer ese patrón de desarrollo económico que combina crecimiento y desempleo fue necesario quebrar la tesis de la resistencia del movimiento obrero, lo que dio lugar a las batallas memorables que se libraron a fines de los años setenta y princi-

logía. Cfr. mi libro *América Latina: democracia e integración*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993, pp. 34-35.

¹⁶ Según el informe anual elaborado por el Comisionado para Asuntos Sociales de la Unión Europea, Padraig Lynn, el crecimiento económico que comienza a verificarse después de la recesión de los primeros cuatro años de la década de 1990 no ha sido suficiente para reducir la tasa de desempleo. Ésta golpea actualmente a 18 millones de personas en la Unión Europea, equivalente al 11% de la población activa. Peor aún: pese a la recuperación registrada en el primer semestre de 1995, el mercado de trabajo se ha mantenido estable, no habiendo sido siquiera capaz de recrear los 6 millones de puestos perdidos entre 1991 y 1994, y menos aún de absorber parte importante de la mano de obra que ingresó a ese mercado; en consecuencia, la tasa es más elevada, por sobre el 15%, entre la población menor de 25 años. En Estados Unidos la tasa de desempleo actual es del 6,6%, y en Japón, donde las relaciones laborales son peculiares, del 3%.

pios de los ochenta, la más dura de las cuales fue la que enfrentó a Margaret Thatcher con los mineros ingleses, al inicio de su gobierno. Los enfrentamientos se repitieron en Estados Unidos, Alemania, Francia e Italia, principalmente, y provocaron, junto con el aumento del desempleo, el debilitamiento de los sindicatos. Es así como entre 1970 y 1990 el índice de sindicalización de la masa laboral se redujo de 23% a 17% en Estados Unidos, de 42% a 40% en Gran Bretaña, de 22% a 10% en Francia y de 37% a 28% en Japón.¹⁷

En estas circunstancias, los trabajadores no han podido resistir las presiones patronales y han debido hacer concesión tras concesión.¹⁸ Las empresas recurrieron en gran escala a la *tercerización de su personal*, que implica el despido de trabajadores y su posterior recontratación a través de pequeñas empresas prestadoras de servicios, lo que las exime de gastos por concepto de prestaciones sociales.¹⁹ Paralelamente adoptaron medidas enmar-

¹⁷ Datos del Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socioeconómicos (DIEISE) de São Paulo. Respecto a Estados Unidos, la información oficial de 1989 indica que ese 17% se reduciría a 13,4% si se excluyeran los empleados gubernamentales. Cfr. R. B. Reich, *The Work of Nations*, Nueva York, Vintage Books, 1992, p. 212.

¹⁸ En el II Simposio sobre el Futuro del Sindicalismo, realizado en São Paulo en agosto de 1992 y promovido por la Fundación Instituto de Desarrollo Empresarial y Social (FIDES), el jefe del Departamento Internacional del TUC Británico, que cuenta con 7,7 millones de miembros, admitió que esa organización había perdido fuerza tras el ascenso de Mrs. Thatcher al gobierno, y declaró: “Hemos pasado de la lucha de clases a la aparcería en el trabajo”. A su vez, Robbie Gilbert, director de la Confederation of British in Industry, la organización patronal inglesa, precisó que, frente al promedio de 3.000 conflictos laborales registrados en los años setenta, se habían presentado 500 en 1991. Y Bruno Rossi, del Departamento Internacional de la CGIL, la mayor y más importante de las tres centrales sindicales italianas, con 5 millones de afiliados, confirmó: “La aparcería no sólo es posible, sino que es necesaria para ambas partes”. Cfr. *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 16 de agosto de 1992.

¹⁹ Se trata de un procedimiento tan viejo como el capital. Así, al estudiar el salario a destajo, Marx observa: “[...] este régimen de salarios constituye la base [...] de todo un sistema jerárquicamente graduado de explotación y opresión. [...] el destajo facilita la intervención de *parásitos* entre el capitalista y el obrero, con el régimen de *subarrendamiento del trabajo* (*subletting of labour*). La ganancia de los intermediarios se nutre exclusivamente de la *diferencia* entre el precio del

cadras en la llamada *flexibilización*, procedimiento que obliga al obrero, a cambio de la estabilidad en el empleo, a aceptar modificaciones que afectan desde el puesto de trabajo y el salario hasta la jornada laboral, en su duración e intensidad.²⁰ Finalmente, acentuaron la diferenciación existente en los mercados de mano de obra, interponiendo una distancia creciente entre el trabajador y el proceso material de producción, lo que ha contribuido a aumentar la jerarquización existente entre ellos según el grado de su calificación, tanto desde el punto de vista del empleo como de la remuneración.²¹

Estos hechos, en una primera instancia son atribuibles en buena medida al cambio tecnológico mismo, que hace cada vez más fuerte la incidencia del conocimiento en el proceso de producción. Como señala Reich, en 1984 el 80% del costo de una computadora correspondía a su *hardware*, vale decir, a la máquina misma, y el 20% al *software*, el sistema operacional y las aplicaciones que en ella se utilizan; en 1990 esa proporción se había inver-

trabajo abonado por el capitalista y la *parte* que va a parar a manos del obrero". Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, t. I, p. 464.

²⁰ Un buen ejemplo en este sentido lo dio en 1992 la empresa automotriz británica Rover, al establecer un acuerdo con su sindicato. Por el mismo, los trabajadores se volvieron estables, pero, en caso de supresión de cargos por razones técnicas, los afectados pasan por un período de entrenamiento y son desplazados a otra función o, si así lo prefieren, se jubilan. En contrapartida, y mediante previa discusión, los obreros se comprometen a elevar la productividad, gracias a medidas apoyadas en la gran movilidad y flexibilidad de las funciones en la línea de producción, y a participar en equipos en todos los niveles destinados a establecer mecanismos tendientes a ese fin. Cfr. *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 5 de mayo de 1992. Para ampliar el análisis de las cuestiones relativas a la flexibilización del trabajo, véase A. Sotelo Valencia, *México: dependencia y modernización*, México, El Caballito, 1993.

²¹ En Estados Unidos cerca del 80% de los nuevos empleos creados en la década de 1980 correspondía a la categoría de servicios. Cfr. R. B. Reich, *The Work of Nations*, *op. cit.*, p. 86. Pero la diferenciación no opera sólo separando obreros y personal de mayor calificación, sino que lo hace también dentro de este grupo: según el Instituto de Política Económica de Estados Unidos, entre 1979 y 1989 los trabajadores norteamericanos de servicios experimentaron una pérdida salarial de 3,1%, que llegó a ser de 26,5% para los recién graduados; en contrapartida, la remuneración de los altos ejecutivos de las grandes empresas aumentó 19%. Cfr. *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 8 y 19 de septiembre de 1992.

tido. Es lo que hace que sólo el 10% del precio de costo de la IBM esté referido al proceso físico de producción del equipo.²² Esta constatación lleva a ese autor a dos conclusiones relevantes.

La primera es que el proceso de difusión mundial de la industria manufacturera es incontenible e irreversible, y, con vistas a obtener mayores ganancias, abre amplio campo para el desplazamiento de la producción manufacturera a los países que presentan tasas salariales inferiores, lo que representaría una de las causas determinantes de la reducción de la oferta de trabajo en Estados Unidos.²³

Las fábricas modernas y el “estado de arte” de la maquinaria pueden ser instaladas casi en todas partes del mundo. Los productores rutinarios [directamente ligados a la producción] de Estados Unidos están, pues, en competencia directa con millones de productores rutinarios de otras naciones.²⁴

Esto interesa no sólo a los obreros sino a los técnicos de nivel medio y alto.

La segunda conclusión consiste en la necesidad que hoy tendría Estados Unidos de dedicar lo mejor de su esfuerzo a la educación, desde el nivel preescolar hasta el superior, a fin de compensar esa reducción de la oferta interna de empleo mediante la transformación a gran escala del personal existente en cuadros altamente calificados, que el autor llama “analistas simbólicos” (*symbolic analysts*). “En principio”, afirma, “todos los obreros que son productores rutinarios pueden volverse analistas simbólicos y dejar que sus viejos empleos se transfieran hacia las naciones en desarrollo”.²⁵

²² R. B. Reich, *The Work of Nations*, *op. cit.*, pp. 83 y ss.

²³ Esta tesis se constituyó en el argumento central de los sectores económicos y políticos que se opusieron a la inclusión de México en el TLC. Cfr. R. Perol y Pat Choate, *Save Our Job, Save Our Country*, New York, Hyperion, 1993.

²⁴ R. B. Reich, *The Work of Nations*, *op. cit.*, p. 209.

²⁵ *Ibid.*, p. 247.

Esto nos pone frente al proyecto de una nueva división internacional del trabajo, que operaría *en el plano de la misma fuerza de trabajo* y no, como antes, a través de la posición ocupada en el mercado mundial por la economía nacional en donde trabajador se desempeña. De lo que se trata, ahora, es de la participación del trabajador en un verdadero ejército industrial globalizado en proceso de constitución, en función del grado de educación, cultura y calificación productiva de cada uno.

Un análisis más detallado nos muestra, empero, que los países desarrollados conservan dos triunfos en la mano. El primero es su inmensa superioridad en materia de investigación y desarrollo, que es lo que hace posible la innovación técnica; existe allí un verdadero *monopolio tecnológico* que agrava la condición dependiente de los demás países. El segundo es el *control que ejercen en la transferencia de actividades industriales* a los países más atrasados, tanto por su capacidad tecnológica como de inversión, control que actúa de dos maneras: una, transfiriendo prioritariamente a los países más atrasados industrias menos intensivas en conocimiento; dos, dispersando entre diferentes naciones las etapas de la producción de mercancías; de esa manera impiden el surgimiento de economías nacionalmente integradas.

Estas dos facultades, que son privilegio de los centros desarrollados, inciden, como siempre lo han hecho, en la división internacional del trabajo en el plano de la producción. Es por estos medios que se cubren las necesidades que, en lo que respecta a los insumos, se hacen crecientes en los países centrales, a medida que aumenta la productividad del trabajo. Uno de sus resultados visibles es el regreso de países (desde luego con métodos de gestión plenamente capitalistas, a diferencia de lo que sucedía antes) a la forma simple de división internacional del trabajo que primaba en el siglo XIX y que involucraba el trueque de bienes primarios por bienes manufacturados. En América Latina el caso más evidente es el de Chile, cuyas exportaciones consisten básicamente en cobre y otros minerales, frutos del mar, harina de pescado, madera y celulosa, mientras las importaciones satisfacen buena parte de las necesidades del país en lo que respecta a bienes

de capital y de consumo, en particular de artículos suntuarios.²⁶ Pero está lejos de ser el único ejemplo. El mismo Brasil, el país de mayor desarrollo industrial de la región, comienza a presentar tendencias que constituyen motivo de preocupación entre empresarios y economistas.²⁷

De esta manera la economía globalizada, que estamos viendo emerger en este fin de siglo y que corresponde a una nueva fase del desarrollo del capitalismo mundial, pone sobre la mesa el tema de una nueva división internacional del trabajo que, *mutatis mutandis*, tiende a reestablecer, en un plano superior, formas de dependencia que creíamos desaparecidas con el siglo XIX. Todavía más, ella impacta, como vimos, a la misma fuerza de trabajo, al acarrear desniveles crecientes en materia de saber y capacitación técnica.

Los países dependientes ya no tienen acceso a conocimientos tecnológicos concebidos sobre una base relativamente estable, como la de fines de la Segunda Guerra Mundial, sino que deben hacer frente al acelerado desarrollo de tecnologías de punta que demandan masas considerables de conocimiento y de inversión, para que se pueda acortar la distancia que las separa de los centros avanzados. A ello se suma el gasto que requiere la educación, materia en la cual nuestro atraso se vuelve mayúsculo. Todo ello agrava las relaciones de dependencia y amenaza con reproducir

²⁶ Sobre los cambios en Chile después de 1975, véase P. L. Olave Castillo, *El proyecto neoliberal: el caso de Chile*, México, UNAM-FCPyS, 1995, tesis de maestría, mimeo.

²⁷ Las exportaciones realizadas por Brasil entre enero y julio de 1995, comparadas con las que tuvieron lugar en el mismo período del año anterior, arrojan un crecimiento de 6,8%. El renglón relativo a bienes primarios aumentó en 5,7% y sigue correspondiendo a cerca de un cuarto del total. Respecto a los productos industrializados, que han registrado 6,2% de crecimiento, manteniendo su proporción de tres cuartas partes del total, se observa una evolución diferenciada: mientras los semimanufacturados (aluminio en bruto, semimanufacturas de hierro y acero, celulosa, etc., aumentan en 30%, pasando de 15,2% a 18,4% del total, los manufacturados se muestran estancados, con lo que su participación en la pauta baja es de 58,5% a 54,7%). Cfr. CEPAL, *Panorama económico de América Latina, 1995*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1995, cuadro 8, p. 32.

en escala planetaria la división del trabajo que creó, en el pasado, la gran industria, aunque ahora se exija de los nuevos peones u *obreros rutinarios* grados de calificación muy superiores a los vigentes en el siglo XIX. Es inevitable, así, que —como es la norma en economías dependientes— los cambios por los que pasa el capitalismo engendren entre nosotros contradicciones mucho más agudas.

En consecuencia, las políticas públicas referidas a estas cuestiones terminan por asumir carácter prioritario, tanto en el ámbito nacional como en el marco de las instancias supranacionales en formación, al tiempo que plantean la exigencia de políticas económicas capaces de asegurar la creación y/o el desarrollo de actividades que impliquen cada vez más la aplicación del saber a la producción de bienes y servicios. En otras palabras, la economía se convierte en un problema que debe ser resuelto eminentemente en el plano de la política. Volveremos más adelante a esta cuestión. Por ahora nos interesa entender mejor esta fase de globalización de la economía capitalista y explicar cómo operan en ella los factores que determinan la lógica del sistema.

LA LEY DEL VALOR DE UNA ECONOMÍA GLOBALIZADA

La revolución tecnológica ocurrida en los centros, los cambios allí verificados en la estructura productiva y social, y el nuevo impulso que ha ganado la difusión mundial de la industria apuntan hacia una reestructuración radical de las relaciones económicas internacionales. En el curso de los años ochenta se asistió a un conjunto de modificaciones en el comercio mundial, empezando por su expansión, la cual, según la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos, presentó tasas anuales de crecimiento del orden del 4%, lo que arrojó en la década un aumento global de 50%. Tras una leve declinación al inicio de los noventa, el proceso ha mantenido su tendencia ascendente: en 1994 el crecimiento fue de 9% (más de dos veces el registrado en 1993, de 4%, y el mayor índice registrado desde 1976) y el valor de las exportaciones mundiales rebasó por primera vez los 4 billones de dólares.

Una parte cada vez más significativa de esa expansión se debe al comercio intrafirmas. Esto permitió que empresas como la Compaq Computers de Houston, que comenzó a operar en 1983, alcanzasen en 1990 ingresos por 3.000 millones de dólares, para lo cual han comprado por fuera la mayor parte de sus componentes: microprocesadores a Intel, sistemas operacionales a empresas como Microsoft, pantallas de cristal líquido a Citizen; y a Apple II le ha permitido producir computadoras por un costo de 500 dólares, de los cuales 350 corresponden a compras externas. El fenómeno se vuelve aún más importante si se incluyen las transacciones con empresas tercerizadas: en 1990 la Chrysler Corporation produjo directamente sólo el 30% del valor de sus vehículos, la Ford cerca del 50% y la General Motors adquirió la mitad de sus servicios de diseño e ingeniería de 800 compañías diferentes.²⁸

Ello sólo es posible en la medida en que la moderna tecnología imprime un alto grado de estandarización a la producción de partes y componentes, lo que supone la difusión en gran escala de equipos y métodos de producción, así como el uso de insumos de calidad comparable. En otros términos, la producción mundial se caracteriza hoy por una creciente *homogeneización* en materia de capital constante fijo y circulante. Ésta es su marca distintiva en relación con el proceso de internacionalización del capital industrial que se verificó después de la posguerra y se extendió hasta la década de 1970.

Una vez puesto en marcha ese proceso de supresión de las barreras que fragmentaban el mercado mundial y ponían obstáculos al flujo de la reproducción de capital, se abrió una nueva fase en la producción-circulación de mercancías, caracterizada por la tendencia al pleno reestablecimiento de la ley del valor. En efecto, un mercado mundial rígidamente compartimentado en mercados nacionales, sujetos en mayor o menor grado a la voluntad de cada Estado, afectaba considerablemente el funcionamiento de ésta. Autores como los cepalinos, cuando se percataron de

²⁸ R. B. Reich, *The Work of Nations*, op. cit., pp. 85-86.

que en el ámbito internacional se presentaban peculiaridades que propiciaban formas de intercambio —que después se llamó *desigual*—, tomaron a la nube por Juno y las atribuyeron a la relativa inmovilidad de la fuerza de trabajo.²⁹ El desarrollo económico en la posguerra, que aceleró notablemente la circulación internacional de la mano de obra,³⁰ al tiempo que agravaba las distorsiones de precios en el plano mundial, era suficiente para descartar esa ilusión.

En realidad, la razón para que ello sea así es otra. En el plano del capital social (en un país o en un sector de producción internacionalizada), al grado de productividad del trabajo le corresponde una intensidad *media* (el ritmo de trabajo que alcanza a tener el promedio de los obreros, en función de aquel grado de productividad). Como, en lo que respecta a la mercancía, lo que ésta puede indicar es tan sólo el *tiempo medio* que requiere su producción, es a partir de ese tiempo medio como será fijado su precio relativo. Ahora bien, cuando se comparan mercancías para fijar su precio relativo, de hecho se están comparando objetos que demandan diferentes *tiempos de trabajo* para ser producidos, independientemente de que esa comparación se ejerza en el ámbito nacional o mundial. El valor establecido y, en principio, el precio en que se expresa, corresponden al tiempo de trabajo *socialmente necesario* para producir las mercancías, el cual resulta de la *productividad media* y la *intensidad media* del trabajo. Pese a que se trata de procedimientos intrínsecamente diferentes, ambos permiten producir en un mismo tiempo una masa mayor

²⁹ En particular, Prebisch. El argumento fue retomado por José Serra y Fernando Henrique Cardoso, “Las desventajas de la dialéctica de la dependencia”, en *Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario, México, 1978, y criticado por mí en “Las razones del neodesarrollismo”, publicado en el mismo número de esa revista. En realidad, en este plano del razonamiento, la cuestión principal no se refiere tanto a la ley del valor como a la formación de los precios de producción.

³⁰ Véase sobre el tema, de A. E. Ceceña y Ana Alicia Peña, “En torno al estatuto de la fuerza de trabajo en la reproducción hegemónica del capital”, en A. E. Ceceña y Andrés Barreda Marín (coord.), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, *op. cit.*

de valores de uso, que el capitalista se encargará de convertir en mercancías. Veamos en qué consiste esa diferencia.

El trabajo más productivo es aquel que, sobre una *base técnica superior*, permite al obrero, sin mayor esfuerzo, producir más mercancías en el mismo período de tiempo, lo que implica en principio una *reducción* del valor de las mismas;³¹ sin embargo, mientras esa superioridad técnica no se generalice, su valor individual seguirá siendo fijado por su valor social (en función de las *condiciones medias de producción de la rama*), y por lo tanto estará por encima de su valor real. El trabajo más intensivo, en cambio, aunque lleve también al obrero a producir en el mismo tiempo una cantidad mayor de mercancías, no resulta de un adelanto técnico sino de más *esfuerzo*, lo que provoca un *desgaste* superior de la fuerza de trabajo; su efecto es, pues, similar al del aumento de la jornada de trabajo y, como ésta, implica la producción de una masa mayor de valor; sólo si el nuevo grado de intensidad se generaliza a la rama, el valor de las mercancías así producidas se convertirá en valor social, es decir, se determinará en función de la nueva intensidad media de dicha rama. En ambos casos, pues, el capitalista individual que eleve unilateralmente su base técnica y/o la intensidad del trabajo de sus obreros se hará acreedor a *una plusvalía y una ganancia extraordinarias*.³²

³¹ Son muchos los autores a quienes ese aumento de la masa de mercancías con la reducción concomitante de su valor individual causa problemas de comprensión. Véase, por ejemplo, el artículo de José Serra y Fernando Henrique Cardoso “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *op. cit.*, y la crítica que le hice en “Las razones del neodesarrollismo”, *op. cit.*, así como mi discusión con María da Conceição Tavares en “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, *op. cit.* Toda la cuestión reside en entender que *el valor de las mercancías se determina por la cantidad de ellas que se produce en una jornada de trabajo, sobre la base del tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción*. En consecuencia, si la jornada permanece igual y se reduce ese tiempo de trabajo, incrementándose, en consecuencia, la masa de mercancías producidas, esa masa representará *más valores de uso*, pero una *cantidad idéntica de valor*. Desde luego, esto vale para una rama, no para el capitalista individual, dado que partimos del tiempo de trabajo *socialmente* necesario.

³² No hay que perder de vista que los modos de producción de plusvalía sólo afectan la *cuota general de plusvalía* si inciden en bienes que determinan el valor de

En una *economía nacional* la competencia actúa por lo general (dado el grado medio de calificación del obrero y el acceso más fácil de los capitalistas a la nueva tecnología o al aumento de la intensidad) *nivelando* el tiempo medio de producción y fijando el precio relativo de la mercancía a partir de él, con lo que *la ganancia extraordinaria tiende a ser un fenómeno transitorio*. Pero no sucede lo mismo en el *mercado mundial*, o se da de modo mucho más diferido, en virtud de las dificultades de información existentes relacionadas con los procesos productivos y de transferencia de tecnologías, además de la diversidad que presenta el grado de calificación del obrero. Y Esto es lo que permite al país que cuenta con mayor capacidad productiva hacer pasar como idéntico el valor de los bienes que produce.³³

Ahora bien, la nueva fase en que ha ingresado el mercado mundial, con la disolución progresiva de las fronteras nacionales y el incremento de la producción, fase orientada a cubrir mercados cada vez más amplios, implica la intensificación de la competencia entre las grandes empresas y su esfuerzo permanente por

la fuerza de trabajo. Cfr. Karl Marx, *El capital*, t. I, p. 439. Las implicaciones de este hecho en la tendencia a la fijación de la ganancia extraordinaria y en el sobredimensionamiento del sector de producción de bienes suntuarios de las economías dependientes fueron analizadas por mí en “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, *op. cit.*

³³ Como en distintos países rigen diferentes grados medios de intensidad del trabajo, esto afecta la aplicación de la ley del valor a las jornadas nacionales de trabajo. “La jornada más intensiva de una nación se traduce en una expresión monetaria más alta que la jornada menos intensiva de otro país” (Karl Marx, *El capital*, t. I, p. 439). “Expresión monetaria más alta equivale aquí a un producto mayor de valor, dado que, como señalé antes, Marx está suponiendo que el valor del mercado no se ha alterado”. Véase también *ibid.*, p. 469: “La intensidad media del trabajo cambia de un país a otro; en unos es más pequeña, en otros mayor. Estas medias nacionales forman, pues, una escala, cuya unidad de medida es la unidad media del trabajo universal. Por tanto, comparado con otro menos intensivo, el trabajo nacional más *intensivo* produce durante el mismo tiempo más valor, el cual se expresa en más dinero”. Como vimos antes, la mayor intensidad del trabajo supone normalmente una mayor productividad; aunque esta afirmación pudiera matizarse en función de los distintos grados de calificación de trabajo existente en el ámbito internacional, tendremos luego ocasión de ver que ese matiz debe ser muy relativizado.

lograr ganancias extraordinarias respecto a sus competidores. Se acentúa, pues, la utilización de los procedimientos que permiten obtener dichas ganancias. Pero al mismo tiempo, surgen nuevos obstáculos.

En efecto, a las grandes empresas se les hace cada vez más difícil establecer monopolios tecnológicos por períodos largos, dadas las características que viene asumiendo la gestión del capital en el curso de su reproducción. La misma necesidad impuesta por la competencia de recurrir a nuevas formas de reducción de gastos de circulación (como el sistema *just-in-time*, que quiere evitar la formación de existencias) y de descentralización productiva (como la tercerización), no implica sólo grados superiores de centralización del capital, sino que obliga a la difusión de la tecnología, particularmente en lo relativo a los métodos directos de producción (aunque no, evidentemente, en lo relacionado con su concepción). La difusión tecnológica es indispensable para la estandarización de las mercancías y, pues, para su intercambiabilidad, con lo que se tiende, a la larga, a *homogeneizar los procesos productivos* y a *igualar la productividad del trabajo* y, por consiguiente, su *intensidad*. Paralelamente, el notable avance logrado en materia de información y comunicaciones proporciona una base mucho más firme que antes para conocer las condiciones de producción y, en consecuencia, para establecer los precios relativos. El mercado mundial, por lo menos en sus sectores productivos más integrados, camina así en el sentido de nivelar de manera cada vez más efectiva los valores y, según la tendencia, a suprimir las diferencias nacionales que afectan la vigencia de la ley del valor.³⁴

³⁴ “En un estudio del Congreso de EE. UU. realizado en junio de 1993, un experto en automóviles, Harley Shaiken, comparó la productividad y calidad del trabajo en las plantas mexicanas con las de Estados Unidos y del resto del mundo. Encontró que los trabajadores de una planta de motores de México alcanzaban el 85% de la productividad de los de EE. UU. en el término de dos años, el 89% en ocho años y el 97% en nueve años. [...] Aún más impresionante es que la calidad del producto sobrepasa a la de EE. UU. en cuatro de los seis años de los que se tienen datos. En 1991 la calidad en la planta mexicana excedía a la de las instalaciones de EE. UU. en un 32%. Lo asombroso es que las plantas de ambos

La contrapartida de esta situación es que aumenta la importancia del trabajador *en tanto que cuente con ganancias extraordinarias*. Aunque, naturalmente, su calificación y destreza varían de nación a nación, su intensidad media se eleva a medida que se vale de tecnología superior, sin que necesariamente esto se traduzca en reducción significativa de las diferencias salariales nacionales.³⁵ Se entiende, así, que se venga acentuando la internacionalización de los procesos productivos y la difusión constante de la industria hacia otras naciones, no ya simplemente para explotar ventajas creadas por el proteccionismo comercial, como en el pasado, sino sobre todo para hacer frente a la agudización de la competencia a nivel mundial. En ese movimiento desempeña papel destacado, aunque no exclusivo, la superexplotación del trabajo.

Esto es así porque —un ejemplo es lo que pasó en Europa a fines del siglo XVIII y principios del XIX— la introducción de nuevas tecnologías está implicando la extensión del desempleo, de manera abierta o disfrazada, mientras se estruja la fuerza de trabajo que permanece en actividad. En efecto, es propio del capitalismo privilegiar la masa de trabajo impago, independientemente de sus portadores reales, es decir, de los trabajadores que la proporcionan; su tendencia natural, pues, es la de buscar la maximización de dicha masa al menor costo que pueda representar. Para ello se vale tanto del aumento de la jornada laboral y de la intensificación del trabajo como, de manera más burda, de la rebaja de salarios, sin respetar el valor real de la fuerza de trabajo. De este modo se generaliza a todo el sistema, incluso los centros avanzados, lo que era un rasgo distintivo —aunque no privativo— de la economía dependiente: la superexplotación ge-

países cuentan con equipamiento similar, pero la tecnología desarrollada en las instalaciones mexicanas es más avanzada”. R. Perol y Pat Choate, *Save Our Job, Save Our Country*, *op. cit.*, p. 54.

³⁵ Al comparar la compensación horaria a los trabajadores norteamericanos y mexicanos, con base en datos del Departamento del Trabajo de Estados Unidos, Perol y Choate constatan que en 1980 ésta era de 9,87 dólares para los primeros y de 2,18 dólares para los segundos; de 14,1 y 1,64 dólares en 1990; y de 16,17 y 2,35 dólares, respectivamente, en 1992. Cfr. tabla en *ibid.*, p. 55.

neralizada del trabajo. Su consecuencia —que era su causa— es la de hacer crecer la masa de trabajadores excedentes y agudizar su pauperización, en el momento mismo en que el desarrollo de las fuerzas productivas abre perspectivas ilimitadas de bienestar material y espiritual a los pueblos.

Estamos, pues, llegando a un punto en que, del mismo modo que pasó en el siglo XIX, la cuestión central pasa a ser la lucha de los trabajadores para poner límites a la orgía a la que se entrega el capital (para emplear una expresión de Marx) y poner bajo su control las nuevas condiciones sociales y técnicas en que pueden desplegar su actividad de producción. No se trata, naturalmente, de detener el aumento de la productividad del trabajo, y ni siquiera de su corolario natural, el aumento de intensidad, sino de distribuir de manera más equitativa el esfuerzo de producción, lo que implica reducir la jornada de trabajo en una proporción compatible con el avance de la capacidad productiva en general. Pero, aunque sea así de sencillo, ello implica poner sobre bases radicalmente distintas el contenido y las formas del desarrollo económico mundial.

Ésta es la razón principal para que la solución a los problemas que enfrentan actualmente los pueblos de todo el mundo pase necesariamente por la lucha de clases y, en particular, por la disposición que tengan para tomar en sus manos las riendas de la política económica, lo que quiere decir asumir la dirección del Estado. La única respuesta comporta hoy en día la problemática de la globalización, y es la puesta en marcha de una revolución democrática radical.

CONSIDERACIONES FINALES

La globalización corresponde a una nueva fase del capitalismo, en la cual, por el desarrollo redoblado de las fuerzas productivas y su difusión gradual en escala planetaria, el mercado mundial llega a su madurez, expresada en la vigencia cada vez más acentuada de la ley del valor. En este contexto el ascenso del neoliberalismo no es un accidente, sino la palanca por excelencia de que se valen los

grandes centros capitalistas para socavar a las fronteras nacionales a fin de despejar el camino para la circulación de sus mercancías y capitales. La experiencia está mostrando, sin embargo que sus políticas, aunque deriven de una base ideológica común, engendran resultados distintos en diferentes regiones del planeta. Para darse cuenta de ello basta comparar el modelo adoptado por los países latinoamericanos para asegurar su inserción en la economía globalizada —que imita al de la dictadura pinochetista de los años setenta, ya entonces bautizado, sabrá Dios por qué, como “economía social de mercado”— con el que vienen adoptando los países asiáticos.

En efecto, y aun haciendo a un lado a China —que no ha soltado su base económica socialista, cuenta con grandes ventajas en términos de mercados, población y recursos naturales, y conserva bajo la dirección del Estado su proceso de inserción en la economía globalizada—, los países capitalistas de Asia se diferencian de los nuestros en el papel que allí desempeña el Estado, la manera como subordinan su apertura al exterior a la protección de su economía y su capacidad para formular políticas industriales de largo plazo que los habilitan para ocupar de manera ordenada nuevos espacios en el mercado mundial. Éste es, particularmente, el caso de Corea del Sur, donde el Estado controla el sistema financiero, interviene en actividades productivas directas, promueve de manera racional la apertura externa, fija metas para ramas y sectores económicos, crea incentivos para el desarrollo y asegura la elevación de los salarios reales.

La incompetencia que están demostrando las clases dominantes latinoamericanas y sus Estados para promover la defensa de nuestras economías transfiere hacia los trabajadores la exigencia de tomar la iniciativa. La amenaza de desindustrialización que se cierne sobre la región, los rezagos que presenta el sistema educacional, y la insuficiencia de las políticas, científicas y tecnológicas, aunados a la falta de políticas centradas en el desarrollo económico, ponen a América Latina en la antesala de una situación caracterizada por la exclusión de amplios contingentes poblacionales

respecto a las actividades productivas, por la degradación del trabajo y el deterioro de los patrones salariales y de consumo.

Los trabajadores no podrán revertir esa situación, tras asegurar su unidad de clase, si no se plantan firmemente en el terreno de la lucha por la democratización del Estado, a fin de quitarles a las clases dominantes el control de la economía y, sobre la base de una movilización lúcida y perseverante, establecer un proyecto de desarrollo económico compatible con la nueva configuración del mercado mundial. Sólo su intervención activa en la formulación e implementación de las políticas públicas y la amplia utilización de los instrumentos de la democracia directa, de la participación popular y la vigilancia ciudadana pueden proporcionar a los pueblos latinoamericanos condiciones adecuadas para ganarse un lugar al sol en el mundo del siglo XXI. Es en este sentido que la cuestión económica se ha vuelto hoy, más que nunca, un asunto político o, lo que es lo mismo, que la lucha contra la dependencia no puede divorciarse de la lucha por la democracia.

Cabe destacar, además, que la globalización es algo todavía en marcha. En su fase actual ella combina rasgos inherentes a la internacionalización del capital con procesos de *regionalización*, en cuyo marco se puede avanzar hacia la especialización productiva de cada país de manera consensual. Se perfila así la formación de grandes unidades económicas, mejor equipadas para hacer frente a la globalización, además de que presentan la ventaja de —precisamente por apuntar hacia la superación del viejo Estado nacional— facilitar el rescate de las especificidades étnicas y culturales, así como de las autonomías locales. Y es en este ámbito que se puede hacer más fluido y eficaz el ejercicio de la democracia.

Ésta es la opción que tendrá que adoptar hoy América Latina si quiere impedir que la globalización se convierta para ella en un simple regreso a la situación en la que se encontraba en siglo XIX, que fue responsable de sus formaciones estatales excluyentes y de los lazos de dependencia que éstas establecieron con los grandes centros. La construcción de una América Latina solidaria, fundamentada sobre la base del respeto a los intereses de las masas

trabajadoras de la región y de la plena expresión de su voluntad en el plano político, es decir, sobre la base de una fórmula que combine democracia e integración, se nos plantea como el gran reto que nos depara este fin de siglo.

A medida que avance el proceso de globalización, es inevitable que se irán precisando con más nitidez los objetivos de los trabajadores y se crearán mecanismos que les permitirán actuar de manera ordenada en el escenario que el mismo capital está diseñando, el del mercado mundial plenamente constituido. Aún en la fase precedente, correspondiente a la internacionalización en gran escala, que preparó las condiciones para lo que está ahora en curso, se registraron ya movimientos de solidaridad que, más allá de cualquier ideología, reflejaban intereses comunes entre los trabajadores del centro y los del mundo dependiente.³⁶ La conformación progresiva de un verdadero proletariado internacional, que es la contrapartida necesaria de la globalización capitalista, permitirá establecer sobre nuevas bases la lucha de los pueblos por formas de organización social superiores.

³⁶ Desde los años setenta se registran en América Latina movimientos de cooperación sindical en el marco de empresas transnacionales, particularmente entre la matriz alemana Volkswagen y su filial brasileña. A principios de los años ochenta, sindicatos mexicanos y norteamericanos de la industria automotriz participaron en reuniones destinadas a establecer objetivos y estrategias comunes, lo que se volvió a plantear por centrales sindicales de ambos países, así como de Canadá, después de creado el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Tras la firma del acuerdo de integración entre Argentina y Brasil, en 1988, que condujo a la formación del Mercado Común de América del Sur (Mercosur), comenzaron las reuniones anuales de centrales obreras de los dos países, a las que se agregaron las de Uruguay y Paraguay, así como de Chile, con el fin de acompañar las medidas adoptadas. Sin embargo, todavía no se ha llegado a incluir representantes sindicales en las delegaciones encargadas de concretar acuerdos específicos en el ámbito de los procesos de integración: en ellas tan sólo han participado funcionarios gubernamentales, empresarios y, a lo sumo, parlamentarios.

EL CONCEPTO DE TRABAJO PRODUCTIVO: NOTA METODOLÓGICA¹

Desde el nacimiento de la economía política, el concepto de trabajo productivo se ha constituido en materia polémica. Tras la formulación inicial de la teoría del valor-trabajo, que tuvo sus epígonos en Boisguillebert y Adam Smith y echó por tierra la tesis de los fisiócratas, según la cual sólo la tierra y quienes la trabajan crean valor (lo que haría de la industria y del comercio actividades improductivas), cupo a Marx darle su forma definitiva. Ésta ha inducido, sin embargo, a muchas equivocaciones, que se reducen en última instancia a identificar trabajo productivo y creación material de valor y, por ende, de plusvalía. La clase obrera se ha convertido así en sinónimo de proletariado industrial (lo que, en sentido amplio, no excluye evidentemente a los asalariados del campo).

Ello se debe, en parte, a la equiparación a nivel teórico del capítulo VI (inédito) de *El capital* a *El capital* mismo. Se trata, sin duda, de un error, dado que fue Marx y no otro quien descartó su inclusión en la obra, para retomar allí solamente parte de lo que tratara de establecer en dicho capítulo, con lo que éste reviste el

¹ Extraído del archivo personal de Ruy Mauro Marini y publicado originalmente en Theotônio dos Santos, *Los restos de la globalización: ensayos*, Caracas, UNESCO, 1998, pp. 153-163.

estatus de mero borrador. Se debe, además, a una incompreensión de la obra de Marx, resultado de una lectura parcial de la misma, que lleva a ignorar los sucesivos enriquecimientos de que es allí objeto el concepto de trabajo, de acuerdo al plan de exposición que Marx trazó.

LOS DESDOBLAMIENTOS DE UN CONCEPTO

Sin embargo, la definición avanzada por Marx en el libro I, capítulo XIV, “*dentro del capitalismo, sólo es productivo el obrero que produce plusvalía o que trabaja por hacer rentable el capital*” (cursivas mías),² da cuenta perfectamente del conjunto del problema y contiene ya el embrión de los desdoblamientos de que será objeto. Estos comienzan a aparecer en el libro II, capítulo VI, cuando Marx distingue trabajo productivo y trabajo *necesario* o *socialmente útil*. Volveremos después a este punto.

Señalemos, por ahora, que la aplicación excluyente del concepto de clase obrera a los productores *inmediatos* de valores de uso es posible de objeción. En efecto, desde el momento en que comienza a estudiar la subsunción real del trabajo en el capital, en la sección IV del libro I, dedicada a los procedimientos de extracción de plusvalía relativa, Marx señala que en un sistema de cooperación simple en el cual un grupo de obreros desempeña una operación productiva, si dicha operación se divide en varias etapas, para ejecutarla los trabajadores deben dividirse, a su vez, en varios grupos, lo que revela así el carácter *social* del trabajo o la necesidad de combinar una serie de jornadas individuales de trabajo. En esta etapa del desarrollo capitalista, “*la fuerza productiva específica de la jornada de trabajo combinada es la fuerza productiva social del trabajo o la fuerza productiva del trabajo social*”,³ aunque aparezca ya como fuerza productiva del capital.

² Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, t. I, 1946-1947, p. 426. Las sucesivas referencias a Marx corresponden a esta edición del Fondo de Cultura Económica.

³ *Ibid.* t. I, p. 265.

La situación comienza a cambiar en la manufactura, cuando, tras la división del proceso productivo en un conjunto de operaciones diversas de duración desigual, que incluso contempla la combinación de varios procesos productivos, se reúnen obreros de distintos tipos y se establecen normas de proporcionalidad en el modo como la masa colectiva de trabajo debe ser distribuida. A partir de entonces, “cada *grupo* o conjunto de obreros que ejecutan la *misma* función parcial está integrado por elementos *homogéneos* y forma un órgano especial dentro del mecanismo colectivo”,⁴ que recurre incluso de manera esporádica al uso de máquinas. Pero “la *maquinaria específica del período de la manufactura* es, desde luego, el mismo *obrero colectivo*, producto de la combinación de muchos obreros parciales”.⁵ Se promueve así la diferenciación en materia de calificación (y de educación) en el seno del obrero colectivo, que da lugar a obreros especializados y peones, cuyo resultado en ambos casos es la reducción del valor de su fuerza de trabajo, aunque de manera desigual.⁶

El proceso se completa con el advenimiento de la industria fabril, cuando la división del trabajo en la fábrica se vuelve puramente técnica:

El grupo orgánico de la manufactura es sustituido por la concatenación del obrero principal con unos pocos auxiliares. La distinción esencial es la que se establece entre los obreros que trabajan efectivamente en las máquinas-herramientas (incluyendo también en esta categoría a los obreros que vigilan o alimentan las máquinas motrices) y los *simples peones* que ayudan a estos obreros mecánicos (y que son casi exclusivamente niños). Entre los peones se cuentan sobre poco más o menos todos los *feeders* (que se limitan a suministrar a las máquinas los materiales trabajados por ellas). Además de estas clases, que son las principales, está el personal, poco importante numéricamente, encargado del control de toda la

⁴ *Ibid.* t. I, p. 281.

⁵ *Ibid.* t. I, p. 283.

⁶ *Ibid.* t. I, pp. 284-285.

maquinaria y de las reparaciones continuas: ingenieros, mecánicos, carpinteros, etc. Trátase de una categoría de trabajadores de nivel superior, que en parte tienen una cultura científica y en parte son simplemente artesanos, y que se mueve al margen de la órbita de los obreros fabriles, como elementos agregados a ellos.⁷

Como vemos, el obrero colectivo comprende distintos tipos de trabajadores y se organiza en estratos diferenciados, en algunos de los cuales sus miembros se mueven “al margen” de los productores directos de valor. Sin embargo, involucrados como los demás en la esfera productiva, estos son *parte integrante del obrero colectivo*. Desde luego, el modo como se presentaba ese obrero colectivo a mediados del siglo pasado se ha modificado: ni los peones se constituyen hoy prioritariamente de niños ni el personal de nivel superior es numéricamente poco importante, además de haberse diversificado notablemente. Es así como, con base en entrevistas a empleados y dirigentes de la IBM, Reich estima que menos de 20.000 de sus 400.000 funcionarios están clasificados como obreros de producción empleados en la manufactura tradicional; la inmensa mayoría de su personal se dedica a otras actividades, como investigación, diseño, ingeniería, venta y prestación de servicios.⁸

Esto en lo que se refiere a la producción. Pero la reproducción del capital no se agota en ella, sino que comprende la circulación y la distribución, cuyas actividades corresponden, en general, al *trabajo improductivo*, desde que no afectan el valor creado y no crean, pues, directamente plusvalía (salvo excepciones, como veremos). La ley general, aquí, es que “*todos los gastos de circulación que responden simplemente a un cambio de forma de la mercancía no añaden a ésta ningún valor*”.⁹ Sin embargo, al considerar al trabajador de la circulación que se ocupa principalmente en la ven-

⁷ *Ibid.* t. I, pp. 347-348.

⁸ Cfr. R. B. Reich, *The Work of Nations*, New York, Vintage Books, 1992, pp. 85-86.

⁹ Karl Marx, *El capital*, t. II, p. 132.

ta (así como en contabilidad, embalaje, clasificación, etc.), Marx señala que él se paga mediante el *desembolso de capital variable* por parte del capitalista que opera en esa esfera, proporciona al capitalista en cuestión una *ganancia positiva* y contribuye, pues, a hacer más rentable *su* capital. Por consiguiente, desde el punto de vista de la definición dada en el libro I, estamos ante un trabajador productivo, dado que “hace rentable” el capital, cualquier que sea la forma bajo la cual éste se presenta.¹⁰

Los gastos de circulación referidos al almacenamiento de mercancías constituyen una variante: no se refieren a un *cambio de forma*, sino a la *conservación* del valor o, lo que es lo mismo, de su valor de uso, sin el cual no existiría valor alguno. Aunque represente una paralización de la circulación, el almacenamiento es paradójicamente condición de ésta, ya que “asegura la persistencia y continuidad del proceso de circulación y, por tanto, del proceso de reproducción...”¹¹ Señalemos que el almacenamiento abarca tanto los bienes destinados al consumo como los que se refieren al capital constante fijo y circulante, y que en los cambios de forma que ha sufrido inciden el desarrollo del mercado mundial y de

¹⁰ La conclusión de Marx va en este sentido: “Para el capitalista industrial los gastos de circulación aparecen y son en realidad gastos muertos. Para el comerciante son la fuente de su ganancia [...] Por consiguiente, la inversión que suponen estos gastos de circulación es, para el capital mercantil, una *inversión productiva*. Y también el trabajo comercial comprado por él es, para él, un *trabajo directamente productivo*”. Karl Marx, *El capital*, t. III, p. 294, subrayados míos. Planteada la cuestión en estos términos, *el trabajo productivo es aquel que permite al capital producir o apropiarse de plusvalía*.

¹¹ *Ibid.*, t. II, p. 131. Autores menos avisados ubican el sistema llamado *just-in-time* prácticamente en el nivel de las grandes innovaciones tecnológicas contemporáneas. De hecho, aunque dependa de éstas, ya que supone mayor sincronización y padronización de la producción, el *just-in-time* es simplemente un mecanismo destinado a superar esa contradicción, en la medida en que reduce los *stocks* de insumos requeridos en el proceso de producción, contribuyendo a acortar el tiempo de rotación y, por consiguiente, a bajar los costos de circulación, factores que influyen decisivamente en la cuota de ganancia. Su importancia es determinante para la subordinación de los productores de insumos a los grandes industriales —lo que, sea dicho de paso, corresponde a una forma disfrazada de centralización del capital, del mismo modo que la tercerización de la producción—.

los medios de transporte. Como cualquier actividad económica, implica inversiones adicionales en capital constante y variable, y aunque representen deducciones del valor social total y no dejen de ser *gastos de circulación*, se agregan al valor de las mercancías, “entran a *formar parte de su valor*, es decir, encarecen éstas”.¹² Tales gastos envuelven los que se destinan al pago de la fuerza de trabajo empleada en esa actividad y, en la misma línea del razonamiento precedente, concurren a hacer más rentable el capital.

La única situación en que aparece como gastos de circulación y añade valor a la mercancía, es en la del transporte, por la sencilla razón de que “el valor de uso de las cosas puede exigir su desplazamiento de lugar y, por tanto, el *proceso adicional de producción* de la industria del transporte”.¹³ En este caso se realiza una *adición de valor* que, como subraya Marx, se descompone necesariamente en reposición de salarios y *creación de plusvalía*. El transporte representa así una *actividad productiva embutida en la circulación*, y aquel que desempeña esa actividad es un trabajador productivo, al mismo título del que es objeto de estudio en el libro I, vale decir, el productor de *valor de uso* en el marco de un sistema de producción general de mercancías.

La cuestión del trabajo productivo, aunque claramente establecida desde el libro I, como destacamos, sólo quedará completamente redondeada en el capítulo XVII del libro III, al estudiarse a los *obreros asalariados mercantiles*. La piedra de toque es aquí la distinción entre *capital social* y *capital individual*. Tras establecer que su situación no se distingue de la que rige al conjunto de la clase obrera,¹⁴ Marx se dedicará a explicar cómo los

¹² *Ibid.*, t. II, p. 123.

¹³ *Ibid.*, t. II, p. 133, subrayado mío.

¹⁴ “[...] este obrero comercial es un obrero asalariado como otro cualquiera. En primer lugar, porque su trabajo es comprado por el capital variable del comerciante y no por el dinero gastado como renta, lo que quiere decir que no se compra simplemente para el servicio desembolsado. En segundo lugar, porque el valor de su fuerza de trabajo y, por tanto, su salario, se halla determinado, al igual que el de los demás obreros asalariados, por el costo de producción de su fuerza de trabajo específica y no por el producto de su trabajo”. (*Ibid.*, t. III, cap. XVII, p. 286).

obreros comerciales “producen directamente ganancia para sus principales, aunque no produzcan directamente plusvalía (de la cual la ganancia no es más que una forma transfigurada)”.¹⁵ Y la explicación no podría ser más sencilla: “Del mismo modo que el trabajo no retribuido del obrero crea directamente plusvalía para el capital productivo, el trabajo no retribuido de los obreros asalariados comerciales crea para el capital comercial una participación en aquella plusvalía”.¹⁶ Lo mismo vale para los *demás obreros de la circulación* en aquellas actividades indispensables para que ésta tenga curso (banca, publicidad, etc.). De allí quedan, sin embargo, naturalmente excluidos los trabajadores asalariados cuya remuneración corresponde simplemente a gastos de la plusvalía, como es el caso del empleado doméstico, del burócrata, los miembros del aparato represivo del Estado, por muy necesarios que sean al capital y al régimen político que le corresponde.

TRABAJO Y CLASE OBRERA

A partir de lo que hemos expuesto es posible sostener que restringir la clase obrera a los trabajadores asalariados que producen la riqueza material, es decir, el valor de uso sobre el que reposa el concepto de valor, corresponde a perder de vista el proceso global de la reproducción capitalista. Como lo destaca repetidamente Marx, el desarrollo de la producción mercantil capitalista no hace sino acrecentar el número de trabajadores asalariados y, por lo tanto, de los obreros involucrados en el proceso de reproducción, sin que esto implique, ni mucho menos, como se ha pretendido, que Marx concibiera una sociedad formada exclusivamente por capitalistas y obreros.¹⁷ *Desde el punto de vista estrictamente eco-*

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, t. III, p. 287.

¹⁷ Este equívoco deriva del hecho de que, al construir sus esquemas de reproducción, en la tercera sección del libro II de *El capital*, Marx adopta esa premisa, por razones que hemos analizado en otra oportunidad. Cfr. mi ensayo “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, en *Cuadernos Políticos*, No. 20, México, abril-junio de 1979, especialmente pp. 20-21. Y, refiriéndose a la obra

nómico, el sistema tiende a aumentar, nunca a disminuir, la clase obrera, es decir, aquella categoría social formada por *trabajadores pagados mediante la inversión de capital variable* y cuya remuneración es siempre inferior al valor del producto de su trabajo. Si, por un lado, debido al aumento de la productividad del trabajo, tiende a reducirse la cantidad de trabajadores ligados directamente a la producción, se incrementa, por otro lado, el número de los que se emplean en las esferas de la circulación y la distribución.

Trabajo productivo e improductivo son, pues, conceptos históricamente determinados, referidos a las actividades que contribuyen a *valorizar* o a *hacer rentable el capital*. Sólo en un régimen de organización superior, basado en fuerzas productivas aún más poderosas, será posible superar el concepto capitalista de trabajo en favor del de *trabajo necesario* o *socialmente útil*, cuando tiende entonces a crecer en progresión geométrica la masa de recursos, incluido el trabajo, dedicados a atender las necesidades del hombre en su sentido más amplio. Esto se ha anunciado ya en los países que intentaron, o están en vías de intentar, formas distintas de organización económica a través del socialismo. Ahí está, bajo nuestros ojos, el ejemplo de Cuba, que, pese a sus problemas económicos, ha tenido un desarrollo social (en materia de educación, salud, previsión social) infinitamente superior a muchos países capitalistas industrialmente avanzados.

Siempre es verdad que la diversificación de actividades que el desarrollo capitalista ha inducido, sobre todo en esta era de formidable avance tecnológico y globalización, crea dificultades para definir y cuantificar a la clase obrera. La incidencia del conocimiento en el proceso de producción, por ejemplo, ha llevado a que se constatará que, en 1984, en la IBM, el 80% del costo de una

¿Reforma social o revolución?, Grossmann destaca: “Ya en 1899, Rosa Luxemburgo comprueba en su polémica contra Bernstein que el análisis de Marx ‘no supone [...] para la realización del objetivo socialista [...] la desaparición absoluta del pequeño capital y [...] de la pequeña burguesía, como condición para que pueda lograrse el socialismo’”. H. Grossmann, “Ensayos sobre la teoría de las crisis: dialéctica y metodología en *El capital*”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 79, México, 1979, p. 143.

computadora correspondía a su *hardware*, vale decir a la máquina misma, y el 20% al *software*, el sistema operacional y los aplicativos que en él se utilizan; pero en 1990 esa proporción se había invertido, haciendo que sólo el 10% del precio de costo estuviera referido al proceso físico de producción del equipo, es decir, a la producción material en sí.¹⁸ En consecuencia, las actividades allí realizadas —salvo las que, una vez determinadas, se encuadrasen en la categoría de servicios— quedaban en el marco del trabajo productivo y, desde el punto de vista estrictamente económico, insistamos en ello, se encontraban referidas a la clase obrera.

Un primer paso para dilucidar el problema planteado sobre qué es la clase obrera, sin abandonar la economía, consiste en recurrir al origen del *papel* que desempeña el trabajador asalariado; vale decir, en saber si ese papel corresponde a un desdoblamiento del *proceso de trabajo* o si corresponde a un desdoblamiento de la *función del capitalista*, que Marx resume como “dirección, vigilancia y enlace”.¹⁹ Es obvio que, si corresponde al último caso, el trabajador asalariado queda excluido de la clase obrera, aun si su salario, su educación, sus costumbres y su ambiente social lo llevan a confundirse con ella. Basta observar su comportamiento en un momento cualquiera de agudización de la lucha de clases —una huelga, por ejemplo— para comprobar esto.

El paso siguiente tiene que darse necesariamente *fuera de la economía*. La procedencia social, los mecanismos de movilidad a que están sujetos, la educación, el ambiente familiar y de trabajo

¹⁸ R. B. Reich, *The Work of Nations*, *op. cit.*, pp. 83 y ss.

¹⁹ Karl Marx, *El capital*, t. I, p. 267. “Al desarrollarse la cooperación en gran escala, este despotismo [del capital] va presentando sus formas peculiares y sus características; primero, tan pronto como su capital alcanza un límite mínimo, a partir del cual comienza la verdadera producción capitalista, el patrono se exime del trabajo manual; luego, confía la función de vigilar directa y constantemente a los obreros aislados y a los grupos de obreros a una categoría especial de obreros asalariados. Lo mismo que los ejércitos militares, el ejército obrero puesto bajo el mando del mismo capital reclama toda una serie de jefes (directores, gerentes, *managers*) y oficiales (inspectores, *foremen*, *overlookers*, capataces, contramaestres), que durante el proceso de trabajo llevan el mando en nombre del capital”. (*Ibid.*, p. 268).

de los individuos modifican su comportamiento y, más que eso, moldean su visión del mundo y la percepción que ellos tienen de sí mismos. Para definir una clase social en un momento histórico dado no basta, pues, considerar la posición que *objetivamente* ocupan los hombres en la reproducción material de la sociedad. Es necesario, además, considerar los factores sociales e ideológicos que determinan su *conciencia* en relación con el papel que en ella creen desempeñar. Pese a las críticas que ha sufrido esta aserción, *sólo en última instancia la base económica determina la conciencia*. Esta determinación se hace mediante la dinámica social concreta, es decir, a través de la *lucha de clases*; y a tal punto que, en circunstancias dadas, aun trabajadores que por su posición en la reproducción económica no están incluidos directamente en la clase obrera o que se consideran ajenos a ella, pueden coincidir con sus aspiraciones y asimilarse al movimiento obrero.²⁰

Ello se debe a que, más allá de la conciencia que puedan tener de su pertenencia de clase, los obreros productivos o improductivos, cualquier que sea la modalidad bajo la cual realizan su trabajo y el ámbito donde lo hacen, del mismo modo que otras clases o fracciones de clase sometidas al capital, tienen intereses comunes, cuya percepción establece la base posible de un proyecto de vida solidario. Ésta es la razón por la cual todas las instituciones y los mecanismos del juego político que caracterizan a la sociedad burguesa, así como sus variadas expresiones ideológicas, apuntan a bloquear esa percepción, a disolver la unidad latente entre los trabajadores antes que ésta tome forma, a cerrarle el paso a la comprensión de los hechos reales que constituyen la esencia del orden capitalista y de su desarrollo.

²⁰ La adhesión de los trabajadores intelectuales (profesores, estudiantes, profesionales, empleados públicos) a valores de inspiración obrera, que fue una marca distintiva de los movimientos de 1968, resultó de la práctica de esos sectores que, en su movilización por mejores condiciones de vida y de trabajo, empezaron a adoptar formas de organización y lucha como el sindicato y la huelga. Esto se ha podido observar claramente en América Latina desde principios de aquella década y no sólo aquí. Los años setenta asistieron al auge de esa tendencia, que hoy se encuentra en declinación.

Para contrarrestar la acción desagregadora que realiza el capital, no queda sino reflexionar sobre estos hechos con la intención de discernir en qué consisten y hacia dónde tienden. Antes de abandonar el campo del marxismo, como lo están haciendo muchos por desinformación, perplejidad o por interés, habría que agotar primero las posibilidades que él nos ofrece para proceder a esa reflexión. De mi parte, estoy convencido de que ello nos llevará a un redescubrimiento de la clase obrera y del papel que hoy puede ser el suyo en la tarea de pensar y construir un mundo mejor.

BIBLIOGRAFÍA DE RUY MAURO MARINI

LIBROS

- Subdesarrollo y revolución*, México D.F., Siglo XXI, 1969, 1974 (5ª edición ampliada); Lisboa, Iniciativas Editoriais, 1975; París, François Maspero, 1972.
- Dialéctica de la dependencia*, México D.F., Ediciones Era, 1973; Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1974; Lisboa, Centelha, 1975; Holanda, Nijegen, 1976; Buenos Aires, Ulmeiro, 1981.
- El reformismo y la contrarrevolución: estudios sobre Chile*, México D.F., Ediciones Era, 1976.
- Análisis de los mecanismos de protección al salario en la esfera de la producción*, México D.F., Secretaría del Trabajo y Previsión Social-Unidad Coordinadora de Políticas, Estudios y Estadísticas del Trabajo, 1983.
- América Latina: dependência e integração*, São Paulo, Brasil Urgente, 1992; Caracas, Nueva Sociedad, 1993.
- La teoría social latinoamericana*, t. I: *Los orígenes*, Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), México D.F., El Caballito, 1994.
- La teoría social latinoamericana*, t. II: *Subdesarrollo y dependencia*, Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), México D.F., El Caballito, 1994.

Teoría social latinoamericana (textos escogidos), t. I: *De los orígenes a la CEPAL*; t. II: *La teoría de la dependencia*; t. III: *La centralidad del marxismo*, Ruy Mauro Marini y Margara Millan (coords.), Mexico D.F., El Caballito, 1994.

La teoría social latinoamericana, t. III: *La centralidad del marxismo*, Ruy Mauro Marini y Margara Millan (coords.), Mexico D.F., UNAM/El Caballito, 1995.

La teoría social latinoamericana, t. IV: *Cuestiones contemporáneas*, Ruy Mauro Marini y Margara Millan (coords.), Mexico D.F., UNAM/FCPys/CELA, 1996.

CAPÍTULOS DE LIBROS

“La sociología política”, en *Sociología del desarrollo latinoamericano (una guía para su estudio)*, Mexico D.F., UNAM, 1970, pp. 158-188.

“Diez años de insurrección en América Latina”, Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1972.

“Prólogo”, en Vania Bambirra, *La Revolución Cubana: una reinterpretación*, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana, 1973.

“La reforma agraria en América Latina”, en *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Periferia, 1974, pp. 109-117.

“Reforma y revolución: una crítica a Lelio Basso”, en *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Periferia, 1974, pp. 75-91; en *Chile 1973: ni reforma, ni revolución*, Medellín, Editorial La Pulga, 1974, pp. 151-170.

“La política económica de la Unidad Popular en Chile”, en *Chile 1973: ni reforma, ni revolución*, Medellín, Editorial La Pulga, 1974, pp. 138-150.

“El ciclo del capital en la economía dependiente”, en rsula Oswald (ed.), *Mercado y dependencia*, Mexico D.F., Editorial Nueva Imagen, 1979, pp. 37-55.

“Revolution in Latin America during the 80’s: Strategy and Tactics”, en Jorge Gilbert (ed.), *Social Movement, Social Change:*

- The Re-making of Latin America*, Toronto, Two Thirds Editions, 1982, pp. 91-110.
- “The Nicaraguan Revolution and the Central American Revolutionary Process”, en Marlene Dixon and Susanne Jonas (eds.), *Revolution and Intervention in Central America*, San Francisco, Synthesis Publications, 1983, pp. 175-182.
- “La América Latina ante la crisis mundial”, en Sofía Méndez V. (comp.), *Lecturas 55: la crisis internacional y la América Latina*, México D.F., Centro de Investigación y Docencia Económicas/Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 35-52.
- “Possibilidades e limites da Assembléia constituinte”, en *Constituinte e democracia no Brasil de hoje*, São Paulo, Brasiliense, 1985, pp. 17-43.
- “Alianzas y compromisos en la democracia socialista”, en *Crisis y alternativas revolucionarias en América*, Montevideo, Editorial Compañero, 1987, pp. 25-38.
- “La idea de la integración en América Latina”, en Heinz Dieterich Steffan (coord. y ed.), *1492-1992: la interminable conquista, emancipación e identidad de América Latina*, México D.F., Grupo Editorial Planeta, 1990, pp. 239-256.
- “Acerca de la reforma del Estado en América Latina”, en *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina*, Caracas, Asociación Latinoamericana de Sociología/La Habana (ALAS)/Centro de Estudios sobre América/Editorial Nueva Sociedad, 1992, pp. 177-183.
- “La crisis del pensamiento latinoamericano y el liberalismo”, en Fernando Carmona de La Peña (coord.), *América Latina: hacia una nueva teorización*, t. 2: *Ciclo internacional los Estados Unidos y América Latina: teoría y realidad de la crisis y la globalización*, México D.F., Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM, 1993, pp. 13-39.
- “La lucha por la democracia en América Latina”, en Jorge Gilbert (ed.), *Aftermath of the Military State in Latin America*, Washington, The Evergreen State College, 1990, pp. 65-83; en Agustín Cueva (comp.), *Ensayos sobre una polémica inconclusa: la transición a la democracia en América Latina*, México

- D.F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Colección Claves de América Latina), 1994, pp. 85-101.
- “Las raíces del pensamiento latinoamericano”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*, t. 1: *Los orígenes*, México D.F., El Caballito, 1994, pp. 17-35.
- “La crisis del desarrollismo”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*, t. 2: *Subdesarrollo y dependencia*, México D.F., El Caballito, 1994, pp. 135-154.
- “La década de 1970 revisitada”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*, t. 3: *La centralidad del marxismo*, México D.F., El Caballito, 1994, pp. 17-41.
- “Proceso y tendencias de la globalización capitalista”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*, t. 4: *Cuestiones contemporáneas*, México D.F., UNAM/FCPys/CELA, 1996, pp. 49-68.
- “El concepto de trabajo productivo: nota metodológica”, en *Los retos de la globalización: ensayos en homenaje a Theotônio dos Santos*, Caracas, UNESCO, 1998, pp. 153-163; Lima, Perumundo, 1999, pp. 151-161.

ARTÍCULOS EN REVISTAS CIENTÍFICAS

- “La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil”, en *Cuadernos Americanos*, año XXV, vol. CXLVI, No. 3, México D.F., mayo-junio de 1966, pp. 133-155.
- “Militarismo y desnuclearización en América Latina” (con Olga Pellicer de Brody), en *Foro Internacional*, No. 29, julio-septiembre de 1967, pp. 1-24.
- “Les mouvements Étudiants en Amérique Latine”, en *Les Temps Modernes*, No. 291, París, 1970, pp. 718-731; *Síntesis*, año 1, No. 1, marzo-abril de 1971, pp. 7-15.
- “La politique économique du gouvernement d’Unité Populaire ou l’expression de l’hégémonie de la petite bourgeoisie dans

- le processus chilien”, en *Critiques de L'Économie Politique*, No. 11-12, París, abril-septiembre de 1973, pp. 237-245.
- “Dos estrategias en el proceso chileno”, en *Cuadernos Políticos*, No. 1, México D.F., 1974, pp. 19-38; UNAM/FCPyS/CELA, México D.F., s.d.; *Les Temps Modernes*, No. 342, París, enero de 1975, pp. 675-706; *Two Thirds: A Journal of Underdevelopment Studies*, vol. 3, No. 1, Toronto, 1981, pp. 11-20.
- “Razón y sinrazón de la sociología marxista”, en *Revista Síntesis*, No. 7, México D.F., agosto de 1974, pp. 16-20.
- “La reforma agraria en América Latina”, en *Cuadernos Agrarios UNAM/UACH/Universidad de Yucatán*, año 1, No. 4, México D.F., octubre-diciembre de 1976, pp. 14-19.
- “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”, en *Cuadernos Políticos*, No. 12, México D.F., abril-junio de 1977, pp. 21-39; en UNAM/FCPyS/CELA (*Serie Avances de Investigación* 24), México D.F., 1977; en *Two Thirds: A Journal of Underdevelopment Studies*, vol.1, No. 2, Toronto, 1978, pp. 29-47; en *Revista Centroamericana de Sociología*, Postgrado Centroamericano en Economía y Planificación del Desarrollo, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, año 4, No. 12, Tegucigalpa, septiembre-diciembre de 1983, pp. 28-58.
- “Estado y crisis en Brasil”, en *Cuadernos Políticos*, No. 13, México D.F., julio-septiembre de 1977, pp. 76-84.
- “La universidad brasileña” (con Paulo Speller), en *Revista de la Educación Superior*, vol. VI, No. 22, México D.F., abril-junio de 1977, pp. 48-73; en *Latin American Research Unit (LARU)/Brazilian Studies, Working Paper 21*, Toronto, junio de 1977.
- “Las razones del neodesarrollismo”, en *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM/Instituto de Investigaciones Sociales, año XL, vol. XL, número extraordinario (E), México D.F., 1978, pp. 57-106; en *Amerique Latine*, CETRAL-Centre de Recherche sur L'Amérique Latine et le Tiers Monde, No. 2, París, abril-junio de 1980, pp. 19-40.

- “La cuestión del fascismo en América Latina” (debate con Pío García, Agustín Cueva y Theotônio dos Santos), en *Cuadernos Políticos*, No. 18, México D.F., octubre-diciembre de 1978, pp. 13-33.
- “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, en *Cuadernos Políticos*, No. 20, México D.F., abril-junio de 1979, pp. 19-39.
- “La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina”, en *Cuadernos del CELA, UNAM/FCPys/CELA*, México, 1980; *Contemporary Marxism*, Synthesis Publications, No. 1, San Francisco, 1980, pp. 1-9; *Socialism in the World*, No. 18, Beograd, 1980, pp. 42-60; *Latin America Magazine*, No. 3, Oxford/Londres, s.d., pp. 1-7.
- “Fuerzas armadas y gran capital”, en *Cuadernos de Marcha*, No. 9, México D.F., septiembre-octubre de 1980, pp. 5-10.
- “América Latina ante la crisis mundial”, en *El Economista Mexicano*, vol. XV, No. 5, México D.F., septiembre-octubre de 1981, pp. 71-82; *Investigación Económica*, Facultad de Economía/UNAM, vol. XL, No. 157, México D.F., julio-septiembre de 1981, pp. 273-292.
- “La revolución nicaragüense y el proceso revolucionario centroamericano”, en *Sociedad y Política*, año 3, No. 12, Lima, agosto de 1981, pp. 57-65.
- “Proceso de trabajo, jornada laboral y condiciones técnicas de producción: estudio de caso” (con Adrián Sotelo V. y Arnulfo Arteaga G.), en *Cuadernos CIDAMO*, No. 4, México D.F., 1981.
- “Polonia: el socialismo como problema”, en *CIDAMO Internacional*, No. 4, México D.F., enero de 1982, pp. 61-64.
- “Sobre el patrón de reproducción de capital en Chile”, en *Cuadernos CIDAMO*, No. 7, México D.F., 1982.
- “Crisis, cambio técnico y perspectivas del empleo”, en *Cuadernos CIDAMO*, No. 9, México D.F., 1983.
- “La lucha por la democracia en América Latina”, en *Cuadernos Políticos*, No. 44, México D.F., julio-diciembre de 1985,

- pp. 3-11; en *Terra Firme*, año II, No. 2, Río de Janeiro, s.f., pp. 31-39.
- “O movimento operário no Brasil”, en *Política e Administração -FESP*, vol. 1, No. 2, Río de Janeiro, julio-septiembre de 1985, pp. 171-200; en *Revista Homines-Nuestra América Latina*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, t. 6, 1989, pp. 149-173.
- “A nova democracia latino-americana”, en *Humanidades*, año IV, No. 13, Brasília, mayo-julio de 1987, pp. 5-11.
- “El experimento neoliberal en Brasil”, en *Nueva Sociedad*, No. 121, Caracas, septiembre-octubre de 1992, pp. 113-123; *Redefiniciones*, UAM-X, México D.F., 1993.
- “The Paths of Latin American Integration”, en *Social Justice*, vol. 19, No. 4, San Francisco, 1992, pp. 34-47; en *Tareas*, No. 83, Panamá, enero-abril de 1993, pp. 39-58.
- “O desafio da economia mundial”, en *Carta': falas, reflexões, memórias*, Informe de distribuição restrita do Senador Darcy Ribeiro, No. 8, Brasília, 1993, pp. 13-28.
- “Dos notas sobre el socialismo”, en *Redefiniciones*, UAM-X, año 1, No. 1, México D.F., enero de 1994, pp. 53-69; en *Dialéctica Nueva Época*, Universidad Autónoma de Puebla, año 18, No. 27, Puebla, 1995, pp. 54-78; en *Lutas Sociais*, NEILS/PUC-SP, No. 5, São Paulo, 2º semestre de 1998, pp. 107-123.
- “Latin America at the Crossroads”, en *Latin American Perspectives*, Sage Publications, vol. 21, No. 1, issue 80, 1994, pp. 99-114.
- “Liberalismo y democracia: la reforma constitucional en Brasil”, en *Estudios Latinoamericanos*, UNAM/ FCPyS/CELA, No. 4, México D.F., julio-diciembre de 1995, pp. 91-114.

INÉDITOS

- “Memoria”, 1991.

